

















**ESTUDIOS LITERARIOS.**





BIBLIOTECA CLASICA.

TOMO XI.

---

ESTUDIOS  
LITERARIOS

POR

LORD MACAULAY

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

M. JUDERIAS BENDER

---

MADRID

IMPRESA CENTRAL, Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

1879





---

---

## DOS PALABRAS AL QUE LEYERE.

---

Si álguien me preguntara cuál es (en mi sentir) el libro más ameno, variado, útil y deleitoso de este siglo, no dudaria en responder que la coleccion de los *Ensayos* de Macaulay. Confieso que siento por él una predileccion especial. Ninguno enseña tanto sobre los hombres y las cosas: de ninguno se sacan tantas y tan provechosas lecciones de buen gusto y de utilidad práctica. Cuando comencé á estudiar inglés, uno de los primeros libros que cayeron en mis manos fué una coleccion de artículos extractados de la *Revista de Edimburgo*, donde entre otras cosas figuraban los estudios sobre Milton y Maquiavelo, que verá el lector en este volúmen. Aquella lectura me encantó, y desde entónces es Macaulay mi predilecto crítico.

Estriba para mí el mérito de sus estudios literarios (ya que por estos empieza la colec-

cion que hoy traduce el Sr. Juderías Bender) en dos cualidades que rara vez suelen andar unidas, y ménos en los ingleses; pero que cuando llegan á estarlo, hacen el más admirable compuesto que puede imaginarse. Es la una un sentido práctico y positivo, de moralista y político (comun en la raza sajona), y un ingenio vivo, agudo y brillante, que parece patrimonio de los pueblos meridionales. Macaulay es hombre de poderosa fantasía, aunque algo *refleja* (si vale la frase), y bien lo muestra, así en sus admirables *Cantos de la antigua Roma* (por ejemplo, en el de la *Batalla del lago Regilo*), como en sus estudios históricos, verdadera resurreccion de una sociedad pasada, bajo todos sus aspectos y relaciones; como en sus artículos críticos, donde á un simpático y penetrante entusiasmo por la belleza artística, se junta una como adivinacion del espíritu y condiciones geniales del escritor. Macaulay derrama la luz donde quiera que pone la mano.

Pero no se ha de olvidar que Macaulay es inglés, y por tanto poco ó nada amigo de abstracciones y de estéticas. Para él no hay más filosofía que la de Bacon, ni más método que el método experimental y de observacion; pero ¡qué observacion más profunda y sagaz! ¡Cuánto más provechosas é inspiradas por un verdadero sentimiento estético son sus observaciones acerca de Milton, Dante ó By-

ron que las que se presentan arreadas con los pomposos nombres de crítica trascendental y *filosofía del arte!* Ni el ciego juzga de los colores, ni estéticos y preceptistas sin alma pueden juzgar de la belleza y enamorarse de sus divinos resplandores. Redúcese su vana ciencia á encubrir con fórmulas vagas y elásticas su impotencia para expresar lo que no sienten.

En cambio, ¡qué bien lo siente y dice Macaulay! No vaga en la region de las teorías; encuentra no más que *curiosa* la cuestion de las causas de lo sublime y de lo bello: la mira como una especie de pugilato en que emplearon mucha habilidad, pero *sin éxito*, Burke y Dugald-Stewart. En cuanto á él, político, hombre de Estado é historiador, á la vez que poeta y hombre de gusto, bástale con juzgar (diré mejor) adivinar y reanimar el escritor y la época. Método por método, vale éste tanto ó más que cualquiera otro. Si Macaulay me da á conocer la Italia del Renacimiento y los móviles de su política, y penetra con una delicadeza de análisis psicológico asombrosa (principal condicion de los moralistas ingleses) en el alma de Maquiavelo, y separa el oro y la escoria que allí andaban impuramente mezclados, y aprecia en enérgicas frases las maravillosas excelencias literarias del secretario florentino, ¿qué más he de desear? ¿No ve el lector en una como ilumi-



nacion súbita la Florencia de los Médicis, y recorre sus plazas, y habla con sus políticos y artistas?

El estudio, no más que empezado, de los oradores atenienses es otra clarísima prueba del poder de estilo y del vigoroso talento de Macaulay. En cuatro frases, haciéndonos asistir al *ágora* de Atenas, da mejor idea de la cultura helénica que otros con largas disertaciones. El final del estudio sobre Grecia es un trozo bellísimo de pasión y de elocuencia.

En casi todos los estudios de Macaulay hay algo de historia interna y social. El de Milton, por ejemplo, es tan político como literario. No discutiré los juicios del autor, *wigh* fervoroso siempre (y más en aquellos días de su primera juventud), sobre la revolución inglesa. Solo diré que en este ardiente alegato hay convicción sincera, y que Macaulay ha escogido para lidiar un terreno admirable: la violación de las leyes constitucionales de Inglaterra por el rey Carlos I. En Inglaterra, donde la libertad política (y Macaulay lo inculca á cada paso) es algo positivo y que depende de leyes y tradiciones veneradas, por lo cual en manera alguna ha de confundirse con la *libertad* histriónica, declamatoria, clerofóbica y sesquipedal que en el Mediodía conocemos y que se alimenta de sueños y utopías; en Inglaterra, digo, puede tener razón Macaulay, y como él piensan muchos doctos

y sesudos varones del Reino Unido, por ejemplo, el historiador católico Lingard. Lo que resulta del escrito de Macaulay es un cargo terrible contra la llamada *gloriosa* revolucion de 1688, infinitamente más injusta que la primera, según él demuestra con dialéctica inflexible, quizá contra el interés de la causa que defiende.

Precioso estudio de costumbres á la par que de crítica es el de los dramáticos ingleses de la restauracion, reducido tal como hoy le tenemos á las dos semblanzas de Wicherley y Congreve, bastantes á dar cumplida idea de aquella literatura cómica, lastimosa por el fondo, aunque rebose de ingenio, la cual viene á ser como el reflejo de la increíble perversion moral, fria, refinada y sin entrañas, de la corte de Carlos II y aún del buen Jacobo.

Distínguese Macaulay por lo sereno, reposado y majestuoso de su estilo, que (diga lo que quiera Taine) tiene algo de la hermosura clásica. Ni ingenio ni gracia le faltan, ántes los derrama, pero sin prodigalidad ostentosa. Los ejemplos y símiles de que para claridad y adorno de la oracion se vale; las imágenes con que da cuerpo á sus ideas y las engalana, son siempre de exquisito gusto: la claridad y el orden perfectos. Tomado un libro de Macaulay en las manos, no hay modo de dejarle: atrae, seduce y encanta: se le

toma cariño como á un amigo y compañero, y siempre se vuelve á sus páginas con nuevo deleite. Tiene el don de amenizarlo todo, y es tal la rectitud moral y la firmeza de ideas que en sus libros resplandecen, que inducen á disculpar ó tolerar hasta sus resabios de secretario, por dicha no muy frecuentes. Es tan sincero y hombre de bien Macaulay, que no duda en hacer concesiones amplísimas á la justicia y á la verdad, aunque no le sean simpáticas. Ejemplo de ello el estudio sobre las *Revoluciones del Pontificado*, de Ranke.

Persuadido estoy de que la elegante traducción de los *Estudios* de Macaulay, á la cual sirven de prólogo estas líneas, ha de hacer muy provechosa impresion en el ánimo de la juventud española (aparte de los resabios antedichos que el traductor ha salvado en oportunísimas notas), y habituarla al estudio formal de la gran literatura del Norte, que para mí no es la alemana (¡Dios nos libre!), sino la inglesa. En Inglaterra un poderoso elemento latino, reavivado sin cesar por el trato y comunicacion con los meridionales, sobre todo en la época del Renacimiento, se ha sobrepuesto á la *barbarie* septentrional: resultando una raza práctica y analizadora, raza de grandes moralistas y psicólogos y de poetas en cuyas concepciones brilla, sobre todo, la verdad humana. En tal pueblo ha debido florecer y ha florecido

mucho la crítica no aérea ni nebulosa. El primero de sus críticos es, sin duda, Macaulay. No hay autor más popular entre los ingleses modernos: todos los años se repiten las ediciones de sus *Estudios* y de su *Historia*.

¡Quiera Dios que llegue á igual popularidad entre nosotros, y no poco contribuirá á ello el Sr. Juderías Bender, sobre cuya traducción siento no poder extenderme tanto como deseara! Difiere tanto de las traducciones que en España solemos ver; está hecha por tan elegante y discreta manera, con tanta facilidad y soltura, y con tan buena elocución castellana, que bien merece más aplauso y crédito que muchas producciones originales. Fortuna ha sido la de Macaulay en caer en tan buenas manos. El que sepa cuánto difiere la construcción inglesa de la castellana, y cuán duras y escabrosas suelen salir las traducciones españolas de aquella lengua, apreciará en todo lo que vale el trabajo del modesto escritor que ha dado un texto de Macaulay agradable, sin tropiezos y con verdaderas condiciones literarias.

M. MENÉNDEZ PELAYO.



## BREVES APUNTES

### SOBRE LA VIDA Y OBRAS DEL AUTOR.

---

#### I.

«Uno de los filósofos franceses que acompañaron al general Bonaparte á Egipto (perdónenos Gerard) dice que la primera vez que vió la gran pirámide, quedó sorprendido de hallarla tan pequeña. La consideró aislada, en medio de inmensa llanura, sin objeto alguno cerca que le permitiera graduar sus proporciones; mas cuando á su pié se plantaron las tiendas del ejército y le aparecieron como puntos imperceptibles, comprendió la inmensidad de aquel esfuerzo supremo del poder humano; que los hombres juzgan por comparacion y no pueden medir las proporciones de un objeto cuando carecen de este requisito, y por esa causa tambien, sólo desde que ha nacido una muchedumbre de autores de poca cuenta, se comprende y aquilata el mérito

verdadero de los grandes maestros de la literatura.»

Este gráfico ejemplo no es nuestro, sino del mismo ilustre autor de los *Estudios* (1) que siguen, y que ahora presentamos traducidos por primera vez en lengua castellana, y la observacion que se hace en él nos parece tan exacta y tan razonada, que nos persuade y aparta del ánimo la idea de trazar un estudio biográfico y literario de lord Macaulay al frente de un libro en el cual se contienen algunas de sus producciones más notables en este género. Lord Macaulay representó en su patria un papel de mucha importancia, en las letras como en la política, en la cátedra como en la tribuna; fué al propio tiempo escritor discreto, ameno y culto; historiador eminente, cuyas páginas abarcan la vida entera y todo el movimiento de las épocas que describe, pudiéndosele considerar bajo este aspecto como fundador de nueva escuela; orador parlamentario consumado, á quien sus adversarios oían silenciosos por el placer de oirlo, é inspirado poeta: ¿cómo hacer el estudio de su vida y de sus obras, trazando el cuadro de su época y comprendiendo en él juntamente con la relacion de su biografía una multitud de consideraciones, de apreciaciones y de juicios sobre su filosofía, sus principios políticos, su estilo, su oratoria, su poesía, sobre sus talentos y

---

(1) Véase el titulado *Dante* en este volúmen, páginas 264 y 65.

aptitudes todas, á tan poca distancia de los grandes y acabados modelos que él nos dejó en sus Estudios sobre Milton y Maquiavelo y que van á continuacion, del de Milton más principalmente, su obra maestra, la más hermosa y perfecta que en este género de literatura produjo su ingenio peregrino, careciendo nosotros de las condiciones que á él le alcanzaron fama universal? Si tal cosa hiciéramos, si de este modo plantáramos nuestra tienda al pié de la gran pirámide, áun los ménos entendidos juzgarian mejor entónces y apreciarian al primer golpe de vista toda la belleza de sus estudios, y partiendo de la pequeñez de nuestra obra y de nuestros defectos comprenderian sin tardanza las proporciones y la correccion inimitable de la suya. De buen grado nos prestaríamos á este sacrificio de amor propio si creyéramos que lord Macaulay lo habia menester en realidad; mas por desgracia es har-to numerosa ya la muchedumbre de autores de poca cuenta, para que sea necesario aumentarla á fin de hacer más evidente el mérito de tan gran maestro. Háganse con otros biógrafos las comparaciones, que nunca serán más peligrosas para ellos, y reservémonos como única recompensa de nuestro trabajo la satisfaccion de haber dado á conocer en nuestra patria, vertidas en nuestro idioma, varias de las producciones más notables de tan distinguido escritor, sin entrometernos á comentarlas por cuenta propia; que esa tarea corresponde á ingenio



más claro y á mejor cortada pluma que no la nuestra.

Esto no obsta para que demos á continuacion unos breves apuntes de la vida de lord Macaulay, en los cuales se consignen las circunstancias más esenciales de su historia, y en párrafo aparte el juicio que han merecido sus obras á uno de los críticos más notables de nuestra época al clasificarlas en el catálogo de la literatura inglesa contemporánea entre las más principales que ha producido el ingenio británico.

## II.

En Rothley-Temple (Leicestershire), á 25 de Octubre de 1800, nació Tomás Babington Macaulay. Fué su padre gobernador de Sierra-Leona, hijo y sobrino de ministros de la Iglesia presbiteriana de Escocia, y grande amigo de Mr. Wilberforce, circunstancia que, unida á la de haber residido algun tiempo en Africa, influyó mucho en su ánimo para convertirlo á la causa de los negros y de la abolicion de la esclavitud. Su madre, de muy honrada familia, era hija de un librero de Bristol, ejerció la profesion de institutriz y fué siempre modelo de discrecion y de virtudes, con lo cual y el ejemplo de la severidad de costumbres del abuelo y tio de nuestro Macau-

lay, en el hogar del futuro historiador de los puritanos tenían asiento y brillaban las cualidades que más enaltecen la familia inglesa.

Fácil es hacerse cargo de cuál sería su educación en el seno de aquella familia, pues aún cuando á las veces lograba leer á hurtadillas algunos capítulos de sir Walter Scott ó algun que otro cuento de *Las mil y una noches*, la Biblia, los sermones ejemplares de los buenos predicadores escoceses, con la adición del *Viaje del peregrino*, de Bunyan, constituían lo sustancial de su lectura en aquella edad. Estas fueron sus primeras impresiones literarias, y leyendo las obras que produjo despues se viene en conocimiento de la huella profunda que dejaron en su ánimo.

Estudió en la universidad de Cambridge, donde manifestó facilidad extraordinaria para la poesía, la elocuencia, la literatura, la crítica y cuanto se propuso aprender, excepcion hecha de las matemáticas. Hallándose en ella escribió dos poemas notables que le valieron una recompensa, titulado el primero *Pompeya* y *The Evening* el segundo.

El *Quarterly Magazine* fué el palenque en el cual hizo su primera salida con la publicación de sus cantos históricos, que lograron tanto aplauso y popularidad; pero la *Revista de Edimburgo* fué la que dió acogida en sus páginas al primero de sus Estudios, que con ser precursor de otros brillantísimos, tales como el de Maquiavelo, Clive, Warren

Hastings, Bacon, Hallam, Bunyan, Addison, Byron y tantos otros, constituirá siempre la joya más preciada de su corona literaria. En efecto, nada es comparable al ensayo sobre Milton, que dió á la prensa cuando sólo contaba veinticinco años, y que ántes parece producto de un talento superior llegado á la plenitud de su desarrollo y de su madurez en fuerza de cultivo, meditaciones y abundantísima lectura, que no el estreno de un jóven que áun traia puestos los manteos de estudiante, como que al año siguiente de 1826 se recibió de abogado.

El órden, el método, la elocuencia y el espíritu que inspiraron este trabajo literario, llamaron la atencion de algunos individuos del Gabinete, y deseando afiliarse al partido *whig* de una manera definitiva á su autor, lo nombraron, primero, comisario de Quiebras, influyendo despues para que lord Lansdown, árbitro del distrito de Calne, lo hiciera elegir por él. Macaulay justificó desde luego con su talento parlamentario y su elocuencia el favor de sus protectores, combatiendo vigorosamente la política de los *tories*, y adquirió en poco tiempo la envidiable reputacion de ser uno de los oradores más notables de Inglaterra, y de los que con más gusto se oian en la Cámara de los Comunes. Su elocuencia, dice uno de sus biógrafos, era vigorosa, intencionada, sostenida é inspirada siempre por la equidad, tanto que á pesar de haber sido votado, puede decirse, por mandato de lord Lansdown, luchó en

el Parlamento por la reforma electoral, que se proponía remediar estos abusos.

El año 1834 lo envió el Gobierno á la India con destino al Consejo Supremo de Calcutta y encargo de redactar un código para los naturales del país (1), que reemplazara la multitud de leyes y disposiciones que regían las diversas razas y religiones que en él tienen asiento. Pero la obra encomendada á Macaulay era con mucho superior al esfuerzo de un hombre, por más que se hallara dotado de superior inteligencia, y fracasó en la empresa. No obstante, aquellos mismos que declararon el código inaplicable, los ingleses que veían en él con muestras de inquietud ciertas disposiciones encaminadas á colocarlos bajo el mismo pié de igualdad que á los indígenas, reconocieron unánimes que sus divisiones, el espíritu que lo había inspirado y la claridad de su redacción eran admirables. Poco tardó en tomar el desquite de este contratiempo, y no bien de regreso en su patria, el historiador vengó al estadista, publicando las biografías de lord Clive y de Warren Hastings, fundadores del imperio británico en la In-

---

(1) Merece que consignemos, siquiera sea en una nota, que los emolumentos de su cargo ascendían á 75.000 pesos fuertes anuales, y que lo ejerció durante cinco años. Esta circunstancia, unida á sus costumbres metódicas y hábitos de orden y economía y á lo que le produjeron sus escritos, de los cuales la *Historia de Inglaterra* solamente le valió 15.000 libras esterlinas, le permitieron siempre vivir con holgura y dejar á su hermana y sobrinos, al morir, pues nunca fué casado, un capital de ocho millones de reales.

dia, y que pueden considerarse bajo el punto de vista de la verdad y del estilo, animado siempre y brillante, como lo mejor que se ha escrito en Inglaterra sobre la conquista del Indostan, poniéndose al descubierto en ambos estudios, que parecerán en otro volumen de esta Biblioteca, los medios de que ambos se valieron para realizar su obra, y que fueron ciertamente los más inicuos y reprobados que registran los anales de la época moderna.

El partido *whig* se hallaba por entónces amenazado de inminente caída, y áun cuando no pensaba entrar Macaulay en la Cámara en aquellos momentos (1840), como lo eligiera por su diputado la ciudad de Edimburgo, aceptó el cargo y formó parte de la administracion de lord Melbourne con el carácter de subsecretario, hasta su caída en Setiembre de 1841. Con este motivo figuró en los bancos de la oposicion y pronunció algunos de sus más notables discursos en favor de las ideas liberales.

En 1842 dió á luz sus *Cantos de la antigua Roma* (1), y el año siguiente la edicion, en tres tomos, de sus estudios publicados ya en la *Revista de Edimburgo*, la cual forma, como dice atinadamente un escritor, una galería digna de Rubens ó de Van-Dyck.

Hemos indicado ántes que la independenciam de carácter fué una de las cualidades más esenciales del de Mr. Macaulay: por eso habiendo sido dipu-

---

(1) *Lays of ancient Rome.*

tado la primera vez, más por mandato de lord Lansdown que no por la libre y espontánea elección de sus comitentes, se reveló contra esas prácticas en el Parlamento, y por eso también, siendo diputado por Edimburgo y sin atender más que á la justicia, defendió la subvención del seminario católico de Maynooth, acto de tolerancia que exasperó de tal modo á sus electores que le negaron sus votos en 1847. El año ántes habian recuperado el poder los *whigs*, y Macaulay que formaba parte del gabinete de lord John Russell, dimitió su cargo al ser derrotado en los comicios, abandonó momentáneamente la política y se consagró de lleno á reunir los materiales necesarios á su *Historia de Inglaterra*, cuyo primer tomo apareció en 1848. El público acogió esta obra con el entusiasmo que merece, y agotó once ediciones consecutivas en el intervalo de los dos primeros volúmenes á los dos últimos, que vieron la luz en 1855. En estos cuatro tomos, dice un historiador de la literatura inglesa, se contiene bajo todos sus aspectos y todas sus fases la Inglaterra del período que describe (1), y se presenta como literato, economista, narrador, biógrafo, artista y filósofo á un tiempo; diversidad de aspectos que semeja la diversidad de la vida humana, y que así ejerce su influjo sobre el corazón y los sentidos, al exponer delante de los ojos la historia completa

---

(1) *The history of England from the accession of James II.*

de la civilizacion de su patria en una serie de capítulos llenos de interes, de novedad, de atractivo, de luz, de vida y de armonía. La *Historia de Inglaterra*, de Macaulay, puede y debe ciertamente clasificarse entre las obras más notables de nuestro tiempo.

La universidad de Glasgow lo eligió por su rector en 1848, y en 1850 fué nombrado profesor de Historia de la Real Academia. Dos años despues, los mismos electores de Edimburgo que le habian negado sus sufragios en 1847, entusiásmados con el éxito de los dos primeros tomos de su *Historia*, lo enviaron de nuevo al Parlamento, sin que él lo solicitara directa ni indirectamente.

Poco tiempo representó, sin embargo, á su distrito. La vida estudiosa y activa que habia hecho siempre, y más principalmente los últimos cinco años pasados en el impropio trabajo de su ya nombrada *Historia de Inglaterra*, agotaron sus fuerzas y determinaron la enfermedad del corazon que habia de dar con él en el sepulcro (1). Persuadido de que no podia ya corresponder de una manera eficaz á la confianza de sus electores, renunció el cargo simultáneamente con la publicacion de sus dos últimos volúmenes. Entónces le hizo merced su soberana de un título nobiliario, y con el nombre de lord

---

(1) En pocos años la misma enfermedad ha arrebatado á tres historiadores eminentes: Washington Irving, Prescott y lord Macaulay.

Macaulay tomó asiento en la alta Cámara, gozando poco tiempo de su nueva y merecida dignidad, pues los rápidos progresos de su dolencia lo acabaron, arrebatándolo al amor de sus deudos y á la admiración de sus contemporáneos el 28 de Diciembre de 1859.

Sus despojos yacen bajo las bóvedas de Westminster, panteon espléndido, en el cual la Inglaterra reconocida ofrece asilo donde descansen á las cenizas de sus hijos más ilustres (1).

Lord Macaulay, dice uno de sus biógrafos, era lector incansable y estaba dotado al propio tiempo de tan prodigiosa memoria que todo lo retenia, gustándole mucho, además, las canciones populares y las antiguas baladas, y se afanaba interrogando los ecos de los tiempos pasados para desentrañar y descubrir el sentido de las impresiones y de los afectos que fueron su inspiración. Era bondadoso y amable por extremo, y poseia el don de hablar de tal manera, que su conversacion fué siempre natural, amena, sencilla, instructiva, copiosa é inagotable como las páginas que trazó su pluma.

El juicio más exacto é ingenioso que se ha pronunciado sobre lord Macaulay, concluye el autor á quien nos referimos, lo debemos á lord Melbourne, su grande amigo, cuando dijo: «Quisiera estar tan cierto de una sola cosa como él lo está de todas.»

---

(1) Lord Macaulay fué sepultado á poca distancia de Addison, cuya biografía escribió.



En efecto, la certidumbre de tener razon fué siempre el rasgo más pronunciado de su carácter, sin que por eso fuera hijo del orgullo y de la tenacidad, sino una como fe religiosa en el poder irresistible de la verdad y en los medios de hacerla comprensible á la inteligencia humana; una como plácida y robusta calma, que tenía su asiento en el espíritu, reposado y tranquilo, que se gozaba feliz en el espectáculo de los tiempos que vivía, de las glorias de su patria y de la suya propia también, y de la consideracion y del respeto que infundía su nombre dentro y fuera de la Gran Bretaña (1).

### III.

Ninguna lectura es más grata que la de los *Estudios* de Macaulay, dice M. Taine (2), porque en poco tiempo se pasa de un asunto á otro, del renacimiento al siglo XIX, de la filosofía á la historia ó á la li-

---

(1) Buena prueba de ello fué la sensacion profunda que produjo en Inglaterra la noticia de su fallecimiento, el inmenso concurso de gentes que lo acompañó á Westminster, y la calidad de las personas que llevaron las cintas de su féretro, entre las cuales recordamos al lord gran canciller, al duque de Argyle, al presidente de la Cámara de los Comunes, al dean de San Pablo, al conde de Stanhope, á lord John Russell y á sir Enrique Holland.

(2) *Histoire de la littérature anglaise*. tomo IV, páginas 152-233.

teratura, de la India á la Inglaterra; y el ánimo se esparce y se recrea juntamente, observando los orígenes de tan noble y poderoso ingenio, estudiando las facultades que, á manera de fecundos manantiales, lo alimentaron y fortalecieron, y el curso de las investigaciones que formaron el caudal de su ciencia, y el de las opiniones que llegó á tener acerca de la filosofía, de la religion, del Estado y de las letras; en una palabra, contemplando lo que fué, lo que llegó á ser, lo que quiso y aquello en lo cual creyó con fe profunda.

Macaulay trata la filosofía á la inglesa: prácticamente. Es discípulo de Bacon, y su maestro el primero de los filósofos, y partiendo de aquí entiende que la verdadera ciencia data de él, que los antiguos pensadores nada hicieron de trascendental, que durante dos mil años el ingenio humano se ha dirigido por sendas estraviadas, y que sólo desde Bacon acá, y merced á él, se ha logrado descubrir el fin á que debe ir y el método por el cual puede conseguirlo. El fin de la ciencia es lo *útil*, y su objeto la aplicacion, no la teoría. Segun el noble lord, la filosofía de los antiguos se gastó descifrando enigmas indescifrables, trazando retratos de sabios imaginarios, exornándose de hipótesis, vagando de absurdo en absurdo, menospreciando lo práctico y prometiéndolo imposible; y como desconoció los límites del humano espíritu, ignoró siempre su alcance y su poder. La otra, por el contrario, aqui-

latando nuestra fuerza y nuestra flaqueza nos ha desviado de los caminos cerrados, llevándonos á los abiertos y asequibles; ha conocido los hechos y sus leyes, porque se ha resignado á no investigar su esencia ni sus principios; ha hecho al hombre más feliz, porque no ha tenido la pretension de hacerlo perfecto; ha descubierto grandes verdades y producido grandes efectos, porque ha tenido el valor y el buen sentido de concentrarse y de estudiar cosas pequeñas, y de no detenerse nunca en vulgares ensayos, y se ha hecho fuerte y famosa, porque ha querido ser humilde y útil. Antes, cuando la ciencia se apartaba de la vida práctica y se decia señora del hombre, sólo poseia conceptos quiméricos y mucho caudal de vanidad: ahora es rica en verdades adquiridas, en legítimas esperanzas de más altos descubrimientos y en autoridad creciente, porque ha entrado en la vida activa, declarándose por sierva del hombre; y así continuará siendo, mientras no se aparte de su camino, ni se engria, ni la desvanezca el orgullo, ni trate de penetrar en los dominios de lo invisible, ni pretenda investigar lo que debe ignorarse, toda vez que su fin no está en ella misma, pues no es sino medio, y que el hombre no ha sido hecho para ella, sino es ella para el hombre, y que ella no es sino instrumento, como las pilas y los termómetros que sirven para sus ensayos, y que á esto debe circunscribir todo su oficio, su mérito y su gloria.

Hé aquí las opiniones de Macaulay en punto á filosofía, rápida y brevemente expuestas. No trataremos, dice M. Taine con este motivo, de discutir las; que al lector es á quien toca censurarlas ó alabarlas; pero, aún cuando no es nuestro ánimo juzgar doctrinas, parécenos que nada es más notable que su absoluto desprecio de la especulacion y su absoluto amor á la práctica; disposicion de ánimo que se halla conforme con el carácter nacional del pueblo que aún llama instrumento filosófico al barómetro, y en el cual la filosofía es cosa desconocida. Porque si la Inglaterra cuenta con moralistas y psicólogos, carece de metafísicos, en razon á que sus hijos, positivos y prácticos, excelentes para la política, la administracion y la guerra, para la vida activa, en una palabra, no se hallan mejor dispuestos que los antiguos romanos al estudio de los grandes sistemas y á las abstracciones de la dialéctica.

La única parte de la filosofía que agrade á los hombres de este carácter es la moral, porque es práctica, del propio modo que ellos, y no se ocupa sino es de hechos: en Roma no se estudiaba otra cosa, y en Inglaterra, bastará que recordemos los nombres de Hutcheson, Price, Ferguson, Wollaston, Adam Smith, Bentham, Reid, y tantos otros como han escrito el siglo pasado acerca de las leyes que fijan nuestros deberes y de la facultad que sirve á describirlos, para comprender la parte tan principal y considerable que ocupa en su literatura. Los *Bs-*

*studios* de Macaulay son nuevo ejemplo de esta inclinacion nacional y dominante, porque sus biografias, no tanto son retratos como juicios, y por esa causa lo que más le importa dejar establecido, aquello á lo cual somete todo lo demas, es la justificacion ó la censura de los personajes: ya nos hable de lord Clive, de Warren Hastings, de sir William Temple, de Milton, de Addison ó de cualquiera otro, lo primero que hace nuestro autor es aquilatar sus defectos ó sus virtudes, y á fin de conseguirlo mejor, poco le importa interrumpir la narracion para examinar si el hecho que refiere es ó no justo, extendiéndose en consideraciones de jurisconsulto y de moralista, segun la ley positiva y natural, teniendo en cuenta el estado de la opinion pública en la época del personaje que retrata, los principios que profesaba y la educacion que habia recibido; y apoyando su opinion en las analogias que saca de la vida ordinaria, de la historia de todos los pueblos y de la legislacion de todas las naciones, aduce tantas pruebas, hechos tan positivos, razonamientos tan concluyentes que podrian servir de modelo al mejor letrado, ya fuese para defender ó para acusar; y cuando, por último, pronuncia el fallo, ántes que historiador, parece juez. Si analiza una literatura, por ejemplo, la del período de la Restauracion, instituye una manera de Jurado ante el público para juzgarla; la hace comparecer, la acusa, expone las defensas que atenúan sus licencias y su

moralidad, y luégo toma la palabra y demuestra que los razonamientos aducidos no tienen aplicacion al caso de que se trata, que los escritores inculcados trabajaron con éxito y premeditacion para corromper las costumbres, que no sólo emplearon palabras inconvenientes, sino que pusieron especialísimo esmero en despojar al vicio de odiosidad, en ridiculizar la virtud, en clasificar el adulterio entre las cualidades más esenciales y obligadas de las personas bien nacidas y de buena crianza, y que tanto más manifiesta era esta intencion, cuanto más se hallaba en las costumbres y en el espíritu de la época, y que halagaba más los defectos y malas pasiones de la misma. Si nos atreviéramos á emplear, como lord Macaulay, comparaciones místicas, diríamos que su crítica es semejante al juicio final, en que la diversidad de los talentos, de los caracteres y de las clases desaparecen y se borran, quedando sólo la virtud y el vicio en presencia del juez, para quien sólo hay justos y pecadores.

Allí donde los hombres se ocupan tanto de moral y tan poco de filosofía se profesa mucha religion, y á falta de teología natural, todos se vuelven hácia la positiva y buscan en la Biblia la metafísica que niega la razon. Macaulay es protestante, y áun cuando de abierto y liberal espíritu, conserva en ciertos casos las preocupaciones inglesas contra la religion católica, tenida entre los suyos por idolátrica impiedad y degradante servidumbre; que al

cabo de dos revoluciones en las cuales vieron al protestantismo aliado á la libertad y al catolicismo aliado á la tiranía, consideran al primero religion de libertad y al segundo de odioso despotismo, tomando ambas doctrinas el nombre respectivo de las causas que sirvieron, siendo aquella objeto de la veneracion y del amor que inspiran los derechos que amparaba, y ésta del odio y menosprecio que infunden el vasallaje que protegía; y como las pasiones políticas acrecentaron la fe religiosa, el protestantismo aparece á los ojos de todo inglés formando una cosa misma con la patria victoriosa y libre, y el catolicismo con el enemigo vencido; persistiendo la preocupacion aún despues de acabada la lucha, de tal modo, que los sectarios de Inglaterra no aciertan á tener con la doctrina católica la imparcialidad ni la benevolencia que tienen los católicos con la doctrina protestante.

Empero estas opiniones inglesas, por decirlo así, de lord Macaulay, se hallan atemperadas en él por su ardiente amor á la justicia y el espíritu que las anima, liberal en el sentido genuino y propio de la palabra. Por eso reclama la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos, y que los individuos de todas las religiones tengan idénticos derechos al ejercicio de los cargos públicos, refutando la opinion de Mr. Gladstone y de los partidarios de las religiones del Estado con ardor, elocuencia, superabundancia de datos, y pruebas y razonamientos in-

comparables. Su amor á la justicia se torna en verdadera pasion cuando se trata de la libertad política, su cuerda sensible; Macaulay la ama por interes tambien, porque la considera como única garantía de la vida y del bienestar de los ciudadanos; por orgullo, á título de timbre de nobleza del honor humano, y por patriotismo, por ser herencia pingüe y valioso legado de las generaciones precedentes. El espectáculo de la opresion le indigna, y los atentados á la voluntad humana le ofenden cual si fueran ultrajes personales. En el cuerpo de sus obras da siempre grandes muestras de este espíritu; pero más principalmente en la *Historia de la Revolucion*, porque en ella se hace justicia y toma venganza de los que violaron los derechos populares, hicieron traicion á la causa nacional y atentaron á la libertad. De aquí que no hable como historiador en ese libro, sino como contemporáneo, y que aparezca como quien aboga por sí, cual si su vida y su honra se hallaran en juego; como si perteneciera al Parlamento Largo y estuviese oyendo á la puerta de la Cámara las culatas de los mosquetes, los regatones de las lanzas y las pisadas de los guardias enviados para prender á Pym y á Hampden. Macaulay, siguiendo su sistema, instruye un proceso, y al mostrarse parte en él, convierte las páginas de su obra en acusacion vehemente, dura, arrebatadora, razonada, la mejor de cuantas se han formulado, siendo lo más terrible de ella que cada



uno de sus cargos se halla sostenido con tantas citas, autoridades y precedentes históricos, y razonado y justificado con tantas pruebas y documentos tan concluyentes como pudiera reunir y acumular la inmensa erudicion de Hallam y la tranquila dialéctica de Mackintosh.

Una de las cosas que más sorpresa causan en Ma-caulay, es la solidez de su talento y de sus demostraciones. Siguiéndolo, casi estamos seguros de no equivocarnos nunca: si se apoya en un testimonio, comienza por graduar la veracidad y la inteligencia de los autores que cita y por corregir los errores en que pueden haber incurrido; si emite un juicio, se apoya en los hechos más ciertos, en los principios más claros y en las deducciones más sencillas; si desarrolla un razonamiento, siempre va derecho al objeto, sin hacer digresiones ni perder de vista un sólo instante el asunto; si se eleva á consideraciones generales, sube paso á paso todos los grados de la generalizacion sin omitir uno solo, explorando continuamente el terreno, sin quitar ni añadir un ápice á los hechos para llegar á costa de cuantas precauciones é investigaciones son imaginables, á la posesion y á la certidumbre de la verdad. Y como conoce un número incalculable de pormenores y detalles de todo género, y atesora un caudal inmenso de ideas filosóficas y de todo orden, y su erudicion es de tan buena ley como su filosofía, con ambas acuña una moneda inmejorable, de

curso fácil entre la generalidad de las gentes y muy solicitada de las personas peritas...

El mismo espíritu de prudencia que lo inspira en sus investigaciones históricas, lo guía en las ciencias morales, y la misma necesidad de certidumbre y el propio instinto de lo práctico y de lo verdadero que desde Bacon acá constituyen el mérito y el poder de su patria, con lo cual, si el arte y la belleza sufren menoscabo, la certidumbre y la verdad decuplican su fuerza.

Pero el talento de Macaulay para demostrar lo acrecienta su talento para exponer y desarrollar aquello de que desea persuadir, llevando la luz á todas partes y el convencimiento con ella de tal modo, que así hace ver como creer, y así evidencia las cosas como convence de ellas. Cuando expone los asuntos, lo hace bajo todos sus aspectos, cual si tuviera en cuenta la inteligencia de cada uno de sus lectores, y después que los ha convencido, los lleva al fin propuesto, logrando ambas cosas con tan feliz facilidad, que mientras nos hallamos bajo la influencia de sus discursos, nos parece que se abren nuevos y desconocidos horizontes á nuestra vista, y que una voz interior nos dice que ántes nunca habíamos percibido con exactitud, y deploramos haber pasado tanta parte de nuestra vida creyendo que la media luz era la luz del Mediodía al verla brillar en ondas tan claras y transparentes en las páginas de sus libros. Y luego, su estilo correcto, las

antítesis de ideas, la forma simétrica de los períodos, los párrafos artísticamente opuestos unos á otros, los resúmenes brillantes, la sucesion natural, regular y lógica de los pensamientos, las comparaciones frecuentes, la belleza del conjunto, las cualidades todas que adornan sus escritos como su oratoria, maravillan de tal modo, que no sólo contribuyen á persuadir la razon, sino que cautivan y seducen y embelesan el espíritu.

Pocos han sido los oradores modernos de tan arrebatadora elocuencia escrita y hablada. Poseia Macaulay ese *quid divinum* que hace al orador, y cuando hablaba, el eufonismo de las palabras completaba su sentido y su alcance, y lo propio acontece cuando escribe: de aquí la inmensa dificultad de traducirlo. En la tribuna y en el libro lucha por imponerse y dirigir los espíritus; parece como que se irrita de la resistencia y que combate disertando; pero el triunfo es siempre suyo, porque así en la tribuna como en el libro avanza con acompasado movimiento y fuerza creciente, en línea recta, cual esos rios caudalosos de la América, impetuoso como el torrente y ancho como el mar; y su abundancia de estilo y de pensamientos, unida á la multitud de ideas, de hechos y de explicaciones que aduce, forman una masa enorme de ciencia histórica que va rodando impulsada por fuerza interior, arrastrando á su paso las objeciones, y añadiendo al empuje de la elocuencia la fuerza irresistible de su peso y su

volúmen. Tanto es así, que puede muy bien decirse que la *Historia de Jacobo II* es un discurso arrebatador, en dos volúmenes, y pronunciado sin flaquear en una audiencia.

Macaulay se diferencia de la generalidad de los oradores en que mientras éstos se inclinan siempre de preferencia á defender, él propende á demostrar, pues profesa el principio de que los hechos particulares y concretos hacen más efecto que no las consideraciones generales, y así, comprendiendo que para dar á los hombres idea clara y perfecta de una cosa es necesario referirlos á su propia experiencia, para que se den cuenta exacta de una tempestad, por ejemplo, entiende que el mejor medio es recordarles alguna de cuyos estragos hayan sido testigos; practicando por tal medio la filosofía de Bacon y de Locke, según la cual el principio de toda idea es una sensación.

Cuando da suelta á las burlas, lord Macaulay permanece imperturbable, como la mayor parte de los escritores de su patria, y su *humour* consiste en decir de una manera seria las cosas más cómicas, conservando la misma elevación de estilo y amplitud de frase que si tratara el asunto seriamente. La ironía, el sarcasmo, las burlas más sangrientas que tan familiares son á los ingleses, él las maneja con arte y habilidad consumada.

Demas de orador elocuente, de sabio historiador, de publicista ingenioso y ameno y de castizo escri-

tor, era poeta en toda la extension de la palabra, bastando á demostrarlo áun á los que no hayan leído sus *Cantos de la antigua Roma*, el recordar algunos fragmentos de sus obras en prosa, y en los cuales la imaginacion contenida largo espacio por la severidad de las demostraciones, desborda en metáforas magnificas, dignas por su belleza y majestad de tener cabida en la epopeya. Para no dar más de un ejemplo, citaremos á continuacion las palabras que consagra á la libertad en el Estudio sobre Milton (1).

«El Ariosto, dice, refiere la historia de una hada que, por ley misteriosa de su destino, parecia en ciertas épocas del año bajo la forma de venenosa serpiente, recobrando luego la hermosura celestial que le era propia, y que, entónces, aquellos que la hicieron mal en el período de su trasformacion en reptil repugnante, quedaban excluidos para siempre de las mercedes que podia dispensar, miéntras hacia objeto de su predileccion á cuantos la protegieron ó se dolieron de su mal, colmándolos de bienes y de felicidad, y dándoles ventura en amor y en lides. La libertad es un espíritu igual. La vemos á las veces trasformada en asqueroso reptil, arras-trando sus anillos por el suelo, dando silbidos que ponen miedo en el corazon, y clavando sus dientes é inoculando su ponzoña. Pero, ¡ay de aquellos que

---

(1) Véanse las páginas 45 y 46 del presente volúmen.

intenten aplastar su cabeza! ¡Dichosos de aquellos que, á pesar de su forma repugnante, la dejan pasar sin causarle daño, porque ellos recibirán la recompensa cuando llegue la hora de su hermosura y de su gloria!»

Estas generosas palabras, dice M. Taine, parten del corazon; y como la medida está llena, rebosa; mas, por mucho que desborde, no se agota, porque siempre que habla de la misma causa, siempre que ve delante de sus ojos la libertad, la humanidad y la justicia, las cuerdas de su lira despiden espontáneamente dulces y armoniosas notas.

Nada hemos dicho hasta ahora, de los defectos de lord Macaulay, y no debemos dar de mano á nuestra tarea sin consignar acerca de ellos lo que piensa el ilustre historiador de la literatura inglesa: á Macaulay, dice M. Taine, le falta el ingenio y la gracia griega, como que no pudo ser á un tiempo ateniense y británico; pero, en cambio, su memoria es asombrosa, su ciencia enorme, su amor á los principios políticos que profesa, profundo y ardiente, su talento para exponer y para demostrar, extraordinario, y completo su conocimiento de los hechos grandes y pequeños que, así en el discurso como en la narracion, atraen, ilusionan, seducen, vivifican y arrebatan.



---

---

## MILTON.

---

Porque á Milton se conoce generalmente por sus obras poéticas, y porque el sufragio universal del mundo civilizado le designó asiento entre los más grandes y esclarecidos maestros del arte, comenzaremos considerándolo bajo este aspecto en el presente estudio. Diremos, no obstante, que á pesar de ser inmensa la mayoría de sus admiradores, no ha sido parte á imponer y acallar á los enemigos del poeta, y que no pocos críticos, algunos de mucha cuenta, han logrado exaltar la obra, rebajando el mérito de su autor con decir que, si bien considerada en sí misma puede clasificarse entre las más famosas producciones del humano espíritu, no por eso han de colocar á quien la ejecutó entre aquellos varones ilustres que, en la infancia de la civilización, suplieron la falta de cultura con su propio ingenio, y que, careciendo de modelos que imitar, los crearon inimitables á la posteridad más remota. En una palabra, que Milton heredó cuanto habían producido sus predecesores, que vivió en un siglo



por extremo ilustrado, que recibió esmerada educacion, y que, para juzgar con exactitud de su talento, es fuerza despojarlo de todo aquello que debió á estas circunstancias.

Nada es ménos cierto, sin embargo, porque ningun poeta de cuantos han existido se ha encontrado en circunstancias más desfavorables que Milton. Él mismo creia haber nacido un siglo despues de lo que debiera: de aquí que Johnson lo hiciera objeto de sus pesadas burlas. Pero, en nuestro sentir, el poeta comprendia mejor que no el crítico la naturaleza de su arte; y como sabía que ni la civilizacion que lo rodeaba ni la educacion que habia logrado adquirir eran provechosas á su ingenio poético, recordaba con pena los tiempos aquellos en los cuales sentia el hombre y se expresaba con vigor y sencillez.

Para nosotros tenemos que la poesia declina inevitablemente á medida que la civilizacion progresa. De aquí que, cuando consideramos las grandes obras de imaginacion que han aparecido á la manera de astros brillantes en siglos de oscuridad, no las admiremos más por esta circunstancia; que, á nuestro parecer, la más grande y maravillosa prueba que puede dar el ingenio humano, es concebir un gran poema en un siglo civilizado. Por eso no alcanzamos la lógica de los que aceptan como artículo de fe literaria que los poetas más antiguos son generalmente los mejores, y se extrañan al propio tiempo de la regla como si fuera excepcion, cuando la uniformidad del fenómeno indica uniformidad correspondiente en las causas que lo producen.

Pero es lo cierto que la generalidad de los observadores del progreso de las ciencias experi-

mentales, deduce el de las artes de imitacion, sin advertir que las primeras adelantan lenta y gradualmente, y que son menester siglos para clasificar y organizar los materiales que se acopian en el trascurso de otros siglos. Porque si se funda un sistema, siempre queda algo que añadir, quitar ó reformar en él, y de esta suerte cada generacion hereda y disfruta del tesoro inmenso que le ha legado la anterior, para trasmitirlo despues á la siguiente, acrecentado de nuevas conquistas. Por tal manera, los primeros pensadores se hallan en situacion muy desventajosa, y son dignos de loa, áun cuando fracasen sus esfuerzos; y sus discípulos, áun con facultades intelectuales infinitamente inferiores, pueden aventajarles en ciencia positiva, no siendo extraño que una jóven que haya leído los lacónicos diálogos de Mistress Marcet sobre la economía política, pudiera dar lecciones de hacienda á Montague ó á Walpole, y que cualquier hombre, dotado de inteligencia, logre en nuestros dias, despues de haber estudiado las matemáticas, saberlas mejor que Newton al cabo de cincuenta años de trabajo y de meditaciones.

No acontece así con la música, la escultura, la pintura, y, sobre todo, con la poesía; porque los progresos de la civilizacion no suministran al arte sino muy rara vez asuntos más dignos de ser imitados. Cierta es que puede perfeccionar los instrumentos necesarios á las operaciones mecánicas del pintor, del escultor y del músico; pero la lengua, que es la máquina del poeta, conviene principalmente á su objeto cuando es aún tosca y ruda. Las naciones, como los individuos, comienzan por percibir, despues se elevan á la abstraccion, y de esta suerte, de las imágenes particulares pasan á los tér-

minos generales, de donde se sigue que el vocabulario de un pueblo medio civilizado es poético, y el de una sociedad ilustrada es filosófico.

Este cambio en el lenguaje de los hombres es en parte causa y en parte efecto de un cambio relativo en la naturaleza de las operaciones de su espíritu; cambio que, si es provechoso al desarrollo de la ciencia, es nocivo al de la poesía, porque mientras la generalización es necesaria al progreso de los conocimientos, los detalles particulares son indispensables á las creaciones de la imaginación; y como á medida que los hombres saben y piensan más, prestan mayor atención á las colectividades que á los individuos, abundan entónces las frases vagas á falta de imágenes, las cualidades personificadas á falta de hombres, las teorías á falta de poemas verdaderos. En esos períodos se está más en aptitud para analizar la naturaleza humana; pero esto de nada sirve al poeta, que no viene á ocuparse de análisis, ni de disecciones, sino es á cantar. Podrá creer en el sentido moral, como Shaftesbury; podrá atribuir todas las acciones de los hombres á su propio interés, como Helvecio, ó, tal vez, no pensar nunca en tales asuntos; que para el resultado es igual, porque sus opiniones en orden á materias de tanta trascendencia no ejercerán ciertamente más influjo en su inspiración y su poesía que el estudio de la circulación de la sangre en las combinaciones que haga en su paleta un pintor hábil para reproducir en el lienzo el suave carmin de las más puras carnaciones.

Si Shakspeare hubiera escrito un libro sobre las causas de las acciones humanas, no es muy seguro que hubiera sido bueno, y desde luego, sí, poco probable que en él se hallasen la mitad siquiera de

los discretos y hábiles razonamientos que abundan en la fábula de las *Abejas*. En cambio, Mandeville, ¿hubiera podido crear á Yago? Por más grande que haya sido su talento para descubrir los diversos elementos que constituyen un carácter, ¿hubiera sido capaz de combinarlos de modo que resultara de ellos un hombre verdadero, vivo, individual?

Tal vez no sea posible ser poeta, ni aún siquiera gozar de la poesía sin hallarse bajo la influencia de una manera de enfermedad del espíritu, si de tal suerte es lícito calificar á un estado del alma que tan inefables goces proporciona. Por esa causa entendemos que no debe llamarse poesía todo aquello que se escribe en verso, aún cuando se halle bien medido y merezca bajo este punto de vista los mayores elogios; que poesía es el arte de emplear las palabras de tal suerte, que produzcan ilusión á la fantasía, haciendo con ellas lo que el pintor con los colores. Así es como el más famoso de los poetas lo ha descrito en versos universalmente admirados por el vigor y la felicidad de su expresión, y que aún son más preciosos por la exactitud de las nociones que contienen sobre el arte, en el cual tan superior se hizo.

«Del propio modo que la imaginación da forma á las cosas desconocidas, dice, así la pluma del poeta las corporifica y señala asiento, é imprime nombre á los átomos que vagan por los aires.»

Esta es consecuencia de la «bella exaltación» que atribuye el mismo al poeta; exaltación bella, es verdad, pero que no por eso es ménos un estado de exaltación. No es esto decir que la verdad no sea indispensable á la poesía, pero es la verdad de la locura la que ha menester; una verdad en la cual los razonamientos sean justos, pero las premisas falsas.

Porque, una vez establecidas las primeras suposiciones, todo lo demas debe ser rigurosamente lógico; mas, para establecer estas suposiciones primeras, se hace necesario un grado de credulidad que llegue casi á ser un desórden parcial y momentáneo del espíritu. De aquí que todos los niños tengan la imaginacion más viva que los hombres, que se abandonen sin reserva á todas las ilusiones, y que cuantas imágenes se ofrezcan de una manera enérgica á su inteligencia, les produzcan el efecto de la realidad. No hay hombre, por más sensible que sea, á quien Hamlet ó Lear logren conmovier del modo que una niña se conmueve con la historia de *Caperuchita encarnada*, pues áun cuando sabe que los lobos no hablan, cree, llora, tiembla de miedo y se impresiona de tal suerte, que no se atreve despues á entrar en una vivienda á oscuras, temerosa de verse sorprendida por la fiera; que tal y tan grande tiranía ejerce la imaginacion en las inteligencias incultas.

En un estado primitivo de la sociedad, los hombres son niños con gran variedad y muchedumbre de ideas, y en tales modos de ser es donde podemos prometernos hallar el genio poético en su mayor grado de perfeccion. En un siglo ilustrado, encontraremos mucha inteligencia, mucho desarrollo en las ciencias, mucha filosofia, clasificaciones justas, precisas, exactas; análisis sutiles en abundancia extraordinaria, erudicion, conocimientos, elocuencia, muchos versos, muy buenos si se quiere; pero muy poca poesia, porque en esas épocas se compara y se juzga, mas no se crea; se habla de los antiguos poetas, se les comenta, se goza de ellos hasta cierto punto; mas apénas si se está en el caso de comprender el efecto que la poesia lograba producir en el

ánimo de nuestros toscos antepasados, su angustia, sus trasportes de entusiasmo, su absoluta y completa credulidad. «Los rapsodas griegos, decía Platon. caian en convulsiones generalmente al recitar á Homero.» El Mohawk, cuando ha entonado el canto de muerte, apénas si siente el escalpelo.

El predominio que ejercian los antiguos bardos de Alemania y del país de Gales sobre sus oyentes, parece increíble á los lectores modernos, porque tales emociones son muy raras en las sociedades cultas, y más todavía entre aquellos individuos que más participan de sus progresos y adelantamientos. siendo ménos difícil hallarlas entre las gentes sencillas del campo.

Del propio modo que la linterna mágica produce ilusion en la vista, así la produce la poesía en el espíritu, y así tambien alcanza más perfectamente su objeto la poesía en tiempos de oscuridad, como la linterna mágica en una habitacion privada de luz. Porque á medida que la antorcha de los conocimientos va iluminando sus cuadros, á medida que los rasgos de la certidumbre van destacándose más y apartándose de la masa general de sombra en que se hallaban envueltos, y que las probabilidades se hacen más distintas, los colores y los contornos de los fantasmas evocados por el poeta como que se desvanecen y se pierden; que no es posible poseer juntamente las ventajas incompatibles de la realidad y de la ilusion, y el claro discernimiento de la verdad con el goce exquisito é inefable de la ficcion.

Necesario es, pues, que aquel que desea ser gran poeta en una sociedad literaria é ilustrada, se convierta á la candidez de los niños; que rompa y destruya, y arroje lejos de sí todo cuanto constituye su espíritu actual, y que olvide en gran parte los

conocimientos que hasta aquel entónces han constituido tal vez sus principales títulos á la superioridad entre sus contemporáneos, porque sus talentos son rémora que lo sujetan á la tierra y le impiden lanzar su vuelo á las regiones infinitas del espacio. La lucha será grande, y sus dificultades proporcionadas á los progresos que haya hecho en los estudios á la moda en su tiempo, y su progreso proporcionado al vigor y á la actividad de su espíritu. Dichoso podrá estimarse si al cabo de tantos sacrificios y esfuerzos logra conseguir que sus obras no semejen la conversacion de un tartamudo; que hartos ejemplos hemos visto en nuestra edad de hombres de reconocido mérito, que despues de consagrar talento, actividad, y largas y profundas meditaciones á luchar contra el espíritu del siglo, apénas si han merecido un triunfo dudoso y débiles y flojos aplausos, áun no habiendo sido completamente vano el resultado de sus propósitos.

Si son justos estos razonamientos, ningun poeta ha triunfado de más grandes dificultades que Milton. Habia recibido educacion esmerada, conocia á fondo y escribia correctamente los clásicos; habia estudiado todos los misterios de la literatura hebrea; poseia perfectamente todas las lenguas de la Europa moderna que podian á la sazón procurar instruccion y recreo, y era, tal vez, el único poeta eminente de los tiempos modernos que se haya distinguido por la perfeccion de sus versós latinos.

La versificacion en una lengua muerta es planta exótica, imitacion penosa, enfermiza y forzada de lo que puede hallarse en las obras de lo pasado en toda la plenitud de su savia y de su vigor. El suelo que produce esta rareza es, por lo general, tan poco apto para florecer en la poesia indígena con

lozanía, como lo son los tiestos de un invernáculo á producir encinas. De aquí que sea tan extraño que el autor de *El Paraíso perdido* haya escrito la *Epístola á Manso*, porque nunca se han logrado ver reunidas una originalidad tan pronunciada y una tan perfecta imitación en el mismo escrito; cualidades, dicho sea en honor de la verdad, que se advierten en todos los poemas latinos de Milton, los cuales adunan de un modo admirable el carácter ficticio necesario á este género de obras, con el encanto particular que recibían de su ingenio, y que era parte á imprimirles el tono de nobleza y de distinción que las caracteriza y separa de los demás escritos de igual género. La versificación latina de Milton nos recuerda los ejercicios guerreros de las falanges de Gabriel, «en torno del cual la juventud del cielo se ejercitaba, sin armas, en los juegos heroicos, pero sobre cuyas angélicas cabezas se veían suspendidas armaduras celestiales, rodela, casco y lanzas guarnecidos de oro y pedrería,» porque no es posible contemplar los sencillos y alegres ejercicios en los cuales el genio de Milton se despojaba de su coraza sin entrever la espléndida y terrible panoplia que viste habitualmente. El vigor de su imaginación triunfaba de todos los obstáculos; el fuego de su espíritu era tan intenso y ardiente, que no sólo no le abrumaba el peso de los materiales, sino que penetraba de su calor y de su vida cuanto pesaba sobre él.

No tenemos la pretensión de emprender con el presente estudio una obra que semeje siquiera á un exámen completo de las poesías de Milton. El público se halla persuadido hace mucho tiempo del mérito de los pasajes más notables de sus obras, conoce la armonía incomparable de su ritmo y la



perfeccion de su estilo, que ningun rival ha logrado imitar jamás, que ninguna parodia ha envilecido, y que despliega en el más alto grado los dones propios á la lengua inglesa, juntamente con todos los elementos más bellos, enérgicos y armónicos de todas las lenguas, antiguas y modernas. Sin embargo, algo nos proponemos hacer en el vasto campo de la crítica, á pesar de que ya llegamos tarde á él y cuando otros más felices lo han segado.

El carácter distintivo, predominante de la poesía de Milton, es el extremo alejamiento de las ideas por medio de cuya asociacion influye en el ánimo de sus lectores, porque produce los efectos ménos por medio de lo que expresa, que por medio de lo que sugiere; ménos por las ideas que comunica, que por otras ideas relacionadas con ellas, electrizando el ánimo por medio de hilos conductores. Un hombre que carezca de imaginacion comprende la *Ilíada*, porque Homero, ni le deja vagar en la eleccion, ni exige de él ningun esfuerzo; él lo hace todo, y coloca las imágenes en luz tan viva que no es posible dejar de percibirlas. Las obras de Milton no es dado comprenderlas y gozar de ellas, á ménos que el espíritu del lector no se identifique con el del autor. Milton no concluye sus cuadros ni canta para deleitar á un auditorio completamente pasivo: bosqueja, traza, indica y abandona á los demas el cuidado de pintar sobre sus contornos; da el tono y espera que la melodía se eleve del auditorio.

Con harta frecuencia se oye hablar del mágico influjo de la poesía; pero esta es una frase que, en general, no tiene sentido, sino es aplicada á los escritos de Milton. Su poesía seduce, fascina, encanta, y su mérito reside ménos en su sentido evidente que en su fuerza oculta y misteriosa. Sus

palabras no parece que expresan más que otras palabras semejantes al oír las; mas luego al punto nos hallamos ya bajo la influencia de su magia, y áun resuenan en nuestros oídos cuando ya lo pasado se transforma en presente, y lo que se hallaba lejos de nosotros aparece á nuestro lado. Nuevas formas de belleza se nos revelan instantáneamente, como si todos los sepulcros de la memoria se abriesen y nos restituyeran sus muertos con la vida y la hermosura del mejor período de su existencia. Tanto es así, que si tocamos la estructura de la frase, si sustituimos un sinónimo por otro, el efecto se destruye, el encanto pierde su eficacia y deja de ser, y aquel que esperase utilizarla en su provecho, se vería en el mismo caso que Cassim, el de las *Mil y una noches*, cuando decía: *trigo, ábrete; cebada, ábrete*, á la puerta que sólo cedía á las palabras: *sésamo, ábrete*. El ridículo desastre de Dryden cuando á costa de grandes esfuerzos intentó traducir en su lengua algunos trozos del *Paraiso perdido*, dan testimonio de esta verdad.

Deberemos observar en apoyo de lo que decimos, que hay pocos pasajes en las poesías de Milton que sean más generalmente conocidos y citados que aquellos que no son otra cosa que largas listas de nombres, los cuales no son más armoniosos ni se hallan mejor adaptados que otros cualesquiera; pero son nombres de mágico efecto, y cada uno de ellos es el primer anillo de una prolongada cadena de ideas estrechamente ligadas entre sí, y que producen en nuestro ánimo el efecto que el recuerdo de la casa de nuestros padres que habitamos en la infancia nos causa en la edad madura, ó el canto de la patria cuando le oímos en el extranjero, esto es, un efecto independiente de su valor intrínseco. Un

nombre nos trasporta á períodos remotos de la historia; otro nos hace vivir en el seno de una sociedad diferente de la nuestra; otro evoca los recuerdos clásicos de nuestra juventud, tan caros á nuestra memoria: nuestro ejemplar de Virgilio, las horas pasadas en el colegio, las vacaciones, la suspirada Pascua, los premios; otro hace aparecer á nuestra vista, como en mágico panorama, las lides del palenque en los tiempos caballerescos, los trofeos, las banderolas y gallardetes, los caparazones bordados, los emblemas, las galas, las armaduras aquellas brillantísimas, las divisas conceptuosas, la gentileza de las damas, las selvas temerosas, los jardines encantados, y los altos hechos de los enamorados caballeros, y las dulces sonrisas de las princesas rescatadas de triste cautiverio con el esfuerzo de su brazo.

Pero donde la manera particular de Milton se manifiesta con más felicidad que en ninguna de sus obras, es en el *Allegro* y el *Penseroso*, no siendo ya posible imaginar un grado de perfeccion más exquisita en el mecanismo del lenguaje. Difieren estos poemas de los otros, como difiere del agua de rosas el extracto, como difiere un perfume tenue y casi evaporado de la esencia más concentrada. A decir verdad, no tanto son poemas estos libros como series de datos y de antecedentes, de cada uno de los cuales el lector puede hacer un poema, sirviéndole cada epíteto de asunto para una estrofa.

El *Comus* y el *Samson agonistes* son obras de mérito muy diferente, pero que ofrecen, sin embargo, ciertos rasgos notables de semejanza, y que bajo la forma de obras dramáticas, constituyen poemas líricos.

Tal vez no exista en la literatura dos géneros de composicion que sean más opuestos, más radicalmente diversos que la oda y el drama. El autor dramático debe permanecer siempre oculto, exhibiendo solo á sus personajes, porque desde el punto en que llama la atencion del espectador sobre sus opiniones ó sentimientos personales, la ilusion se desvanece y nada queda, siendo el efecto que se produce tan desagradable como el que causa durante la representacion la voz del apuntador ó la presencia del maquinista en la escena. En esto consiste el que las tragedias de Byron hayan logrado ménos auge que sus demas producciones. Los personajes de Byron semejan á esas muñecas con cabeza de quita y pon, y á las cuales una sola sirve para média docena de cuerpos, de tal manera, que vemos la misma fisonomía adaptada á un traje de húsar, á una toga de magistrado ó á los harapos de un mendigo, porque todos, sean los que fueren, patriotas ó tiranos, enemigos ó amantes, hablan de igual modo, y son tan sombríos y sarcásticos como Harold. Esta especie de personalidad que tan nociva es al drama, inspira la oda; que la mision del poeta lírico tiene por objeto abandonarse sin reserva á sus propias emociones.

Muchos varones eminentes en las letras han intentado repetidas veces amalgamar y fundir en uno solo estos elementos contrarios, sin lograrlo. La tragedia griega, sobre cuyo modelo se ha compuesto el *Samson*, tuvo su origen en la oda; sus diálogos acomodados á los coros tomaron algo, naturalmente, de su carácter. El ingenio de Esquilo, el más esclarecido autor dramático de Atenas, obraba de concierto con las circunstancias que acompañaron los comienzos de la tragedia, siendo

poeta lírico de corazón y de alma, pues los griegos tenían en su tiempo infinitamente más contacto con el Oriente que en la época de Homero, y no habían aún adquirido la inmensa superioridad que después en la guerra, en las ciencias y en las artes, que hizo á la generación siguiente tan desdeñosa de los asiáticos. Las narraciones de Herodoto parecen indicar que aún experimentaban en su tiempo cierto involuntario respeto hacia el Egipto y la Siria, y natural era que la literatura griega llevara entonces impreso el sello del estilo oriental; estilo que, á nuestro parecer, se reconoce fácilmente en las obras de Píndaro y de Esquilo. Este último, sobre todo, nos recuerda con frecuencia los escritores hebreos, tanto que, como composición y estilo, el libro de Job ofrece una gran semejanza con varias de sus tragedias; las cuales, si se las considera como obras dramáticas carecen de sentido; pero si se las considera como coros, resultan superiores á todo elogio: si examinamos con arreglo á los principios del arte dramático el discurso de Clitemnestra á Agamenon en el momento de su vuelta, ó la descripción de los siete jefes del *Argos*, fuerza será condenarlo por tan monstruosas composiciones; mas si damos de lado á los personajes para pensar únicamente en la poesía, necesario será declarar que nunca ha producido el ingenio humano nada que le sea superior en energía y magnificencia.

Sófocles hizo que la tragedia griega fuese tan dramática como era posible, conservando su forma primitiva; sus retratos tienen cierta semejanza con los originales; pero no la que da la pintura, sino el bajo relieve; sugieren una imagen, pero no producen ilusión alguna. Eurípides trató de llevar la reforma todavía más lejos; mas aquella era obra supe-

rior á sus fuerzas y tal vez superior á la fuerza humana: en vez de corregir lo malo, destruyó lo bueno, y puso en boca de sus personajes malos sermones, en vez de odas hermosas y grandilocuentes.

Sabido es que Milton era grande admirador de Eurípides, más de lo que á nuestro entender merecía el dramático griego; admiracion que, justa ó no, ejerció su nociva influencia sobre el *Samson Agonistes*. Si Milton hubiera tomado á Esquilo por modelo, se hubiese abandonado al lirismo y prodigado los tesoros de su espíritu en su obra, sin pensar una sola vez en las conveniencias dramáticas que la naturaleza de la obra hacía imposibles de observar, y fracasó donde y como cualquiera otro hubiera fracasado; esto es, en sus esfuerzos para conciliar cosas opuestas é irreconciliables. Ni es posible que nos identifiquemos con los personajes como en una buena obra dramática, ni tampoco que nos identifiquemos con el poeta como en una buena oda; que los elementos opuestos que hay en ella se neutralizan mutuamente como un ácido y un álcali cuando se les mezcla. No quiere decir esto, ciertamente, que seamos insensibles al mérito de una produccion literaria que ha logrado alcanzar tan alto renombre como el *Samson* por la dignidad severa de su estilo, la solemnidad graciosa y conmovedora del prólogo, y la melodía salvaje y bárbara que imprime á los efectos del coro inflexiones tan extraordinarias; quiere decir sólo que, á nuestro parecer, es el esfuerzo ménos feliz del ingenio de Milton.

El *Comus* ha sido trazado sobre el modelo de las mascaradas italianas, del propio modo que el *Samson* lo está sobre el plan de las tragedias griegas,

y es, sin duda, la obra más notable que se ha concebido jamás en este género, siendo tan superior á la *Pastora fiel*, como ésta lo es á la *Aminta*, y que ésta á su vez al *Pastor Fido*. Felizmente Milton no tuvo entónces ningun Eurípides que lo extraviase. Comprendia y amaba la literatura moderna de Italia; pero no experimentaba por ella el respeto que le inspiraban los restos de la poesía ateniense y romana, consagrados por tantos recuerdos ilustres. Las faltas de sus predecesores italianos eran, por otra parte, de tal naturaleza, que excitaban en su ánimo antipatías mortales; porque si bien Milton podia descender hasta el estilo más sencillo, tenia horror del oropel: su musa vestía sin repugnancia la estameña; pero apartaba lejos de sí las rebuscadas elegancias de Guarini: que los adornos de la musa del Milton son de oro puro finísimo, y así deslumbran la vista con su brillo como resisten siempre á la prueba.

Milton aplicó en el *Comus* la distincion que diseñó despues en el *Samson*. Su mascarada es esencialmente lírica, y dramática sólo en la apariencia; y á pesar de no haber intentado siquiera la lucha contra los defectos inherentes á la naturaleza de este género de composiciones, triunfó siempre allí donde era posible. Es necesario leer los discursos como majestuosos soliloquios para descubrir en ellos su elocuencia, su alteza y su armonía, sin atender á las interrupciones del diálogo, que contrarian en cierto modo y destruyen la ilusion. Los pasajes más bellos son los en que la forma y el fondo son líricos. «Prestaria yo de buen grado mucha atencion á la parte trágica,» escribia á Milton sir Enrique Wotton, «si la parte lírica no me sedujera tanto con la forma dórica de vuestras odas y

canciones, á las cuales, lo confieso sin rebozo, aunque tema ofender vuestra modestia, no hallo nada que pueda ser comparado en nuestra lengua.» La crítica era justa, porque sólo cuando Milton rompe las trabas del diálogo y se siente libre del trabajo de combinar dos maneras de estilo incompatibles, y se abandona sin reserva á sus trasportes poéticos, es cuando se hace superior á sí mismo; sólo entonces, como el genio que nos pinta despojándose de la forma terrestre y de las vestiduras de duelo de Thirsis, avanza con hermosura y libertad celestiales, y parece decir con éxtasis: «Ahora cumplo la mision que me fué dada y puedo lanzarme al espacio y recorrer la tierra.» Porque entónces le vemos deslizarse sobre la superficie de nuestro planeta, remontar su vuelo hasta las nubes, bañarse en el rocío celestial del arco iris, y respirar los embalsamados perfumes del nardo y de la acacia que las dulces alas de los céfiros envian en fragantes ondas por las sendas de cedros del jardin de las Hespérides.

Bien quisiéramos hacer algunas observaciones sobre varios de los pequeños poemas de Milton, y aún con más gusto emprenderíamos el exámen del *Paraiso reconquistado*, admirable composicion, de la cual no se habla casi nunca sino para ofrecerla como ejemplo de la ciega predileccion paternal que tienen los hombres de letras por los hijos de su inteligencia. Diremos de paso, sin embargo, que, aún admitiendo sin dificultad que Milton estaba en error cuando preferia ese poema, á pesar de su belleza, al *Paraiso perdido*, la superioridad de éste sobre aquél no se halla más demostrada todavía que la de aquél sobre todos los poemas que han parecido despues. Los límites que nos hemos trazado son tan estre-



chos que no consienten más amplia discusión sobre la materia; y dicho esto, vamos á tratar del *Paraiso perdido*, monumento extraordinario de la literatura asentado en la cumbre de las composiciones humanas por el sufragio universal de la crítica.

El único poema de los tiempos modernos que pueda ser comparado al *Paraiso perdido* es la *Divina Comedia*. El asunto escogido por Milton se asemeja, bajo cierto punto de vista, al escogido por el Dante; pero lo ha tratado de diverso modo. Para mejor exponer nuestra opinion sobre el gran poeta inglés, examinaremos su obra comparándola con la del padre de la literatura toscana.

La poesía de Milton difiere de la del Dante, como los jeroglíficos egipcios de los cuadros gráficos de Méjico; las imágenes que emplea el Dante se explican por sí mismas, se dan por lo que son; las de Milton tienen las más de las veces un significado que sólo pueden comprender los iniciados en ella; su valor consiste, no tanto en lo que realmente expresan, como en los recuerdos que evocan de lo pasado: por extraña y grotesca que pueda ser la aparición que el Dante trate de escribir, nunca retrocede, y nos da la forma, el color, el sonido, el olor y el gusto, el número y la medida de ella, y sus comparaciones parecen la narracion de un viajero. Diferente en esto de los demas poetas, y sobre todo de Milton, las expone con el mismo tono que se refiere un asunto cualquiera, sin atribuirles la belleza de los objetos de los cuales han sido tomadas, sin curarse del adorno que pueden añadir al poema, sino con el objeto de exponer á los ojos del lector tan clara y perceptiblemente su intencion como lo está en su mente. Las ruinas del precipicio que conducia del sexto al sétimo círculo del infierno son

semejantes á las del peñasco que cayó en el Adigio, al Sur de Trento. La catarata del Flegeton es semejante á la del Agua Cheta en el monasterio de San Benito. El sitio en que los herejes estaban aprisionados en sepulcros ardientes, se parece al cementerio grande de Arlés.

Comparemos ahora las vagas indicaciones de Milton con los precisos detalles del Dante, citando algunos ejemplos.

El poeta inglés no ha pensado nunca en tomar la medida de Satanás; nos da una idea de su enorme estatura. En un pasaje, el demonio, extendido de largo en largo y flotando sobre dilatados espacios de agua, semeja en su magnitud los enemigos nacidos de la tierra que combatieron á Júpiter, ó al monstruo marino que el navegante toma por una isla; y cuando entra en lid con los ángeles guardianes, se alza enorme como el Atlas, tocando el cielo con la cabeza.

Compárense á estas descripciones los versos en los cuales el Dante describe el espectro gigantesco de Nemrod. «Su rostro, dice, me parecia tan grande como la bola que remata la cúpula de San Pedro en Roma, y las demas partes de su cuerpo eran proporcionadas á su cabeza de tal modo, que el rio que ocultaba la mitad de su cuerpo sumergida en él, descubria la otra mitad, de tanta magnitud, que tres talludos alemanes, puestos uno sobre otro, no hubieran logrado alcanzar á su lengua cabellera.»

Comparemos el lazareto del libro undécimo del *Paraiso perdido* con el último círculo de Malebolge en el Dante. Milton evita los detalles repugnantes y busca refugio en las imágenes indistintas, pero solemnes y terribles, que su fantasía le sugiere: la Desesperacion va de lecho en lecho, apresurada y

afanosa, ofreciendo irónicamente sus servicios á los enfermos, y la Muerte se les acerca blandiendo su dardo, y á pesar de todas las súplicas, se muestra reacia en herir. ¿Qué dice el Dante? «De allí partian gemidos semejantes á los que podrian oirse si se reunieran en la misma sima todos los enfermos que desde el mes de Julio al de Setiembre envian á poblar las salas del hospital de Valdichiana las lagunas toscanas y de Cerdeña, y se exhalaba de ella un olor pestilencial, como el que despiden los cadáveres en descomposicion!»

No queremos imponernos la poco envidiable tarea de fijar y establecer el orden de precedencia entre estos dos escritores: ambos son incomparables en su género, y fuerza es observar que ambos, por habilidad ó por fortuna, supieron escoger asunto propio á demostrar su talento y felicísimo ingenio con todas las galas, vigor y lozanía con que pródigamente los dotó Naturaleza.

La *Divina Comedia* es una relacion personal; el Dante oyó y vió cuanto refiere. Él oyó á las sombras atormentadas pedir con grandes gritos la segunda muerte; él leyó la terrible frase escrita sobre aquella puerta detras de la cual no hay esperanza; él hubo de ocultar su rostro delante de la terrible Gorgona, y de huir de los garfios y de la pez hirviendo de Barbariccia y de Draghignazzo; con sus propias manos tocó la velluda piel de Lucifer; subió la montaña de la Expiacion, y su frente lleva impreso el sello del ángel purificador. Los lectores arrojarian á un lado semejantes relaciones con indecible disgusto, si no estuvieran referidas con profunda expresion de verdad, con sobriedad horrible y con la mayor precision y abundancia de detalles.

La narracion de Milton difiere en esto de la del Dante, como las aventuras de Amadís difieren de las de Gulliver. El autor de *Amadís* hubiera hecho ridículo su libro, de introducir en él esos detalles minuciosos que prestan encanto á la obra de Swift: las observaciones náuticas, los escrúpulos que afecta á propósito de los nombres, los documentos oficiales transcritos en toda su extension, y todas las maledicencias, todas las intrigas cortesanas producidas de la nada y con la nada por objeto. Cuando se nos habla de un hombre que vivia no se sabe cuándo y que vió cosas muy singulares, sin repugnancia y sin escrúpulo nos abandonamos á la ilusion de la novela; pero cuando Samuel Gulliver, médico que habitaba en Rotherhithe, nos habla de pigmeos y gigantes, de islas aéreas y de caballos filósofos, solamente pueden producirnos efecto en la imaginacion los detalles circunstanciados.

De cuantos poetas han introducido en sus obras la accion de los séres sobrenaturales, Milton es quien lo ha hecho con mejor éxito. El Dante le es inferior en este punto; y como este particular ha dado ocasion á juicios ligeros y temerarios, vamos á detenernos en él, siquiera sea por breves instantes.

La falta, el error más grave que pueda cometer un poeta en el arreglo de sus composiciones, es proponerse filosofar. Se ha censurado á Milton el haber atribuido á los espíritus muchas funciones que los espíritus deben ser impotentes para realizar; pero estas objeciones, protegidas sin embargo por los grandes nombres de sus autores, nacen de una profunda ignorancia del arte de la poesía.

¿Qué es un espíritu? ¿Qué es nuestro propio espíritu, esto es, la parte del mundo espiritual que co-

nozcamos mejor? Observamos ciertos fenómenos que no podemos explicar por causas materiales, y concluimos diciendo que existe algo en nosotros que no es material; pero sin que por eso tengamos idea de ese algo, sin que podamos definirlo sino es por medio de negaciones, sin que nos sea lícito razonar sobre ello sino es por medio de símbolos. Nos servimos de la palabra, pero nos falta la imagen de la cosa, y la poesía trata con las imágenes y no con las palabras. El poeta emplea muchas palabras, pero ellas no son su objeto, sino el instrumento de su arte; son materiales que debe disponer de tal modo que sirvan á pintar un cuadro á los ojos del espíritu; y si no presentan este aspecto, no tienen más derecho al nombre de poesía, que un lienzo preparado ó una caja de colores al nombre de pintura.

Los lógicos pueden razonar sobre abstracciones; pero la masa de los hombres há menester de imágenes. La gran tendencia de la multitud en todos los tiempos y en todas las naciones hácia la idolatría, no puede explicarse por otra razón. Hay motivos para creer que los primeros pobladores de la Grecia adoraban una divinidad única é invisible; pero la necesidad de adorar algo más definido produjo en el trascurso de los siglos la multitud innumerable de los dioses del paganismo. Los antiguos persas creían que era una impiedad representar al Creador bajo forma humana; pero transfirieron al sol la adoración que en teoría creían deber solo al espíritu supremo. La historia de los judíos es la relación de una lucha no interrumpida entre el teísmo puro, protegido por las más terribles sanciones, y el desco singularmente seductor de tener algún objeto de adoración visible y palpable.

Las causas secundarias á las cuales atribuye Gibbon la rápida conquista del mundo operada por el cristianismo, miéntras que el judaismo apenas adquiriria un solo nuevo prosélito, no tuvieron, tal vez, agente más eficaz que este sentimiento. El Dios increado, invisible, incomprensible, se atraía pocos adoradores: el filósofo podia admirar tan noble y alta y sublime concepcion; pero la multitud se apartaba con disgusto de las palabras que no presentaban ninguna imágen al espíritu. A los piés de la divinidad encarnada en forma humana, habitando entre los hombres, participando de sus enfermedades, apoyándose en su seno, llorando sobre sus sepulcros, durmiendo en la cuna y derramando su sangre en la cruz, quedaron vencidas, rotas, humilladas y caídas en el polvo las preocupaciones de la Sinagoga, y las dudas de la Academia, y el orgullo del Pórtico, y las baces del lictor y las espadas de treinta legiones. Mas apenas fué completo el triunfo del cristianismo, cuando ya el principio que le habia auxiliado al nacer comenzó á corromperlo, transformándolo en nuevo paganismo: los santos patronos ocuparon el lugar de los dioses Lares; San Jorge reemplazó á Marte; San Telmo consoló á los navegantes de la desaparicion de Cástor y Polux, y la Virgen Madre y Santa Cecilia sucedieron á Vénus y á las Musas (1). Los encantos del sexo y de la belleza

---

(1) No debe perderse de vista que el autor que tales y tan gratuitas afirmaciones hace es protestante. La significacion que dentro del catolicismo tiene el culto de las imágenes y la altísima idea filosófico-religiosa en que se funda, contradice vigorosamente las gratuitas y nada nuevas aseveraciones de Macaulay. Si algunos espíritus sencillos se extravían viendo en las imágenes más de lo que debe verse, ó atribuyendo á tal ó cual santo más de lo que

vinieron á unirse de nuevo á la dignidad celestial, y el homenaje del espíritu caballeresco se confundió con el del espíritu religioso. Los reformadores han luchado siempre contra este sentimiento; pero jamás han logrado triunfar sino es aparente ó parcialmente, y los que destruían las imágenes en las catedrales no conseguían siempre destruir las que tenían su alma por santuario.

No sería, por cierto, difícil empresa el probar que la misma regla es aplicable á la política; porque las doctrinas han menester, ó nos engañamos mucho, de revestir un cuerpo ántes de excitar emoción viva en el ánimo del público, y porque las masas muestran mayor interés por las insignias más frívolas y los sobrenombres más insignificantes que por los principios más rígidos y las máximas de más sólido fundamento.

Ciñéndonos á estas consideraciones, creemos que un poeta fracasaría vergonzosamente si pretendiese acercarse á la exactitud metafísica que se reprocha á Milton haber descuidado. Había otro escollo no

---

debe atribuirse, no por esto podrá condenarse la doctrina católica, que en este punto, como en todos, descansa en las necesidades esenciales del espíritu humano. Si el hombre lo es por la inteligencia y el corazón, la religión verdadera había de dar pasto á la una y al otro; la religión que deja abandonado el deseo de conocer ó el deseo de adorar, la aspiración de la inteligencia hácia lo infinito ó la aspiración del corazón hácia el sentimiento impercedero, no podrá estar nunca conforme con las cualidades esenciales del alma, y por lo tanto, no puede ser verdadera.

El protestantismo critica y ha criticado siempre el culto de las imágenes, y para hacerlo, ha necesitado atribuir á este culto la significación más vulgar y grosera; significación que nunca ha tenido dentro de la doctrina católica.—  
N. del T.

ménos peligroso y que se hacía necesario evitar. La imaginacion de los hombres se halla regida en gran manera por sus opiniones; y el arte más consumado, los colores poéticos más perfectos no pueden crear una ilusion cuando se les emplea en representar objetos cuya falta de verdad y de armonía es fácil reconocer. Milton escribía en un siglo de filósofos y de teólogos; necesario era, pues, que se abstuviera de contrariarlos hasta el punto de mermar ó destruir el encanto con que se proponía fascinar sus imaginaciones.

Discurriendo Johnson sobre esto, reconoce que era absolutamente indispensable que los espíritus revistieran formas materiales; «pero, dice, el poeta hubiera debido asegurar el encadenamiento de su sistema, ocultando el mundo inmaterial á los ojos del observador y haciendo lo posible para que lo olvidara.» Fácil es decir esto; pero ¿cómo podía Milton persuadir á sus lectores de la inmaterialidad? ¿Qué hacer cuando la opinion contraria se habia de tal modo apoderado de los ánimos, que no dejaba espacio siquiera á esa semi-creencia que exige la poesía? Para nosotros tenemos que este era el caso en que se hallaba Milton; y que no pudiendo adoptar por entero ni el sistema inmaterial ni el material, se colocó en el terreno que se litigaba, dejando las cosas envueltas en la duda. Se exponía ciertamente, obrando así, á ser tildado de inconsecuente; pero sin embargo de que bajo el punto de vista filosófico se hallaba equivocado, bajo el punto de vista de la poesía creeremos siempre que no lo estaba. Además, la empresa, que para cualquiera otro escritor hubiese sido irrealizable, para él fué llana, fácil y asequible; y el talento particular que poseía de comunicar sus impresiones por medio de



prolongadas asociaciones de ideas, que dejaban entrever más de lo que decía, le permitió disimular el desacuerdo que no podía evitar.

La poesía que se refiere á los seres del otro mundo debe ser pintoresca y misteriosa al propio tiempo. La poesía de Milton es así; la del Dante es pintoresca por extremo; sus efectos semejan á los que puede producir la pintura y la estatuaria, mas es pintoresca hasta el punto de que excluye todo misterio. Es un defecto, un defecto bueno, si se nos permite la frase; un defecto inseparable del plan del poema dantesco, que hacía necesaria, indispensable, como ya hemos dicho, la más prolija exactitud en las descripciones. Es un defecto, repetimos, porque sus seres sobrenaturales, aunque excitan interes, no es todo el que debieran excitar: comprendemos que podríamos departir con sus espíritus y sus demonios sin experimentar la más leve emoción. Podríamos como D. Juan Tenorio convidarlos á cenar, y comer con buen apetito en su compañía. Y acontece así, porque los ángeles del Dante son hombres honrados y virtuosos con alas, y sus demonios, inhumanos verdugos, de horrenda catadura, y sus muertos, lisa y llanamente, hombres que viven de una muy singular manera.

La escena que tiene lugar entre el poeta y Farnata es justamente célebre, y, sin embargo, Farnata en la tumba ardiente es lo mismo que sería en un auto de fe. Nada puede haber más conmovedor que la primera entrevista del Dante y Beatriz; pero ¿qué pasa en ella que no sea parte á demostrar que es una mujer encantadora, dulce, de suave carácter y amoroso corazón, que vuelve á querer en la otra vida con austera calma y tranquila ternura al amante cuya pasión recuerda, al propio tiempo que detesta

sus vicios? Los impulsos á que este trozo debe todo su encanto, así podrian desarrollarse y tener por escenario un paseo de Florencia como la cumbre de la montaña del Purgatorio.

Los espíritus de Milton difieren de los de todos los demas escritores. Sus demonios son creaciones maravillosas, no abstracciones metafísicas, ni hombres malvados, ni bestias feroces armadas de cuernos formidables y de luengas colas, como los demonios descritos por el Tasso y Klopstock, sino que tienen con la naturaleza humana aquella relacion necesaria para ser comprendidos de los séres humanos. Su carácter, como su forma, guarda cierta relacion con el sér humano; pero sus dimensiones son gigantescas y el todo está envuelto en misteriosa obscuridad.

Los dioses y los demonios de Esquilo podrian, tal vez, mejor que otros, ser comparados con los ángeles y los diablos de Milton: el estilo del ateniense, como ya lo hemos hecho notar, conservaba todavía ciertos rasgos del carácter oriental, y lo propio acontece con su mitología, á la cual falta la amenidad y la elegancia que caracteriza en general las supersticiones de la Grecia, siendo todo en ella rudo, bárbaro y grande. Las leyendas de Esquilo parecen convenir más á los inmensos y grotescos laberintos de granito eterno en los cuales adoraba el Egipto á su místico Osiris, ó el Indostan se prosterna delante de sus ídolos de siete cabezas, que á los bosquecillos perfumados y á los esbeltos pórticos á donde acudian sus compatriotas á rendir tributo al dios de la luz y á la diosa de los deseos. Sus dioses favoritos son los de la generacion primera, esto es, los hijos del cielo y de la tierra, en comparacion de los cuales Júpiter mismo era un rapazue-

lo ó un personaje baladí, esto es, los gigantescos Titanes y las Furias inexorables. La primera creación de esta especie es Prometeo, mitad demonio, mitad ángel redentor, amigo del hombre, enemigo implacable y aciago del cielo. Prometeo tiene muchos puntos de semejanza con el Satanás de Milton: en ambos encontramos la misma resistencia á obedecer, la misma ferocidad, el mismo indomable orgullo. Ambos tienen, sin embargo, algunos sentimientos generosos y dulces que entran á formar parte de sus caracteres respectivos; pero en proporciones diversas. Prometeo, apénas es bastante sobrehumano; habla demasiado de sus cadenas y de las molestias que le ocasiona su postura; se le ve agitado y abatido; y en cuanto á su propósito, á su resolución, sólo parece inspirada en que sabe que la suerte de su verdugo está en sus manos, y que llegará á sonar para él la hora de la libertad. Satanás es una creación de otro orden: el poder de su naturaleza intelectual triunfa de la grandeza infinita de su mal; y así le vemos, en medio de torturas cuya magnitud no alcanza el espíritu sin espantarse, deliberar, tomar resoluciones y hasta triunfar; su ánimo permanece inquebrantable sin ceder, ni vacilar siquiera, á la espada del arcángel Miguel, al rayo de Jehová, al lago ardiente, al abismo de fuego, á la perspectiva pavorosa de toda una eternidad de continuos sufrimientos; se basta á sí propio, se apoya en su energía interna, y no pide auxilio á nada que no sea él mismo, á nada externo, ni siquiera á la esperanza!

Y volviendo ahora al paralelo que hemos querido establecer entre Milton y el Dante, bien quisiéramos añadir que el carácter de la poesía de estos genios participa en gran manera de las cualidades

morales de ambos. No son egoistas, y así no imponen sino muy rara vez al lector su personalidad, bien al contrario de esos mendigos de la fama, que excitan la compasión de las gentes inexpertas, ofreciendo en espectáculo la miseria y las llagas de sus corazones. A pesar de esto, sería difícil hallar dos escritores cuyas obras hayan recibido más completamente, aún á su pesar, el sello de sus impulsos personales.

El rasgo distintivo del carácter de Milton era la elevación del alma; el del Dante, la intensidad de los sentimientos. En cada verso de la *Divina Comedia* se advierte la aspereza que engendra la lucha del orgullo con el dolor. Bajo este aspecto, tal vez no haya en el mundo una obra más profunda y uniformemente triste; que la melancolía del Dante no era un capricho, ni ménos un efecto de circunstancias externas, sino es un estado del alma, que ni el amor, ni la gloria, ni las luchas terrenales, ni la esperanza del cielo podían disipar. Su tristeza transformaba y asimilaba todos los consuelos y todos los placeres, de la propia idéntica manera que el maléfico suelo de Cerdeña, cuya aspereza inveterada se percibe hasta en la dulzura de la miel; y para emplear las palabras mismas del poeta hebreo, su espíritu era como la comarca de las tinieblas y de la sombra de la muerte; su carácter lúgubre velaba todas las pasiones de los hombres, el aspecto mismo de la naturaleza, y arrojaba sus lívidos reflejos así sobre las flores del Paraíso como sobre la gloria del trono del Eterno. Todos sus retratos son característicos, y no es posible contemplar los rasgos de su fisonomía, noble hasta la rudeza, las profundas arrugas que surcan sus mejillas, la mirada melancólica y distraída de sus ojos, la desdeñosa y

sombria sonrisa de sus labios, sin quedar convencido de que es el semblante de un hombre demasiado susceptible y altivo para ser feliz.

Como el Dante, Milton fué hombre de Estado y amante, y como el italiano fué desgraciado tambien en sus ambiciones y en sus amores, habiendo tenido la desdicha de sobrevivir á su salud, á su vista, á la felicidad de su hogar y á la prosperidad de su partido. De cuantos hombres eminentes lo distinguieron á los principios de su carrera, unos sucumbieron ántes de estallar la tempestad, otros siguieron aborreciendo la tiranía desde tierra extraña, otros pasaron largos años en oscuros calabozos, otros pagaron en el cadalso generoso tributo de sangre á la libertad. Escritorzelos licenciosos y asalariados, que sólo tenían talento para revestir de formas vulgares bajos y livianos pensamientos, eran á la sazón los autores favoritos del monarca y de su pueblo. Era un rebaño repugnante, comparable sólo al conjunto de monstruos grotescos, mitad hombres, mitad cerdos, que vemos en Como, y que ebrios y ahitos iban de una parte á otra tropezando y cayendo, en medio de danzas obscenas. La noble musa de Milton, inspirada de altísimos pensamientos, pasaba por entre aquella orgía como una mujer honrada y pura por entre una turba de máscaras desenfundadas, tranquila y serena, sin parar su atención en las burlas insolentes, en los ademanes provocativos, en las insolencias de una comparsa de sátiros y demonios. Si alguna vez han podido ser excusables la amargura y la desesperación en un hombre, ha sido en Milton; pero el vigor y la entereza de su espíritu triunfó de todo: ni la ceguera, ni la gota, ni la edad, ni la pobreza, ni las aflicciones domésticas, ni los desengaños políticos, ni las

injurias, ni el destierro, ni el abandono fueron parte á turbar la tranquila y majestuosa serenidad de su paciencia. Su carácter no fué nunca vivo y animado; pero sí por extremo igual: fué grave siempre y casi austero; pero no hubo sufrimiento físico ni moral que lo tornase sombrío ó taciturno, y, al cabo de su vida, despues de haber experimentado cuanta desgracia puede abrumar nuestra existencia: la pobreza, la vejez, la ceguera y los dolores morales con su inmensa pesadumbre, cuando se recogió á su albergue para morir, lo hallamos igual, idéntico á la época en que, en vísperas de grandes sucesos, regresaba de sus viajes, en la flor de su vida y de su varonil belleza, rodeado de gloria literaria y lleno de patrióticas esperanzas.

A esta circunstancia debe atribuirse el que habiendo escrito el *Paraiso perdido* en una época de la vida en la cual las imágenes de la belleza y de la ternura empiezan de ordinario á marchitarse, aún en aquellas almas que no las han visto veladas ú oscurecidas ó borradas, tal vez, á impulsos de la zozobra y del desencanto, Milton lo revistió de cuanto hay de más bello, armonioso y seductor en el mundo físico y moral. Teócrito y el Ariosto no lograron tener un gusto más delicado y exacto del encanto de los objetos exteriores, ni amaron más que él los rayos del sol, las flores, el canto de las aves, los sabrosos frutos con que convida el verano, y la plácida frescura de las fuentes sombrías. Su manera de concebir el amor combina y mezcla y confunde las voluptuosidades del harem oriental, con la galantería de los tiempos caballerescos, y el afecto puro y tranquilo del hogar inglés. Su poesía nos recuerda los maravillosos espectáculos que ofrecen los Alpes, donde las rosas y los mirtos flo-

recen sin helarse junto á la nieve, y en los cuales entre agrestes montañas y picos escarpados se descubren á las veces pintorescos valles cual nunca pudieron ni áun soñarlos las ninfas y las hadas.

Los rasgos más principales del carácter particular de Milton los hallamos en todos sus escritos; pero allí donde más brillan es en los sonetos, obras notabilísimas que han merecido el singular favor de ser rudamente tratadas por críticos que no comprendieron la Naturaleza. Los sonetos no contienen rasgos epigramáticos; nada recuerda en ellos la ingeniosa habilidad de Filicaja, ni hay nada en su estilo que semeje los duros y brillantes esmaltes del Petrarca; son á manera de sencillos, pero majestuosos anales de los sentimientos del poeta, escritos sin el atavío y las galas que há menester una obra destinada á entrar bajo el dominio público, sino es cual pudieran estarlo sus memorias fatimas. Un ataque imprevisto contra la ciudad, una victoria, un momentáneo acceso de abatimiento ó de alegría, una frase lanzada contra uno de sus libros, un sueño que le devolviera por cortos instantes la imagen querida que la muerte le ocultó para siempre, le hacian formular sus pensamientos y sus meditaciones en verso. La unidad y la severidad que caracterizan á estos fragmentos nos recuerdan la antología griega, ó mejor aún las oraciones de la liturgia anglicana: el poema, por ejemplo, tan noble y elevado que le inspiraron las matanzas del Piamonte, no es otra cosa que una plegaria en verso.

Los sonetos son más ó menos notables, segun que las ocasiones que los inspiraban eran más ó menos importantes; pero todos, sin excepcion alguna, se hallan penetrados de tanta majestad y grandeza de

alma, que no sin pena les hallaríamos algo parecido en su género.

Por otra parte, no sería prudente deducir consecuencias positivas en orden al carácter de un escritor de pasajes en los cuales sólo habla de sí mismo. Pero las cualidades que atribuimos á Milton, áun cuando son más salientes en aquellas de sus obras que tratan de sus sentimientos personales, también se hallan en todas las páginas de sus libros é imprimen á todos sus escritos en prosa y verso, en latin, en inglés y en italiano un aire de familia muy pronunciado.

La conducta política de Milton fué la que podia esperarse de un hombre dotado de alma tan elevada y de tan poderosa inteligencia. Vivió en una de las épocas más memorables de la historia de la humanidad, en el momento más crítico de la gran lucha entre Oromasdes y Arimanes; entre la libertad y el despotismo, entre la razon y las preocupaciones; lucha que no se habia trabado en provecho de una sola generacion ni de un solo pueblo; que los destinos de la especie humana se hallaban empeñados en ella del propio modo que los del pueblo inglés. Entónces fué cuando se proclamaron por la primera vez los grandes principios que se abrieron paso hasta los más recónditos bosques de la América, que arrancaron la Grecia á la esclavitud y al rebajamiento que sufría de muy antiguo, y que, del uno al otro confin de Europa, comunicaron un fuego imposible de extinguir al corazon de los oprimidos, infundiendo un miedo ántes nunca sentido en el pecho de los opresores.

Milton fué el más decidido y el más elocuente campeon literario de estos principios, cuando áun se hallaban en la cuna, por decirlo así, y tenían



necesidad de quien amparase y defendiera su existencia. No hemos menester decir cuánto admiramos su conducta política; mas al propio tiempo no se nos oculta que una gran parte de sus compatriotas la encuentra indisciplinable. La guerra civil ha sido uno de los puntos más discutidos y ménos bien apreciados de la historia de Inglaterra. Los amigos de la libertad entraron en la lucha con la desventaja de que se lamentaba tan amargamente el león de la fábula, porque, áun cuando fuesen vencedores, ellos no pintaban el cuadro. Es lo cierto que las *Cabezas redondas* hicieron cuanto estuvo de su parte para desacreditar y arruinar la literatura, y que ésta tomó sobre sus enemigos el desquite que siempre toma sobre los que la infieren daño. El mejor libro en su favor de cuantos se escribieron por aquel entónces, fué la simpática relacion de *Mistress Hutchinson*, pues si bien la historia del Parlamento de May es buena, se detiene en el momento más interesante de la lucha, y el trabajo de Ludlow es violento y falto de ingenio, y la mayor parte de los escritores que han intentado despues defender su causa, como Oldmiron y Catalina Macaulay, por ejemplo, han dado más pruebas de celo que de talento y de buena fe. De la otra parte se hallan, por el contrario, las obras históricas más populares y que más autoridad gozan en la lengua inglesa: las de Clarendon y Hume. La primera, no sólo está bien escrita y llena de noticias y datos preciosos, sino es que tiene una dignidad y una sinceridad en su narración que hace simpáticos y respetables hasta las mismas preocupaciones y errores en que abunda. A su vez, Hume escribió una relacion bella por extremo, tanto que la gran mayoría del público ilustrado se inspira y sigue benévolamente sus opiniones, sin parar mien-

tes en que odiaba de tal modo la religion, que detestaba la libertad por haber sido su aliada, y que defendió la causa de la tiranía con la habilidad de un abogado, aparentando imparcialidad y grande amor á la justicia.

La conducta política de Milton merece aprobacion ó censura, segun que parezca justificada ó no la conducta de la nacion con Cárlos I. Y como nos ocurre que no carece de interes consagrar algunas páginas al exámen de esta cuestion, vamos á tratar de ella á seguida. No la discutiremos en el terreno de las razones generales; no iremos tampoco á remontarnos á los primeros principios de los cuales se deduce el derecho que todo gobierno tiene á ser obedecido. Podríamos aprovecharnos de las ventajas que esto nos daria; mas renunciamos á ellas de buen grado, porque nos hallamos tan convencidos de nuestra superioridad en este punto, que nos sentimos dispuestos á imitar la altiva generosidad de aquellos antiguos caballeros que hacian juramento de entrar en liza sin casco ni peto, renunciando de antemano á favor de su contrario las ventajas del sol y del viento. Trataremos la cuestion constitucional despojada de todo atavío, y partiendo de ella, diremos que cuantas razones se han hecho valer en favor de la revolucion de 1688, pueden aplicarse con justicia, cuando ménos igual, en pro de la que se llama la Gran Rebelion.

No más que bajo un aspecto, á nuestro parecer, pueden decir los partidarios más celosos de Cárlos I que fué mejor rey que no su hijo, y es porque no era *papista* (1) de hecho y de derecho; y deci-

---

(1) *Papista* es el nombre que dan los herejes que niegan la obediencia al Pontífice, á los católicos romanos, porque

mos así, porque Cárlos mismo y Laud, su hechura, al abjurar las inocentes insignias del papismo, conservaron sus vicios más peligrosos, á saber: la sumision absoluta de la razon á la autoridad, la preferencia de la forma al fondo, la pasion pueril de las gazmoñerías místicas, la idolátrica veneracion por el carácter sacerdotal, y ante todo y sobre todo la intolerancia más despiadada. Damos de lado á todo esto, y concedemos que Cárlos fué buen protestante. Aun así, afirmamos que á pesar de su protestantismo, la situacion que él creó en nada es diferente de la de Jacobo II.

Mucho y muy groseramente se han desnaturalizado los principios de la Revolucion, y ahora, tal vez, más que nunca, porque existe una manera de hombres que al propio tiempo que aparentan respetar los grandes nombres y los grandes hechos de los tiempos pasados, jamás los estudian sino es con el propósito de hallar en ellos excusa para los abusos presentes. En todo precedente respetable, dejan á un lado lo esencial para fijarse en lo accidental, ocultan lo que es útil y proponen como ejemplo lo defectuoso; y si se presenta un gran modelo, digno de ser imitado, ofreciendo, no obstante, algun punto vulnerable, defectuoso, malsano, esas moscas literarias se precipitan á seguida sobre él con fruicion repugnante. Y si, á pesar de esto, ven que sus esfuerzos no logran del todo el fin propuesto,

---

le obedecen y confiesan cabeza de la Iglesia y Vicario de Cristo.

Teniendo esto en memoria, y que el autor fué protestante, es por lo que no hemos querido traducir haciendo una perifrasis la palabra subrayada, para dejarle en su laconismo el alcance que la dan los herejes siempre que la emplean.—N. del T.

entónces tratan de que su trabajo sirva al ménos «para pervertir y corromper las buenas acciones del personaje, sacando del bien mismo elementos para causar el mal (1).»

Estas gentes cierran los ojos para no ver las ventajas que la Inglaterra debe á su Revolucion. La expulsion de un tirano, el reconocimiento solemne de los derechos populares, la seguridad, la libertad, la tolerancia, todo es nada para ellos. Hubo una secta que por causas pasajeras fué necesario mantener bajo estrecha vigilancia y opresion; una parte del imperio se halló en circunstancias tan desfavorables, que sus padecimientos fueron necesarios á nuestro bienestar, su esclavitud á nuestra libertad; hé aquí las partes de la Revolucion que los políticos de que hablamos gustan de considerar, y que les parecen ántes desvirtuar que no justificar hasta cierto punto los muchos bienes que ella produjo. Hábleseles de Nápoles, de España ó de la América del Sur, y se les verá trasformados en partidarios celosos del derecho divino que, bajo el apodo de Legitimidad, volvió á Inglaterra como un criminal que vuelve de la deportacion. Hábleseles de la miseria de Irlanda, y entónces Guillermo III será un héroe; y Somers y Shrewsbury serán grandes hombres á sus ojos. Sin embargo, la Revolucion es una época gloriosa de la Gran Bretaña.

Ahora bien; las atrevidas afirmaciones de estas gentes han logrado persuadir, al fin, á gran parte del público de que Jacobo II fué expulsado únicamente por ser católico, y de que la revolucion fué una obra esencialmente protestante, lo cual no es

---

(1) Their labour must be to pervert that end,  
And out of good still to find means of evil.

exacto. Porque saben cuantos conocen la historia de aquel periodo con alguna más extension que se contiene en el compendio de Goldsmith, que si el rey Jacobo hubiera guardado para sí sus opiniones religiosas sin tratar de hacer prosélitos, ó si, deseando hacerlos, hubiera consentido no emplear á este fin sino su poder constitucional, nadie habria pensado en el príncipe de Orange. Nuestros antepasados sabian lo que querian, y á creerlos, su hostilidad iba derechamente á la tiranía, no al papismo, y así, no expulsaron al tirano por católico, sino por que se persuadieron de que los católicos en el trono serian tiranos. La razon por la cual declararon el trono vacante, fué la de «que Jacobo habia violado las leyes fundamentales del país:» por eso los que aprueban la revolucion de 1688, deben admitir que la violacion de las leyes fundamentales del reino por el monarca justifica la resistencia por parte de los súbditos. Queda, pues, reducida la cuestion á saber si Cárlos I violó, en efecto, las leyes fundamentales de la Gran Bretaña.

Es imposible contestar negativamente á esta pregunta, á ménos de poner en duda, no sólo cuantas acusaciones formularon sus enemigos, sino lo expuesto por los mismos realistas y las propias declaraciones del Rey. Ahora bien, si los historiadores han dicho verdad al referir los sucesos de este reinado, la conducta de Cárlos, desde su advenimiento hasta la reunion del Parlamento Largo, no fué sino una prolongada serie de opresiones y perfidias. Que citen los que aplauden la Revolucion y condenan la Rebelion un solo acto de Jacobo II, cuyo semejante no se halle en la historia de su padre; que señalen un solo artículo de la declaracion de derechos presentada por las Cámaras á Guillermo

y á María que Cárlos no haya violado, como todos reconocen. Sus amigos son los primeros en afirmar que usurpó las facultades del poder legislativo, que impuso contribuciones sin el consentimiento de las Cámaras, y que mandó alojar tropas en el domicilio de los ciudadanos de la manera más vejatoria. No pasó una sola legislatura sin que fuera señalada por algun ataque á la libertad de los debates; violó groseramente el derecho de peticion, y cada dia nuevas sentencias arbitrarias, nuevas multas y nuevas prisiones venian á aumentar las quejas de sus vasallos. Si esto no es parte á justificar la resistencia, la Revolucion fué una alevosía; pero si la justifica, la Gran Rebelion fué digna de aplauso.

Pero, se dice, ¿por qué no adoptar medidas más suaves? ¿Por qué prosiguió el Parlamento aumentando sus exigencias á riesgo de provocar la guerra civil cuando el rey habia consentido tantas reformas y renunciado á tantas vejatorias prerogativas? Cárlos habia suprimido el impuesto sobre los buques, abolido la Cámara Estrellada y provisto á la frecuente convocacion de los Parlamentos y á la libertad de sus deliberaciones. ¿Por qué, pues, no proseguir la obra comenzada por medios regulares y pacíficos? Esto nos hace volver á la analogía con la revolucion ¿Por qué Jacobo II fué expulsado del trono? ¿Por qué no lo mantuvieron en él bajo ciertas condiciones? Tambien habia prometido convocar un Parlamento libre y someter á su deliberacion todas las cuestiones importantes. Pero es lo cierto que los ingleses tienen la costumbre de recordar con gratitud la obra de sus antepasados que les libertó del yugo de un tirano conocido y probado, áun siendo á costa de la revolucion, de la sucesion reñida, de la dinastía extranjera, de veinte años de

guerras intestinas y exteriores, del ejército permanente y de la deuda nacional. El Largo Parlamento procedió así, y merece por ello la gratitud del pueblo inglés. Tampoco podía ser de otra manera, ni ménos tener confianza en el Monarca. El Rey habia, es cierto, otorgado muchas concesiones saludables; ¿pero qué garantizaba de que no serian violadas? Habia renunciado á ciertas prerogativas; pero ¿quién respondia de que no volveria á recabarlas? La nacion tenía que habérselas con un hombre á quien ningun compromiso parecia obligar; que así hacia las promesas como las quebrantaba, y que cien veces habia empeñado su palabra, sin cumplirla nunca.

El Largo Parlamento se encuentra aquí en más sólido terreno que la Convencion de 1688, porque ningun acto de Jacobo II puede compararse á la conducta de Carlos I á propósito de la peticion de derechos. Los lores y los comunes le presentan una ley que define los límites constitucionales de su poder. Vacila, elude, y, al fin, merced á un contrato, promete dar su asentimiento si la Cámara vota cinco subsidios. La ley recibe su sancion solemne y se votan los subsidios; mas, no bien el tirano los recibe, cuando anula sus pactos y viola todas las cláusulas del acta que habia prometido cumplir y cuyo precio habia cobrado.

La nacion habia visto violados durante diez años unos derechos que le pertenecian con el doble título de la herencia inmemorial y de la adquisicion reciente, cuando las circunstancias obligaron á Carlos I á convocar otro Parlamento. Se presentaba una ocasion de reconquistar lo perdido. ¿Podian nuestros padres dejarla pasar? ¿Podian dejarse burlar de nuevo? ¿Podian votar subsidios bajo la fe de prome-

sas á las cuales habia el Rey faltado tantas veces? ¿Podian acudir de nuevo respetuosamente á los piés del Trono con la peticion de derechos, hacer concesiones á cambio de una nueva ceremonia sin valor ninguno, y volver á sus hogares tranquilamente hasta que el Príncipe, al cabo de otros diez años de fraude y de opresion, acudiera á ellos menesteroso de subsidios para pagarles su nueva candidez con nuevo perjurio? Era forzoso escoger entre fiarse del tirano ó vencerlo. Creemos que la eleccion de nuestros antepasados fué digna y prudente.

Los abogados del Rey, como los de tantos otros malhechores contra los cuales se aducen testimonios irrecusables, se niegan por lo general á entrar en discusion sobre los hechos y se limitan á llamar la atencion acerca de su carácter, acerca de sus virtudes privadas principalmente! ¿Pero Jacobo II carecia de ellas? ¿Acaso Cromwell, al decir de sus más encarnizados enemigos, estaba desprovisto de virtudes? Pero, ¿cuáles son las virtudes atribuidas á Carlos I? El celo religioso, tan profundo como en su hijo, tan estrecho y pueril como en él, con el aditamento de algunas de esas virtudes domésticas que la mitad de las losas sepulcrales de Inglaterra declaran haber tenido en vida aquellos cuyos despojos cubren. ¡Buen esposo! ¡Buen padre! ¿Y esto puede ser parte á librarlo de la responsabilidad de quince años de persecuciones, de tiranía y de perjuros?

Si lo acusamos de haber quebrantado el juramento que prestó el dia de su coronacion, se nos contesta diciendo que fué consecuente y fiel á su esposa! Si lo acusamos de haber abandonado su pueblo á las venganzas despiadadas de un prelado, contestan que asentó sobre sus rodillas á su hijo y



que le besó! Si lo acusamos de haber violado los artículos de la petición de derechos, después de haber prometido guardarlos y cumplirlos á cambio de una cantidad convenida, contestan que asistía puntualmente todas las mañanas, á las seis, á su capilla!

Razonamientos de esta índole, unidos al efecto que produce su retrato vestido á la Van Dyck, su rostro hermoso y su barba, deben haber contribuido de una manera eficaz á darle la popularidad de que goza entre los hijos de la generación presente, no otra cosa.

Por lo que á nosotros respecta, no comprendemos el sentido de la frase tan usual: «Fué hombre virtuoso, pero mal rey,» porque tanto valdria decir que un hombre virtuoso fué padre desnaturalizado, ó que un hombre virtuoso fué pérfido amigo; que juzgando el carácter de un individuo, no podemos dispensarnos de tener en cuenta su conducta en la más importante de las relaciones humanas, y si hallamos que en esta relacion ha sido egoista, cruel y pérfido, lo calificaremos de malo, por mas que sea morigerado en la mesa y devoto hasta el exceso.

Diremos también algunas palabras acerca de un punto que los defensores de Carlos gustan de tratar. Si gobernó mal á su pueblo, dicen, lo gobernó á ejemplo de sus predecesores; si violó los privilegios de sus vasallos, fué porque no se hallaban perfectamente definidos, y no es posible imputarle un acto de opresion cuyo semejante no se halle en los anales de los Tudors. Acerca de esto ha escrito Hume con arte y habilidad tan impropia en un historiador como admirable en un abogado. La respuesta es fácil y breve. Carlos habia consentido en la petición de derechos; habia renunciado al poder

arbitrario que se pretende ejercieron sus predecesores, todo ello mediante sumas de dinero: no tenía, pues, derecho á invocar sus anteriores pretensiones cuando habia renunciado á ellas.

Esto es tan evidente, que parece supérfluo insistir en ello; pero los que saben cuánto se han desnaturalizado los sucesos de aquel tiempo, no hallarán que huelga en este momento una sencilla exposicion de los hechos.

Los enemigos del Parlamento consienten raras veces en empeñar la lucha sobre las grandes cuestiones en litigio, y se contentan con referir algunos de los crímenes y algunas de las locuras é intemperancias á que los trastornos y perturbaciones profundas dan ocasion: lamentan la injusta suerte de Strafford; cubren de invectivas la desenfrenada violencia del ejército; escarnecen los nombres bíblicos de los predicadores; dicen que la Gran Rebelion no produjo más que generales que saqueaban sus distritos, soldados que se enriquecian de los despojos del pueblo, personajes improvisados que hacian su agosto en los bienes de la aristocracia, tomando por asalto sus casas y haciendo leña de sus bosques seculares; pilluelos que rompian á pedradas las vidrieras de las catedrales; cuákeros que se paseaban desnudos á caballo por las plazas; hombres que pedian con grandes voces el rey Jesus, y agitadores estrafalarios que, haciendo púlpito de las cubas y templo de las tabernas, predicaban de la suerte del rey Agag.

Aun cuando estas acusaciones fueran más graves, no alterarian en lo más mínimo el concepto que nos hemos formado de un suceso que por sí solo ha bastado á mudar nuestra situacion política, trocando en ciudadanos de un pueblo libre á los que ántes

de él eran siervos de un tirano. La guerra civil produjo gran cosecha de males, es cierto; mas ellos fueron el precio de la libertad conquistada. ¿Valía la adquisicion lo que costó? El demonio de la tiranía es de tal naturaleza, que ántes de abandonar el cuerpo en que ha vivido lo destroza de tal modo, que los sufrimientos que produce allí donde mora, con ser intensos, profundos y crueles, áun son ménos horribles que aquellos que ocasiona en el momento de dejarlo, cediendo á la fuerza del conjuro.

Si fuera posible que un pueblo educado bajo un sistema de intolerancia y de despotismo derrocara ese sistema sin cometer actos de crueldad y de locura, caerian por su base la mitad de nuestras objeciones contra el poder absoluto, y por lo ménos tendríamos que reconocer que no produce ningun efecto pernicioso en el carácter intelectual y moral de los pueblos. Deploramos las violencias que son el séquito de las revoluciones; pero cuanto más grande es la fuerza de sus embates, más nos persuadimos de su necesidad; que la intensidad de la violencia está siempre en relacion con la barbarie y la ferocidad del pueblo, y éstas con la opresion y el rebajamiento en que ha vivido. Así sucedió durante la guerra civil de Inglaterra. Los jefes de la Iglesia y del Estado recogieron la cosecha de lo que sembraron. El gobierno habia cerrado la puerta á toda discusion y hecho cuanto pudo para mantener al pueblo en la ignorancia de sus deberes y de sus derechos. La retribucion fué natural y justa, y si los gobernantes sufrieron las consecuencias de la ignorancia popular, fué porque ellos mismos arrojaron al abismo la llave de los conocimientos. El pueblo los atacó á todos con furor ciego, es cierto; pero tambien lo es que ellos le habian vendado ántes los ojos.

Es lo propio de las revoluciones presentar siempre á la vista su lado malo. Los hombres han menester de libertad algun espacio ántes que sepan usar de ella. Así vemos que son sobrios los que habitan en parajes abundantes de viñedo, y que la intemperancia reina en aquellos climas que no producen la vid. Por tal manera, puédese comparar un pueblo nuevamente libertado, con un ejército que viniera del Norte y acampara en las orillas del Rhin ó del Guadalete; porque los soldados que nunca gustaron del precioso licor, al tenerlo en abundancia se entregan á la embriaguez; mas luego el uso les enseña prácticamente la moderacion, y basta algun tiempo para trasformar en hombres sobrios y morigerados á los que en un principio estaban ebrios en toda ocasion. Del propio modo los frutos definitivos y permanentes de la libertad son la sabiduría, la moderacion y la clemencia. Sus efectos inmediatos son las más de las veces crímenes atroces, combates terribles de unos errores con otros, engendrar el escepticismo en orden á cuestiones evidentes, y formular pretensiones dogmáticas sobre aquellos puntos que se antojan más misteriosos. En ese momento es cuando sus enemigos se complacen mostrándola con el dedo; y derribando los andamios que rodean el no concluido edificio, dejan al descubierto nubes de polvo, materiales diseminados, desorden é irregularidad por todas partes, y preguntan con despreciativa sonrisa: ¿dónde está la magnificencia y la belleza prometida? Si tan miserables sofismas pudieran prevalecer, ciertamente no existiria en el mundo ni un buen gobierno ni una buena casa.

El Ariosto refiere la historia de una hada que, por ley misteriosa de su destino, parecia en ciertas épo-

cas del año bajo la forma de venenosa serpiente, recobrando luego la hermosura celestial que le era propia, y que, entónces, aquellos que la hicieron mal en el período de su trasformacion en reptil repugnante, quedaban excluidos para siempre de las mercedes que podia dispensar, miéntras hacía objeto de su predileccion á cuantos la protegieron ó se dolieron de su mal, colmándolos de bienes y de felicidad, y dándoles ventura en amor y en lides. La libertad es un espíritu igual. La vemos á las veces trasformada en asqueroso reptil, arrastrando sus anillos por el suelo, dando silbidos que ponen miedo en el corazon, y clavando sus dientes é inculcando su ponzoña. Pero, ¡ay de aquellos que intenten aplastar su cabeza! ¡Dichosos de aquellos que, á pesar de su forma repugnante, la dejan pasar sin causarle daño, porque ellos recibirán la recompensa cuando llegue la hora de su hermosura y de su gloria!

Solo hay un remedio para los males que produce la libertad recién conquistada, y es la libertad misma. Cuando un preso sale por primera vez de su calabozo, no puede soportar la luz del dia, ni distinguir los colores, ni reconocer los objetos. Pero el remedio no consiste entónces en volver á encerrarlo en más lóbrega prision, sino es en acostumbrarlo lentamente á la luz. El resplandor de la libertad deslumbra y trastorna en un principio á los pueblos que han pasado largo tiempo en las tinieblas de la servidumbre; mas, si persisten con los ojos abiertos, luego se familiarizan con él. Con el tiempo los hombres aprenden á razonar; la violencia de las opiniones se calma y se sosiega; las contrarias teorías se corrigen recíprocamente; los elementos dispersos de la verdad cesan su lucha y se funden, y

el orden y la justicia, erigidos en sistema, surgen del caos.

Los políticos de la época presente acostumbran á establecer como principio de verdad incontrovertible y evidente por sí misma, que ningun pueblo debe ser libre ántes de hallarse en aptitud de usar de su libertad; máxima digna de aquel loco que determinó de no echarse al agua hasta saber nadar, porque si los hombres hubieran de aguardar la libertad hasta que el ejercicio de la esclavitud los hiciera dignos de ella por su prudencia y su virtud, esperarían siempre en vano.

Hé aquí por qué precisamente aprobamos la conducta de Milton y de los hombres honrados que, á despecho de cuanto había de repugnante y de ridículo en la conducta de sus aliados, permanecieron fieles á la causa de las libertades públicas. No creemos que nadie haya acusado al poeta de tomar parte en los censurables excesos de su época; en cambio, condenan sus enemigos la línea de conducta que adoptó respecto de la ejecucion del Rey. Por lo que á nosotros respecta, reprobamos la sentencia de Carlos; pero también diremos, impulsados de la justicia que debemos á los hombres eminentes que en ella tomaron parte, y sobre todo á Milton que la defendió, que nada es más absurdo que las recriminaciones bajo cuyo peso se abrumba á los regicidas desde hace ciento sesenta años. (1) Nos hemos abstenido constantemente de apelar á cierto orden de ideas, y no recurriremos ahora á ese medio; pero si volveremos á recordar el caso análogo de la Revolucion, preguntando: ¿Qué dife-

---

(1) Este ensayo se publicó la primera vez en la *Edinburgh Review* de Agosto de 1825.

rencia esencial existe entre la ejecucion del padre y el destronamiento del hijo? ¿Cuál es la máxima constitucional que se aplica al primero y no al segundo? Si el rey no puede causar mal ninguno, tan inocente fué Jacobo como pudo serlo Cárlos. Si sólo es responsable de los actos del monarca su ministro, ¿por qué no acusar á Jefferies, dejando libre á Jacobo? Si la persona del rey es sagrada é inviolable, ¿podrá decirse que así fué considerada en la batalla de la Boyne? Porque se nos antoja que se halla muy cerca de ser regicida el que manda hacer fuego sobre las masas en que sabe se halla su rey. No debe olvidarse nunca tampoco que Cárlos fué condenado á muerte por aquellos á quienes habia exasperado su conducta hostil por muchos años, por hombres que nunca estuvieron unidos á él con otros vínculos que los que le unian á los demas ciudadanos, miéntras los que destronaron á Jacobo, y sobornaron su ejército, y lo hicieron abandonar de sus amigos, y comenzaron por aprisionarlo en su palacio, concluyendo por expulsarlo de él, no sin atormentarlo ántes y vejarlo de una manera brutal, y lo persiguieron á sangre y fuego hasta los confines de su imperio, y ahorcaron y arrastraron y desuartizaron á sus parciales, y condenaron á muerte civil á su inocente heredero, eran su sobrino y sus dos hijas. Cuando reflexionamos acerca de estas cosas no podemos explicarnos cómo las mismas personas que el 5 de Noviembre dan gracias al Señor por haber conducido maravillosamente á Guillermo hasta las gradas del trono, dándole la victoria en todas partes, pueden temer el 30 de Enero que la sangre del rey mártir caiga sobre sus cabezas y las de sus hijos.

Desaprobamos, lo diremos una vez más, la eje-

cucion del rey Cárlos, no porque la Constitucion declare al rey exento y libre de responsabilidad; que bien sabemos que estas máximas, por excelentes que sean, tienen á las veces sus excepciones; ni tampoco porque el carácter del monarca decapitado nos inspire la menor simpatía; que su sentencia de muerte lo definia con perfecta justicia calificándolo de «tirano, traidor, asesino y enemigo del pueblo,» sino porque nos hallamos íntimamente persuadidos de que el regicidio fué muy perjudicial á la libertad. La persona de Cárlos era una garantía, y al desaparecer, los realistas trasmitian sus derechos en toda su integridad á su hijo, que estaba libre. Los presbiterianos no hubieran podido reconciliarse nunca por completo con el padre; mas contra el hijo ningun odio tenian. Por otra parte, la gran mayoría del país se mostró tan opuesta á la ejecucion de Cárlos I, que, áun siendo inmotivada su actitud, ningun gobierno podia arrostrarla sin cometer grave imprudencia.

Pero así como hallamos censurable la conducta de los regicidas, la de Milton nos aparece bajo muy distinto aspecto. No era posible resucitarlo. El mal estaba hecho; lo prudente, lo patriótico, era atenuarlo. Eso hizo Milton. Así es que al propio tiempo que hallamos censurable la conducta de los jefes del ejército por no haber cedido á las corrientes de la opinion pública, reputamos digna de alabanza la del poeta por haber tratado de cambiar su curso. El propio impulso que nos hubiera vedado cometer el acto, nos habria movido, una vez perpetrado, á defenderlo y preservarlo de los trasportes de servilismo y de supersticion del pueblo inglés. Por amor á las libertades públicas, hubiéramos deseado que no se hiciera lo que la nacion desaprobaba; mas, tam-



bien por amor á las libertades públicas, hubiéramos querido que la nacion aprobase lo hecho.

Si alguna justificacion hubiera necesitado Milton, el miserable libro de Salmasio hubiera proveido á ella, inspirando la refutacion que se contiene en el *Aeneæ magni dextra*. La obra de Salmasio no pasa hoy, con justicia, sino por una advertencia á los charlatanes literarios que aspiran á trasformarse en hombres de Estado; pero entónces no era así, ni la generalidad de las gentes alcanzaba la distancia que separa al erudito del filósofo político. Además, y en este punto no es lícita la duda, un tratado suscrito por el nombre de un crítico tan eminente como era su autor y que atacaba los principios fundamentales de todos los gobiernos libres, hubiera producido peligrosos efectos en el espíritu público quedando sin respuesta.

Otro de los puntos que los enemigos de Milton se complacen en tratar, es el de su conducta durante la administracion del Protector. Cierto es que á primera vista se antoja extraordinario que el adorador apasionado de la libertad aceptase un empleo bajo un usurpador militar; pero no lo es ménos tambien que las circunstancias en que á la sazón se hallaba el país eran todas extraordinarias. La ambicion de Oliverio Cromwell no era una ambicion vulgar; nada indica, por otra parte, que hubiera deseado el poder absoluto; comenzó combatiendo sinceramente y con denuedo por el Parlamento, y no lo abandonó hasta que el Parlamento faltó á sus deberes; si lo disolvió de una manera violenta, fué cuando se apercibió de que los individuos que áun quedaban en él, al cabo de tantas muertes, renunciaciones y expulsiones, querian levantarse con un poder del cual sólo eran depositarios, para imponer á su

patria una oligarquía veneciana; y cuando, despues, se vió á la cabeza de los negocios por la fuerza de las circunstancias, no sólo no se alzó con la dictadura, sino que dotó á su patria de una Constitucion infinitamente más perfecta que todas cuantas hasta entónces se conocian en el mundo, reformando el sistema representativo de tal modo, que mereció los elogios del mismo lord Clarendon. Pidió, es cierto, que su lugar fuese el primero en el Estado; pero con un poder y facultades que no excedian de las de un stathouder holandes ó de un presidente americano. Dió voto al Parlamento en la eleccion de los ministros; le abandonó por entero el poder legislativo sin reservarse el veto sobre sus actos, y no exigió que la primera magistratura de la nacion fuera hereditaria en su familia. Si hasta aqui se examinan imparcialmente las circunstancias y las ocasiones de engrandecerse en que se halló Cromwell, parécenos que nada perderá si se le compara con Bolivar ó con Washington. Si, despues, á su moderacion hubieran respondido con la moderacion debida, es lógico pensar que no se hubiera apartado de la línea de conducta que se trazó á sí propio en un principio; mas al apercibirse de que sus Parlamentos discutian su autoridad, y de que corria gravísimo peligro de verse despojado del poder tan restringido que tenia y que era absolutamente indispensable á su seguridad personal, fuerza es convenir en que adoptó una política más arbitraria.

Sin embargo, persuadidos como lo estamos de que las intenciones de Cromwell fueron honradas al principio, de que si se apartó luego de la noble y digna línea de conducta que se trazó, fué forzado de circunstancias irresistibles; de que la capacidad y

la energía de su brillante administracion fué admirable, como no abogamos por la causa del poder absoluto, áun en manos del Protector, diremos que una buena Constitucion vale infinitamente más que el mejor de los déspotas. Añadiremos, en descargo de Cromwell, que las circunstancias aquellas lo eran de prueba, los momentos difíciles por todo extremo, y la violencia de las querellas políticas y religiosas tan incontrastable, que hacía imposible fundar nada bueno y permanente, y habia que escoger, no entre Cromwell y la libertad, sino entre Cromwell y los Estuardos.

Nadie podrá dudar de la buena eleccion de Milton cuando se comparan con imparcialidad los sucesos del Protectorado con los de los treinta años siguientes, que fueron los más tristes y vergonzosos que registran los anales ingleses. Cromwell asentaba positivamente los cimientos de un sistema admirable, por más imperfecto que fuese su modo de proceder. Jamás ántes se habia gozado de la libertad religiosa y de discusion como entónces; jamás estuvo el honor nacional mejor defendido en el exterior, ni resplandeció más vivamente el imperio de la justicia en el interior; y hubiera sido difícil excitar el resentimiento de aquel usurpador liberal y magnánimo á no extremar la oposicion contra él, llegando hasta la rebeldía. Las instituciones que creó, tal y como se hallan consignadas en el *Instrument of Government* y en la *Humble petition and advice*, son excelentes. En la práctica se alejó con frecuencia, fuerza es reconocerlo, de la teoría de estas instituciones; pero, si hubiese vivido algunos años más, es probable que sus instituciones hubieran pasado á la posteridad y que sus prácticas arbitrarias pasaran con él. Y como su poder no se hallaba con-

grado por añejas preocupaciones, sino que se mantenía únicamente por sus altas prendas personales, de aquí que nada debiera temerse de un segundo Protector, á ménos que no reuniera las condiciones de un segundo Cromwell. Los acontecimientos que siguieron á su muerte son la justificación más completa de los que se esforzaron por sostener su autoridad, porque con su muerte se destruyó todo el edificio social: el ejército se sublevó contra el Parlamento, y los diversos cuerpos del ejército, unos contra otros; cada secta cubrió de invectivas á las demas; cada partido conspiró contra sus rivales, y los presbiterianos, ganosos de vengarse de los independientes, sacrificaron su propia libertad y abjuraron de todos sus principios; y sin atender á lo pasado, sin exigir una sola garantía para lo porvenir, pusieron su libertad á los piés del más frívolo y frío de los tiranos.

Entónces fué aquel tiempo que no puede recordarse sin rubor; tiempo de servidumbre y de vasallaje sin fidelidad; de sensualismo y licencia sin amor; de talentos pigmeos y de vicios gigantes; paraíso de corazones frios y de inteligencias mezquinas y vulgares; edad de oro de la bajeza, de la hipocresía y del servilismo; cuando el rey se humillaba á su rival para mejor hollar y abatir á su pueblo, y se hacia á manera de virey del monarca frances, para de esta suerte recibir sus mandatos, sus insultos y su oro, más degradante aún que sus ultrajes; cuando las coqueterías de mujeres sin pudor y las burlas de los bufones regian la política del Estado; cuando el gobierno sólo tenía aptitud para engañar y religion para ser intolerante y perseguidor; cuando los principios de libertad fueron objeto de escarnio para los palaciegos; cuando en

todos los lugares habitados por los partidarios de los Estuardos se adoraba á Carlos y á Jacobo juntamente en el mismo altar, y se envolvía en nubes de incienso á estos nuevos Belial y Moloch, y cuando la Inglaterra, para hacerse propicios ambos vergonzosos ídolos, sacrificaba en sus aras la sangre de los más nobles y bizarros de sus hijos; y de esta suerte el crimen siguió al crimen como la sombra al cuerpo, y la infamia á la infamia, hasta que los Estuardos, maldecidos de Dios y de los hombres, fueron expulsados por segunda vez para ir á errar por el mundo y concluir siendo el escarnio de las gentes.

La mayor parte de las observaciones que acabamos de hacer en orden al carácter público de Milton, le son sólo aplicables en su calidad de parte de un gran todo; y á fin de que resalten y sobresalgan más algunos de los rasgos que lo distinguen de sus contemporáneos, vamos á recorrer rápidamente los bandos que á la sazón dividían el mundo político. Ante todo diremos que nuestras observaciones van enderezadas tan sólo á los que sinceramente se hallaban afiliados á su respectivo partido, no á ciertas gentes que lo parecían sin estarlo en realidad, porque sabido es que en los tiempos de alteración y de trastorno sigue á las facciones políticas como á los ejércitos en Oriente gran muchedumbre de vagabundos, gente inútil y cobarde, que busca arriño y protección, que siempre merodea entre los despojos, y que se halla dispuesta en toda ocasión de adversa suerte á desertar del campo en que medró para pasarse al contrario y ayudar al enemigo en daño del antiguo protector, si así conviene. En la época de que hablamos abundaban en Inglaterra esos políticos inconstantes y egoístas, que así

daban como negaban su apoyo á todos los gobiernos sucesivamente, que así se arrastraban á los piés del rey en 1640, como lo escarnecian en 1649; que así aplaudian cuando Cromwell era proclamado en Westminster, como cuando lo desenterraban para ahorcarlo en Tyburn, y que así hacian una cosa como otra, como todas, segun las circunstancias y los tiempos y las conveniencias de su estómago, sin asomo de vergüenza, sin pudor alguno, sin asco de sí propios. No es de esa gente depravada y despreciable de la que vamos á tratar, sino de los partidos políticos, juzgándolos por los hombres que militaban en ellos y merecian ser calificados de verdaderos hombres de partido.

Mencionaremos primero á los puritanos, que constituyen, tal vez, la más notable agrupacion que se haya formado en el mundo. Las partes odiosas y ridículas de su carácter aparecen en la superficie, y es fácil advertirlas á primera vista, como lo han notado varios observadores atentos y no nada benévolo por cierto. Durante algunos años, y ya bien entrados los de la Restauracion, fueron el punto de mira de las burlas y de las invectivas más acerbas por parte de la prensa y de los autores dramáticos. Bueno es advertir que nunca fué mayor tampoco la licencia del teatro y de la prensa, y que por tanto los dardos llevaban triple esencia de veneno. Los puritanos no eran hombres de letras; como partido, eran impopulares, y ni podian defenderse de los ataques de que eran objeto, ni el público queria tomarlos bajo su proteccion, quedando, por lo tanto, abandonados á la sátira sin misericordia. La sencillez afectada de su traje, su aspecto sombrío, su pronunciacion nasal, su rígido continente, sus oraciones interminables, sus nombres rebuscados entre

los del pueblo hebreo, las frases bíblicas que citaban á todo propósito, su menosprecio de la ciencia humana y la manera de horror en que tenían las distracciones elegantes, prestaban materia copiosa á las burlas de los escritores satíricos; pero no es sólo en los escritores satíricos en los que se debe aprender la filosofía de la historia, sino que ántes hemos de preservarnos de la maléfica y poderosa influencia del ridículo que á tantos publicistas de cuenta ha logrado extraviar, recordando aquellos versos que dicen:

Ecco il fonte del riso, ed ecco il rio  
 Che mortali perigli in se contiene;  
 Hor qui tener a fren nostro desio,  
 Ed esser cauti molto a noi conviene.

En efecto, los que enardecieron el espíritu de la nación para resistir la tiranía; los que dirigieron su política durante una larga serie de años azarosos; los que formaron de materiales que nada bueno prometían el ejército más hermoso que haya visto nunca la Europa; los que abatieron al monarca, á la Iglesia y á la aristocracia, y que, aparte de los cortos intervalos señalados por revueltas y tumultos interiores, hicieron temible el nombre de Inglaterra á todas las naciones del universo, no eran por cierto fanáticos vulgares. La mayor parte de sus extravagancias consistía en los signos y en los emblemas exteriores, insignias propias de la masonería ó de las órdenes monásticas. Nos duele que los emblemas y los distintivos de los puritanos no hayan sido gratos á la vista, y más aún que una facción, al valor y talento de cuyos miembros la humanidad es deudora de tan incalculables bienes, no haya participado de la distincion de maneras y de la exquisita elegancia que caracterizó á varios de los

parciales de Cárlos I, ni de la cortesía y de la apostura tan familiares de los de Cárlos II, y que dieron á su corte tanta celebridad en Europa; mas, si hemos de escoger entre unos y otros, haremos como Bassanio en la comedia, apartando la vista de los cofres, artística y primorosamente trabajados, que contenian objetos repugnantes, y optaremos por el modesto cofre de plomo que guarda un tesoro.

Los puritanos eran hombres cuyo espíritu se inspiraba constantemente en la contemplacion asidua de los séres superiores y de los intereses eternos, y que no satisfechos con reconocer en términos generales el gobierno de la Providencia, atribuian todos los acontecimientos á la voluntad del Sér Supremo, á cuyo poder nada resiste y á cuya vigilancia nada escapa. A su parecer, el objeto de la existencia es conocerlo, servirlo, amarlo y gozar de él; rechazaban desdeñosamente las ceremonias que otras sectas sustituian á la pura adoracion del alma, y en vez de entrever la Divinidad velada entre nubes de incienso, aspiraban á contemplarla en todo su esplendor y á estar en directa comunicacion con ella. De aquí su desprecio por las pompas y grandezas terrenales, y de aquí tambien que las diferencias entre los grandes y los humildes y abatidos, desaparecian á su vista comparándolas con el espacio infinito que separaba la raza humana de aquel en quien tenian puestos constantemente los ojos. No reconocian otros títulos á la superioridad que el favor del cielo, y seguros de él, menospreciaban todos los goces y todas las dignidades del mundo. Si no conocian las obras de los filósofos y de los poetas, habian estudiado á fondo los oráculos de Dios. Si sus nombres no parecian en los registros de los reyes de armas, se hallaban inscritos en el libro de la vida, y si no



les seguía numeroso séquito de servidores lujosamente ataviados de magnífica librea, los servían legiones enteras de ángeles y serafines. Sus palacios eran moradas construidas sin la intervención de la mano del hombre, y sus coronas de gloria eterna. Despreciaban á los ricos, á los oradores, á los nobles y á los sacerdotes, porque se reputaban ricos de más finos y abundantes tesoros, elocuentes en más sublime lenguaje, ilustres de más antiguo abolengo, y sacrificadores por la imposición de mano más eficaz y poderosa. El último de los puritanos era un sér á cuyo destino se unía importancia misteriosa y terrible, como que los espíritus de luz y de tinieblas contemplaban con inquieto afán y solicitud extrema sus menores acciones, y que ántes de que cielo y tierra fuesen hechos, había sido designado para entrar en posesión de una felicidad incomparable que duraría más aún que tierra y cielo. Los acontecimientos que los políticos de corto alcance atribuían á causas puramente mundanas, habían sido dispuestos para él; los imperios se habían levantado, prosperado y caído para él, y para él había proclamado su voluntad el Altísimo, valiéndose de la pluma del Evangelista y del arpa del Profeta. No había escapado á las garras de un enemigo vulgar, merced á un libertador vulgar; no había sido rescatado por las ansias de una agonía humana, ni merced á la sangre de un sacrificio terrestre, sino que por él se había velado el sol, y rasgándose el velo del templo, y desgajándose las rocas, y resucitado los muertos y estremecidose toda la naturaleza al dolor y los sufrimientos de su Dios espirante.

Constaba, pues, el puritano de dos individualidades diferentes: una toda humildad, arrepentimiento, gratitud y amor; otra, toda altivez, energía, calma

y sagacidad: se prosternaba en el polvo para adorar á su Creador; pero ponía el pié en el cuello á su rey para abatirlo. En su místico retiro rezaba con llanto en los ojos, entre gemidos y convulsiones, y casi perdía la razón entreviendo los fantasmas radiantes ó terribles que forjaba su imaginación exaltada; oía pulsar las arpas celestiales y los murmullos tentadores de los demonios, y percibía clara y distinta la bienaventuranza, y salía de su éxtasis espantado como si despertara de horrible pesadilla en que hubiera sentido el calor de las llamas infernales. Como Vane creía empuñar el cetro milenarío, y como Fleetwood se lamentaba con amargura de que Dios le había ocultado su faz. Pero cuando tomaba asiento en el Consejo ó ceñía la espada de batalla, las pasadas tempestades del alma no parecían haber dejado huella en él. Por eso, los que no veían en los *santos* sino es su extraña figura, ni oían sino es sus gemidos y sus lamentaciones y sus cánticos místicos, podían en verdad burlarse de ellos; mas en la sala de las deliberaciones ó en la guerra no daban ocasión á esto, porque la serenidad de su juicio y la inflexibilidad de su resolución eran incomparables; circunstancias que han dado lugar á que algunos publicistas las creyeran en desacuerdo con su celo religioso, siendo, por el contrario, efecto natural, consecuencia precisa de él. La intensidad de sus emociones en un punto determinado como que adormecía las demás partes de su organismo, dominando la fuerza de un sentimiento de la piedad, del odio, de la ambición y del temor. A sus ojos la muerte no era terrible, ni el placer ofrecía seducción á sus sentidos; sonreían y lloraban, gozaban y sufrían, mas no por cosas mundanas: el entusiasmo los había transformado en estóicos, pu-

rificado sus almas de pasiones vulgares y elevádoslos á una altura donde no alcanza la influencia de la corrupcion, y aunque pudiese á veces arrastrarlos á perseguir un fin que no fuera prudente, los medios que ponian en juego lo eran siempre. Como Talo, el férreo azote de sir Artegal, iban por el mundo derribando los opresores y confundiéndose con los séres humanos; pero sin participar de sus dolencias y flaquezas, insensibles al cansancio, al placer y al sufrimiento, impenetrables al acero é irresistibles de tal suerte que ningun vultadar era parte á contenerlos.

Hé aquí lo que á nuestro parecer constituyó el carácter de los puritanos. Sus modales eran ridiculos; su sombría tristeza y sus costumbres domésticas extrañas por extremo; el equilibrio de su espíritu se resentia, á las veces, de los esfuerzos que hacian para profundizar más de lo que pueden los mortales, cayendo con frecuencia en el peligroso defecto de la intolerancia y de la austeridad más extravagante, y acabaron por tener sus anacoretas y sus cruzados, sus Dunstans y sus Montforts, sus Domingos de Guzman y sus Escolares; mas todo bien considerado, y á pesar de ello, necesario es reconocer que constituyeron un cuerpo vigoroso, prudente, honrado y útil.

Abrazaron los puritanos la causa de la libertad política principalmente porque era la de la religion. Hubo otro partido poco numeroso, pero ilustre por su capacidad y su ciencia, que enderezaba sus pasos al propio fin que los puritanos, si bien por camino diferente: nos referimos al que Cromwell tenia la costumbre de apellidar *Pagano*, y en el cual militaban hombres que, para definirlos en el lenguaje de la época, sería preciso llamar Tomistas

incrédulos ó Galios indiferentes en materia religiosa; pero que tenían el fanatismo de la libertad, é inflamados con el estudio de la literatura antigua, tomaban por idolo su país, y por ejemplo los héroes de Plutarco. Tuvieron cierta semejanza con los *bristotinos* de la revolucion francesa; pero no es fácil establecer una línea divisoria entre los Paganos y los Santos, sus devotos asociados, cuyo tono y maneras gustaban de remedar á las veces cuando así les convenia, logrando hacerlo con tal perfeccion y tan fácilmente, que en más de una circunstancia lo hicieron sin apercibirse de ello.

Pasemos ahora á los realistas. Trataremos de ellos con la misma sinceridad y buena fe que lo hemos hecho de sus contrarios los puritanos. No haremos responsable á todo un partido de la conducta desenfadada y abyecta de los lacayos, de los tahures y de los asesinos, á quienes la esperanza del botin y de la licencia atraia de todos los antros de Whitefriars al cuartel general de Carlos I, cuyas banderas deshonraron con sus excesos; excesos, dicho sea de paso, que jamás consintió la rigurosa disciplina de las tropas del Parlamento. Para hablar de los realistas, escogeremos tipos honrados; y, en efecto, áun persuadidos como lo estamos de que la causa del rey era la causa de la tiranía y de la supersticion, no podemos por ménos que considerar con viva complacencia el carácter hidalgo de los antiguos caballeros, sobre todo comparándolos con los instrumentos que los déspotas de otros pueblos se ven forzados á emplear en su servicio; con los autómatas que pueblan sus antecámaras y los genízaros que les dan la guardia. Los realistas ingleses no eran cortesanos sin corazon ni dignidad, de esos que pasan la vida saludando á cada paso y sonriendo

neciamente á cada palabra del amo; no eran tampoco aparatos de destruccion forrados de uniformes, adiestrados á palos, valientes por exceso de vicio y que así defendieran sin amor el trono, como exterminaran sin odio á sus enemigos, sino es hombres libres aunque sometidos, nobles hasta en la degradacion, penetrados del sentimiento de la independencia individual, extraviados, es cierto, pero no por móviles bajos ni egoistas. La compasion que sentian por su rey, excitada por el romanticismo de la empresa que acometian al defenderlo, el honor, las preocupaciones de la infancia, los venerables nombres que ostentaban, todo, hasta sus mismos defectos, era parte eficaz á enaltecerlos y á aumentar el prestigio de que gozaban, y aún más cuando se les veia como al Caballero de la Cruz Roja batirse con denuedo persuadidos de que lo hacian por una deidad oprimida, siendo una pérfida hechicera la que avasallaba sus pensamientos, subyugaba sus corazones y armaba sus brazos.

Estaban equivocados. No estudiaron el problema político. Así y todo, no tanto se batian por un rey pérfido y una Iglesia intolerante, como por las antiguas banderas de la patria que flotaron gloriosas en cien combates sobre los cascos de sus antepasados, y por los altares al pié de los cuales recibieron la fe de sus esposas; recuerdos que confundian con la causa del monarca. Sus opiniones no podian ser más erróneas; pero no es ménos cierto que poseian en alto grado las dotes que forman el más bello ornamento de la vida privada, de que carecian casi por completo sus adversarios, y que con muchos de los defectos de la *Mesa Redonda* tenian muchas de sus virtudes: la cortesía, la generosidad, la veracidad, la ternura y el respeto hácia la

mujer. Su instruccion era más profunda y más culta que la de los puritanos, sus modales más distinguidos, su carácter más afable, sus gustos más selectos y sus casas más elegantes y alegres.

No pertenecia Milton á los realistas, ni á los librepensadores, ni á los que defendieron al rey, ni á los que encendieron y propagaron en la nacion el fuego de la resistencia; pero reunia en sí las nobles cualidades de todos los partidos, combinándolas y armonizándolas en su carácter, cual si hubiera escogido y apropiádose cuanto habia de bueno y de grande en el Parlamento y en la corte, en los claustros y bajo los arcos góticos, en las lúgubres y sepulcrales asambleas de las *Cabezas redondas* y en las fiestas de los caballeros, y rechazaba léjos de sí los elementos nocivos ó viciados que pudieran manchar los elementos puros. Del propio modo que los puritanos vivia «siempre cual si estuviera contemplándolo su divino Maestro,» y del propio modo que ellos tenía constantemente ocupada su alma del Juez Todopoderoso y de la recompensa eterna. Así, llegó á poseer su menosprecio de las circunstancias exteriores, su valor, su tranquilidad y su resolucion inflexible; pero el escéptico más frio y más profano corria mayor riesgo que no él de contagiarse de sus fanáticas ilusiones, de sus maneras brutales, de su ridicula fraseología, de su desden por la ciencia y de su odio á los placeres. Al propio tiempo, y siendo enemigo declarado de la tiranía, se hallaba en posesion de cuantas cualidades amables y distinguidas monopolizaba casi exclusivamente el partido del tirano. Ninguno de sus contemporáneos apreciaba mejor que él la literatura, ninguno tenía gusto ni aficiones más delicadas, ni refinamientos más caballerescos en materia de honra y de amor.

Sus opiniones eran democráticas; pero sus gustos y sus hábitos se acordaban sobre todo con la monarquía y la aristocracia, de tal manera que se halló siempre bajo la influencia de aquellos impulsos exageradamente nobles y generosos que arrastraron á tantos extravíos á los antiguos caballeros, sin caer, sin embargo, bajo su yugo, como que era su dueño y árbitro y no su esclavo. A la manera del héroe de Homero, gozaba de todos los placeres de la fascinación sin fascinarse; oía el canto de las sirenas sin que lograran arrastrarlo á sus orillas; bebía en la copa de Circe, pero llevaba consigo siempre un antídoto infalible contra los efectos del brebaje encantador. Por tal manera las ilusiones que cautivaban su fantasía no lograban atacar nunca las facultades de su razón, y el hombre político se halló siempre en aptitud de resistir al esplendor, á la grandeza, á la solemnidad y al romanticismo que seducían al poeta. Cuantos hayan observado el contraste que existe entre los sentimientos expresados en su libro sobre el *Puritanismo*, y los versos tan dulces y delicados que le inspiraron la música y la arquitectura religiosa en el *Penseroso*, que pareció hácia el mismo tiempo, comprenderán lo que queremos decir; consecuencia que, más que otra cosa, eleva su carácter á nuestros ojos, al demostrar las inclinaciones y los gustos personales que sacrifica para realizar lo que considera su deber para con la humanidad. Tal es la lucha de Otelo: su corazón flaquea, pero no su mano; no procede por odio, sino es por honra; así es que abraza á la pérfida antes de inmolarla.

Fáltanos todavía decir algunas palabras en orden á la cualidad que prestaba al carácter público de Milton tan grande y original esplendor. Porque

si trabajó para derribar un rey perjuro y una jerarquía tiránica, lo hizo de concierto con los demás; pero lo que hizo solo, aisladamente, fué trabar batalla con los antiguos errores para conquistar la libertad más preciada y ménos comprendida entónces: la del humano espíritu, y por eso le pertenece íntegra esta gloria. Sus contemporáneos alzaban la voz con grande estruendo contra el impuesto de los buques y la Cámara estrellada; pero muy pocos podían darse cuenta entónces de los males más terribles aún que producía la servidumbre moral é intelectual, ni preveían los beneficios que resultarían de la libertad de la prensa y del ejercicio del libre exámen. Y esto era lo que Milton consideraba con harta razón como lo más importante. Por eso quería que la nación tuviese la libertad de pensar por sí misma y la de imponerse sus contribuciones, del propio modo que deseaba verla emancipada del imperio de las antiguas preocupaciones y del yugo del rey Carlos; viendo con pena de su parte que aquellos que, movidos de las mejores intenciones, daban de lado á estos proyectos de reforma y se contentaban con destronar al rey y perseguir á los sospechosos, procedían como los desacordados hermanos de su poema, que en su prisa de dispersar el séquito del encantador se olvidaban de libertar á la cautiva, sin advertir, cuando sólo pensaban en vencer, que hubieran debido pensar también en conjurar el hechizo.

«¡Cuán engañados estuvisteis! Hubierais debido arrancarle de las manos la vara mágica y atarlo fuertemente, porque si no haceis esto, y no pronunciais las palabras del conjuro, no será posible que destruyamos el encanto ni que liberteis á la dama



que, muda é inmóvil, espera encadenada con férreas ligaduras (1).»

Arrancar la vara mágica, pronunciar el conjuro, romper las ligaduras que ataban al yugo de la servidumbre á todo un pueblo, tal era el noble propósito de Milton. Todo su programa político está expresado en esas palabras. Para verlo realizado se unió á los presbiterianos, y los abandonó despues. Estuvo á su lado en el momento de la lucha y del peligro; pero se apartó con desprecio de ellos al considerar cuán insolentes y altivos los tornaba la victoria, y cuán hostiles se mostraban á la libertad del pensamiento despues de haber triunfado de los enemigos de esta idea. Entónces se unió á los independientes y excitó á Cromwell para que rompiera la cadena secular y emancipara la libertad de conciencia de las garras del lobo presbiteriano. Con la vista fija en este objeto, atacó el sistema de la censura en aquel sublime tratado que todo estadista debiera tener siempre presente, y combatió, no tanto los abusos particulares, como los errores profundamente arraigados en que se fundan casi todos ellos, á saber: el culto servil de los hombres eminentes y el desacordado temor á toda innovacion.

Para quebrantar más eficazmente el fundamento de estas preocupaciones, se colocaba siempre en el puesto literario de más peligro. Nunca iba á retaguardia, sino delante de todos, y una vez abierta la brecha se precipitaba por ella á la cabeza de los más bravos. Al iniciarse el movimiento, escribió con

---

(1) Oh, ye mistook! Ye should have snatched his wand  
 And bound him fast. Without the rod reversed,  
 And backward mutters of dissembling power,  
 We cannot free the lady that sits here  
 Bound in strong fetters fixed and motionless.

energía y elocuencia incomparables contra los obispos; pero cuando le pareció que su opinion prevalecería, pasó á otros asuntos y abandonó la prelatura á aquellos escritores que acudian en tropel para insultar á un partido vacilante ya y á punto de caer. Ninguna empresa es más ocasionada á peligros que la de penetrar con la antorcha de la verdad en las cavernas donde toda lobreguez é infeccion tienen su asiento. Para Milton no habia, sin embargo, placer más grande que este; y los mismos que desaprueban sus opiniones, no pueden ménos de reconocer y de admirar el atrevimiento y el valor indomable con que las sostuvo. Abandonó á otros el fácil honor de exponer y mantener cuanto hubiera de popular en su fe religiosa y política, encargándose sólo de plantear y apoyar aquello que la mayoría rechazaba como crimen ó ridiculizaba como paradógico. De esta suerte defendió el divorcio y el regicidio y atacó los sistemas docentes á la moda, semejando así su carrera brillante y bienhechora á la del dios de la fecundidad y de la luz:

Nitor in adversum; nec me, qui cœtera, vincit  
Impetus, et rapido contrarius evehor orbi.

Es lástima que sean tan poco leídas en nuestros dias las obras en prosa de Milton, porque son composiciones que merecen la atencion de cuantos desean conocer el alcance y el vigor de la lengua inglesa; y de tal modo abundan en ellas los pasajes elocuentes, que á su lado parecen débiles los más enérgicos discursos de Burke; como que son cual un recio y doble paño de oro de muy tupida trama y recamado de espesos bordados de lo mismo. Tanto es así, que ni en los primeros cantos del *Paraiso perdido* se elevó el poeta á tanta altura como en algunos períodos de sus obras de controversia, en

las cuales, excitados sus sentimientos con la lucha, se exhalan en magníficas explosiones de entusiasmo lírico y religioso.

Tuvimos el propósito de examinar más de cerca estos escritos, de analizar las particularidades del estilo, de insistir con cierta extension en orden á la sabiduría sublime de la *Areopagitica*, á la nerviosa retórica del *Sconodacta*, señalando de paso algunos pasajes de los más bellos del *Tratado de la Reforma* y del *Ataque contra el remontrant*; pero debemos desistir de ello á causa de la extension que ya hemos dado á nuestras observaciones.

Fuerza es concluir, bien á nuestro pesar, y separarnos de nuestro asunto. Mas es lo cierto, y sirvanos esto de disculpa, que cuando tratamos de Milton y vemos y tocamos sus reliquias literarias, nos parece que vivimos en comunión con él, que penetramos en su modesta vivienda y lo vemos sentado delante del órgano, buscando en vano con sus ojos claros y brillantes la luz del día, y que leemos en los nobles rasgos de su fisonomía la melancólica y altiva relacion de su gloria y de su desgracia. Creemos que, conteniendo la respiracion, escuchamos en silencio sus palabras; parécenos que, en nuestro apasionado respeto por él, caemos de rodillas á sus piés y le besamos las manos y lloramos sobre ellas; adivinamos el celo con que consolaríamos su inmensa desventura, si alma tan noble, tan grande, tan superior hubiera menester de consuelo humano, y el afán con que disputaríamos á sus hijas y á Elwood, su buen amigo, el privilegio envidiable de leerle á Homero, ó de transcribir al papel los inmortales acentos que brotaban de sus labios.

Por más extrañas que puedan parecer estas ilusiones de nuestra fantasía, desearíamos vivamente

que las líneas que acabamos de escribir produjeran iguales impulsos en otras imaginaciones. No tenemos costumbre de rendir tributo de adoracion á vivos ni á muertos; pero hay caracteres que han logrado salir incólumes del exámen más prolijo y de las pruebas más grandes; que han salido puros del crisol y con el peso debido de la balanza; que por aclamacion ha declarado la humanidad de buena ley; que llevan impreso en la frente el sello de Dios, y que Milton era de estos hombres.

La vista de sus obras y el rumor de su nombre nos arroban; sus pensamientos fueron como las flores y los frutos celestiales que, desde los jardines del Paraíso, esparcia sobre la tierra la vírgen mártir de Massinger, y que se diferenciaban de los demas productos del suelo, no tan sólo en su perfume y su sabor incomparables, sino es tambien en el dón milagroso que tenian de fortalecer y de sanar; que su poder y su eficacia así alcanza á producir inefable deleite en el espíritu, como á elevarlo y depurarlo.

De aquí que nos infundan lástima grande aquellos que logran estudiar la vida ó los libros del poeta inmortal y del patricio ilustre sin sentirse movidos á imitarlo, ya que no en las obras sublimes de su ingenio y con las cuales enriqueció la literatura, en el celo con que se consagró al bien público, en el valor con que soportó los sufrimientos personales, en el noble desden, en la sublime indiferencia con que resistió las tentaciones más fuertes y los mayores peligros, en el odio profundo que le inspiraron siempre los fanáticos y los tiranos, y en la fe acendrada y austera que al mismo tiempo tuvo en su patria y en su gloria!

---



## MAQUIAVELO.

---

Difícil, si no imposible, será descubrir en la historia literaria nombre alguno que sea más universalmente odiado que el del hombre cuyo carácter y escritos nos proponemos examinar ahora, tanto, que las expresiones que se emplean de continuo para designarlo parecen implicar que él fué el tentador, el mal espíritu, el revelador de la ambicion y de la venganza, el inventor original del perjurio, y que ántes de que el *Príncipe*, su obra fatal y por todo extremo memorable, viese la luz pública, jamás hubo hipócritas, ni tiranos, ni traidores, ni fingidas virtudes, ni crímenes utilitarios. Tanto es así, que un autor asegura con la mayor gravedad que Mauricio de Sajonia inspiró su fraudulenta política en libro tan execrable; que otro ha hecho la peregrina observacion de que los sultanes se han tornado más sanguinarios desde que pareció en turco la traduccion del *Príncipe*; que lord Lyttelton hace responsable al pobre florentino de las repetidas traiciones de la casa de Guisa y de la matanza de San Barto-

lomé, y que no pocos publicistas han dejado entrever que la conspiración de la Pólvora debe atribuirse á sus doctrinas en primer lugar, debiéndose por esto, en justicia, sustituir con su retrato el de Guy Faux en esas procesiones con las cuales celebra la discreta juventud de Inglaterra el aniversario de la conservación de los tres poderes. A su vez, la Iglesia católica ha condenado sus obras. Los ingleses no le han ido á la zaga, y se han servido de su nombre patronímico para forjar un epíteto contra los malvados, y de su nombre de pila un sinónimo del de Satanás (1).

Es por extremo difícil, si no imposible, á los que no se hallan bien impuestos de la historia y de la literatura italianas, leer sin escándalo y horror el célebre tratado que tantos ataques ha valido al nombre de Maquiavelo. Porque un lujo tan cínico de perversidad, expuesta en toda su repugnante desnudez, fría y sistemáticamente, y elevada á ciencia, ántes parece obra del infierno que no producto del ingenio humano. En efecto, los principios que el malvado más endurecido apenas se atrevería á indicar á su cómplice de más confianza de una manera encubierta, ni confesarse á sí propio sino es velándolos entre sofismas atenuantes, se predicán en ella sin ambages ni rodeos, y se asientan por axiomas fundamentales de toda la ciencia política.

Nada tiene, pues, de extraño que la generalidad de los lectores considere al autor de tal obra como

---

(1) Nick Machiavel had ne'er trick.  
Tho' he gave his name to our old Nick.

(*Hudibras*, part. III, canto I.)

Sin embargo, creemos, á pesar de la autoridad del autor de *Hudibras*, que hay cisma entre los anticuarios en orden á este punto.

á la más perversa de las criaturas. Pero los hombres prudentes han tenido siempre la costumbre de mirar por sus propios ojos, y no sin cierta desconfianza, los ángeles y los demonios que crea la multitud, y en el caso presente diversas circunstancias han llevado hasta á observadores superficiales al extremo de poner en duda la equidad del fallo de la opinion pública.

Notorio es que Maquiavelo fué siempre celoso republicano. El año mismo en que compuso su Manual del arte de reinar, hubo de sufrir los rigores de la prision y de la tortura por la causa de las libertades públicas; y como parece inconcebible que el mártir de la libertad haya podido erigirse de propósito deliberado en apóstol de la tiranía, no pocos autores eminentes han tratado de inquirir en esta obra desdichada y tristemente célebre un sentido oculto, más conciliable con el carácter y la conducta de su autor de lo que á primera vista parece.

Consiste una de las hipótesis en decir que Maquiavelo se propuso emplear con Lorenzo de Médicis una manera de ardid parecido al que puso en práctica Sunderland contra Jacobo II, y que se valió de él para empeñar á su discípulo en la senda de las medidas violentas y de mala ley, porque este medio se le antojaba más eficaz para acelerar la hora de la libertad y de la venganza. Otros suponen, y lord Bacon parece ser de su opinion, que el libro de que tratamos era solo una obra de grave ironía destinada á poner en guardia á los pueblos contra los artificios de los ambiciosos. Fácil sería demostrar que ninguna de estas soluciones se halla conforme con gran número de pasajes del libro mismo; pero la mejor y más cumplida refutación la



dan las demas obras de Maquiavelo. Porque en todos los escritos que dió á luz, y en cuantos las investigaciones de sus editores han descubierto desde hace tres siglos: en sus comedias, destinadas á divertir la multitud; en sus *Comentarios* sobre Tito-Livio, escritos para uso de los florentinos más entusiastas; en su Historia, dedicada á uno de los papas más dignos de amor y de respeto; en sus despachos públicos, en sus notas particulares; en todas partes se advierte más ó ménos la ausencia del principio moral que tan severamente se censura al *Príncipe*; y dudamos mucho que sea posible hallar en la no pequeña coleccion de sus obras una sola frase de la cual se infiera que la traicion ó el engaño le pareciesen actos deshonorosos.

Dicho esto, se antojará ridículo que afirmemos que hay pocos escritos en los cuales se manifieste más elevacion de miras que en los de Maquiavelo, amor más acendrado y puro por el bien público y aspiraciones más nobles y más justas en orden á los derechos y deberes de los ciudadanos. Así es, no obstante, y nada sería más fácil que reproducir de el *Príncipe* multitud de pasajes en apoyo de nuestra observacion. Esta inconsecuencia es muy ocasionada á poner en tortura á los hombres de nuestra época, y sobre todo á los ingleses, porque el hombre, en Maquiavelo, parece no ser sino un enigma, un conjunto grotesco de cualidades incongruentes: egoismo y generosidad, crueldad y benevolencia, falsía y sencillez, bajeza abyecta y heroísmo romántico. A una frase que un diplomático apenas se atreveria á escribir en cifra para gobierno de su espía más íntimo y confidencial, sigue otra que parece tomada de un discurso compuesto sobre la muerte de Leónidas por un vehemente y

sentimental aprendiz de literato; que los actos de perfidia y los de nobleza, la infamia y el heroísmo, excitan de igual modo y en igual medida el respeto y la admiracion de Maquiavelo, y por tal manera su sentido moral parece á la vez torpe y agudo, pero siempre enfermo. Dos naturalezas de todo punto diferentes se hallan como fundidas en él, mejor dicho, entrelazadas, formando la cadena y la trama de su espíritu; y su combinacion, como la de los hilos variados en la lustrosa seda, presta al tejido sus múltiples cambiantes. La explicacion del fenómeno sería fácil si Maquiavelo hubiera sido un hombre muy débil ó muy artificioso; pero no fué lo uno ni lo otro, y sus obras demuestran de una manera evidente que se hallaba dotado de poderosa inteligencia y de buen gusto, y que el lado ridículo de las cosas lo distinguia en el acto con perfeccion exquisita.

Por extraño que parezca esto, aún lo es más la circunstancia de que á ninguno de sus contemporáneos pareció inconveniente ó inmoral nada de cuanto escribió, al ménos que sepamos. Al contrario, existen repetidas pruebas del aprecio en que se tenian sus obras y su persona por sus más respetables contemporáneos. Clemente VII, por ejemplo, fué el protector de sus publicaciones, y á la siguiente generacion, el concilio de Trento las declaró indignas de ser leidas por cristianos. Algunos individuos influyentes del partido democrático censuraron, es cierto, al secretario por haber dedicado el *Príncipe* á un protector que llevaba el nombre impopular de Médicis; mas en cuanto á las doctrinas inmorales que tan rudas censuras merecieron despues, ninguna reserva hicieron; que la voz de alarma contra ellas no se dió en la Península, sino del otro

lado de los Alpes, produciendo en Italia profunda sorpresa, y partió de un inglés, si no estamos trascordados, que se llamaba el cardenal Pole. El autor del *Anti-Maquiavelo* fué protestante y frances.

Debemos, pues, buscar en el estado moral de los italianos de la época de Machiavello la verdadera explicacion de lo que parece más incomprensible y misterioso en la vida y escritos de hombre tan notable; y como es asunto éste que sugiere muchas y muy diversas é interesantes consideraciones, así políticas como metafísicas, séanos lícito tratarlo con alguna extension.

Durante los lúgubres y desastrosos siglos que siguieron á la caída del imperio romano, las huellas de la civilizacion antigua quedaron más impresas en Italia que en ninguna otra parte de la Europa occidental. La noche que cerró sobre ella fué como una noche de verano en el polo ártico, y el crepúsculo comenzó ántes de que los últimos reflejos del sol poniente se ocultaran en el horizonte. En la época de los merovingios de Francia y de la heptarquía sajona es cuando parece haber llegado á su colmo la ignorancia y la ferocidad en todas partes; pero, aún entónces, las provincias napolitanas que reconocian la autoridad de los emperadores de Oriente, conservaban algo del saber y de los refinamientos orientales. Roma, protegida por el carácter sagrado de sus pontífices, disfrutaba de una tranquilidad y de un reposo relativos al ménos, y hasta en las regiones en que los sanguinarios lombardos habian establecido su monarquía, se gozaba de mayor riqueza, instruccion y bienestar material y órden social que no en la Galia, en Bretaña y en Germania.

Una de las circunstancias que más distinguieron

la Italia de los pueblos vecinos, fué la importancia que comenzaron á tener sus ciudades. Habíanse fundado algunas de ellas en lugares apartados ó agrestes por colonias de fugitivos que huyeron del furor de los bárbaros. Tal fué el origen de Venecia y de Génova, que debieron su libertad en un principio á la obscuridad que las cubria, hasta que se hallaron en condiciones de ampararla de su fuerza. Otras parecen haber conservado bajo las dinastías inestables de los invasores, bajo Teodorico y Odoacro, bajo Narses y Alboin, las instituciones municipales que les otorgó la política liberal de la gran república. Y en aquellas provincias en las cuales el gobierno central era demasiado débil para oprimir ó para proteger, adquirieron gradualmente estas instituciones la estabilidad y el vigor necesario á vida prolongada y sana; que los ciudadanos, defendidos de sus murallas, gobernados de sus magistrados propios y de sus propios usos y costumbres, gozaban á la sazón de independencia casi republicana. Así comenzó prácticamente la obra de una democracia poderosa, que los monarcas carlovingios no pudieron domar. La generosa política de Oton le dió aliento, y fué parte muy eficaz á robustecerla. Tal vez una coalición estrecha de la Iglesia y del imperio hubiera podido destruirla entónces, pero sus mutuas discordias la fortificaron de tal suerte, que el siglo XII la encontró viril é incontrastable, y que despues de una lucha prolongada y dudosa en el principio, logró triunfar al cabo de la habilidad y del valor de la casa de Saboya.

El apoyo del poder de la Iglesia contribuyó en mucha parte al triunfo de los güelfos; suceso que hubiera podido reputarse de beneficio dudoso, si no hubiera tenido más consecuencias que las de susti-

tuir la servidumbre y el vasallaje moral á la servidumbre y el vasallaje político, engrandeciendo y dilatando los dominios del Papa á costa de los del César; mas, felizmente, llevaba en su seno el espíritu público en Italia desde hacía largo tiempo el gérmen de la libertad, que luego se desarrolló rápidamente bajo la benéfica influencia de las instituciones libres. Los italianos habian observado con atencion minuciosa y muy de cerca para poder engañarse, todo el mecanismo de la Iglesia, sus santos, sus milagros, sus altivas pretensiones, sus ceremonias espléndidas, sus bendiciones inútiles y sus inocentes anatemas (1), como que asistian entre bastidores al espectáculo que los demas contemplaban con pueril interes y hasta con miedo á veces, y veian la maniobra del telar, y la fabricacion de los rayos, y las voces de mando del tramoyista, y el colorete y el aprendido papel de los actores. Y miéntras las naciones lejanas consideraban al Papa como vicario de Jesucristo, como al oráculo de la sabiduría eterna, árbitro cuyos fallos, en las disputas de los teólogos ó de los reyes, debian ser decisivos é inapelables para todo cristiano, los hijos de la Península que bajo las vestiduras pontificias reconocian al hombre, y recordaban los devaneos de su juventud, los medios artificiosos merced á los cuales se habia elevado hasta la silla de Pedro,

---

(1) El presente estudio lo escribió lord Macaulay el año 1827 en la *Edinburgh Review*. En Octubre de 1840, y con motivo de la *Historia eclesiástica y política de los Papas*, de Ranke, publicó un estudio en el cual hizo importantísimas declaraciones en favor de la Iglesia católica y en contra del Protestantismo, que neutralizan por completo el efecto de los arranques apasionados é injustos de sus primeras producciones literarias.—N. del T.

y sabian cuántas veces se habia servido de las llaves de la Iglesia para desligarse de las obligaciones más sagradas, y de los bienes eclesiásticos para enriquecer á sus sobrinos y á sus favoritas, aunque trataban con respeto la doctrina y el rito de la religion establecida y se llamaban católicos, habian dejado de ser papistas. Las armas espirituales, que llevaban el terror á los palacios y á los campos de los más poderosos príncipes de Europa, no excitaban sino la indiferencia en la proximidad del Vaticano. Alejandro III, cuando mandó á Enrique II someterse á la disciplina delante del sepulcro de un súbdito rebelde se hallaba en el destierro; que, temerosos los romanos de que el Papa no alimentase proyectos contrarios á sus libertades, lo habian expulsado de Roma, y negádose á volver á recibirlo en ella á pesar de sus reiteradas y solemnes promesas de consagrarse en lo porvenir sólo al ejercicio de sus funciones espirituales.

En todo lo demas de Europa, una clase privilegiada, numerosa y fuerte sojuzgaba al pueblo y parecia desafiar á los gobiernos; pero en las partes más florecientes de Italia se hallaba la nobleza feudal relativamente reducida á la impotencia. En algunos parajes, los nobles buscaban proteccion á la sombra de poderosas repúblicas, contra las cuales no se hallaban en el caso de luchar, y de esta suerte, iban poco á poco mezclándose y confundiéndose con la clase media. Su influencia era grande en otras comarcas; pero diferente de la que ejercian en un reino transalpino, donde sólo brillaban como ciudadanos eminentes, no como príncipes, y en vez de fortificar sus castillos en lo más enriscado de los montes, herloseaban sus palacios en las plazas. El estado social de las provincias napolitanas y de los

dominios de la Iglesia tenía cierta semejanza con el de las grandes monarquías occidentales; no así los gobiernos de Lombardía y de Toscana, que conservaban, á pesar de la prolongada serie de sus revoluciones, carácter muy diverso, por que, cuando un pueblo se halla reunido y agrupado en una ciudad, es más formidable para sus señores que cuando está disperso en una grande extension de territorio. Por esta causa, los Césares más arbitrarios y tiránicos sintieron la necesidad de divertir y alimentar á costa de las provincias los habitantes de su inmensa capital. De aquí, y del temor que inspiraban estas grandes masas acumuladas en espacio relativamente pequeño, el cierto tinte democrático que se advierte así en las monarquías como en las aristocracias de la Italia septentrional.

De esta suerte volvió á visitar de nuevo la libertad á la Italia; libertad imperfecta, es cierto, y poco duradera, pero que así y todo llevó consigo á la península el comercio y el imperio, la ciencia y el buen gusto, y todos los goces, y cuanto constituye el ornamento de la vida. Las cruzadas, que no produjeron á los guerreros de otros pueblos sino heridas y reliquias, dieron por resultado á las repúblicas nacientes del mar Tyrreno y del Adriático un gran acrecentamiento de riqueza, de poder y de sabiduría, porque la situación moral y geográfica les ponía en el caso de utilizar á un tiempo la barbarie occidental y la civilización oriental. Sus buques cubrían todos los mares, y en todas las costas se alzaban sus factorías; en todas las ciudades se veían sus mercaderes y sus cambiantes; sus manufacturas florecían; sus bancos se creaban, y sus operaciones comerciales se desarrollaban y crecían de una manera extraordinaria, merced á invenciones tan in-

geniosas como útiles. Tanto subió de punto y tan alto grado de prosperidad alcanzaron entónces la riqueza y la civilizacion en Italia, que sólo pueden compararse á la riqueza y á la civilizacion inglesa de nuestros dias.

Los historiadores descienden rara vez á estos detalles, que son parte tan eficaz á dar una idea de la verdadera situacion de los Estados, y de aquí que la posteridad se engañe tan frecuentemente, merced á las vagas hipérboles de los poetas y de los retóricos, que toman las más de las veces el esplendor de una corte por la felicidad de un pueblo. Felizmente Juan Villani nos ha dejado noticias extensas y exactas del estado de Florencia, por ejemplo, al comenzar el siglo XIV. A la sazón, las rentas de la república se elevaban á 300.000 florines, suma equivalente á 600.000 libras esterlinas (teniendo en cuenta la depreciacion de los metales preciosos), y superior á la que la Inglaterra y la Irlanda pagaban anualmente á Isabel hace dos siglos. La industria de las lanas ocupaba 30.000 operarios repartidos en 200 fábricas, y los tejidos que producian se vendian por término medio en 1.200.000 florines, lo cual representa hoy, por lo ménos, 2.500.000 libras esterlinas. Se acuñaban al año 400.000 florines. Ochenta bancos dirigian las operaciones comerciales, no ya sólo de Florencia, sino de la Europa entera, y las operaciones que emprendian estos establecimientos eran á veces tan importantes, que sorprenden á los contemporáneos de los Rothschilds. Dos casas prestaron á Eduardo III de Inglaterra más de 300.000 marcos, en ocasion que el marco tenía más plata que se contiene en 50 schellings, y en que su valor era lo ménos cuatro veces mayor que hoy. Florencia y sus alrededores conta-



ban 170.000 habitantes; 10.000 niños concurrían á las escuelas; 1.200 aprendían la aritmética, y 600 jóvenes recibían educación liberal.

El progreso en las artes y en las letras era proporcionado al de la pública prosperidad. Bajo los despóticos sucesores de Augusto, el dilatado campo de la inteligencia fué trocado en árido desierto, dividido aún por los antiguos linderos, con señales del pasado cultivo, pero estéril y sin producir flores ni frutos. Sobrevino el diluvio de la barbarie, derribó los obstáculos y borró hasta las huellas de la civilización; mas fertilizó devastando, y cuando bajaron las aguas, el desierto se trasformó en paraíso. Todo era placer, contento y felicidad al contemplar aquella producción abundante y espontánea de cuanto ilustra, perfuma y nutre el espíritu. Una nueva lengua, penetrada de dulzura y de energía incomparables, llegó á la perfección entónces, y puso á disposición de la poesía las palabras más sonoras, más armoniosas, más bellas y más expresivas que ha podido tener idioma alguno. El poeta pareció á seguida, y su obra, la *Divina Comedia*, que vió la luz al comenzar el siglo XIV, puede sin duda considerarse como la más superior entre las de imaginación que ha producido el ingenio humano después de los poemas de Homero. La siguiente generación no fué contemporánea de otro Dante; pero se distinguió en el más alto grado por la actividad intelectual. El estudio de los autores latinos nunca estuvo desatendido en Italia; pero el Petrarca introdujo una erudición más profunda, más liberal, más elegante, y comunicó á sus conciudadanos su entusiasmo por la literatura, la historia y las antigüedades de Roma; gusto y entusiasmo que le disputaron en su propio corazón una glacial dama de sus

pensamientos y una musa más glacial todavía. Después, el Bocaccio dirigió su atención hacia los modelos más sublimes y graciosos de la Grecia.

A partir de aquella época, el culto de las letras y del ingenio se tornó en idolatría entre los italianos; los reyes y las repúblicas, los cardenales y los duxs colmaban á porfía de honores al Petrarca. Los embajadores de los Estados rivales solicitaban con empeño la honra de hablarle; su coronación conmovió á la corte de Nápoles y al pueblo de Roma tan profundamente cual si fuera uno de los más grandes acontecimientos políticos que pudieran ocurrir. Reunir libros, coleccionar antigüedades, fundar cátedras y proteger artistas y literatos se hizo de moda entre los grandes; y como el espíritu de curiosidad literaria se asociaba al espíritu emprendedor y mercantil, todos aquellos lugares á los cuales los opulentos mercaderes de Florencia extendían su tráfico gigantesco, desde los bazares del Tígris hasta los monasterios de la Clyde, eran objeto de afanosas investigaciones encaminadas á descubrir manuscritos y medallas. La arquitectura, la pintura y la escultura recibían pingües recompensas de las personas pudientes; y tanto celo desplegaban en este particular los italianos, que sería difícil mencionar uno de importancia, en la época de que tratamos, que, por lo ménos, no afectara el amor de las artes y las letras.

El saber y la prosperidad pública continuaron progresando juntamente, llegando á su apogeo en el siglo de Lorenzo el *Magnífico*; período de prosperidad, bienestar y grandeza que nadie ha descrito mejor que el Tucídides toscano en el siguiente admirable pasaje: «Disfrutando la Italia de los incomparables beneficios de la paz y de la tranquilidad

más completas, no ménos cultivados sus campos en los parajes más montañosos que en los llanos, independiente de toda otra autoridad que de la propia, no solo abundaba en riquezas y en poblacion, sino que la ilustraba la magnificencia de muchos príncipes, el esplendor de muchas ciudades muy nobles y hermosas, el ser asiento de la majestad de la Iglesia, y la abundancia con que producía hombres eminentes en la administracion pública, y versados en las ciencias, y famosos en las artes (1).»

Cuando se lee esta magnífica descripción cuesta trabajo persuadirse de que se trata de una época en la cual los anales de Inglaterra y de Francia ofrecen sólo episodios de horror, de pobreza, de barbarie y de ignorancia. Ciertamente que consuela y esparce el ánimo, después de asistir al espectáculo de la tiranía del señor y del sufrimiento del vasallo, contemplar la opulenta é ilustrada península italiana, con sus grandes y espléndidas ciudades, sus puertos, sus arsenales, sus *villas*, sus museos, sus bibliotecas, sus mercados llenos de cuanto es necesario al bienestar y puede exigir el refinamiento del lujo, sus fábricas, verdaderas colmenas de trabajadores, sus montes cultivados y sus rios, llevando las cosechas de Lombardía á los graneros de Venecia, y retornando á los palacios de Milan las sedas de Bengala y las pieles de Siberia; y sobre todo, ¡quién que ame las artes y las letras no reposará su espíritu en la bella, la feliz y gloriosa Florencia, en los recintos que hizo Pulci resonar con su alegría, en la celda donde lució la lámpara de Policiano, en las estatuas que Miguel Angel admiró con pasión igual á la inspiración que las produjo, en los jardi-

---

(1) Guichardini, lib. 1.º, cap. 1.º

nes en que Lorenzo de Médicis componia los cantares que acompañaban las danzas de las vírgenes etruscas!

Despues, fuerza es llorar la pérdida de tantos bienes: su ingenio, su saber, «sus damas, sus caballeros, sus trabajos y sus placeres juntamente, sus amores y su gentileza proverbiales, porque los corazonces se depravan y corrompen (1),» y se acerca el tiempo en que las siete copas del Apocalipsis verterán su contenido sobre ella; tiempo de tristeza, de miseria, de infamia, de esclavitud, de dolor, de desesperacion y de muerte.

En los Estados italianos, como en muchos organismos, la decrepitud prematura fué la consecuencia natural de su precòz madurez. A la preponderancia que las ciudades alcanzaron en el sistema político debe principalmente atribuirse su rápido engrandecimiento y su decadencia más rápida todavía.

En una sociedad de pastores, los hombres se trasforman en soldados con facilidad, porque sus ocupaciones habituales son compatibles con los deberes del servicio militar, y porque por lejana que sea la expedicion, encuentra fácil trasportar consigo el capital de cuyo producto vive. En esos casos, el pueblo entero es ejército y el año una marcha. Tal era, y no otro, el estado social que facilitó las conquistas gigantescas de Atila y de Tamerlan.

Un pueblo que vive de la agricultura se halla en condicion diferente, porque el labrador está encadenado, por decirlo así, al suelo que cultiva, y una campaña prolongada sería su ruina. Sin embargo, la naturaleza de su trabajo es muy eficaz á dar á

---

(1) Dante. *Purgatorio*, canto XIV.

su temperamento aquellas facultades y aptitudes que tan necesarias son al soldado. Por otra parte, su trabajo no exige de él, al ménos en la infancia de la agricultura, solicitud constante. En ciertas épocas del año la tierra no ha menester de sus afanes, y entónces puede, sin menoscabo de su hacienda, emprender cortas expediciones. Así se formaron las legiones de Roma en las primeras guerras: invadian el país vecino y daban batallas cuando la campiña no habia menester de labor, y estas operaciones con harta frecuencia interrumpidas para dar resultados decisivos, servian, sin embargo, para mantener vivo en el pueblo el instinto de la disciplina y del valor, cualidades ambas que, no solamente le daban garantías de seguridad, sino que lo hacian formidable y temido. Los ballesteros de la Edad Media, que llevaban á hombros sus provisiones para cuarenta dias, y dejaban la campiña por el campo de batalla, eran tropas de igual índole.

Mas cuando el comercio y la industria comienzan á florecer, entónces se verifica un cambio de la mayor importancia; porque los hábitos sedentarios que se contraen en el ejercicio de la industria ó del comercio hacen insoportables los trabajos y las fatigas de la guerra. Y como las ocupaciones de los comerciantes y de los industriales requieren constante asiduidad, de aquí que en las sociedades organizadas de este modo no haya nunca vagar, aunque sí dinero de sobra, y que, por tanto, se contraiga la costumbre de tomar hombres á sueldo para que reemplacen en el servicio militar á los que pasan la vida en talleres, fábricas y escritorios.

La historia de Grecia es en este punto, como en tantos otros, el mejor comentario de la de Italia. Quinientos años ántes de la era cristiana formaban

los ciudadanos de las repúblicas del mar Egeo la mejor milicia, tal vez, que haya existido jamás; pero, á medida que la riqueza y el lujo fueron adquiriendo desarrollo, el sistema sufrió alteracion lenta y gradual. Los Estados jónicos fueron los primeros en los cuales subió de punto el comercio alcanzando alto grado de prosperidad juntamente con las artes, y en ellos se resintió primero tambien el antiguo espíritu militar y la antigua disciplina. Ochenta años despues de la batalla de Platea, sólo tropas mercenarias eran las que se encargaban de los sitios y de las batallas, y en tiempo de Demóstenes era punto ménos que imposible llevar los atenienses á la guerra. Las leyes de Licurgo proscribian el comercio y las manufacturas, y á esta causa debieron, sin duda, los espartanos el conservar largo tiempo un ejército nacional, cuando ya sus vecinos habian apelado al sistema de comprar soldados para tener tropas, viéndose declinar su espíritu guerrero al propio tiempo que sus instituciones. Dos siglos ántes de Jesucristo la Grecia no tenía más que un solo pueblo animado de instintos bélicos: los bárbaros montañeses de la Etolia, cuya civilizacion é inteligencia se hallaba en notable atraso relativamente á sus compatriotas.

Las mismas causas que produjeron estos efectos entre los griegos, obraron más fuertemente aún entre los italianos modernos, los cuales, en vez de una potencia esencialmente militar como Esparta, tenían en su seno un estado eclesiástico esencialmente pacífico. Además, las repúblicas italianas no abundaban como los Estados de la Grecia en miles de esclavos, circunstancia que obliga al hombre libre, por razones imperiosas fáciles de comprender, á familiarizarse con el uso de las armas. Por otra

parte, el modo de pelear en los tiempos de la prosperidad italiana no era propicio á la formacion de una milicia eficaz, porque se consideraba como nervio de los ejércitos las masas de hombres cubiertos de piés á cabeza de pesadas armaduras, con lanzas de longitud extraordinaria, montados en caballos enormes, miéntras que la infantería era tenida, relativamente, en poca estima. Duró esta táctica largo tiempo, no sólo en Italia, sino en la mayor parte de Europa, y, miéntras, la infantería pasó por incapaz para contrarestar las cargas de la caballería pesada, hasta que, á fines del siglo XV, los fornidos montañeses suizos dieron al traste con las ideas de los más expertos generales, recibiendo imperturbables el choque tan temido de la caballería en un erizo impenetrable de picas. El manejo del dardo griego, de la espada romana, de la bayoneta moderna, son cosas útiles y hasta agradables por lo fáciles; pero el ejercicio cotidiano y prolongado de la pesada armadura y de la lanza, ejercicio sin el cual no se adquiere la destreza y el hábito necesario, hizo que, en toda Europa, tan importante ramo de la milicia se convirtiera en profesion. Al otro lado de los Alpes así acontecía; era el oficio y el recreo de los nobles; oficio impuesto por su feudo, recreo que á falta de otro solaz intelectual distraia sus ocios; pero, como ya lo hemos indicado ántes, el poder creciente de las ciudades en la Italia septentrional habia transformado á los nobles allí donde no los destruyó, y por esta causa la necesidad de recurrir á brazos mercenarios y asalariados se hizo en ella general cuando era desconocida casi en los demás pueblos de Europa.

Cuando la guerra se convierte en oficio de una clase determinada, el partido ménos peligroso que pue-

da seguirse por el gobierno es el de transformar esa clase en ejército permanente, porque casi es imposible que una colectividad de hombres pase la vida al servicio del Estado sin tomar interes por su grandeza: las victorias del uno son las victorias de todos, y lo propio acontece con las desgracias. Entonces, y á virtud de esto, el contrato pierde algo de su carácter venal, y el soldado parece servir por amor á la patria y recibir su paga como tributo de la gratitud nacional, no como precio de su tiempo y de su trabajo. En este caso, no ya hacer traicion al poder que lo emplea, sino es mostrarse negligente en servirlo, aparece á sus ojos como el más vergonzoso y degradante de los crímenes.

Al comenzar los príncipes y las repúblicas italianas á tomar tropas á sueldo, debieron de organizarlas en cuerpos separados; mas, por desgracia, no lo hicieron, y los soldados mercenarios de la Península, en vez de vincularse al servicio de esta ó aquella potencia, pasaban por ser una manera de propiedad comun á todas, quedando por lo tanto reducido el lazo que ligaba al Estado con sus defensores á un mero contrato de arriendo, sencillo en la forma é inmoral en el fondo. El aventurero llegaba con su lanza y su caballo, y los ofrecia, juntamente con el valor de su persona y su experiencia, importándole poco tratar con el duque de Milan, con la señoría de Florencia, con el rey de Nápoles ó con el Papa; que lo esencial para él no estaba en la persona, ni en la causa, ni en el principio que habia de servir, sino en la entidad de la paga y en la duracion del contrato. Y cuando acababa la campaña por la cual se habia escriturado, no habia para él ni ley ni decoro que le vedaran volver en el acto sus armas contra sus antiguos



amos. Como se ve, á la sazón, se hallaban perfectamente deslindadas la personalidad del soldado y la del ciudadano ó del súbdito.

Las consecuencias de esto fueron las que debían ser, sosteniendo la guerra hombres mercenarios, sin amor á la causa que defendían, sin odio á los contrarios, á las veces más adictos al enemigo que al jefe propio, y siempre afanosos de la prolongación de la lucha. Dicho se está que la guerra cambió de carácter. El soldado entraba en campaña con el convencimiento de que muy luégo podría estar al servicio de la potencia que combatía, peleando contra sus compañeros en las filas del enemigo: los intereses más poderosos se concertaban y se fundían en el corazón de los guerreros para mitigar la hostilidad recíproca de los que, habiendo sido compañeros de armas, podían volver á serlo, estableciéndose al propio tiempo entre todos relaciones y vínculos de tal fuerza, que ni el servir en campos opuestos era parte eficaz á relajarlos. Por esta causa no registra la historia militar del mundo operaciones más lánguidas y ménos decisivas que las de Italia, durante dos siglos, en que todo fué marchas y contramarchas, asedios, saqueos, pillajes, capitulaciones y encuentros sin verdadera efusión de sangre. En aquella época se vieron ejércitos enormes combatir desde el despuntar del alba hasta la noche, y ganarse grandes batallas, y hacerse millares de prisioneros, sin perder apénas soldados en la pelea; que las batallas eran entónces, bajo el punto de vista de la mortandad, ménos peligrosas que las discordias civiles ordinarias. El valor no era necesario al soldado. Los hombres de guerra envejecían entre el peto y el espaldar, y llegaban á tener renombre por sus proezas militares sin haber

arrostrado una sola vez verdadero peligro en las lides.

Las consecuencias políticas de este modo de ser son harto conocidas: la parte más rica y más ilustrada del mundo quedó sin defensa que oponer á las invasiones de los bárbaros, á la brutalidad de la Suiza, á la insolencia de la Francia, á la rapacidad de Aragon. Los efectos morales aún fueron de más importancia. En el seno de los rudos pueblos que habitaban al otro lado de los Alpes, el valor era indispensable, porque sin él no habia grandeza ni seguridad posibles, y la cobardía era naturalmente considerada como vergonzoso defecto. Pero, entre los italianos, tan civilizados y enriquecidos por el comercio, cual acabamos de ver, sometidos al imperio de las leyes, y apasionados por las letras y las artes, todo lo avasallaba la superioridad del espíritu, y sus mismas guerras, más pacíficas que la paz de sus vecinos, ántes exigian dotes diplomáticas que no militares en los caudillos. De aquí se siguió que miéntras era el valor el punto de honra en otros pueblos, la honra de la Italia fuese la habilidad.

Dos sistemas opuestos de moralidad, por decirlo así, culta y elegante, produjeron estos principios por un procedimiento igual. Porque miéntras en la mayor parte de Europa los vicios que son propios á los temperamentos tímidos, y que constituyen la defensa natural de los débiles, el dolo y la hipocresía, se reputaron siempre deshonorosos por extremo, logrando sólo excitar la indulgencia y hasta infundir el respeto los excesos de los caracteres altivos y emprendedores, en Italia se apreciaron con singular complacencia los crímenes que exigen cierto imperio sobre la voluntad, destreza,

rapidez en la ejecucion, inventiva y conocimiento profundo del corazon humano.

Un príncipe como Enrique V de Inglaterra debia ser el ídolo del Norte: las locuras de su juventud, el egoismo ambicioso de su edad madura, el martirio de los Lollards, las matanzas de prisioneros en el mismo lugar del combate, el renacimiento de la influencia clerical, el legado de una guerra sin causa y sin esperanza á un pueblo que ningun interes tenía en ella, todo se ha olvidado excepto la batalla de Azincourt. Francisco Sforza, á su vez, haciendo igualmente servir á los fines de su ambicion sus señores, y sus rivales, comenzando por destruir á sus enemigos declarados con el auxilio de amigos sin fe, armándose contra sus aliados con los despojos de sus enemigos, y elevándose con incomparable habilidad de la precaria y dependiente situacion de capitán de aventuras al primer trono de Italia, es el modelo de los héroes de su patria, á quien sus compatriotas podian perdonar mucho: la falsa amistad, la enemiga cobarde y la fe mentida siempre, en gracia del éxito. Hé aquí los opuestos errores á que los hombres se abandonan cuando la moralidad es para ellos asunto, no de ciencia, sino de gusto, y abandonan los principios de eterna justicia por fantasías é imaginaciones pasajeras.

La historia nos ha suministrado los ejemplos que acabamos de exponer para que nuestros lectores nos comprendan mejor. Busquémoslos ahora en el terreno de la ficcion. Otelo da muerte á su esposa; manda matar á su segundo, y concluye por matarse. Las gentes del Norte aprecian y estiman, sin embargo, este tipo, cuyo carácter intrépido, apasionado y vehemente atrae sus simpatías. La con-

fianza con que oye á su consejero, la angustia de su lucha con la idea de la deshonra, la explosion de pasiones en medio de la cual comete sus crímenes, el altivo valor con que los declara, todo crea en favor suyo interes extraordinario. A su vez, Yago es objeto de la reprobacion universal, llegando muchos á creer que Shakspeare se dejó arrastrar á una exageracion extremada, defecto en el cual no incurria generalmente, y que creó un monstruo sin ejemplo en la naturaleza humana. Estamos persuadidos de que los italianos del siglo XV pensarían de muy diverso modo. Otelo les habria inspirado horror y desprecio á un tiempo. La ligereza con que acepta y cree de buena ley las protestas de amistad de un hombre cuya carrera ha entorpecido, la buena fe con que admite como pruebas evidentes conjeturas sin fundamento y circunstancias triviales, la violencia con que rechaza la justificacion hasta el momento en que la justificacion sólo puede ser parte á envenenar sus pasiones, hubieran excitado repugnancia y miedo en los espectadores, los cuales habrian, sin duda, condenado la conducta de Yago; pero del propio modo que nosotros la de la víctima, con cierto respeto y cierto interes; porque su presencia de ánimo, su claridad de entendimiento, su juicio penetrante y sagaz, la habilidad con que investiga y descubre y lee dentro del corazon de otro, sin que sea posible recelar siquiera de sus intenciones, le habrian captado mucha parte de su estimacion.

La diferencia era grande, como se ve, entre los italianos y sus vecinos, la misma que existió entre los griegos del segundo siglo ántes de Jesucristo y sus dominadores los romanos, porque, miéntras éstos eran valientes, resueltos, fieles á su palabra

y religiosos, al propio tiempo que ignorantes, arbitrarios y crueles, aquéllos guardaban el depósito sagrado de las artes, de las ciencias y la literatura en el mundo occidental; no tenían rivales en la poesía, la filosofía, la pintura, la arquitectura y la escultura; sus modales eran distinguidos, su ingenio penetrante, inventivo, sutil y vivo; eran tolerantes, afables, humanos, pero faltos de valor y de sinceridad. El más vulgar y grosero centurion se consolaba de su inferioridad intelectual advirtiéndole que el saber y el buen gusto no parecían producir otra cosa que ateos, esclavos y cobardes. Estas diferencias duraron largo tiempo clara y distintamente señaladas, suministrando vasto asunto á las implacables sátiras del sarcástico Juvenal.

El ciudadano de una república italiana era juntamente el griego del tiempo de Juvenal y el griego del tiempo de Pericles: tímido, hábil, artificioso y vil como el primero; amante apasionado de la independencia y de la prosperidad de su patria, y animado de cierto espíritu público y de noble ambición como el segundo.

Aquellos vicios que sanciona la opinión general de las gentes, no son sino defectos, que llevan en sí mismos el gérmen de su destrucción; pero los vicios que condena la opinión pública ejercen sobre el carácter de aquellos que contagian los efectos más perniciosos. Los primeros constituyen una enfermedad local; los segundos son á manera de veneno que emponzoña todo el organismo. Cuando el culpado ha perdido su fama de hombre de bien, en su desesperación se despoja las más de las veces de cuanto le resta de virtud. El noble escocés que vivía hace cien años, imponiendo contribuciones á sus vecinos, cometía el crimen por el cual fué lle-

vado Wild á Tyburn entre los gritos de la multitud enfurecida; pero está, sin embargo, fuera de duda que no era un sér tan depravado como Wild. El hecho por el cual fué ahorcada la Brownrigg no es nada si se compara con la conducta del romano que ofrecia en espectáculo al público la matanza de doscientos gladiadores; pero no procederíamos con justicia suponiendo al romano más perverso por naturaleza que á mistress Brownrigg. Toda mujer pierde su reputacion cometiendo un acto que en el hombre se califica de pecado venial ó de buena fortuna, y consiste esta aparente injusticia en que más detrimento sufren los principios morales de una mujer con una sola falta, que los del hombre al cabo de veinte años de intrigas. Si nos remontásemos á la antigüedad clásica, ella nos daría ejemplos aún más evidentes y palpables que los expuestos en apoyo de lo que decimos.

Fuerza es aplicar este principio al caso que examinamos. Porque si en la época presente y en nuestro país el hábito del disimulo y de la mentira imprime á quien lo tiene como un sello de corrupcion y de infamia, no se sigue de aquí que pueda guiarnos bien este criterio para juzgar á los italianos de la Edad media, pues en ellos, por el contrario, descubrimos con frecuencia los defectos que reputamos á indicio de maldad y depravacion unidos á muy excelentes cualidades, á gran generosidad, á benevolencia suma, á noble desinterés. Palamedes, en el admirable diálogo de Hume, hubiera podido deducir de semejante estado social argumentos tan fuertes en favor de su tesis como los que le suministra Fourli. Bien sabemos que no son estas las enseñanzas que los historiadores se muestran más inclinados á dar y los lectores á recibir; mas no por

eso dejan de ser más útiles y provechosas que las que se proponen por objeto averiguar cómo dispuso Filipo sus tropas en la batalla de Queronea, ó el punto de los Alpes por el cual pasó Annibal con su ejército, ó si en efecto Maria Estuardo mandó matar á Darnley, ó si fué Siquier quien quitó la vida á Cárlos XII ó fué otro cualquiera; cosas todas ellas que no pasan de ser problemas de erudicion, que una vez resueltos, dejan á la humanidad tal como la encontraron, sin un átomo más de prudencia y de sabiduría! Porque solamente sabe leer la historia quien observando la influencia que las circunstancias ejercen sobre las pasiones y las ideas de los hombres, y cómo el vicio se toma muchas veces por la virtud y la paradoja por el axioma, aprende á distinguir en la naturaleza humana lo que es accidental y pasajero de lo esencial y permanente.

Ninguna historia puede sugerir, en órden á este punto, reflexiones más interesantes que la de las repúblicas Toscana y Lombarda. El carácter de un hombre de Estado italiano de aquel entónces, parece á primera vista un conjunto absurdo de contradicciones, fantasma tan monstruoso como la portera del infierno de Milton, mitad diosa, mitad serpiente, majestuoso y grande en la parte superior, bajo, rastrero y ponzoñoso en la inferior del cuerpo: hombre cuyos pensamientos y palabras no guardan relacion entre sí; que nunca vacila en prestar un juramento para mejor seducir y engañar mejor, y que no pierde jamás la ocasion de quebrantarlos, si así le conviene, ni le faltan los pretextos para hacerlo y justificarlo; cuyas crueldades tienen por principio, no el fuego de la pasion ó la demencia que produce el ejercicio de un poder sin límites, sino profundas y frias y calculadas com-

binaciones; cuyas pasiones, como tropas veteranas y aguerridas, son impetuosas por disciplina, y nunca olvidan en lo más recio de la lucha, cuando parecen desencadenarse con mayor impetu y furia más incontrastable, la táctica á que se hallan sometidas; cuyos proyectos de ambicion, por más vastos y complicados que sean, quedan ocultos siempre en la impenetrable calma de su semblante y en la serenidad de su lenguaje, de singular moderacion filosófica; cuyo corazon se halla devorado por el odio y la venganza, sin que por eso dejen sus ojos de mirar tranquilos, ni sus ademanes de ser afables y afectuosos de una manera familiar; cuyos designios no se revelan hasta despues de realizados, y cuyo rostro permanece sereno, y cuyos discursos son corteses hasta el dia que la vigilancia se duerme, ó el adversario se descubre, ó se presenta la ocasion de hacer un tiro certero; y entónces da el golpe único, primero y último á un tiempo. En cuanto al valor militar, orgullo del pesado y torpe aleman, del frívolo y hablador frances, del arrogante y caballeresco español, ni lo tiene ni lo estima. Evita el peligro, no porque sea insensible á la vergüenza y al decoro, sino porque en la sociedad en que vive la cobardía ha dejado de ser ignominiosa. Causar el daño francamente no es ménos culpable á sus ojos, siendo ménos útil, que hacerlo encubierta y secretamente, siendo para él los medios más honrados los más seguros, los más prontos, los más tenebrosos. No comprende que se dude en engañar á los que no se vacila en destruir, y se tendria por necio si declarase abiertamente la guerra á un rival á quien pudiese asesinar dándole un abrazo ó envenenar en una hostia consagrada.

Y, sin embargo, ese hombre inoculado de todos



los vicios que reputamos por más odiosos: traidor, falso, cobarde, perjuro, asesino, se encuentra al propio tiempo en posesion de las virtudes que consideramos como indicio seguro de la más superior elevacion de carácter. Los bárbaros guerreros que en el campo de batalla y en la brecha no tenían rival, eran muy inferiores á los italianos en valor cívico, en perseverancia y en presencia de ánimo, porque los mismos peligros que procuraban evitar siempre con prudencia pusilánime, no turbaban jamás la serenidad de su juicio, ni paralizaban su inventiva, ni arrancaban por sorpresa un secreto á su lengua, siempre muda, y á su frente impenetrable. Pero si como enemigo era peligroso, y más aún como cómplice, podia ser, no obstante, íntegro y justo magistrado, porque al propio tiempo que su política era profundamente inicua, poseia en alto grado la nocion de la equidad en el fondo de su alma; era indiferente á la verdad en los asuntos de la vida, pero la buscaba con afan en las meditaciones especulativas, y no era cruel por instinto. La susceptibilidad de sus nervios y la actividad de su imaginacion lo inclinaban á participar de las emociones de los demas y á tener su mayor recreo en los goces delicados de la vida social; y aunque descendia á cada momento á cometer acciones que llevan consigo el sello de la perversion, poseia en toda su plenitud el gusto de cuanto la naturaleza ó la moral ofrecen de más sublime, de cuanto es más bello y elevado en el órden intelectual. El hábito de las intrigas, en cierto modo mezquinas, y del disimulo, habria podido tornarlo, tal vez, incapaz de los grandes pensamientos y de las ideas generalizadoras si la influencia de sus estudios filosóficos no hubiera neutralizado los efectos de esta tendencia á

empequeñecerlo todo. Así es que la imaginación, la elocuencia, la poesía y las bellas artes constituían su mayor encanto, y en cambio recibían de él protección generosa y discreta con mano liberal y seguro criterio. Los retratos de los italianos de más cuenta de aquella época se hallan en perfecta relación con lo que dejamos apuntado, y que puede llamarse su retrato moral: frentes anchas y majestuosas; cejas pronunciadas y negras, que no se fruncen nunca; ojos cuya mirada llena y tranquila nada dice y parecen verlo todo; mejillas pálidas con el esfuerzo de la meditación y á efecto de la vida sedentaria; labios de femenil delicadeza, comprimidos con firmeza más que varonil; rasgos todos que indican hombres emprendedores y tímidos á la vez, tan hábiles para penetrar los propósitos más secretos de los demás como para encubrir los propios; enemigos formidables y amigos poco seguros; mas al propio tiempo de carácter benigno y justo, y de inteligencia tan grande y sutil, que así los hacía eminentes en la vida activa como en la contemplativa, y tan aptos para gobernar á la humanidad como para instruirla.

Cada época y cada pueblo tienen ciertos vicios característicos, que predominan casi universalmente, que con dificultad y empacho se confiesan, y que los más rígidos moralistas no censuran sino es de una manera débil. Las generaciones que se suceden cambian de moda de moral como cambian de moda de vestir, y al tomar bajo su protección nuevos estilos de perversidad, se admiran y como que se espantan de la depravación de sus antepasados. Aún hay más: la posteridad, ese tribunal supremo de apelación que en todo momento encarece la rectitud y la excelencia de sus fallos, ejerce su ministerio

en estas circunstancias como los dictadores romanos despues de las sediciones, porque, hallando que los delincuentes son demasiado numerosos para castigarlos á todos, coge á la ventura una parte de ellos y descarga sobre sus cabezas el peso de su venganza, sin advertir que aquellos pocos no son más culpados que los demas que salvan libres. No tratamos de averiguar si el diezmar es un modo de castigo eficaz en la milicia; pero sí protestamos contra su introduccion en la filosofía de la historia.

En el caso de que se trata le ha tocado la suerte á Maquiavelo, hombre cuya conducta pública fué leal y honrada, cuya moralidad, si difiere de la de sus contemporáneos, es porque era mejor, y cuya única falta ha sido la de haber expuesto más claramente y expresado con más energía que otro alguno las máximas que se profesaban en su época y que habia adoptado.

Dicho esto en favor de Maquiavelo y de su carácter personal, pasemos al exámen de sus obras, comenzando por las literarias.

Como poeta no tiene derecho Maquiavelo á ocupar un lugar preferente; pero como autor dramático merece ser estudiado con atencion. Su *Mandragora*, por ejemplo, es superior á las mejores obras de Goldoni, y no es inferior sino á las mejores de Molière, y demuestra que si su autor se hubiera consagrado al drama, habria probablemente alcanzado la cúspide del arte, logrando ejercer influencia duradera y saludable en el gusto nacional. Esta opinion la fundamos ántes sobre el género que sobre la medida de su mérito, porque si bien hay obras que indican más feliz ingenio y que se leen con más placer, no es ménos cierto que nos dejan diferente

impresion en el ánimo. Los libros que carecen de valor no causan daño alguno á las letras, y el signo más evidente de la decadencia de un arte es la reproduccion, no tanto de ciertas faltas de mal gusto, como de ciertas bellezas fuera de lugar; así puede afirmarse en tésis general que la elocuencia corrompe la tragedia, del propio modo que el ingenio corrompe la comedia.

El fin verdadero del drama es poner de relieve los caracteres de la naturaleza humana. No es esta una ley arbitraria á nuestros ojos, que deba su origen á un concurso de circunstancias locales ó temporales, como las que fijan el número de actos que debe tener una obra ó el de sílabas que debe tener un verso determinado, sino que toda regla se halla subordinada á esta ley fundamental. Por eso las situaciones que permiten mejor el desarrollo de los caracteres, dan por resultado los mejores dramas, y la lengua natural de las pasiones el mejor estilo. Bien comprendido este principio, no veda al poeta ningun género de composicion, porque no hay estilo en el cual, dadas ciertas circunstancias, no pueda expresarse el hombre; que no hay estilo que rechace el drama, ni estilo que en determinada ocasion no exija, y todo consiste en que el autor sepa aplicarlo en tiempo y lugar debidos, poniendo las palabras en boca del personaje que ha de hablar, no de otro; discernimiento que no tienen los artistas de un órden secundario.

La rapsodia fantástica de Mercurio y la declamacion trabajada de Antonio son naturales, agradables y producen efecto allí donde Shakspeare las ha colocado; pero Dryden hubiera puesto en boca de Mercurio, cuando desafía á Tybalt, hipérboles tan fantásticas como las que emplea para describir el



carro de Mab, y Corneille nos hubiera representado á Antonio reprendiendo y lisonjeando á Cleopatra con la elocuencia mesurada de una oracion fúnebre.

Nadie ha causado más daño á la comedia inglesa que Congreve y Sheridan. Ambos eran, sin embargo, escritores de imaginacion brillante y de buen gusto literario; pero todos sus caracteres están hechos á su imágen y semejanza por desgracia. De aquí que sus obras se parezcan al verdadero drama como un trasparente se parece á un cuadro. Faltan los toques delicados y los tonos imperceptiblemente desvanecidos que se funden de una manera insensible, dulce, suave en otros tonos: todo brilla de igual modo. Los contornos y las tintas se olvidan en medio de la luz deslumbradora que ilumina el conjunto. Las flores y los frutos del ingenio abundan en ellas, pero es con la abundancia de una selva de América, no de un jardin cultivado; abundancia insalubre, que marea y trastorna con el exceso de su perfume. Todos sus fatuos, sus rústicos y sus lacayos son hombres de ingenio agudo, y lo propio acontece con sus burlados y burladores que eclipsan á fuerza de discreteos al hôtel Rambouillet. Para demostrar cuán erróneo es en su conjunto el sistema de esa escuela, basta emplear el procedimiento que hizo desaparecer el encanto de Florimel, poner la verdadera Tália enfrente de la falsa, oponer los caracteres más célebres, trazados por los escritores de que hablamos, el bastardo en *El rey Juan*, ó la nodriza en *Romeo y Julieta*. No por falta de imaginacion adoptó Shakspeare manera diferente. Benedick y Beatrice dejan en la oscuridad á Mirabel y Millamant, y sólo en el papel de Fals-taff se pudieran suprimir, sin daño del conjunto,

cuantas frases felices se pronuncian en las alegres casas de Absolute y de Surface. Este fecundo ingenio hubiera podido fácilmente dotar á Bardolph y á Shallow de tan superior criterio como al príncipe Hall, y sembrar de brillantes epigramas las discusiones de Dogberry y de Verges; pero sabía que tal prodigalidad «iria derechamente contra el objeto de la comedia,» para servirnos de sus propias admirables palabras, «el cual, ántes como ahora, ha servido y sirve, por decirlo así, para poner delante de la naturaleza un espejo en que se mire.»

Esta digresion servirá á nuestros lectores para que comprendan mejor lo que entendemos cuando decimos que Maquiavelo demostró en la *Mandragora* que conocia perfectamente la naturaleza del arte dramático, y poseia facultades que le hubieran permitido brillar en él. Porque merced á su pintura vigorosa y correcta de la naturaleza humana, sabe producir interes sin necesidad de intrigas hábiles ó agradables, y hacer reir sin apelar á recursos de ingenio. El amante que no es delicado ni generoso, y su consejero, el parásito, se hallan bien trazados y con singular viveza; el confesor hipócrita es un retrato admirable, y ha servido de original, á nuestro parecer, al padre Domingo, el mejor de los caracteres cómicos de Dryden, y Nicias es el gran tipo de la obra. No recordamos nada mejor. Las necedades que Molière cubre de ridículo son las de la afectacion, no de la fatuidad; su galería se compone de necios y de pedantes, no de verdaderos tontos: en cambio, Shakspeare ofrece una coleccion incomparable de esta clase de sujetos; pero, si no recordamos mal, en su museo no se halla la variedad de la especie de que hablamos. Shallow es un tonto; mas su viveza natural reemplaza en cierto

modo la falta de criterio; su conversacion es á la de sir John lo que el agua de Seltz al vino de Champagne; tiene la efervescencia, pero le falta el cuerpo y el aroma: Slender y sir Andrew Aguecheek, son dos tontos tambien, pero que tienen un vago presentimiento de su tontería; presentimiento que hace al primero desmañado, torpe y testarudo, y al segundo bondadoso y humilde: Cloten es un tonto altanero; Osric, fatuo, y Ajax, bárbaro; pero el Nicias de Maquiavelo, como Patroclo al decir de Thersites, es un tonto, lisa y llanamente tonto. Nada noble, digno, enérgico ni vigoroso tiene cabida en su alma, que recibe todas las impresiones posibles de todas las cosas imaginables sin que dejen rastro en ella; el aspecto de esta manera de camaleon varía, no por efecto de las pasiones, sino por unos como vislumbres y tornasoles de pasiones, débiles y fugaces por extremo; su alegría, como su miedo, como su orgullo, como su amor, son ficticios y van los unos en pos de los otros deslizándose rápidamente como sombras que patinan sobre hielo y que se desvanecen en el punto mismo que las vemos. Es, en una palabra, lo necesariamente tonto para excitar, no la piedad ni la repulsion, sino el ridículo. Se parece algo al desdichado de Calandrino, cuyas aventuras, referidas por Bocaccio, han hecho reir durante cuatro siglos á la Europa entera; y tiene semejanza tambien con Simon de Villa, á quien Bruno y Bufalmacco prometen el amor de la condesa Civillari, porque, como Simon, pertenece á una clase ilustrada, y la dignidad con que lleva la toga y los distintivos de doctor hacen sus dislates y sus necedades infinitamente más grotescos. El antiguo lenguaje toscano se presta de una manera admirable á los discursos de este personaje, porque

su gran sencillez imprime al razonamiento más sólido y claro un sello de infantil naturalidad y sencillez agradable siempre, pero que además predisponen á la risa á los oyentes extranjeros. Los héroes y los hombres de Estado parece como que balbucean cuando se expresan así, y en cuanto á Nicias, acrecienta la necedad de sus discursos, haciéndolos más necios aún.

Añadiremos que los versos de que se halla salpicada la *Mandragora* nos parecen ser de lo más correcto y animado que Maquiavelo ha hecho en este género, y que así lo entendía él mismo, puesto que de allí tomó no pocos para intercalarlos en otras de sus obras. Sus contemporáneos hicieron merecida justicia al mérito de la *Mandragora*, que se representó en Florencia con éxito extraordinario, y en Roma por mandato de Leon X, que se contaba en el número de sus admiradores (1).

La *Clizia* es una imitacion de la *Casina* de Plauto, la cual, á su vez, es imitacion de los κληρούμενοι de Difilo, perdidos para nosotros. Plauto es incontestablemente uno de los mejores autores latinos; pero no es la *Casina* la mejor de sus obras, ni ofrece grandes facilidades á un imitador, y su intriga es tan extraña á los hábitos de la vida moderna como la manera de su desarrollo lo es á las reglas de la moderna composicion. El amante permanece en el campo y la heroína en su casa durante toda la accion, dejando ambos que decidan de su suerte un padre imbécil, una madre hipócrita y unos criados corrompidos. Maquiavelo, sin embargo, dió cima á

(1) Está fuera de duda que Paulo Jovio designa la *Mandragora* bajo el nombre de *Nicias*. No habriamos hecho alto en una equivocacion tan natural y evidente á no ser por el error en que hizo incurrir al erudito y sagaz Bayle.



su obra dando prueba de buen gusto y recto juicio, adaptando la intriga á un estado social diferente, y enlazándolo con habilidad á la historia de su propio tiempo. La relacion de la burla hecha al cócora enamorado tiene mucha gracia, y es muy superior al pasaje correspondiente de la comedia latina, cediendo apénas á la descripcion que hace Falstaff de su zambullida.

Otras dos comedias sin título, una en prosa y otra en verso, se cuentan entre las obras de Maquiavelo: la primera es muy corta, y aunque bastante animada, carece de verdadero mérito; la segunda, se nos antoja que no es auténtica, pues ni sus méritos ni sus defectos recuerdan al célebre autor: se imprimió por primera vez el año de 1796 con arreglo á un manuscrito descubierto en la célebre librería de los Strozzi, y se asegura que su autenticidad no descansaba sino es en la semejanza de la letra. Es parte á confirmar nuestras sospechas que el manuscrito contenia igualmente una relacion de la peste de 1527; documento que se añadió por esta circunstancia á las obras de Maquiavelo, sin advertir que no hay nada en él que autorice á sospechar siquiera que el autor del *Príncipe* cometiese obra tan detestable en el fondo y en la forma. La narracion, las reflexiones, las invectivas, las burlas, las quejas y lamentos que contiene todo el discurso son de la peor escuela, vulgares y afectadas; verdaderos harapos de prendería literaria, propios de un mal aprendiz, pero no de un hombre de Estado eminente, cuyas producciones se hacen notar por la virilidad del estilo y de la idea. No es posible, pues, ni áun suponer que Maquiavelo á los sesenta años de edad y en la plenitud de su fuerza intelectual incurriera en semejante puerilidad.

La novelita de *Bellegor* está bien trazada y mejor escrita; pero la extravagancia de la sátira perjudica en cierto modo al efecto del conjunto. Maquiavelo no era nada feliz en su casa, y en su deseo de vengarse y de vengar al propio tiempo á sus compañeros de infortunio, se dejó llevar más léjos de lo que consienten las licencias de la ficcion. Jonson parece haber combinado algunos detalles de esta novela con otros tomados del Bocaccio, para formar la trama de su obra titulada *The Devil is an Ass*; la cual, aunque carece de los toques y perfiles que hacen tan perfectas sus demas composiciones, tal vez sea su produccion más ingeniosa y feliz.

La correspondencia política de Maquiavelo, sacada por primera vez á luz en 1767, es indudablemente auténtica y preciosa por extremo. Las deplorables circunstancias en que se halló colocada su patria durante gran parte de su vida pública, eran muy ocasionadas á desarrollar de una manera extraordinaria los talentos diplomáticos. A contar desde el dia en que Cárlos VIII descendió de los Alpes, el carácter de la politica italiana cambió por completo; los gobiernos de la Península cesaron de formar un sistema independiente, y arrastrados fuera de su antigua órbita por la atraccion poderosa de los cuerpos superiores que se acercaban á ellos, se trasformaron en satélites de la Francia y de la España. La influencia extranjera decidió sus querellas, así dentro como fuera del país; los intereses de las facciones rivales se discutian y ventilaban, no en la sala del Senado ni en la plaza pública, sino es en el gabinete de Luis de Francia ó de Fernando el Católico, y en tales circunstancias la prosperidad de los Estados italianos ántes dependia de la habilidad de sus agentes en el extranjero, que no de la con-

ducta de los que se hallaban encargados de su administracion y régimen interior. Los embajadores de aquel tiempo tenian que cumplir obligaciones más difíciles y delicadas que la de cambiar reverencias, canjear cruces y placas y ofrecer á sus colegas el homenaje de su distinguida consideracion, porque eran defensores vigilantes de los intereses más caros de la patria, y espías revestidos de carácter inviolable, que, en vez de circunscribirse á emplear maneras corteses y circunspectas y estilo ambiguo para sostener la dignidad de sus comitentes, debian empeñarse en todas las intrigas de la corte en que residían, descubrir y fomentar todas las flaquezas del príncipe y las del valido que lo gobernaba, y las del ayuda de cámara del valido, y las de la favorita, sin olvidar al confesor, y halagar y suplicar, y reir y llorar, y acomodarse á todos los caprichos y á todas las exigencias, y calmar todas las sospechas, y recoger todos los rumores, y hacer todos los oficios y todas las cosas, y observarlo todo y soportarlo. Tales eran los tiempos que hacian necesario á los sagaces políticos italianos el ejercicio de todas sus facultades y aptitudes para servir á su patria.

Maquiavelo desempeñó varias veces tan difíciles comisiones: una en la corte del rey de los romanos, otra en la del duque de Valentinois, dos en la de Roma y tres en la de Francia, cumpliendo su cometido en todas ellas, y en algunas otras de ménos importancia, con grande habilidad. Sus despachos forman una de las colecciones más instructivas que puedan leerse: las relaciones de los sucesos que narran son claras y están escritas con feliz facilidad; las observaciones sobre los hombres y las cosas rebosan de ingenio y de buen juicio; las conversaciones se reproducen con vigor y rapidez, de tal

manera todo ello, que, repasando su correspondencia, vemos y hablamos con los hombres que durante veinte años, henchidos de grandes sucesos, imperaron sobre los destinos de la Europa; presenciamos los arranques más felices de su ingenio y sus mayores locuras, sus accesos de alegría y de mal humor, y oímos sus pláticas íntimas y estudiamos sus más familiares actitudes. Merced á ella, vemos en circunstancias que escapan á la investigación del historiador, las débiles violencias y los inútiles ardidés de Luis XII; la medianía de Maximiliano, agitado siempre de comezon de nombradía, audaz y tímido á un tiempo, inconstante y obstinado, presuroso siempre y llegando siempre tarde; la cruel y altanera energía de Julio II, y las maneras distinguidas é insinuantes que tan bien cubrían la insaciable ambicion y el odio inmenso é implacable de César Borgia.

Hemos pronunciado el nombre de César Borgia, y no es posible pasar adelante sin consagrar un momento siquiera de atencion al hombre en quien se personificó tan vigorosamente la moralidad política de la Italia, unida á ciertos rasgos severos, propios del carácter español. Dos veces lo vió Maquiavelo en dos momentos importantes por extremo: una, cuando su incomparable perversidad acababa de alcanzar la victoria más brillante de su vida, en ocasion que hacía caer en el mismo lazo y acababa del mismo golpe á sus más formidables rivales; y otra, cuando abatido por cruel dolencia, y humillado bajo el peso de inmensos infortunios, que jamás hubiera sido parte á evitar la más previsora prudencia humana, estaba prisionero del más encarnizado enemigo de su casa. Estas entrevistas entre el más grande hombre de Estado especulativo

y el más grande hombre de Estado práctico del siglo, se hallan descritas con extension y menudos detalles en la correspondencia de Maquiavelo, y constituyen su parte más interesante. Fundándose en algunos pasajes del *Príncipe*, y, tal vez, en vagos rumores y tradiciones no más sólidamente establecidas, ciertos escritores han supuesto que existian entre ambos vínculos de amistad más íntimos y estrechos de lo que fueron, llegando por esta causa á suponer al secretario florentino inspirador de los crímenes del hábil y feroz tirano. Está probado, sin embargo, con documentos oficiales, que sus relaciones, amistosas en apariencia, fueron hostiles en realidad, lo cual no quita que Maquiavelo quedara sorprendido y como maravillado de las dotes de César Borgia; y en sus escritos sobre el gobierno se advierten las señales de la impresion que produjeron en él, así el carácter singular como la suerte igualmente singular del hombre que, á pesar de las inmensas dificultades que se opusieron en su camino, realizó tan grandes cosas; que hastiado de los goces, y no hallando ya en su infinita variedad y muchedumbre estímulo eficaz que satisficiera el hastío de sus sentidos, buscó y halló placer más duradero y vehemente en la pasion del dominio y de la venganza; que abandonó el lujo indolente y muelle de la púrpura romana para trasformarse en el primer príncipe y en el primer general de su siglo; que habiéndose desarrollado en la más pacífica de las profesiones, supo formar un ejército valiente con las heces de un pueblo no nada guerreero; que despues de conquistar la soberanía destruyendo sus enemigos, adquirió popularidad destruyendo sus instrumentos; que empleó en realizar los planes más benéficos el poder que conquistó por

los medios más atroces; que no toleró en la órbita de su incontrastable despotismo más bandido ni más opresor que él, y que cayó, al fin, en medio de las maldiciones y de las lágrimas de un pueblo que asombró con su genio, y al que hubiera podido salvar. Entre los crímenes de César Borgia los hay que nos parecen más odiosos que todos los demás, pero que, por las razones ya expuestas antes, no excitarían el mismo sentimiento entre los italianos del siglo XV. El patriotismo pudo también inducir á Maquiavelo á consagrar un recuerdo de indulgencia y dolor á la memoria del único hombre que hubiera logrado defender la independencia de Italia contra los foragidos confederados de Cambray.

Esta causa era la que más hondas raíces tenía en el corazón de Maquiavelo. A decir verdad, todos los hombres eminentes de Italia soñaban con la expulsión de los tiranos extranjeros, y la vuelta del siglo de oro que precedió la invasión de Carlos VIII. Esta manera de visión sedujo el espíritu poderoso, pero mal dirigido, de Julio II; compartió con los manuscritos y las salsas, y los artistas y losalcones la atención del frívolo Leon X; inspiró la generosa traición de Morone; dió pasajera energía al ánimo y al cuerpo, harto débiles ya, del último Sforza, é infundió por un espacio, aunque breve, cierta honrada ambición en el alma pérfida de Pescara. Como la ferocidad y la insolencia no se contaban en el catálogo de los vicios nacionales, el código moral de los italianos juzgaba con sobrada indulgencia las crueldades inteligentes de los políticos que con un fin grande y patriótico se cometían, haciendo sus víctimas en personajes de cuenta. Pero, si bien recurrían á las veces á procedimientos bárbaros como medio de resistencia, les repugnaban tanto como

los feroces extranjeros que parecían derramar la sangre italiana por placer, y que no satisfechos con subyugar, se gozaban destruyendo con alegría diabólica ciudades magníficas, y matando enemigos que pedían cuartel, ó asfixiando á centenares personas inermes en las mismas cuevas donde se habían guarecido huyendo de su furia. Tales eran las crueldades que cada día excitaban el terror y el odio de un pueblo en el cual ántes nunca tuvo que temer el soldado en la guerra sino es la pérdida de su caballo y el precio de su rescate; pero la intemperancia grosera de los suizos, la sórdida avaricia de los españoles, la licencia brutal de los franceses que no respetaba ni la hospitalidad, ni la decencia, ni el amor mismo; la despiadada inhumanidad común á todos los invasores, infundieron á los habitantes de la Península mortal aversión al extranjero. Sus riquezas, acumuladas durante siglos de prosperidad, desaparecían á ojos vistas. La superioridad intelectual del pueblo oprimido le hacía más insupportable aún y más humillante su degradación política. La literatura y el buen gusto cubrían todavía los estragos de un mal incurable con un manto de púrpura: el hierro no había penetrado aún hasta el corazón, ni llegado la hora de amordazar la elocuencia y de vendar los ojos á la razón, y de que el poeta colgara su arpa en los sauces del Arno, y el artista condenara su diestra á la inmovilidad; pero ya podían advertirse los signos precursores de la caída, ya se dejaba entrever que el genio y la ciencia no vivirían mucho más que el estado de cosas que los produjo, y que los grandes hombres cuya gloria daba tanto brillo á la época, formados bajo la influencia bienhechora de días más venturosos, no dejarían en pos de sí quien recogiera su herencia y

la aumentara; que los siglos mejores de la historia literaria no son siempre aquellos á los cuales debe más gratitud el humano espíritu. Fácil es persuadirse de esta verdad comparando la generacion que les sigue con la que les ha precedido, y teniendo en memoria que los primeros frutos que se recogen durante un período de mal régimen, nacen, á las veces, de la semilla esparcida en uno bueno: así aconteció en cierto modo en el siglo de Augusto, y así tambien sucedió en el de Rafael y del Ariosto, de Aldo y de Vida.

Maquiavelo deploraba las desgracias de su patria y discernia claramente la causa y el remedio. Y como el sistema militar del pueblo italiano habia extinguido su valor y su disciplina, y convertido sus tesoros en cebo asequible á todos los expoliadores extranjeros, Maquiavelo formó el proyecto, que así hace honor á su corazon como á su inteligencia, de abolir las tropas mercenarias, organizando una manera de milicia ciudadana. Los esfuerzos que hizo para lograr este objeto, verdaderamente grande, bastarian por sí solos para poner su nombre al abrigo de la maledicencia. Porque, pacífico por hábito, por temperamento y por la índole de sus ocupaciones, estudió con la mayor asiduidad la teoría de la guerra y se penetró de sus menores detalles, haciendo adoptar sus miras al gobierno de Florencia, el cual nombró un Consejo de guerra y dispuso lo necesario á la realizacion de su proyecto. El infatigable ministro recorrió todo el país para vigilar y presidir por sí mismo la ejecucion de sus planes. El momento era el mejor, bajo muchos aspectos, al ensayo: el sistema de la táctica militar habia sufrido una gran revolucion: la caballería no se consideraba ya como la fuerza principal de los



ejércitos, y comenzaba á creerse con razon que el tiempo que un ciudadano podia distraer de sus habituales ocupaciones, con ser bastante á formar un buen soldado de infantería, no lo era para familiarizarlo en el ejercicio y prácticas de un jinete. El temor del yugo extranjero, del pillaje, de la matanza y del incendio hubiera podido vencer la aversion que contra la carrera de las armas engendra en general la industria y la holganza de las grandes ciudades, porque la medida dió buen resultado, conduciéndose las nuevas tropas en el campo de batalla de una manera tan digna, que Maquiavelo contemplaba con orgullo el éxito de sus planes y comenzaba á esperar que las armas italianas podrian hacer huir á los bárbaros del Ebro y del Rhin; pero subió la marea mucho ántes de que las compuertas se cerraran. A decir verdad, por espacio de algun tiempo, Florencia vivió tranquila y feliz; pero el hambre, la peste y la guerra, el más cruel de los azotes, asolaron las fértiles llanuras y las poderosas ciudades que riega el Pó; todas las maldiciones fulminadas contra Tiro parecian haber caido sobre Venecia, cuya desolacion lloraban sus hijos, creyendo llegado el dia en que las algas flotarian á lo largo del Rialto silencioso, y los pescadores tendrian á secar sus redes en el desierto arsenal; Nápoles habia sido conquistada y vuelta á ganar cuatro veces consecutivas por caudillos avaros de sus despojos, y Florencia misma tenia que sufrir aún la degradacion y el robo, que someterse á poderes extraños, que rescatar á un precio enorme lo que le pertenecia legítimamente, que mostrarse reconocida á quien la despojaba de lo suyo, y que disculparse hasta del daño que le hacian, viéndose privada de la gratitud que merecia su infame y vil re-

poso, y perdiendo, al fin, al mismo tiempo, sus instituciones civiles y militares. Los Médicis volvieron de su larga expatriación á la grupa de invasores extranjeros; y la política de Maquiavelo se abandonó, y la pobreza, y la cárcel, y la tortura se encargaron de premiar pródigamente los servicios que habia prestado á su patria.

Después de su caída, el grande hombre prosiguió su proyecto con infatigable ardor, y con el objeto de contestar á varias objeciones populares y de refutar algunos errores, á la sazón muy acreditados, en orden á la ciencia militar, escribió sus siete libros sobre el arte de la guerra. Esta obra excelente está escrita en forma de diálogo: las opiniones del autor se ponen en boca de Fabricio Colonna, señor de los Estados pontificios, y soldado de cuenta al servicio del rey de España. Colonna visita á Florencia al regreso de Lombardía para volver á su casa, y encuentra á varios de sus amigos en la de Cosimo Rucellai, jóven amable y distinguido, cuyo fin prematuro deplora Maquiavelo amargamente. Después de un festin espléndido van los convidados á refugiarse á un bosquecillo del jardín para evitar el calor; Fabricio echa de ver algunas plantas raras; Cosimo le contesta que si bien lo son en los tiempos modernos, los autores clásicos tratan de ellas con frecuencia, y que su abuelo, como otros muchos italianos, se divertía poniendo en práctica los antiguos sistemas de jardinería. Fabricio deplora que las personas que intentan imitar las costumbres de los antiguos romanos escojan aquellas ocupaciones más frívolas, y esto da origen á una conversacion sobre la decadencia de la disciplina militar y los mejores medios de restablecerla, defendiéndose en el diálogo la institucion de la milicia florentina y pro-

poniéndose diferentes mejoras de un órden secundario.

Gozaban entónces los españoles y los suizos fama de ser los mejores soldados de Europa. Los suizos iban armados de lanzas, y semejaban mucho en esto á las falanges griegas, y los españoles, como en otro tiempo los soldados de Roma, traian espada y escudo. Las victorias de Flaminio y de Paulo Emilio sobre los reyes macedonios, parecen demostrar la superioridad de las armas empleadas por las legiones, é idéntico ensayo habia tenido idéntico resultado en la batalla de Rávena, uno de esos dias nefastos en que la locura y la maldad de los hombres acumularon todos los estragos. En aquel conflicto memorable, la infantería de Aragon, los antiguos compañeros de Gonzalo de Córdova, abandonados de sus auxiliares, se abrieron paso por entre las lanzas imperiales, é hicieron una retirada en órden perfecto frente á la gendarmería de Foix y á la célebre artillería de Este. Fabricio Colonna, ó, mejor dicho, Maquiavelo, propone que se combinen los dos sistemas, armando de picas las primeras filas para rechazar la caballería, y las demas de espada, arma útil á cualquiera otro uso. En toda la obra no cesa el autor de expresar su admiracion por la ciencia militar de los antiguos romanos y su gran menosprecio por las máximas que se hallaban más en boga entre los militares italianos de la generacion precedente. Prefiere la infantería á la caballería y los campos atrincherados á las plazas fuertes; se muestra dispuesto á reemplazar las lentas y flojas operaciones de sus compatriotas por movimientos rápidos y choques decisivos; y da poca importancia á la invencion de la pólvora, tan poca, que le quita influencia en el armamento y en la táctica militar.

A decir verdad, el testimonio de los historiadores contemporáneos parece probar que la artillería de entónces, mal construida y peor manejada, si bien era útil en los sitios, servía de poco en los campos de batalla.

No scremos osados á emitir nuestra opinion sobre la táctica de Maquiavelo; pero entendemos que su libro rebosa de mérito y de interes, y que á título de comentario sobre la historia de su tiempo, es inapreciable. Por lo demas, la delicadeza, la gracia y la claridad de su estilo, la elocuencia y la animacion de algunos trozos, deben ser agradables á los lectores que, sin mostrar interes por el arte militar, atienden á las bellezas de la forma literaria, que tanto seducen y cautivan el ánimo.

El *Príncipe* y los *Comentarios sobre Tito Livio* fueron escritos despues de la caída del gobierno republicano, y el primero, dedicado al jóven Lorenzo de Médicis; circunstancia que parece haber indignado á los contemporáneos del autor, áun más que las doctrinas vertidas en la obra, y que, andando el tiempo, la hicieron detestar de las gentes, porque creyeron ver en ella la prueba de una apostasía política. Sin embargo de esto, lo que parece cierto y averiguado, es que, desesperando Maquiavelo de la libertad de Florencia, se mostró dispuesto á sostener á cualquiera gobierno que reuniese las circunstancias necesarias á garantizar su independencia. El intervalo que separaba la democracia del despotismo, á Soderini de Lorenzo, parecia desaparecer cuando se le comparaba con la diferencia que existia entre el antiguo estado y el presente de la Italia, entre la seguridad, la opulencia, el reposo de que disfrutó bajo el gobierno nacional, y la miseria en que se hallaba sumergida desde la hora

tristemente memorable en que bajó de los Alpes el primer tirano extranjero. La noble y patética exhortacion que se lee al final del *Príncipe*, demuestra cuánto conmovia esta idea el ánimo de su autor.

El *Príncipe* es la historia de un hombre ambicioso, y los *Comentarios* ó *Discursos* la de un pueblo que adolece de idéntico mal; y los principios que sirven para explicar en el primero la elevacion de un individuo, se aplican en el segundo á la mayor duracion y á los intereses más complejos de una sociedad. Un hombre de Estado moderno podrá encontrar pueril la forma de los discursos. En realidad, Tito Livio no es un historiador fidedigno, en cuyas afirmaciones podamos creer implícitamente, aún en aquellos casos respecto de los cuales debiera estar bien informado. La primera década, única de que se ocupa Maquiavelo, apenas merece más crédito que la crónica inglesa de los reyes bretones que gobernaban ántes de la invasion de los romanos. Bueno es añadir que el comentador no ha tomado de Tito Livio sino es un corto número de textos, que así hubiera podido extractar de la *Vulgata* ó del *Decameron*, y que todos los pensamientos son originales.

Ya hemos expuesto extensamente nuestro parecer en orden al género de inmoralidad que ha hecho impopular al *Príncipe*, y que en proporciones casi iguales se halla en los *Discursos*. Hemos intentado demostrar que ántes procedia de la época que no del hombre, que era una corrupcion parcial, no prueba de perversion total. Sin embargo, no podemos negar que ha sido enojosa empresa, y que merma mucho el placer que podrian procurar sus obras á los hombres peritos en estas materias.

No es posible imaginar inteligencia más sana y vigorosamente constituida que la de Maquiavelo. Las cualidades del hombre de Estado práctico y del hombre de Estado contemplativo se hallan evidentemente reunidas en él con singular y perfecta armonía; que su habilidad en el detalle de los negocios no se había desarrollado á costa de sus facultades generales. No decimos con esto que su imaginación fuera ménos vasta; queremos decir que sus meditaciones eran más correctas y que poseían en alto grado el carácter vivo y práctico que las diferencia tanto de las vagas teorías de la mayor parte de los filósofos políticos.

Cuantos conocen el mundo saben que nada es más inútil que las máximas generales: si son morales, son buenas para darlas como muestra de escribir en las escuelas gratuitas; si son á la manera de las de La Rochefoucauld, podrán servir de muy excelentes epígrafes á los ensayos; mas es lo cierto que entre todos los apotegmas que se han hecho desde la época de los siete sabios de Grecia hasta la del pobre Richard, hay pocos que hayan sido parte á evitar una sola necedad. Sin embargo de esto, rendiremos á los preceptos de Maquiavelo el más grande y raro de los elogios, diciendo que pueden servir de regla de conducta con mucha frecuencia, no porque sean más exactos y profundos que los de otros autores, sino porque pueden aplicarse más fácilmente á los problemas de la vida real.

Se advierten errores en estas obras; pero son los errores que un escritor, en la situación de Maquiavelo, no podia evitar fácilmente, y provienen de un solo defecto que nos parece existir en todo su sistema; error que consiste en que sus planes políticos

más demuestran madurez de reflexion en los medios que en los resultados, y de aquí que no haya establecido nunca con bastante claridad que las sociedades y las leyes no existen sino es con el objeto de acrecentar el bien y la felicidad individuales, y que parezca que haya tenido en cuenta el bien social, independientemente del bien de los individuos que forman la colectividad, y á las veces á su costa. Este es, sin duda, de todos los errores políticos el que ha causado más daño y extendido más su estrago.

En las pequeñas repúblicas de Grecia, el estado de la sociedad, la estrecha union, la dependencia mutua de los ciudadanos y la severidad de las leyes de guerra, tendian á fortificar opiniones que nadie osaria condenar en tales circunstancias, hallándose, como lo estaban, los intereses de cada individuo ligados íntimamente á los del Estado. Porque las invasiones destruian sus cosechas, los arrojaban de sus casas y los forzaban á soportar todos los rigores de la vida militar, y los tratados de paz les restituian la seguridad y el bienestar; las victorias duplicaban el número de sus esclavos, y las derrotas podian convertirlos á su vez en siervos. Cuando Pericles dijo á los atenienses en la guerra del Peloponeso que si triunfaban, las pérdidas de los particulares quedarian reparadas muy en breve, pero que si triunfaban de ellos, todos quedarian sumidos en la miseria, no decia más que la verdad, pues hablaba á hombres á quienes los tributos de las naciones vencidas aseguraban la subsistencia, el traje, el baño y las distracciones, que se engrandecian con las grandezas de la patria, que se arruinaban con ella, y ante los cuales temblaban los ciudadanos de pueblos ménos prósperos; á hombres que,

cuando ménos, hubieran perdido con las desgracias de la patria todas las comodidades, placeres y privilegios de que gozaban. Y como las calamidades nacionales podian condenarlos á ser pasados á cuchillo sobre las ruinas humeantes del hogar, á ir prisioneros y abrumados bajo el peso de las cadenas á ser vendidos como esclavos, á verse arrebatados sus hijos, los unos para trabajar en las canteras de Sicilia, los otros para que guardasen los harenes de Persépolis; por eso entre los griegos el patriotismo vino á ser principio dominante, ó más bien pasión indomable, y sus legisladores y sus filósofos imaginaron qué proveyendo á la grandeza y á la fuerza del Estado, proveian suficientemente á la felicidad del pueblo. Y aún cuando los escritores del imperio romano vivian bajo déspotas que habian absorbido é incorporado á su pueblo cien naciones, y poseian jardines más extensos que las repúblicas de Filio y de Platea, es lo cierto que continuaron hablando el mismo lenguaje, y discurriendo en orden al deber de sacrificarlo todo á una patria, ó, mejor dicho, á un Estado al que nada debian.

Causas semejantes á las que tanta influencia ejercieron sobre los griegos, pesaron no ménos fuertemente sobre el carácter enérgico y audaz tambien de los italianos. Como los griegos, los italianos constituian pequeñas comunidades; cada individuo se hallaba vivamente interesado en el bienestar de la sociedad á la cual pertenecia, participando de su riqueza y de su miseria, de su gloria y de su vergüenza. Nunca fué más verdad esto que en el siglo de Maquiavelo, pues los acontecimientos públicos eran para los ciudadanos causa de inmensas perturbaciones y desgracias. Los invasores del Norte habian arruinado sus patrimonios, deshonorado sus



mujeres, incendiado sus hogares y degollado sus hijos, y era natural que hombres que vivian en una época semejante se hallaran siempre dispuestos á exagerar la importancia de medidas merced á las cuales logra un pueblo hacerse temer de sus vecinos y menospreciar á aquellos de quienes nada tiene que temer y que le dejan desarrollar su riqueza y su prosperidad interior.

Nada es más notable en los tratados políticos de Maquiavelo que la perfecta lealtad de que da prueba en ellos, y es tan notable cuando el autor tiene razon como cuando yerra. No aventura jamás una opinion falsa porque sea nueva ó ingeniosa, porque pueda presentarla envuelta en una frase elegante, ó defenderla con un sofisma ingenioso. Sus errores pueden explicarse siempre por las circunstancias que lo rodearon en vida, que no buscó él ciertamente, que se hallaron en su camino y que no podian evitarse fácilmente. Faltas son estas que han de cometerse necesariamente cuando una ciencia se halla en los principios.

Bajo este punto de vista es agradable comparar el *Príncipe* y los *Comentarios* al *Espíritu de las Leyes*. Tal vez sea Montesquieu el escritor político que mayor celebridad y más alto renombre goza en Europa; fama que debe, sin duda, en cierto modo al mérito, pero aún más á la fortuna, que le sonrió siempre, desde el principio de su carrera, llamando hácia él la atencion de la Francia cuando ésta despertaba del largo y profundo sueño en que habia pasado tanto tiempo, mecida por la hipocresía política y religiosa. La fuerza de las cosas hizo de él, entónces, un favorito de la opinion pública. A la sazón miraban los ingleses á los franceses, cuando hablaban del mecanismo constitucional y de las le-

yes fundamentales, como verdaderos prodigios. Así sucedió al ingenioso presidente con propios y extraños, á pesar de su especiosa superficialidad, de su inclinacion á los golpes de efecto, de su indiferencia hácia la verdad, y de que en su preocupacion constante de crear un sistema olvidó los materiales sólidos y adecuados, reemplazándolos con teorías de su invencion, imaginadas por él con tanta ligereza como se emplea en hacer castillos de naipes, tan pronto proyectados y hechos, como caidos y olvidados. Si Maquiavelo se engaña, es porque su experiencia es el reflejo de un estado anómalo de la sociedad, y porque no se halló nunca en el caso de apreciar el efecto de instituciones cuyo mecanismo y cuya marcha no pudo apreciar; y si Montesquieu se engaña, es porque tiene algo bueno que decir y no puede callarlo. Tanto es así, que si el fenómeno que se le ofrece no entra en su plan, hace una investigacion histórica, y si no descubre ó no puede mutilar un testimonio auténtico que apoye sus hipótesis, acomodándolas en nuevo lecho de Procusto, busca una fábula monstruosa relativa á Siam ó al Japon, y referida por algun escritor en comparacion del cual Gulliver pareciera verídico.

La exactitud del pensamiento y la exactitud de la frase van por lo general unidas; la oscuridad y la afectacion constituyen los dos mayores defectos del estilo, y la oscuridad en el estilo procede las más de las veces de la confusion de las ideas, así como el deseo de producir efecto á toda costa en el ánimo de quien lee da por resultado que el escritor contraiga el hábito de los sofismas. La juiciosa y clara inteligencia de Maquiavelo se refleja en su estilo claro, culto y enérgico, miéntras que, por el contrario, el de Montesquieu, si es animado é inge-

nioso, demuestra á cada paso su ligereza; porque todas las habilidades del lenguaje, desde la misteriosa concision del oráculo hasta la volubilidad de un fatuo parisiense, le sirven para encubrir la falsedad de muchos razonamientos y la trivialidad de otros: por tal manera, las ideas absurdas revisten la forma epigramática, y las refutadas ya cien veces se presentan de nuevo con el misterio de los enigmas, y así es difícil soportar la brillantéz y tersura de algunos pasajes suyos, como penetrar el arcano sibilino en que otros se hallan envueltos.

Lo que presta mayor interes á las obras políticas de Maquiavelo, es la pasion dolorosa y ardiente que se advierte en ellas cada vez que trata de un asunto relacionado con las desgracias de su patria. Y en verdad que es difícil hallar situacion más triste que la de un grande hombre condenado á presenciar la lenta y penosa agonía de un pueblo aniquilado, á asistirlo en los síncope y en los delirios que preceden á su disolucion, y á ver pasar, unos en pos de otros, los síntomas de su vitalidad hasta que no quede más de él que el frio incomparable de la muerte y la descomposicion. Maquiavelo tuvo que llenar tan ingrato deber; y para emplear el enérgico lenguaje del profeta «la vista de lo que veian sus ojos lo enloquecia:» la discordia en el consejo, la falta de valor en el campo de batalla, la libertad perdida, el comercio decadente, manchada la honra nacional, y un pueblo ilustrado y floreciente sometido á la ferocidad de los bárbaros. Y como á pesar de que sus opiniones no se habian librado del contagio de la inmoralidad política que tan extendida se hallaba entre sus conciudadanos, era naturalmente severo é impetuoso ántes que flexible y falso, cuando recuerda la degradacion de Florencia y el

infame ultraje que sufrió, depone la fingida dulzura de su oficio y de su patria para lamentarse de ello con amargura, cólera y desprecio, y hablar con hastío de la época desgraciada y del pueblo envilecido en que vive mal de su grado, y suspirar por la fuerza y la gloria de la antigua Roma, por las haces de Bruto y la espada de Escipion, por la grandéza del Senado y por la pompa sangrienta de los sacrificios triunfales; y parece trasportado á los dias en que ochocientos mil guerreros italianos corrian á empuñar las armas al solo rumor de una invasion de los galos, y haber heredado el espíritu de aquellos intrépidos y altivos senadores que olvidaban los vínculos más caros de la sangre para no pensar sino es en sus virtudes públicas, que miraban con desprecio los elefantes y el oro de Pirro, y oian con calma impassible las desastrosas nuevas de la batalla de Canná. Semejante á un templo antiguo cuya belleza arquitectónica sufre los ultrajes de la bárbara arquitectura de siglos posteriores, adquiere su carácter más grande y creciente interes de las circunstancias mismas que son parte á desnaturalizarlo; resaltando aún más las proporciones originales por consecuencia del contraste que resulta entre ellas y las mezquinas y defectuosas y torpes adiciones que se le han hecho.

Pero no es sólo en sus escritos donde hallamos la influencia de estos sentimientos; que no hallando su entusiasmo libre curso en la carrera que habia escogido, pareció trasformarse en una manera de volubilidad desesperada, experimentando secreto placer en ultrajar las opiniones de una sociedad que despreciaba desde lo más íntimo de su alma, sin tener para nada en cuenta las conveniencias ni el respeto que á sí propio se debia por la elevada posicion

que habia ocupado en la esfera política y literaria. Y tanto subió de punto la amargura sarcástica de su conversacion, que producía rencores en aquellos que se hallaban más dispuestos á condenar su licencia que su propia degradacion, y que no podian penetrar el poder de las emociones ocultas.

Hemos de ocuparnos todavía de las obras de Maquiavelo. Su vida de Castruccio Castracani nos ocupará muy breve tiempo, y apenas trataríamos de ella si no hubiera llamado la atencion del público más de lo que merece. En verdad que pocos libros hubieran podido ser más interesantes que una historia profunda y juiciosa en la cual hubiera referido Maquiavelo la vida del ilustre príncipe de Luca, el más eminente de aquellos jefes italianos que, semejantes á Pisistrato y á Gelon, alcanzaron una magistratura más fácil de sentir que de ver, basada, no en leyes y pragmáticas, sino es en el favor de la opinion pública y en las grandes dotes personales de aquellos que se alzaban con su ejercicio. Una obra semejante nos hubiera mostrado la naturaleza real y verdadera de aquellas soberanías, tan singulares como mal comprendidas, que los griegos llamaban *tirantía*, y que modificada y reformada bajo ciertos aspectos por el sistema feudal, reaparecieron en las repúblicas de Lombardía y de Toscana. Pero la breve y sucinta relacion de Maquiavelo no es historia, propiamente dicha, ni aspira tampoco á ser tenida por fiel relato de cosa alguna. Es obra de imaginacion y de mérito; pero no más auténtica que la novela de Belfegor, aunque mucho más enojosa en su lectura.

La última grande obra de este hombre ilustre fué la historia de Florencia. La escribió por mandato del Papa, que, á la sazón, como jefe de la casa de

Médecis, era su soberano. Sin embargo de esta circunstancia, muy digna de ser tenida en cuenta, juzga en ella á Cosme, Pedro y Lorenzo de Médecis con una libertad é independencia tan completas, que así hacen honor á quien la escribió como á quien la mandó escribir; que las miserias y las humillaciones de la dependencia, el pan más amargo y la escalera más penosa de subir, no fueron parte á degradar á Maquiavelo, así como tampoco el puesto más corruptor en un ejercicio corrompido lograron pervertir el noble corazón de Clemente.

Por lo demas, esta historia no parece ser fruto de lento trabajo y prolongadas investigaciones; carece de exactitud, pero está elegantemente narrada, y es pintoresca por extremo y animada cual ninguna otra escrita en lengua italiana, y leyéndola se recibe una impresion más viva y fiel de las costumbres y del carácter nacional que pueden dar las relaciones más correctas. Acontece así, porque ántes pertenece la obra de Maquiavelo á la literatura antigua que no á la moderna, y porque no tanto se halla escrita á la manera de Dávila y de Clarendon como á la de Herodoto y de Tácito. Diríase por esto que las historias clásicas son novelas basadas en hechos, porque si bien la relacion está estrictamente ceñida á la verdad en todo lo principal, los pequeños incidentes, que tanto interes añaden á los hechos de más cuenta, las palabras, las acciones, las miradas evidentemente son debidas á la imaginacion del autor. En nuestros dias se hace de otro modo: el escritor da una relacion más exacta; pero no está todavía puesto en claro que quien lee reciba nociones más precisas por eso. Por lo que á nosotros respecta, diremos que, á nuestro parecer, son los mejores retratos aquellos que adolecen de algo

de exageracion, y no estamos muy seguros de que las mejores historias no sean aquellas en las cuales se emplea en cierto modo y hasta cierto punto cierta parte de ficcion, porque si bien es cierto que la exactitud pierde algo, no lo es ménos que el efecto gana mucho en ello, descuidando un poco las líneas secundarias para que los rasgos característicos se graben y queden para siempre fijos en la memoria.

Termina la historia con la muerte de Lorenzo de Médicis. Parece que Maquiavelo se proponia continuarla; pero acabó su proyecto con su vida, y Guichardini fué quien tomó sobre sí el triste cargo de narrar la historia de la desolacion y de la ignominia de Italia. Sin embargo, vivió lo bastante para ver el último esfuerzo intentado por los florentinos en favor de la libertad. Poco tiempo despues de su muerte, quedó la monarquía establecida de una manera definitiva, no una monarquía semejante á aquella cuya base asentó tan fuertemente Cosme de Médicis en las instituciones y en el corazon de sus compatriotas, y que Lorenzo revistió de todos los trofeos de la ciencia y de las artes, sino es una tiranía odiosa, vil y altanera, sanguinaria y débil, hipócrita y licenciosa. Y como el carácter de Maquiavelo era repugnante á los nuevos señores, y las partes de su teoría que se acomodaban á sus prácticas dieron pretexto á denigrar su memoria, se vieron sus obras desfiguradas por los sabios, mal comprendidas por los ignorantes, censuradas por la Iglesia, execradas con todo el encono de la fingida virtud por los instrumentos de un gobierno despreciable, y anatematizadas por los ministros de una supersticion más despreciable aún. De esta suerte el nombre del varon ilustre cuyo ingenio iluminó las tinieblas de la política, y

cuya prudencia, sabiduría y patriotismo lograron poner á un pueblo entero en el caso de tomar venganza de sus opresores y de conquistar su independenciam, se tornó en epíteto infamante. Más de doscientos años permanecieron olvidadas sus cenizas: al cabo, un personaje inglés redimió á Florencia de la deuda en que estaba con el más eminente de sus hombres de Estado, y se levantó á su memoria un mausoleo en Santa Croce; monumento que contemplan con respeto cuantos saben distinguir las virtudes de un grande y noble corazón á través de las miserias de un siglo degenerado y corrompido, y que aún contemplarán con más respeto el día en que se vea realizado el pensamiento á cuyo desarrollo consagró el esfuerzo de toda su vida: cuando quede roto en cien pedazos el yugo de la dominación extranjera en Italia, cuando un nuevo Prócida vengue las desventuras de Nápoles, ó un nuevo Rienzi, más feliz que el primero, restituya Roma á la prosperidad; el día en que las calles de Florencia y de Boloña resuenen de nuevo al antiguo grito de guerra: *!Popolo, Popolo; muoiano i tirani!* (1)

---

(1) Esto se escribía en Marzo de 1827.—N. del T.





## LORD BYRON.

---

La delicada ficcion con que la duquesa de Orleans explicaba el carácter de su hijo, el regente de Francia, podria con ligeros retoques aplicarse á lord Byron; porque todas las hadas, á excepcion de una sola, se dieron cita alrededor de su cuna para colmarlo de sus dones: una le otorgó la nobleza, otra el ingenio, otra la hermosura, todas cuanto de mejor tenian. Pero acudió tambien el hada maléfica no convidada por las demas, y no pudiendo privarlo de aquello que sus hermanas le habian dado con mano pródiga, maldijo cada una de sus mercedes. Así pareció ser, en efecto, porque en la posicion social de lord Byron, en su talento, en su carácter y hasta en su persona se vieron siempre reunidos y mezclados de la manera más extraña los más opuestos extremos. Recibió al nacer cuanto el hombre admira y desea; pero cada una de sus circunstancias superiores iba ligada estrecha y misteriosamente á elementos de miseria y de humillacion. Era hijo de padres de antigua nobleza; pero degradados y em-

pobrecidos por una serie prolongada de locuras y de crímenes, que alcanzaron escandalosa publicidad, tanta y tan triste, que aquel á quien sucedia murió en la miseria, y á no ser por la indulgencia de sus jueces hubiera muerto en el patíbulo: el jóven Par poseía grandes facultades de inteligencia; pero con algo de insano: su corazon era naturalmente sensible y generoso; pero su carácter, colérico y mudable: su cabeza era un modelo de hermosura, y su andar innoble, como que uno de sus piés era deforme: notable por la fuerza y por la debilidad de su espíritu, afectuoso y malo, personaje ilustre y pobre inválido al propio tiempo, nadie hubo menester tanto como él de recibir educacion más sólida y prudente. Mas, por extraños que fuesen los caprichos de la naturaleza respecto de él, la madre á quien cupo en suerte formar su carácter fué más caprichosa todavía, porque así pasaba del paroxismo de la cólera al paroxismo de la ternura, como del llanto á la risa, como colmaba á su hijo de caricias, como lo cubria de invectivas y de apóstrofes afeándole sus defectos. Entró luego en la vida del mundo, y las gentes lo trataron como lo trató su madre: á las veces con amor, á las veces con saña, nunca con justicia; que la sociedad fué para con él afable y dura indistintamente; pero siempre sin criterio ni discernimiento, pudiendo decirse que su madre, la naturaleza, la fortuna, la fama y la sociedad se condujeron con él de idéntico modo. Sus primeros poemas fueron acogidos con un desprecio que no merecian por cierto, á pesar de su flojedad, y el que publicó á la vuelta de sus viajes se recibió con elogios exagerados, y á los veinticuatro años vió colocado su nombre á la altura del de Walter Scott, de Wordsworth, de Southey y de una multitud de es-

critores distinguidos, que despues quedaron por debajo de él. Apénas habrá memoria de otro ejemplo de un literato que tan rápidamente se haya elevado á tan vertiginosa altura.

Por tal manera un hombre jóven, á quien dotó la naturaleza de pasiones vehementísimas, y á quien la educacion nunca enseñó á refrenarlas, se vió de un golpe rodeado de cuanto puede halagar ó estimular los instintos más fuertes de nuestra naturaleza: admirado de la sociedad, saludado de las aclamaciones unánimes de su patria, aplaudido de los hombres más aplaudidos, y amado de las mujeres más amables; de todo, en fin, cuanto puede dar el mundo y su gloria. En cambio, vivió como muchos que no tienen tales excusas que alegar para que por ellas les sean perdonadas sus faltas; pero sus conciudadanos y conciudadanas se habian propuesto amarle y admirarlo, sin parar mientes en sus excesos y desórdenes, sino es en las explosiones de su alma de fuego que reflejaban su resplandor en su poesia. Atacaba la religion, por ejemplo, y su nombre se citaba con simpatía entre la gente piadosa, no criticando sus arranques las publicaciones místicas sino es con suma dulzura; atacaba al Regente y no conseguia enajenarse la benevolencia de los *torys*; que parecia que todo debiera perdonársele en gracia de la juventud, del rango y del genio. Despues vino la reaccion, y tan caprichosa en su cólera como lo habia sido en su benevolencia, se ensañó contra su favorito de otro tiempo, y del propio modo que lo adoró con ciega idolatría, lo aborreció con fanatismo ciego.

Muchas páginas se han escrito acerca de las desgraciadas interioridades de su vida doméstica, que tanta influencia y tan triste lograron ejercer en su

vida pública, por decirlo así, y sin embargo las gentes no supieron ni han sabido jamás nada de positivo en orden á este asunto sino es que lord Byron rompió con su mujer, y que ella se negó á vivir por más tiempo con su marido. No por eso han faltado las insinuaciones, y no pocos, cuando se les ha hablado del caso, han dicho moviendo la cabeza en señal de inteligencia: «Todo se sabe, al fin; si quisiéramos hablar, ya podríamos hacerlo, ó, no faltan personas que se hallen al cabo de los hechos.» Pero estamos persuadidos de que nadie ha podido aducir nunca un solo hecho apoyado en testimonios fidedignos, ó apreciables siquiera, que sea parte á persuadir de que lord Byron haya sido más culpado que cualquiera otro que no viva en buenas relaciones con su esposa. Los letrados que consultó lady Byron estuvieron unánimes en decir que no debía continuar viviendo con su marido; pero bueno es añadir que fueron de este dictámen sin haber oído á las dos partes. No decimos con esto, ni queremos dar á entender tampoco, que la esposa de Byron merezca la menor censura; creemos que quien la condene por los hechos de que hoy puede juzgar el público, sería tan temerario como los que condenan al marido: no queremos pronunciar juicio alguno; no podemos ni siquiera formarlo en nuestro fuero interno, siéndonos el caso completamente desconocido en su esencia; y esta reserva nuestra, que no es sino estricta justicia, hubieran debido tenerla en la época de la separacion cuantos emitieron entónces sobre este asunto, sin saber de él más que nosotros, las opiniones más aventuradas.

Es ciertamente un espectáculo ridículo, y, por lo que á nosotros respecta, no conocemos otro que lo sea en más alto grado que el que ofrece la nacion

inglesa en cada uno de sus periódicos accesos de mojigatería virtuosa. Por regla general, los raptos, los divorcios y los disturbios de familia pasan desapercibidos casi entre nosotros: leemos las historias escandalosas, hablamos de ellas veinticuatro horas, y después las olvidamos; pero cada seis ó siete años nuestra virtud entra en un período de excitación, de sensibilidad extremada, de exquisitismo, durante el cual no podemos tolerar que las leyes de la religión y de la decencia sean menoscadas por nadie; queremos oponer un valladar poderoso al vicio y á todas las debilidades humanas; enseñar á los libertinos que sabemos apreciar en lo que valen la importancia de los vínculos domésticos, y á este fin cogemos entre la multitud á un desdichado que no es más culpable que otros mil que se quedan libres de nuestra saña, y lo sacrificamos como víctima expiatoria en aras de nuestra sensibilidad: si ese criminal, que no lo calificamos de ménos, tiene hijos, lo forzamos á separarse de ellos; si ejerce profesion ú oficio, lo ponemos en el trance de abandonarlo; las clases superiores le vuelven la espalda, las inferiores lo silban, y entre todos hacemos de él blanco de nuestras iras, verdadero rigor de las desdichas, representante elegido por sufragio universal de las culpas propias y ajenas, y sus angustias, sus dolores, su martirio, los consideramos por castigo ejemplar en que los demás criminales de igual índole se miren y escarmienten. Cuando hemos hecho esto, nos extasiamos en la contemplación de nuestra inexorable severidad y de nuestra justicia, y comparamos penetrados de orgullo el alto nivel de la moralidad inglesa con el relajamiento de las costumbres parisienses. Una vez satisfecha nuestra cólera y nuestra víctima perdida,

nuestra virtud vuelve á su estado normal, y así queda por otros seis ó siete años.

Es natural que se trate de reprimir cuanto sea posible el desarrollo de aquellos vicios que destruyen la felicidad doméstica; es evidente que la legislación penal no cuenta con medios para lograr este objeto, y es justo, pues, y laudable que la opinión pública por su parte condene tales faltas; pero debería de ejercer este ministerio constantemente, con firmeza y moderación, en vez de combatir las á intervalos, en momentos de acceso y así como sin discernimiento. En esos casos debería no tener sino un peso y una medida: diezmar es un sistema de castigo contra el cual se han hecho siempre grandes objeciones, como que es el recurso de jueces débiles ó impacientes para investigar los hechos y para establecer las diferencias debidas que existen siempre entre las diversas maneras de criminalidad; práctica injusta, siquiera se observe por los tribunales militares, é infinitamente más cuando se adopta por el tribunal de la opinión pública. Bueno es que ciertas malas acciones sean castigadas, y que á su castigo acompañe siempre cierta dosis de vergüenza para el culpado; pero no lo es con mucho que los delincuentes corran las eventualidades de una lotería de infamia; no es moral que noventa y nueve de cada ciento salgan libres, y áun lo es ménos que ese, tal vez el inocente, pague por los demas. Recordamos haber visto perseguir á silbidos una vez por el populacho, en Lincoln's Inn, á un hombre que se hallaba sometido á la acción de los tribunales por el procedimiento más opresivo de la ley inglesa: la multitud lo escarnecía por haber sido infiel á su mujer, como si algunos de los hombres más populares de este siglo,

Nelson, verbigracia, no hubieran sido maridos infieles! Recordamos aún otro hecho más singular todavía. En una época en la cual hombres cuyas galanterías conocia todo el mundo y que, además, habian adquirido notoriedad legal, sin que fueran parte á impedirles llegar á los primeros puestos del Estado, en la magistratura, en la política y en la milicia, y hasta la presidencia de congregaciones religiosas y de caridad, y á ser, no sólo bien recibidos en todas partes, sino es solicitados y mimados de la multitud; en esa misma época (la posteridad, tal vez no lo crea) un tropel de moralistas amotinados acudió á un teatro para cubrir de invectivas y de silbidos á un pobre actor que habia perturbado la felicidad conyugal de un alcalde. ¿Qué habia en esta ofensa que así excitaba el celo del auditorio contra el ofensor, ó en defensa del ofendido? Misterio es este que jamás hemos podido penetrar ni comprender, porque nunca se ha supuesto, que nosotros sepamos, que el oficio de actor sea singularmente propicio al desarrollo de virtudes austeras, ni que los alcaldes posean inmunidades de tal naturaleza que los pongan á salvo y los garanticen y preserven de semejantes desgracias; contratiempo que á la sazón excitaba tanto la saña del público. Así es la justicia humana.

En ambos casos el castigo era extremado; pero la ofensa conocida y probada. En cuanto á lord Byron, se mostró la opinion mucho más severa, haciendo con él una justicia á la Jedwood: primero lo ejeculó, despues le instruyó la causa, y, por último, lo acusó, si es que lo hizo, porque sin saber nada de cuanto pudo pasar en la familia, la opinion pública se declaró contra él, y forjó cuantas novelas pudieran justificar su cólera; variaciones sobre



el tema de la separacion, que no tenian relacion alguna entre sí, como no fuera la que establecia entre ellas el carecer todas de sentido: y las buenas almas que iban repitiéndolas no sabian ni se cuidaban de averiguar si estas relaciones descansaban en hechos auténticos. En verdad estas voces no eran la causa, sino el resultado de la indignacion pública, y corrian parejas con las miserables calumnias que Lewis Goldsmith y otros libelistas propalaron acerca de Bonaparte, cuando decian que dió veneno á una muchacha estando en el Colegio militar; que sobornó á un granadero para que matara en Marengo á Desaix, ó que renovaba en Saint-Cloud las orgías de Caprea. Hubo un tiempo en el cual las anécdotas de esta naturaleza gozaron de cierto crédito entre aquellas personas que odiaban á Bonaparte sin saber por qué, y que se complacian creyendo cuanto pudiera justificar su éncono, y lord Byron participó de idéntica suerte. Sus compatriotas montaron en cólera contra él, no solo porque sus poesías y su carácter llegaron á perder el encanto de la novedad, sino porque además se hizo reo del crimen más imperdonable de las muchedumbres, es decir, de haber sido elogiado hasta el exceso, y de haber excitado cual ninguno su interes, por lo cual éstos, procediendo con su acostumbrada justicia, castigaron en Byron sus propios extravíos; que los afectos de la multitud semejan mucho á los de aquella pérfida maga de las *Mil y una noches*, que no satisfecha con despedir á sus amantes, al terminar los cuarenta dias de su ternura, les hacía pagar con repugnantes y crueles penitencias la culpa de haberle agradado mucho corto espacio.

El castigo que Byron sufrió fué para quebrantar

un corazón más firme que no el suyo: los periódicos parecieron llenos de insultos contra él; el teatro se hizo eco de la maledicencia general; le cerraron todas las puertas; allí donde ántes lo recibían con los brazos abiertos solo vió caras hostiles, y la turba de miserables que hace siempre leña de los ídolos caidos se apresuró á satisfacer sus instintos con furia implacable y vergonzosa fruicion: que no se sacia fácilmente la brutal envidia de imbéciles ambiciosos solo con el espectáculo de las angustias del genio y de la degradacion de un nombre ilustre.

El desgraciado poeta salió de su patria y no volvió más á ella; pero los aullidos de sus acusadores lo persiguieron á traves del mar, á lo largo del Rhin y al otro lado de los Alpes; luego fueron debilitándose y perdiéndose poco á poco, hasta cesar, y más tarde los mismos que habian levantado la tempestad comenzaron á volver en su acuerdo y á preguntarse por la causa de su propio escándalo, y quisieron llamar al criminal que habian expulsado. Sus poesías se hicieron más populares que lo habian sido nunca, y pudieron contarse por millares lós que no habian visto jamás de él ni el retrato y que sintieron el corazón oprimido y los ojos arrasados en lágrimas al percibir las notas dolorosas de su lira que llevaban las brisas del Adriático á las inhospitatorias costas de su patria.

Después de haber roto con la opinion pública de Inglaterra, Byron llegó como fugitivo á Venecia, la ciudad de los grandes recuerdos y de las intrigas amorosas, pintoresca y poética cual ninguna, que aparece á los ojos del viajero cual fantástica aparicion surgiendo de las aguas bajo el cielo más puro de Italia, y en ella fijó su residencia. Puede muy bien decirse que su eleccion fué acertada, porque,

corrompidos los venecianos por su historia pasada y su historia presente, se mostraban de singular tolerancia con todas las flaquezas humanas. Lord Byron se acomodó sin esfuerzo á las costumbres de sus convecinos, y se empeñó con tanto ahinco en todo linaje de aventuras amorosas que ningun sentimiento generoso ennoblecia, que, al cabo, su salud se resintió, su cabeza se pobló de canas y una fiebre lenta y tenaz comenzó á consumir su organismo de tal modo que parecia llevarlo al borde del sepulcro. Entónces fué cuando desde el retiro de su harem escribió una serie de libros llenos de ingenio, de elocuencia y de amargo desden, y licenciosos y patéticos en alto grado.

Unos amores culpados, á decir verdad, pero que casi podrian calificarse de puros y honestos teniendo en cuenta el nivel moral del país en que habian nacido, vinieron á sacarlo en aquella circunstancia y en cierto modo del envilecimiento en que vivia; mas su conciencia, manchada por el vicio, su carácter, enconado por las contrariedades y las desgracias, y su espíritu, menesteroso de la fatal excitacion de la embriaguez para percibir, no le consintieron gozar de la plenitud del bien que le habia deparado la fortuna en la más tranquila y bienhechora de sus innumerables aficiones. Su inteligencia se turbó con el abuso de las bebidas espirituosas, y con esto sus versos decayeron, perdiendo la entereza y el laconismo que los caracterizaba en otro tiempo. Así y todo, no quiso abandonar el imperio que habia ejercido sobre sus contemporáneos sin hacer el último esfuerzo, y concibió un proyecto ambicioso: el de proclamarse por jefe de un partido literario, iniciador de una revolucion intelectual, y dirigir desde su retiro de Venecia el espíritu público

de sus compatriotas, del propio modo que lo hizo Voltaire desde Ferney con los franceses. Para poner en ejecucion su pensamiento fundó, tal vez, el *Liberal*, sin advertir que, por grande que fuera su influencia sobre la imaginacion de sus contemporáneos, se engañaba no sólo acerca de la índole y de la intensidad de su fuerza, sino sobre su propio carácter; que Byron ni podia dirigir á los ingleses, ni estar mucho tiempo de acuerdo con otros escritores. Este plan fracasó, y por desgracia, de un modo vergonzoso. Entónces fué cuando, al abandonarlo, formó nuevo proyecto de aventuras, el último y el más noble de su vida.

Hubo en lo antiguo un pueblo, el primero de todos, superior á todos los demas en ciencia y gloria militar, cuna de la filosofia, de la elocuencia y de las artes, que cayó despues en el trascurso de los siglos bajo el yugo afrentoso y cruel de conquistadores. Todos los vicios que produce la opresion, abyectos en los que se someten á ella y feroces en los que la resisten, habian ejercido su funesta influencia en el carácter de aquella raza desgraciada. Su valor, que logró alcanzar en otro tiempo la gran victoria de la civilizacion humana, que salvó á la Europa y sometió al Asia, quedaba reducido á no alentar sino es corazones de piratas y de bandoleros; y la sutil inventiva de que dió tantas pruebas los siglos pasados en todos los ramos de las ciencias físicas y morales, se habia trasformado en astucia pusilánime y servil. Mas, hé aquí que de repente se alzó contra sus opresores con inesperada energía y esfuerzo heroico, y que recordando al verse abandonado ó vendido por las naciones vecinas su pasada grandeza, y su antiguo coraje, halló en sí mismo la virilidad bastante á reemplazar auxilio extraño.

Como literato, no podia Byron mirar con indiferencia aquella lucha; y áun cuando en política, como en todo, eran vacilantes sus opiniones, no es dudoso que se inclinaba del lado de la libertad. Si habia contribuido con su peculio á favorecer la revolucion en Italia, y si, de haberse prolongado la resistencia de los patriotas al gobierno austriaco, hubiera ido personalmente á la lucha, ¿qué no haria por la Grecia, que tanto amaba, donde habia vivido en su juventud, y cuyos paisajes y cuya historia le inspiraron gran parte de sus más bellas y populares poesías? Así fué que, á pesar de hallarse enfermo, salió para el archipiélago, aportando á la causa que defendian los helenos lo que áun le quedaba de espíritu y de fuerza. Tambien es cierto que al verse degradado á sus propios ojos por la muchedumbre de sus vicios y por los contratiempos literarios que habia sufrido, anhelaba nuevas emociones que lo distrajeran de aquellas ideas, y dejar fama honrada en pos de sí.

En aquellas circunstancias fué su conducta militar y política tan sensata y tan enérgica, que de haberse prolongado más su vida y sus servicios á la Grecia le habrian valido justo renombre; pero los placeres y los sufrimientos habian hecho en su delicada naturaleza el estrago que sólo causa en otros la vejez. La muerte lo seguia ya muy de cerca, y conociéndolo él, sólo aspiraba á rendir la vida en un campo de batalla. Pero ni ese consuelo tuvo, sino que murió en la cama rodeado de personas desconocidas, sin tener cerca de sí una sola á quien amara. Así pasó de este mundo, y así acabó su brillante y miserable carrera el inglés más célebre del siglo XIX, á la edad de treinta y seis años.

Aun hoy, á pesar del tiempo trascurrido, no po-

demos recordar tan triste suceso sin sentir algo de lo que sintió la nacion inglesa al saber que la muerte habia segado una existencia tan llena de dolores y de fama; algo de lo que sintió la muchedumbre al ver cruzar las calles de Lóndres el carro fúnebre que llevaba sus despojos, y que éstos no tenian entrada en Westminster, bajo cuyas baldosas descansaban tantos otros grandes poetas. Recordamos que aquel dia no pudieron contener las lágrimas los moralistas, al pensar en el destino de quien, siendo muy jóven aún, se hizo tan famoso, y fué tan sin ventura, y se halló dotado de tan grandes cualidades, y se vió expuesto á tan grandes tentaciones. Inútil nos parece hacer en órden á este punto consideracion alguna, porque es una historia la de Byron que lleva en sí misma la conseja. En lo que va de siglo (1) han pasado de esta vida dos hombres cuyas respectivas existencias contienen prudentísimos avisos á los varones eminentes, y grandes consuelos para los que no salen nunca de la oscuridad y el silencio, pues ambos llegaron al pináculo de la gloria á la edad en que muchos apénas han terminado su educacion, para morir despues, el uno en Santa Elena y el otro en Missolonghi.

Si es siempre difícil separar el carácter literario del personal de un contemporáneo, esta dificultad sube de punto cuando se trata de lord Byron, porque se puede muy bien decir, sin exagerar, que nunca escribió sin hacer alusiones directas ó indirectas á su persona, y que el interes que despertaron los sucesos de su vida, se mezcla en nuestro espíritu, y probablemente en el de todos, con el que se desprende de sus obras, siendo necesario que

---

(1) Esto se escribia en Junio de 1831.

pase una generacion ántes de que puedan juzgarse de una manera equitativa, y sólo bajo el punto de vista literario. Ahora, además de libros, son reliquias. A pesar de esto, séanos lícito hacer, aunque con profunda desconfianza de nuestras fuerzas, algunas breves consideraciones acerca de la poesía de Byron.

Vivió en tiempos de una gran revolucion literaria. La dinastía poética que habia destronado á los sucesores de Shakspeare y de Spencer, habia sido, á su vez, derribada del solio por una raza de poetas que pretendia tener su origen en la rama primogénita y de más antiguo abolengo, despojada de su derecho por usurpadores. La gran mayoría de los que contribuyeron á esta revolucion, no alcanzaron á explicarse su verdadera naturaleza.

¿Cuáles son las diferencias que caracterizan la poesía de nuestra época y la del siglo pasado? Noventa y nueve de cada ciento contestarán que la poesía del siglo pasado era correcta, pero fria y mecánica, y que la del nuestro, áun siendo extraña é irregular, ofrece imágenes mucho más vivas y que excitan más fuertemente las emociones que no la de Parnell, de Addison ó de Pope. Del propio modo se oye decir constantemente que los poetas del siglo de la reina Isabel tenían más ingenio, pero ménos correccion que los del de la reina Ana, y se advierte además una tendencia á considerar como cosa cierta y averiguada que hay cierta incompatibilidad y antítesis entre la correccion y el genio creador. Por lo que á nosotros respecta, creemos que esta idea proviene de la mala aplicacion dada á las palabras, y que de esta mala aplicacion provienen á su vez la mayor parte de los errores que dificultan la marcha de la crítica.

¿Qué se entiende por *correccion* en poesía? Si entendemos que para ser correctos debemos ajustarnos á las reglas que tienen por fundamento la verdad y los principios de la naturaleza humana, entónces *correccion* tanto vale como *perfeccion*. Sí, por el contrario, se quiere significar con esta palabra que para ser correcto hay que sujetarse á reglas puramente arbitrarias, entónces *correccion* podria ser otro nombre que se diera á la frialdad y al absurdo.

Porque, si un escritor describe falsamente las cosas y falta á la verdad de los caracteres; si nos muestra montañas que «inclinan melancólicamente su cabeza á la hora del crepúsculo,» ó si pone en boca de un hombre moribundo tiradas declamatorias como las de Maximino, hay razon para decir, en el sentido más elevado y justo de la palabra, que no escribe correctamente, que viola una gran ley de su arte, la primera, sin duda alguna,<sup>o</sup> y que su imitacion no lo es en nada de lo que ha querido imitar. Los cuatro poetas que más completa y perfectamente han sabido evitar este género de incorreccion han sido Homero, Dante, Shakspeare y Milton, y bajo cierto punto de vista, que es el mejor de todos, vienen á ser los más correctos de cuantos han existido.

Cuando se dice que Virgilio era más correcto que Homero, aunque tuviese ménos ingenio que él, ¿qué sentido se da á la palabra *correccion*? ¿Se quiere indicar con ella que la fábula de la *Eneida* se desarrolla más hábilmente que la de la *Odisea*? ¿Que el romano describe con más exactitud que no el griego el aspecto del mundo exterior ó las emociones del espíritu? ¿Que el carácter de Acates y el de Mnes-teo están más delicadamente trazados y mejor sos-



tenidos que el de Aquiles, el de Nestor y el de Ulises? Porque, á decir verdad, es indudable que para cada infraccion de las leyes fundamentales de la poesia que puedan descubrirse en Homero, no sería más difícil encontrar veinte en Virgilio.

*Troilo y Clessida* es tal vez, de todas las obras de Shakspeare, la que por lo general se considera como la más incorrecta, y, sin embargo, nos parece mucho más [correcta, en la verdadera acepcion de la palabra, que lo son las obras calificadas de más correctas que hayan producido los autores dramáticos más correctos. Compáresela, por ejemplo, con la *Ifigenia* de Racine. Estamos ciertos de que los griegos de Shakspeare se parecen más á los griegos que sitiaron á Troya que los griegos de Racine; y esto consiste en que los de Shakspeare son seres humanos, y los de Racine meros nombres, palabras escritas en letras capitales al frente de tiradas declamatorias. Racine se hubiera estremecido con la idea de poner en boca de un guerrero que asiste al sitio de Troya una cita de Aristóteles; pero, ¿á qué fin evitar un solo anacronismo, cuando toda su obra no es otra cosa que una sucesion prolongada de ellos, merced á los cuales el modo de ser y el lenguaje de Versailles se ven trasportados al campo de los griegos en Aulida?

Dando á la palabra correccion el sentido que tiene para nosotros en este momento, creemos que sir Walter Scott, Mr. Wordsworth y Mr. Coleridge son poetas muchísimo más correctos que los celebrados generalmente como tales modelos de correccion, Pope y Addison, por ejemplo. Porque hay más inexactitudes solo en la descripcion de la noche de luna, en la *Ilada* de Pope, que en todo el poema de la *Excursion*; en *Caton* no hay una escena

en la cual todo cuanto puede ser parte á crear la ilusion poética, verdad en los caracteres, en el lenguaje y en las situaciones, no se infrinja de una manera más violenta y extraña todavía que en el canto del *Last Minstrel*. Nadie creerá que los romanos de Addison se parezcan tan exactamente á los romanos verdaderos como los bandidos de Walter Scott á los verdaderos bandidos. Wat Tinnin y William Deloraine no son, es cierto, personajes tan dignos y majestuosos como Caton; pero no lo es ménos que la dignidad de los personajes, por majestuosa que sea, tiene tan poco que ver con la correccion de la poesía como con la de la pintura, y que de nosotros podemos decir que preferimos una gitana de Reynolds á la cabeza del monarca trazada en una muestra de posada y un bandido escocés de Walter Scott á un senador romano de Addison.

¿Qué sentido dan, pues, á la palabra *correccion* los que dicen, con un autor conocido nuestro, que Pope ha sido el más correcto de todos los poetas ingleses, y que Gifford le sigue en merecimientos? ¿De qué naturaleza es y qué valor tiene esa decantada correccion que no hallan sus encomiadores en *Macbeth*, ni en el *Rey Lear*, ni en *Otelo*, y que existe, al decir de ellos, en las traducciones de Hoole y en todos los poemas comprendidos en el premio Seaton? Porque no hemos encontrado una sola ley eterna, una sola ley fundada en la razon y en la naturaleza, que no haya cumplido religiosamente Shakspeare con infinito más rigor que Pope. Ahora, si se entiende por correccion conformarse á una estrecha pragmática que al propio tiempo que se muestra indulgente y suave con los *mala in se*, multiplica sin asomo de razon los *mala prohibita*; si para ser correcto es fuerza observar con escrí-

pulo ciertas reglas, digámoslo así, de ceremonial, que no son más esenciales á la poesía que lo es la etiqueta al buen gobierno, ó las abluciones de los fariseos á la devocion, entónces Pope puede ciertamente ser más correcto que Shakspeare, y, reformando un poco el código, Colley Cibber, á su vez, más correcto que Pope. Pero se ocurre preguntar: ¿este género de correccion tiene mérito? ¿no constituye un defecto?

Sería curioso, y más que curioso divertido, formar un digesto de las leyes absurdas que los malos críticos han fraguado para regimiento de los poetas. Conviene citar en primera línea, por su celebridad y su absurdo, la pragmática llamada de las unidades de tiempo y lugar, en cuyo abono nadie ha podido aducir un solo argumento, siquiera por cortesía, sino es decir que ha venido hasta nosotros de los griegos, que la practicaban. No es necesario hacer un exámen muy profundo para descubrir que los dramas griegos, admirables á veces por su composicion, se hallan muy distantes de valer, bajo el punto de vista de los caracteres y de la vida humana; tanto como las obras inglesas del siglo de Isabel. Sabido es, además, que la parte dramática de las tragedias atenienses se subordinó desde el principio á la parte lírica, y que solo un milagro hubiera podido hacer que las leyes del teatro griego fueran aplicables á composiciones que no tuviesen coros. Las obras más importantes del arte dramático han sido compuestas sin tener para nada en cuenta sus autores la ley de las unidades, y no las hubieran escrito ciertamente de haberlas respetado. Es indudable que un carácter como el de Hamlet, por ejemplo, no puede llegar á su desarrollo debido dentro de los límites que Alfieri se imponía, y, sin embar-

go, los literatos del siglo pasado respetaban de tal modo las unidades, que Johnson, al rebelarse contra la ley,—rebelion que le hace mucho honor, dicho sea de paso,—no podia ménos de mostrarse temeroso de su actitud y de la muchedumbre y del mérito de las autoridades que podrian oponerle ó invocar contra él sus adversarios.

Las reglas de esta índole son innumerables. «Shakspeare, dice Rymer, no hubiera debido hacer negro á *Otelo*, porque el héroe de una tragedia ha de ser siempre blanco.» «Milton, dice otro crítico, no hubiera debido tomar á Adan por héroe de su poema, porque el héroe de un poema épico ha de ser victorioso siempre.» «Milton, añade otro, no hubiera debido hacer tantas comparaciones en su primer libro, porque el primer libro de un poema épico debe ser siempre sobrio en adornos, y porque en el primer libro de la *Ilíada* no se hacen comparaciones.» «Milton, prosigue otro crítico, no hubiera debido escribir en un poema épico versos como el siguiente:

While thus I called, and strayed I knew not whither (1).»

¿Por qué? El crítico, á quien no faltan razones, aducirá esta vez una verdaderamente femenil, diciendo: «Versos como el citado, si bien es cierto que no disuenan, no debieran permitirse á no ser en el drama, porque llevan una sílaba suplementaria, abuso que sienta mal en la poesía épica.» En efecto, desde Pope hasta nuestros dias han sido suprimidos de todos los poemas heroicos los versos prolongados de una sílaba suplementaria, con el consentimiento y beneplácito general de toda la es-

---

(1) Miétras que llamaba así y que iba errante sin saber adónde...

cuela que llamaremos *correcta*, de tal modo, que no hay una sola Revista en Inglaterra que hubiera osado recibir en sus páginas un dístico tan incorrecto como los siguientes versos de Drayton:

As when we lived untouch'd with these disgraces,  
When as our kingdom was our dear embraces... (1)

Otra de las reglas de la poesía heroica reputada por fundamental hace cincuenta años, es que al final de cada dístico hubiera una pausa ó á lo ménos una coma. También era de ley que no hubiera puntos sino al final de los versos; y hablando de esto recordamos que un juez peritísimo en materia de poesía censuraba á Mr. Rogers la incorreccion del siguiente dulce y armonioso pasaje:

Such grief was ours,—it seems but yesterday,—  
When in thy prime, wishing so much to stay,  
'T was thine, Maria, thine without a sigh  
A midnight in a sister's arms to die.  
Oh thou wert lovely; lovly was thy frame,  
And pure thy spirit as from heaven it came;  
And when recalled to join the blest above  
Thou diedst a victim to exceeding love,  
Nursing the young to health. In happier hours,  
When idle Fancy wove luxuriant flowers,  
Once in thy mirth thou badst me write on thee;  
And now I write what thou shalt never see (2).

---

(1) Como cuando vivíamos exentos y libres de estos infortunios; como cuando era nuestro reino nuestras amantes caricias.

(2) ¡Cuán grande fué mi dolor, María, cuando en la primavera de tu vida y cuando eras tan feliz, pasaste de este mundo, á media noche, en los brazos de tu hermana y sin exhalar un suspiro! Parece que sucedió ayer. ¡Cuán bella eras, y tu cuerpo cuán hermoso! Tu espíritu volvió al cielo tan puro como vino de él. Tú, que desde la mansion de la bienaventuranza dabas la salud á las criaturas, sucumbiste víctima de amor funesto. En dias venturosos, cuando nuestra imaginacion vagaba por los espacios infi-

Sir Roger Newdigate merece, á nuestro parecer, ser colocado entre los más eminentes críticos de esta escuela, por haber establecido la regla de que ninguno de los poemas que disputen el premio fundado por él en Oxford deba tener más de cincuenta versos; regla que se nos antoja, por lo ménos, tan razonable como todas las que acabamos de citar, y aún más si cabe, porque el mérito de los poemas académicos se halla en relacion directa de su brevedad.

Y ya puestos á dar reglas, no alcanzamos por qué no se establecen otras del mismo género, por ejemplo, una fijando el número de escenas de cada acto en tres; otra, el número de versos de cada escena, que sería par y decimal; otra, el de los personajes del drama, que no podrian ser más ni ménos de diez y seis; y otra, finalmente, por la cual se declarase de una manera clara y terminante que cada treinta y seis versos hubiera un dodecasilabo. Si despues de haber hecho esto citáramos á nuestro tribunal á Pope, á Goldsmith y á Addison para calificarlos de incorrectos porque no habian observado la ley de nuestro capricho, procederíamos exactamente lo mismo que los críticos que censuran por incorrectas las magníficas imágenes y las variadas armonias de Coleridge y de Shelley.

La correccion que el siglo último admiraba tanto, se parece á la correccion de esos grabados que representan el jardin del Paraíso, tal como lo hallamos en las Biblias antiguas. Supónganse nuestros lectores un cuadrado perfecto, limitado por los rios

---

nitos, entrelazando guirnaldas de flores, me dijiste que escribiese algo acerca de tí, y ahora escribo estos renglones que no leerán nunca tus ojos.

Pison, Gihon, Hiddekel y Eufrates, cada uno de cuyos rios tiene su puente respectivo para mayor comodidad del viajero; despues, arriates sembrados de flores, un canal de agua dulce, sin duda, construido de ladrillos, rodeado de empalizada previsoriamente dispuesta para evitar accidentes desgraciados, y luego, el árbol de la ciencia primorosamente podado como los naranjos de las Tullerías, elevando su copa en la parte más propincua y principal del jardin, con la serpiente enroscada al tronco, Adán á la derecha, Eva á la izquierda, y los animales formando círculo alrededor. Por lo que hace á la correccion, difícil será pedir más; bajo cierto aspecto, los cuadrados son correctos y los círculos, y el hombre y la mujer están correctamente alineados junto al árbol, y la serpiente forma la espiral más correcta de cuantas puedan imaginarse.

Pero si hubiera un pintor tan admirablemente dotado que lograra reproducir en el lienzo el glorioso Paraíso entrevisto con los ojos del espíritu por el poeta que habia perdido los del cuerpo á fuerza de vigiliias consagradas á la investigacion de la verdad y del derecho; si hubiera un pintor que pudiera presentar á nuestra vista las sinuosidades del arroyo de zafiros, y el lago rodeado de mirtos, y las praderas matizadas de flores, y las grutas guarnecidas de pámpanos y de hojas de vid, y las selvas de árboles frutales, y el plumaje multicolor de las aves, y los escondidos y misteriosos bosquecillos donde vivian entre flores los primeros amantes, ¿qué pensaríamos del pretense perito que nos dijera que este cuadro, más hermoso que el absurdo grabado de la estampa bíblica, no era tan correcto como ella? Le diríamos que era más bello y más correcto al propio tiempo, y que era más bello

porque era más correcto; porque no siendo un conjunto correcto de figuras geométricas, era una pintura correcta, fiel representacion de lo que el artista habia querido representar.

Pero no es sólo en el dominio de las bellas artes donde los hombres de criterio estrecho admiran la falsa correccion, por no saber distinguir los medios del fin, ni lo accidental de lo esencial, porque Jourdain tambien queria que las armas se esgrimieran correctamente, y decia á su adversario que debia esperar siempre á que parase los golpes. Tomés buscaba la correccion en la práctica de la medicina. «Yo soy partidario de Artemio, exclamaba. Podrá ser que su sistema haya matado al enfermo; pero es necesario, suceda lo que suceda, observar las formalidades debidas. Un muerto no es más que un muerto y no tiene consecuencias funestas; pero la omision de una formalidad trae resultados muy graves á toda la clase.» Recordamos haber oido censurar á un oficial aleman, ya anciano, y que así mismo era partidario de la correccion en las operaciones militares, la táctica de Bonaparte, porque, segun él, habia destruido de un golpe el arte de la guerra que tanto floreció en tiempo del mariscal Daun. «En mi juventud, decia, teníamos la costumbre de hacer, durante el verano, marchas y contramarchas sin ganar ni perder nunca una legua cuadrada; hecho esto nos recogíamos á cuarteles de invierno. No se podia pedir más; pero hé ahí que se presenta un ignorante, un calavera que se lanza de un vuelo de Boulogne á Ulm, y de Ulm al corazon de la Moravia, y que da batallas en lo más crudo del invierno, inaugurando una escuela de incorreccion monstruosa.» A pesar de la profundidad de estos críticos, el mundo sigue creyendo que el



objeto de la esgrima es alcanzar al adversario; que el objeto de la medicina es curar; que el objeto de la guerra es hacer conquistas, y que los medios más correctos son aquellos que conducen más rápida y seguramente al fin propuesto.

¿No tiene la poesía un fin y principios eternos é inmutables? ¿Acaso está sometida la poesía, como la heráldica, á reglas puramente arbitrarias? Nos enseñan los reyes de armas que ciertos escudos y ciertos blasones indican ciertos grados de nobleza y ciertas condiciones, y que no son regulares y correctos los escudos que traigan color sobre color, ni metal sobre metal. Pero si esto cambiara de repente, si todos los blasones de Europa se renovasen, si se acordara que sólo pudiera ponerse metal sobre metal y color sobre color, que un losange indicara bastardía y una barra viudez, la nueva ciencia sería tan buena como la antigua, ó, lo que es lo mismo, la antigua y la moderna serían perfectamente inútiles (1). La mascarada de Portcullis y de Rouge Dragon no tienen más valor que el convencional del capricho, y por eso pueden someterse y sufrir las leyes que el capricho les imponga; pero no acontece lo propio con el noble y bello arte imitativo, á cuyo poder rinden tributo los siglos, desde los más groseros y bárbaros hasta los más cultos é ilustrados. Desde que la poesía produjo sus primeras obras maestras, todo cuanto puede cambiar en el mundo ha cambiado. Se conquistó la civilización paso á paso, se perdió des-

---

(1) Este ensayo lo escribió Macaulay en 1831. Con el tiempo debieron modificarse en este punto, como en otros, sus opiniones, pues aceptó títulos de nobleza de la reina Victoria, los cuales implican el blason correspondiente, ó sea esa cosa perfectamente inútil, como él la llama.— N. del T.

pues, luégo se reconquistó: las religiones y las lenguas, las leyes, los gobiernos, las costumbres y los modos de pensar han sufrido una serie de revoluciones; todo ha pasado, excepto los grandes rasgos de la naturaleza, excepto el corazon humano, excepto los milagros de ese arte divino que tiene por mision reflejar el corazon del hombre y los rasgos de la naturaleza. Dos poemas antiguos, que han formado parte de la educacion de cien generaciones, conservan hoy toda su lozanía, vigor y frescura primitivas, y constituyen un objeto de culto literario entre hombres cuyo espíritu se halla enriquecido y cultivado con la literatura de todas las naciones y de todos los siglos pasados; son el encanto de los que estudian, aún en malas traducciones; han sobrevivido á todos los caprichos de la moda; han visto envejecer todos los códigos de crítica que se han sucedido en el trascurso del tiempo, y continúan siendo inmortales para nosotros, porque la verdad es eterna, y tan bellos hoy cuando los leemos en el silencio y la soledad de nuestro gabinete, como cuando fueron cantados por primera vez, hace luengos siglos, en los banquetes de los príncipes jonios.

La poesia es una imitacion, como se ha dicho hace más de dos mil años, y es un arte análogo, bajo muchos aspectos, á la pintura, la escultura y la declamacion; pero las imitaciones del pintor, del escultor y del actor son en ciertos casos y bajo cierto punto de vista más perfectas que las del poeta. Porque el poeta solo emplea palabras, y estas, aún cuando las maneje Homero ó el Dante, no pueden ofrecer al espíritu imágenes de los objetos visibles tan vivas ni tan exactas como las que nos presentan el lienzo ó la escultura; mas, de otra

parte, la poesía puede abarcar horizontes infinitamente más dilatados que ningun otro arte de imitación, ó, mejor dicho, que todos los artes de imitación juntos. El escultor solo imita la forma; el pintor, la forma y el colorido; el actor, la forma, el color y el movimiento, mientras el poeta solo suministra las palabras. La poesía posee, como los demas artes, el mundo exterior; pero el corazón del hombre le pertenece á ella sola, pues mientras el pintor, el escultor y el artista dramático no logran poner de relieve, así de los caracteres como de las pasiones de la humanidad, sino es aquella pequeña parte que se deja ver de ellos en el ademan y en el rostro, signos imperfectos siempre y á las veces encubridores de lo que palpita dentro, solamente la palabra puede mostrar las más íntimas y complejas de la naturaleza humana. Por tal manera, la poesía imita al propio tiempo cuanto existe en el mundo exterior y en el interior, el aspecto de la naturaleza, las vicisitudes de la fortuna, el hombre tal cual es en sí mismo y tal como parece ser en la sociedad, todo lo que existe realmente, y todo aquello que recogido en nuestro espíritu, combinando las partes diversas de cuanto existe realmente, logra formar en la fantasía una imagen. Por eso el dominio de este arte es tan vasto y dilatado, que se extiende hasta donde alcanzan las facultades de la imaginación. Un arte destinado esencialmente á la imitación no debería en verdad hallarse sujeto á reglas que tienden solo á privar á sus imitaciones de la perfección que podrian conseguir por otros medios; y los que se someten á ellas, ántes merecen ser calificados de incorrectos que de correctos artistas.

Para juzgar equitativamente de las reglas que han

regido la poesía inglesa durante el último siglo, es preciso atender á sus resultados.

En 1780 dió término Johnson á sus *Vidas de los Poetas*, y nos dice en esta obra que desde la época de Dryden la poesía inglesa no ha vuelto á demostrar tendencia alguna á caer en su nativa rudeza, que su lenguaje se ha depurado, que su ritmo se ha hecho más armonioso y que los sentimientos que expresa se hallan, por decirlo así, perfeccionados. Falta saber si la nación inglesa tiene motivos de felicitarse de unas perfecciones y progresos que le han dado *Douglas* en lugar de *Otelo*, y los *Triunfos del carácter* en lugar de la *Reina de las hadas*.

Durante los treinta años que precedieron á la aparición de las *Vidas*, la dicción y la rima del verso llegaron á ser en Inglaterra muy correctas, en el sentido que se da generalmente á la palabra; pero este período constituye también, bajo el punto de vista de la poesía, el período más lastimoso de la historia literaria de nuestra patria. Apenas si nos ha legado algunas poesías que merezcan la pena de recordarse. Doscientos ó trescientos versos de Gray, cuatrocientos ó seiscientos de Goldsmith, algunas estancias de Beattie y de Collins, unas pocas estrofas de Mason y cierto número de prólogos y de sátiras escritas con habilidad é ingenio, hé aquí el inventario del legado de ese período de perfección incomparable. Todo ello podría compilarse en un sólo volumen, no muy grueso: en él no hallaría el lector un sólo poema de primer orden y apenas algo que debiera colocarse en segundo lugar. Tanto es así, que el *Paraiso reconquistado* ó *Como* resultarían superiores á las obras contenidas en este centon, si los comparásemos con ellas.

La decadencia de la poesía llegó á tal punto, que

Hayley fué tenido por gran poeta, y sólo entónces comenzaron todos á comprender que la magnitud y la intensidad del mal tardarian poco tiempo en producir una crisis cuyas consecuencias lo remediaran. El público se cansó de una literatura insípida, ajustada á reglas que no descansaban ni en la naturaleza ni en la razon, y que una escuela crítica exenta de sentido les habia enseñado á considerar con supersticioso respeto. Otra escuela crítica encauzó la opinion, despertando el gusto de los antiguos maestros; las leyes eternas de la poesía reconquistaron su pasado imperio, y las modas volanderas que habian suplantado á las clásicas fueron á juntarse con la peluca de Lovelace y el tontillo de Clarisa Harlowe.

En momentos de avidez y frialdad extremadas se arrojaron las primeras semillas de la rica y opulenta cosecha que llenó despues las trojes de la literatura inglesa; y miéntras que la poesía se tornaba cada vez más feble y más mecánica, miéntras que la monótona versificacion que Pope habia introducido, falta ya de las brillantes galas de su inspiracion y de la sólida estructura de su estilo, cansaba á las gentes, las grandes obras de los antiguos maestros iban lenta pero seguramente atrayéndose admiracion general y merecida. Las obras de Shakspeare se representaban mejor, se imprimian mejor y se conocian y apreciaban mejor que nunca lo habian sido; se leian con placer las antiguas baladas, y era de moda imitarlas; y aún cuando muchas de las imitaciones eran detestables, demostraban al ménos que se sabian admirar las bellezas que no era posible igualar todavía. Se preparaba evidentemente una revolucion literaria. Se advertia en el espíritu público una manera de fermentacion,

un vago deseo de novedad, una disposicion á recibir con aplauso cuanto se presentara revestido de las apariencias siquiera de la originalidad. Pero los momentos de las reformas abundan siempre en impostores. La sacudida que produjo el rompimiento con la Iglesia romana, produjo tambien los excesos de los anabaptistas; la sacudida que destruyó en Francia los abusos del gobierno llamado del antiguo régimen, produjo los jacobinos y los theofilántropos, y del propio modo Macpherson y Della Crusca fueron á los verdaderos reformadores de la poesia inglesa lo que Kniperdolling fué á Lutero ó Anacarsis Cloutz á Turgot. El éxito de las farsas de Chatterton y de las más despreciables aún de la literatura irlandesa, demuestran que el pueblo comenzaba á gustar de la antigua poesia, aunque diera muestras de poco discernimiento. Jamás ántes dió el público tanto crédito como entónces á relaciones que ningun valor tenian, á historias sin fundamento y á libros sin valor; que todos estaban dispuestos á recoger y aceptar por bueno cuanto fuera parte á romper la frialdad monótona de la escuela correcta.

El precursor de la restauracion de la literatura Inglesa fué Cowper. Su carrera literaria comenzó y acabó casi al mismo tiempo que la de Alfieri. La comparacion de ambos poetas se antojará, tal vez, á primera vista, casi tan extraña como la que se hizo, segun dicen, en 1645, de Jorje II con Enoch, ministro presbiteriano y adicto por extremo á su rey, porque no parece posible que hubiera nada de comun entre el calvinista pacífico, tímido y melancólico, en quien la tiranía de sus compañeros habia sofocado el fuego de las pasiones desde la más temprana edad, que no tuvo nunca valor de ganar su

vida leyendo proyectos de ley en la Cámara de los lores, y cuyos amigos predilectos fueron siempre una pobre vieja ciega y un teólogo evangélico, con el noble y altivo caballero, apasionado, galán y libertino, que así se batía en duelo con lord Ligonier en Hyde Park, como arrebatava su esposa al pretendiente (1); pero, aún cuando la vida privada de estos hombres nada ofrezca de semejante, su vida literaria presenta estrechas analogías. Ambos hallaron la poesía en completa decadencia, débil, pobre, artificial é insípida, y ambos poseyeron las facultades necesarias á levantarla de su postracion. A decir verdad, no es dado calificar á ninguno de los dos de gran poeta; no poseian en alto grado el poder creador, «el dón divino de ver y de inventar.»

The vision and the faculty divine;

pero tenían gran vigor de pensamiento, fuego en el corazón, y lo que aún era más importante que todo lo demás en el estado de la literatura en su tiempo, una virilidad de gusto que rayaba casi en aspereza. No se consagraron ni á la versificación mecánica ni

---

(1) Alfieri se batió de noche, en el sitio que indica Ma-caulay, con lord Ligonier. La causa del duelo fué las relaciones que á la sazón tenía el poeta italiano con la mujer de su contrario.

La esposa del pretendiente, robada por Alfieri, fué la princesa Luisa de Stolberg, más conocida en la historia bajo el nombre de condesa de Albany, que tan principal papel representó en Europa á fines del siglo pasado y principios del presente, y que estuvo casada con Jacobo, último de los Estuardos.

M. Saint-René Taillandier publicó en 1861, á propósito de esta señora, un notable estudio basado en la obra más extensa del baron de Reumont, diplomático alemán, y nosotros á nuestra vez hicimos de él un extracto analítico que pareció bajo el título de la *Condesa de Albany*. Madrid, 1876, un volumen en 8.º—N. del T.

á las frases convencionales; ambos escribieron sobre asuntos que absorbían su pensamiento, y de aquí que sus obras, cuando carecían de otros méritos, tenían el inimitable que dan á las producciones más sencillas é informes la sinceridad y el ardor de la pasión. Buscaron siempre, así Alfieri como Cowper, la inspiración de sus trabajos en asuntos elevados y conmovedores y fecundos en imágenes, cosa de la cual hasta entónces no se había hecho abuso, y de esta suerte la libertad fué la musa de Alfieri, y la religión la musa de Cowper. Su poesía ligera lleva el mismo sello de verdad, porque no eran de esos poetas que á fuerza de discreteos se proponen penetrar en el corazón de damas imaginarias de sus pensamientos, ó que lloran sueños desdeñosos con frases melodiosas y sentimentales, sino que cantaban cosas reales y verdaderas. Cowper, por ejemplo, en vez de lloriquear en pos de ingratas Cloes y de Silvias desdeñosas, se entusiasma cantando las agujas de hacer media de Mrs. Unwin, y Alfieri los únicos versos amorosos que escribió en su vida los dedicó á una mujer á quien amó sincera y apasionadamente (1). «*Tutte le rime amorose che seguanno,*» son sus palabras, «*tutte sono per essa, e ben sue, e di lei solamente; poichè mai d'altra donna per certo non cantero.*»

Ninguno de los dos poetas carecía de afectación; pero la suya era contraria á la que se hallaba entónces extendida, y ambos expresaban en lenguaje lleno de vigor y de amargura el desprecio que les inspiraban los versificadores afeminados de moda en Inglaterra é Italia. Cowper se lamenta de que «la manera sea todo en cuanto se escriba, y que reem-

---

(1) La condesa de Albany.—N. del T.



place al genio, al gusto y á la imaginacion (1);» y al propio tiempo que rinde merecidos elogios á Pope, deplora que «haya hecho de la poesía un arte puramente mecánico, de tal modo que no haya un poetaastro que no se halle en el secreto (2)». A su vez, Alfieri se expresa con idéntico desden de las tragedias de sus predecesores. «*Mi cadevano dalle mani, dice, per la languidezza, trivialità e prolissità dei modi e del verso, senza parlare poi della sneroatezza dei pensieri. Or perchè mai questa nostra divina lingua, si maschia anco, ed energica, e feroce, in bocca di Dante, dovrà ella farsi così sbiadata ed eunuca nel dialogo tragico?*»

Hombres á quienes parecia tan mal el género lánguido de sus contemporáneos, consideraban la rudeza de su lenguaje como pecado venial, y aún mejor lo tenían á mérito positivo. En su odio á los adornos de mal gusto y á lo que Cowper llama «suavidad cremosa» (creamy smoothness), incurrieron en el defecto contrario; su estilo fué austero y su versificación demasiado dura. Difícil sería, no obstante, exagerar la importancia del servicio que prestaron á la literatura: el mérito intrínseco de sus obras es grande; pero el ejemplo que dieron rebelándose contra un sistema absurdo, fué de valor inapreciable. El papel que representaron, ántes fué de Moisés que no de Josué; abrieron la casa de servidumbre, mas no entraron en la tierra prometida.

Durante los veinte años que siguieron á la muerte de Cowper, la revolucion se completó en el seno de la poesía inglesa; pero ninguno de los escritores de

- 
- (1) «Manner is all in all, whatever is writ,  
The substitute for genius, taste, and wit.»
- (2) «Made poetry a mere mechanic art,  
And every warbler had his tune by heart.»

aquel entónces, incluyendo en el catálogo á Walter Scott, contribuyó más á ella que lord Byron, aunque á su pesar, y con una manera de remordimiento, que le hacía parecer avergonzado del papel que representaba. Todos sus gustos y aficiones lo llevaban á formar en las filas de la escuela poética que desaparecia, y en contra de la que se inauguraba: hablaba de Pope con admiracion extravagante; no se atrevia á decir abiertamente que el hombre de Twickenham era un poeta superior á Shakspeare ó á Milton; pero harto dejaba entrever que así pensaba: no admiraba á ninguno de sus contemporáneos tanto como á Gifford, el cual, considerado como poeta, era un Pope, sin el ingenio y la imaginacion de Pope, y cuyas sátiras son, bajo el punto de vista del vigor y de la mordacidad, más flojas que las imperfectas producciones de la juventud del mismo lord Byron: de vez en cuando, tributaba elogios á Wordsworth y á Coleridge, aunque de mala gana y sin mostrar la menor cordialidad, y cuando los atacaba lo hacía con verdadera fruicion, como demostró al tratar de un poema del primero, el más cuidadosamente trabajado por cierto, y del cual dijo que era «una obra detestable por lo mal perjeñada;» y Peter Bell lo indignaba de tal modo, que llegó á evocar las sombras de Pope y de Dryden para preguntarles cómo era posible que semejantes necesidades literarias se librasen de su justo menosprecio. En el fondo de su alma consideraba su peregrinacion de Harold inferior á su imitacion del Arte poético de Horacio, débil eco de Pope y de Johnson; trabajo insípido que más de una vez estuvo á punto de publicar, y si no lo hizo al fin, fué cediendo á los ruegos de sus amigos. Se manifestó repetidas veces partidario de las

unidades, ley absurda que, más que otra alguna, redujo el genio á esclavitud: en una de sus obras (su carta á Mr. Bowles, si no estamos trascordados) compara la poesía del siglo XVIII al Partenon, y la del XIX á una mezquita, y se congratula de no haber auxiliado jamás á sus contemporáneos en su empresa de embadurnar de cal y yeso los restos de la elegante arquitectura del primero, por más que haya contribuido con su trabajo á la edificación de la segunda, monumento bárbaro y grotesco; y en otra carta compara el cambio que acababa de verificarse en la poesía inglesa á la decadencia de la poesía latina despues del siglo de Augusto: en tiempo de Pope, dice, nos hallábamnos en los días de Horacio; ahora estamos en los de Claudio.

Hácia los grandes maestros antiguos del arte no mostraba muy entusiasta predileccion: en su carta á Mr. Bowles, emplea expresiones que indican claramente que preferia la *Iliada* de Pope al original, y Moore, á su vez, declara que su amigo Byron no era fervoroso admirador de Shakspeare; pareciendo siempre que de todos los poetas de primer orden, el autor del *Don Juan* preferia el Dante y Milton, si bien los coloca en el cuarto canto de *Childe Harold* juntamente con el Tasso, que les fué inferior y de un talento diferente. Mr. Hunt tenia razon en decir que lord Byron no halló en las obras de Spencer sino poco ó nada que fuera digno de mencionarse.

Pero Byron el crítico y Byron el poeta eran dos hombres diferentes. Cierta es que puede hallarse á veces en la práctica del ilustre escritor la consecuencia de sus teorías; pero no lo es ménos que fácilmente se acomodaba al gusto literario de su siglo, y que la elasticidad de su ingenio le hubiera permitido adaptarse al gusto de todos los siglos. Y

áun cuando hablaba con insistencia de su desprecio á la humanidad, y se jactaba de bastarse á sí propio con largueza, es lo cierto que en medio de los vaivenes de su vida no suministra una sola prueba del orgullo solitario é insociable que parecia tener asiento en lo más íntimo de su corazón. Por eso nunca podríamos representarnos á Byron desafiando como Milton y Wordsworth las críticas de sus contemporáneos, devolviéndoles desprecio por desprecio, y trabajando sin vagar en un poema con la firme seguridad de que sería impopular, pero inmortal. Byron ha dicho por boca de uno de sus héroes, hablando de la grandeza política, que «quien quiera gobernar debe obedecer,» y da esta máxima como excusa de no haberse dedicado á la vida de los negocios públicos, olvidando que el poder ejercido por él en la república literaria lo alcanzó por medio de la servidumbre y del sacrificio de sus gustos personales á los gustos de los demás.

Byron fué hijo de su siglo, y lo hubiera sido asimismo de cualquier otro siglo en que hubiese vivido. Bajo Carlos I hubiera sido más excéntrico que Donne; bajo Carlos II la representación de sus obras dramáticas hubiera sido saludada con tan estruendosos aplausos como las de Bayes ó Bilboa, y bajo el primer Jorge, la facilidad monótona de su versificación y la elegancia de sus expresiones hubieran excitado envidia al mismo Pope.

Fué el hombre de los trece últimos años del siglo XVIII y de los veintitres primeros del XIX. En parte pertenece á la escuela antigua de poesía y en parte á la moderna: su gusto lo inclinaba á la primera; su pasión por la gloria lo inclinaba á la segunda; sus facultades lo hacían igualmente apto á lucir en uno que en otro campo, y su gloria vino á

ser como terreno neutral y comun en que se encontraban los fanáticos de ambos partidos, Gifford y Shelley, por ejemplo. Fué representante, no de un partido literario, sino de ambos á la vez, y de su conflicto, y de la victoria que puso término al conflicto; que sus poesías abarcan y llenan en su conjunto el inmenso espacio que ha salvado la literatura inglesa desde la época de Johnson, y enlazan el *Ensayo sobre el hombre* con la *Excursion*.

Pocos ejemplos ofrece iguales la historia literaria. Voltaire fué el lazo que unió la Francia de Luis XIV á la Francia de Luis XVI, que acercó Racine y Boileau á Condorcet y Beaumarchais. Del propio modo que Byron, Voltaire se puso á la cabeza de una revolucion intelectual, temiéndola, murmurando contra ella y ridiculizándola; y prefirió adelantarse á su siglo en cualquier direccion á quedarse rezagado y en olvido. Dryden fué el vínculo que unió la literatura del siglo de Jacobo I á la del de la reina Ana. Oromasdes y Arimanes se lo disputaban: Arimanes venció; pero hasta el fin su corazon se inclinó en favor de Oromasdes. Lord Byron fué tambien el mediador entre dos generaciones, entre dos sectas poéticas hostiles, y burlándose continuamente de Wordsworth, sin darse cuenta de ello, tal vez, se convirtió en intérprete y vulgarizador suyo. En las *Baladas Uricas* y en la *Excursion*, Wordsworth se alzó con el pontificado de un culto cuyo ídolo era la naturaleza, como que no es posible hallar en ningun poema concepto más exquisito y exacto de las bellezas de la creacion, ni amor y respeto al propio tiempo más apasionado y profundo hácia ellas. Sin embargo, los poemas de Wordsworth no eran populares, ni es probable que logren alcanzar nunca la popularidad de que goza

la poesía de sir Walter Scott, porque son demasiado profundos para excitar simpatías generales, y su estilo sobrado misterioso y sibilino á veces para ser comprendido del mayor número de lectores. De aquí que lograrse pocos adeptos y muchos adversarios y satíricos. Byron creó lo que pudiera llamarse escuela de los *Lagos* al uso del público, y todos los aficionados á poesía de Inglaterra, casi diríamos de Europa, se apresuraron á venir á sentarse á los piés del maestro: entónces se le oyó decir cultamente, como habla una persona bien nacida y de letras, aunque con ménos sentimiento, pero con más claridad, energía y concision, lo que habia dicho ya Wordsworth como un anacoreta. Léanse en comprobacion de esto los dos últimos cantos de *Childe Harold* y de *Manfredo*.

Como Wordsworth, lord Byron nada tenía de dramático en las aptitudes de su ingenio: más bien era lo contrario, la antítesis de un gran poeta dramático. Todos los caracteres que trazó: Harold, contemplan-do el horizonte donde desaparecian juntamente el sol y su patria; el Guiaur, de pié y solo en un rincón del oscuro recinto, encapuchado hasta los ojos y mirando de una manera siniestra el crucifijo y el censor; Conrado, descansando sobre su espada cerca de la torre de la Vela; Lara, sonriendo á las bailarinas; Alp, mirando sin temor la nube fatal que oscurece la luna; Manfredo, errante por entre los precipicios de Berna; Azzo en su asiento; Ugo en la barra; Lambro, ceñudo al ver á su hija dormida en brazos de D. Juan, y Cain, ofreciendo al cielo un sacrificio rechazado por Dios, son en la esencia, en el fondo, idénticos todos. La variedad no existe sino es en las edades, en las situaciones y en las apariencias exteriores; que cuantas veces ha inten-

tado lord Byron pintar personajes de diversa naturaleza, siempre los ha trazado faltos de originalidad é insulsos por extremo. Selim no es nada, ni Bonnivart, ni D. Juan en los dos primeros cantos, que son los mejores, no es otra cosa que una pálida copia del Paje en el *Mariage de Figaro*, y Johnson, el personaje que encuentra D. Juan en el mercado de esclavas, es un tipo incompleto y falso. Sir Walter Scott hubiera hecho de muy diverso modo para darnos idea de un buen inglés, de corazón intrépido en aquella situación. El retrato hubiera estado saliéndose del cuadro.

No recordamos un solo personaje dramático que se halle dibujado con ménos soltura que el de Sardánalo. El carácter de este príncipe, afeminado y heroico al propio tiempo; su desprecio á la muerte y su temor de verse forzado á llevar casco; su propósito de ser visto en la vanguardia del ejército, y el cuidado con que se atavía delante del espejo para presentarse á los ojos de todos luciendo sus galas y prendas personales; este conjunto de contrastes, mejor dicho, se halla expuesto con maestría, con acerada sutileza, digna de Juvenal. Tanto es así, que la idea de este carácter parece haber sido sugerida por los siguientes versos que consagra Juvenal á Oton:

•Speculum civilis sarcina belli.  
Nimirum summi ducis est occidere Galbam,  
Et curare cutem summi constantia civis,  
Bedriaci in campo spoliū affectare Palati,  
Et pressum in faciem digitis extendere panem.»

Estos versos indudablemente son muy buenos, y tienen su natural asiento en una sátira; pero un poeta dramático no debe trazar los caracteres con tanta aspereza y sequedad de antítesis. No es así

como Shakspeare transforma al disipador y licencioso de Eastcheap en héroe de Shrewsbury para volver á tornarle en el licencioso disipador de Eastcheap; ni es así como nos presenta en Marco Antonio la debilidad unida al valor. Un autor dramático no puede cometer falta más grande que la de dibujar con finura y delicadeza los caracteres al modo de los satíricos y de los historiadores, porque solo rechazando lo que es natural es como unos y otros logran producir sus retratos más notables. Su objeto es atribuir generalmente á sus personajes el mayor número posible de cualidades contradictorias, y lo alcanzan sin dificultad, toda vez que merced á una eleccion discreta y de discretas exageraciones se puede presentar al hombre como un compuesto de contrastes singulares. Pero cuando, verbigracia, un autor dramático se propone crear un personaje que responda á una de estas descripciones fracasa, porque trastorna un procedimiento analítico aunque imperfecto, y lo que produce no es un hombre, sino un epigrama personificado. Más de un escritor de cuenta ha caido en este lazo. Ben Jonson nos ha dado á Hermógenes, calcado sobre los versos de Horacio; pero la inconsecuencia que tanto nos agrada en las sátiras, no se nos antoja natural y nos choca en el teatro. Sir Walter Scott en su novela titulada *Pevenil du Pic* incurrió en una falta del mismo género, pero más notable aún; porque admiraba, como debe hacerlo todo lector juicioso, la enérgica y sangrienta sátira de Dryden contra el duque de Buckingham, quiso hacer un duque de Buckingham que pudiera adaptarse á ella, un verdadero Zimzi de carne y hueso, é hizo, no un hombre, sino el más grotesco de los monstruos. Cuantos pretendan introducir en una obra



dramática ó novelesca un Wharton como el de Pope, ó un lord Hervey, fracasarán igualmente.

Pero, volviendo á lord Byron, diremos que sus mujeres, como sus hombres, pertenecen todas á la misma familia. Haidee es una Julia infantil y medio inculta; Julia es una Haidee civilizada y digna; Leila es una Zulejka ya casada, y Zuleika es Leila doncella, y Gulnara y Medora parecen haber sido puestas en oposicion de propósito deliberado. La diferencia entre ambas no existe, sin embargo, sino es en las situaciones, tanto, que sin gran esfuerzo lograríamos que Gulnara y Medora trocaran de atributos mutuamente, cediendo aquella su puñal á ésta y ésta su laud á aquella.

Puédese casi decir, por tanto, que Byron no supo pintar más que un hombre y una mujer: un hombre altivo, desigual de carácter, cínico, llena el alma de amargura, la mirada provocadora, despreciador de la humanidad, implacable en su sed de venganza, y, sin embargo, capaz de amar fuerte y profundamente; y una mujer dulce y tierna, amorosa de prodigar y de recibir caricias; pero capaz de trasformarse en una fiera desde el momento en que sus pasiones se agiten y revuelvan.

Aun estos dos caracteres, con ser los únicos que haya logrado trazar lord Byron, nunca tuvo el talento de trazarlos de una manera dramática, pues los presentó siempre con arreglo al método de Clarendon, no al de Shakspeare, analizándolos, forzándolos á analizarse por sí mismos, no haciéndolos vivir á nuestros ojos. Nos dice, por ejemplo, de una manera enérgica que Lara no hablaba sino es con amargo sarcasmo, que no gustaba departir de sus viajes, y que cuando lo abrumaban á preguntas acerca de ellos, sus respuestas eran breves y su

semblante se tornaba sombrío; pero se abstiene de comunicarnos, así los discursos sarcásticos como las lacónicas respuestas de Lara. No procedieron así ciertamente los grandes maestros al dar animación y vida á sus creaciones: Homero no dice que Nestor gustara de referir largamente la historia de su juventud, y Shakspeare no dice tampoco que en el alma de Iago se mezclaban y confundian cuanto hay de bello y de noble con algo de bajo y de grosero.

Digno es tambien de recordarse que los diálogos de lord Byron pierden fácilmente su carácter de tales para convertirse en soliloquios. Las escenas que tienen lugar entre Manfredo y el cazador de gamos, entre Manfredo y la hechicera de los Alpes, entre Manfredo y el Abad, son otros tantos ejemplos de esta tendencia, porque despues de algunos discursos sin verdadera importancia, Manfredo toma la palabra y habla sólo, sin que sus interlocutores hagan otra cosa sino es oír y callar; y si bien es cierto que de tiempo en tiempo se permiten una pregunta ó una exclamacion, no lo es ménos que estas breves interrupciones sólo son parte á que Manfredo se lance de nuevo y con más fuerza á tratar del asunto inacabable de sus sentimientos personales. Véanse los más hermosos pasajes de los dramas de lord Byron; la descripcion de Roma, por ejemplo, en *Manfredo*, ó la de una fiesta veneciana en *Marino Faliero*, ó la invectiva final contra Venecia que lanza el anciano dux, y se comprenderá que nada tienen de dramático estos discursos, que nada deben de su efecto al carácter ó á la situacion del personaje que habla, y que tan bellos ó aún más bellos hubieran sido si el autor los hubiera publicado como fragmentos poéticos. En Shakspeare no hay un solo discurso del cual pueda decirse lo pro-

pio, y todos los lectores inteligentes de Shakspeare sienten ver separados del cuerpo de sus obras esos trozos que se coleccionan bajo el nombre de *Bellezas* ó de *Fragmentos escogidos*, el *To be or not to be*, por ejemplo, y que se dan como muestras del feliz ingenio del gran poeta. *To be or not to be* tiene indudablemente mérito como composicion suelta, y el mismo tendria de colocarla Shakspeare en boca de un coro; pero su mérito como composicion suelta desaparece por completo cuando se le compara con el que tiene formando parte de *Hamlet*. No creemos incurrir en exageracion diciendo que se perjudicaria ménos á las grandes obras de Shakspeare suprimiendo de ellas lo que se llama generalmente trozos escogidos, que á estos mismos pasajes leyéndolos aislados. Tal vez sea éste el mayor elogio que pueda tributarse á un autor dramático.

Por otra parte, no sabemos si existe en las obras de lord Byron un solo pasaje notable que deba parte de su interes ó de su efecto á su relacion con los caracteres ó con la accion. El único trozo verdaderamente dramático hasta en la forma que conozcamos de Byron es el de la escena entre Lucifer y Cain. El diálogo es animado, y cada uno de los interlocutores tiene la parte que le corresponde en él; mas á poco detenidamente que se examine esta escena, se advierte que confirma cuanto dejamos apuntado, porque de diálogo no hay en ella sino es la forma, siendo en la esencia un soliloquio, ó, mejor dicho, una discusion con un solo espíritu inquieto y escéptico; que las preguntas y las respuestas, las objeciones y las soluciones, todas corresponden al mismo carácter.

Un escritor que daba pruebas tan evidentes de falta de habilidad dramática, no debia de escribir

una relacion con grandes efectos; y en verdad que nada es tan descuidado como la estructura de sus poemas narrativos, al trazar los cuales parece haber dicho lord Byron con el héroe de la *Rehearsal*, que la intriga no sirve más que para unir los trozos buenos. Sus dos obras más considerables por la extension, *Childe Harold* y *Don Juan*, carecen de plan por completo; y tanto es así, que hubieran podido tomar proporciones desmesuradas ó concluir en cualquier parte. El estado en que se presenta el *Guiaur* demuestra bien á las claras cómo escribía lord Byron todos sus poemas, que son, como el *Guiaur*, colecciones de fragmentos, porque áun cuando no se advierten espacios vacíos señalados de puntos suspensivos, fácil es descubrir en los enlaces, por extremo descuidados, dónde comienzan y dónde acaban los trozos principales en gracia de cuya belleza se compuso lo demas.

Byron sobresalia en la descripcion y en la meditacion. La primera era su fuerte, como dice en *Don Juan*. Su modo es propio y sin igual casi: rápido, ligero y enérgico, los asuntos bien escogidos, los toques acertados, atrevidos, de mano maestra. Diremos á propósito de esto, y á pesar del respeto que nos infunde el talento de M. Wordsworth, que la minuciosidad de sus descripciones perjudica las más de las veces á su efecto, porque habia contraido la costumbre de contemplar la naturaleza con los ojos de un amante, de quedar en éxtasis admirando cada uno de sus rasgos, y de transcribir hasta el menor de sus detalles; y como las bellezas que llaman la atencion del observador más negligente y las que sólo se descubren á fuerza de prestar atencion le fueron igualmente familiares, les consagró igual espacio en sus poestas. El proverbio del anciano Hesio-

do, cuando decia que la mitad es á veces más que el todo, puede aplicarse perfectamente á la descripción; y la práctica tan hábil de los holandeses, que cortaban por el pié la mayor parte de los árboles preciosos en las islas de la Especería para dar más robustez y valor á los que dejaban, es práctica que los poetas harian bien imitándola. Cosa fué esta que Byron supo hacer mejor que ningun otro poeta; y por grandes y muchos que hayan sido sus defectos, nadie habrá podido acusarlo de prolijo, al ménos miéntras su imaginacion conservó vigor y fuerza.

Pero, por grande que fuera el mérito intrínseco de sus descripciones, lo que les prestaba más interés era su modo de ser especial, debido á que el autor era principio, medio y fin de su poesía, héroe de todas sus relaciones, y principal objeto de todos sus cuadros. Por tal manera, Harold, Manfredo, Lara, y una multitud de personajes no eran á los ojos del público sino otros tantos Byron, apenas ocultos tras pseudónimos más ó ménos transparentes. Tal creemos tambien que fué su intencion. Las maravillas del mundo exterior, el Tajo y las armadas poderosas de la Gran Bretaña que surcan sus aguas, las empinadas torres de Cintra que se elevan sobre las copudas encinas y los sáuces, el mármol reluciente del Pentélico, las orillas del Rhin, los ventisqueros de Clarens, el dulce lago Lemán, el bosque de Egeria con sus canoros pajarillos y sus lagartos multicolores, las ruinas informes de Roma, cubiertas de hiedra y de flores salvajes, el mar, las estrellas, los montes, y los valles, y los rios, y la naturaleza toda, no son sino accesorios, detalles del cuadro en cuyo primer término sólo se destaca una figura sombría y melancólica: la de Byron.

Ningun escritor tuvo nunca á su disposicion tan grande cosecha de menosprecio, de elocuencia, de misantropia y de desesperacion como Byron; su caudal era inagotable, y ni el arte podia ser eficaz á dulcificar, ni tampoco las derivaciones á disminuir la impetuosa corriente de sus ondas siempre amargas. Nunca se vió en la monotonía variedad semejante á la que él desplegó, pues desde la carcajada del loco hasta el lamento más dolorido, pulsó todas las notas de la angustia humana: los meses sucedian á los meses y los años á los años, y Byron proseguia repitiendo siempre que la desgracia, el dolor, la desventura son la herencia comun de los mortales; que la desventura y el dolor supremos son el patrimonio de los séres superiores; y que todos los afanes, todos los anhelos, todos los deseos que nos agitan y conmueven y oprimen nos arrastran igualmente al término de todo, que es el dolor: al dolor del despecho, si no se satisfacen; al de la saciedad, si quedan satisfechos. Sus héroes son hombres que han llegado por caminos diferentes á la misma desesperacion, hastiados de la vida, en guerra con la sociedad, que no tienen más apoyo ni más amparo en sus angustias que el orgullo, invencible, inmenso, comparable sólo al de Prometeo encadenado en la roca, ó al de Satanás en las hogueras infernales; que pueden reprimir y domar sus torturas con la fuerza de su voluntad, y que, hasta el fin, desafian bravamente á cielo y tierra. Byron se presentó siempre á los ojos del mundo como un hombre de la misma familia de sus creaciones favoritas; como un hombre cuyo corazon estaba seco, que habia perdido para siempre la facultad de ser feliz, pero cuya energia incontrastable osaba mirar frente á frente, con rostro sereno,

cuanto pudiera sobrevenirle de más temeroso en esta vida ó en lo porvenir.

Difícil, si no imposible, hubiera sido, áun á los íntimos amigos del poeta, determinar hasta qué punto provenia la triste amargura que destilan sus obras de una dolencia natural del alma, hasta qué punto las verdaderas desgracias habian influido en esta manera de estado mórbido suyo, hasta qué punto era todo ello la obra de su vida disipada, y hasta qué punto y en qué medida era imaginario el mal, ó exagerado, ó fingido. Séanos lícito dudar, sin embargo, de que haya existido nunca, ni pueda existir jamás, hombre alguno que corresponda á la descripcion que él nos ha dejado de sí mismo, y que afirmemos categóricamente que ese hombre no era él. Porque sería ridículo suponer siquiera que quien hubiese tenido el ánimo penetrado, en realidad de verdad, de menosprecio hácia sus semejantes, hubiera escrito tres ó cuatro volúmenes al año para decírselo, ni que quien afirmara en toda sinceridad que ni deseaba ni habia menester de la simpatía de nadie, hubiera lanzado á la publicidad su despedida á lady Byron (1) ni la bendicion á su hija. En el segundo canto de *Childe Harold* nos declara que es insensible, así á la fama como á la censura, «pues semejante lucha, dice, no turbará en ningun tiempo un corazon que ni se preocupa de la una ni de la otra» (2), y, sin embargo, sabemos que uno ó dos dias ántes de aparecer esas palabras impresas,

---

(1) Leyendo Mad. de Stael este sublime *Adios*, exclamó: «Je voudrais avoir été malheureuse comme lady Byron, et avoir inspiré a mon mari les vers qu'il a faits pour elle.»—N. del T.

(2) «Ill may such contest now the spirit move,  
Which heeds nor keen reproof nor partial praise.»

lord Byron experimentó pueril satisfaccion al recibir las felicitaciones de sus amigos con motivo de su primer discurso en la Cámara de los Lores.

No decimos con esto que su tristeza fuera enteramente fingida. Byron era por su naturaleza hombre de muy exquisita sensibilidad, mal educado, cuyo corazón hubo de verse sometido desde la más temprana juventud á rudas pruebas; desgraciado en sus primeros amores, cuyas primeras producciones literarias le causaron grandes contrariedades, cuya situacion pecuniaria fué difícil á veces; que no logró conocer la felicidad doméstica, á quien el público trató con singular injusticia, que sufría física y moralmente las consecuencias de los hábitos disipados que habia contraído, y que, en una palabra, era desgraciado. Pero tambien es cierto que descubrió pronto el efecto inmenso que producía en el público la relacion de sus desgracias (1); y como la

---

(1) Ninguna lectura más curiosa é interesante que la del *Diario* y la *Correspondencia* de lord Byron, no solo por los datos y noticias que contiene acerca de su persona, sino tambien por su extraordinario mérito. Sus cartas, á lo ménos las que escribió en Italia, pueden clasificarse entre las mejores que en su género se han redactado en lengua inglesa: son ménos afectadas que las de Pope y las de Horacio Walpole y más completas é interesantes que las de Cowper. Sabiendo que la mayor parte de estas epístolas no se escribieron únicamente para las personas á quienes iban dirigidas, sino es que fueron á manera de circulares destinadas á número considerable de lectores, teníamos la seguridad, aún ántes de leerlas, de hallar en ellas, con repetidas muestras de ingenio, muchas faltas de naturalidad y sencillez. Estábamos, lo confesamos sinceramente, prevenidos contra ellas, y predisuestos á descubrir sus menores defectos de estilo; pero su exámen detenido y reflexivo logró persuadirnos de que si la manera epistolar de lord Byron no fué natural y si fingida, ofrece en este género de literatura un ejemplo raro y admirable de



sociedad lo alentó á divulgar sus angustias y dolores, el interes que excitaron sus primeras confesiones lo llevó á simular tristeza exagerada, y el hábito de fingir produjo en él segunda naturaleza. Tanto es así, que él mismo se hubiera visto en grave aprieto al tener que deslindar en su propio carácter la verdad del artificio.

Es indudable que Byron debió tanto á su egoismo como al poder verdadero de su poesía la grande influencia que logró ejercer sobre sus contemporáneos. Nunca hemos podido darnos cuenta de esta manera de egoismo, tan impopular en la conversacion y tan popular en los libros, ni explicarnos cómo se verifica el fenómeno de que hombres que afectan en sus obras cualidades y sentimientos que no tienen, impongan aún más á sus contemporáneos que á la posteridad. Sabido es de todos el interes que excitó en otro tiempo la pasion de Petrarca, y la compasiva ternura con que la mitad de Europa entendió los infortunios de Rousseau. Hoy día la pasion de Petrarca nos produce el efecto de aquellas que no tienen el triste privilegio de conmovier el corazon humano, y los sufrimientos de Rousseau ántes nos provocan á la risa que á la compasion, porque sus desgracias nos parecen en parte

---

maestría, imitando la verdad con tan vivos colores, que ántes parece obra espontánea que no artificiosa del ingenio.

No es posible dar idea del profundo y penoso interes que promueven estos documentos, merced á extractos más ó ménos extensos, ni tampoco lo es hallar en ninguna obra de imaginacion relato más triste y lúgubre que el contenido en sus páginas, tanto, que no será fácil que quien las lea no se sienta conmovido en las fibras más secretas de su corazon.

desfiguradas y en parte producidas por su vanidad y su depravacion naturales.

No pretendemos adivinar lo que pensarán nuestros nietos del carácter que lord Byron demuestra en sus versos; pero está fuera de duda que el interés que excitó en vida es único en la historia literaria, subiendo tanto de punto en los jóvenes aficionados á la poesía, que sólo por aquellos que lo experimentaron puede ser comprendido y apreciado en realidad. Para las gentes que no conocen las calamidades verdaderas, «nada es tan grato como la dulce melancolía,» ese pálido y suave reflejo del dolor, aurora ó crepúsculo suyo. No acontece así á los ancianos y á los hombres de madura edad, porque son tantas las causas que en sí mismos tienen de tristeza verdadera, que sólo rara vez se hallan dispuestos á «entristecerse únicamente por placer,» faltándoles al propio tiempo la voluntad y el poder de hacerlo. Además, son muy pocas las personas que participan de la vida activa, que sean capaces de gozar infinitamente de lo que él llama «éxtasis del dolor,» áun suponiendo que tuvieran ocasion de consagrarse al culto de la melancolía con todo el reposo del maestro Stephen.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la popularidad de lord Byron no tuvo límites entre los jóvenes que se consagran á la lectura de obras de imaginacion, que buscaban con afan sus retratos, que coleccionaban sus menores reliquias, que aprendian de memoria sus poemas, y que hacian los mayores esfuerzos, no solo para escribir como él, sino para imitar hasta sus ademanes, llegando algunos á pasar las horas enteras delante del espejo para copiar lo mejor posible la contraccion de su labio superior y el fruncimiento de sus cejas. Durante al-

gunos años la prensa de la Minerva no publicó una sola novela que no tuviera por héroe un personaje misterioso y sin ventura á la manera de Lara, y no es posible formarse idea de la cantidad de estudiantes de leyes y de medicina que se tornaron sombríos, melancólicos, tristes, desdichados, en quienes la lozanía del corazón se marchitó, cuyas pasiones quedaron reducidas á ceniza, y cuyos dolores eran tales, tan íntimos y tan profundos, que ni las lágrimas podían consolarlos. No fué lo peor esto, sino que los entusiastas de Byron establecieron una manera de asociación perniciosa y absurda entre el vigor intelectual y la perversión moral, sacando de las obras del poeta un sistema completo de moral, mezcla confusa de misantropía y de mollicie, y cuyo decálogo se compendia en los dos siguientes mandamientos, que contenían la quinta esencia de la doctrina: *Odiar al prójimo y desear la mujer ajena.*

Felizmente ha desaparecido ya esta deplorable afectación, y no trascurrirán muchos años sin que se borren y disipen por completo hasta las huellas del mágico poder, del prestigio maravilloso que ántes iba unido al nombre de Byron; porque si aún es para nosotros un jóven ilustre y desgraciado, para nuestros hijos sólo será un escritor, y su juicio imparcial y sereno le designará el puesto que debe ocupar entre los poetas, sin curarse para nada de su rango ni de la historia de su vida. Estamos seguros también de que sus obras pasarán entónces por la criba, y que se arrojará fuera de ella mucho de lo que admiraron sus contemporáneos; pero estamos igualmente persuadidos de que, hecha esta limpia, lo que resulte de las poesías de Byron con-

tendrá tales riquezas literarias, que vivirán cuanto tiempo dure la lengua inglesa (1).

(1) Las obras de Byron han envejecido desde hace cuarenta años, prueba innegable, dice un autor, de que su oratoria tenía liga. Sin embargo, añade un crítico (M. Taine), Byron fué el poeta de los sentimientos tiernos y tristes; poeta á su modo, modo extraño, en verdad, semejante á su vida, landa desierta, llena de ruinas, donde él vivía como en su casa y solo; cuyo pecho rebosaba tempestades y aludes de ideas que se desencadenaban y caían con estrépito en el papel. Así es que escribió aquello que desbordaba de su corazón, apasionadamente, con furia, por decirlo así, y por otras muchas causas; pero jamás por cálculo. Soñaba de sí mismo, se veía en todas partes, y luego corría su inspiración como un torrente contenido en su carrera por una serie de obstáculos. Ninguno con más talento ha tenido menos imaginación, como que no pudo metamorfosearse en otro, y fueron sus penas, sus arrebatos, sus dolores, sus viajes lo que nos dió traducido en verso. No inventó, observó; no creó, transmitió, y si su copia salió ennegrecida, no por eso dejó de ser copia. Los necios solamente podrán creerlo capaz de los crímenes de sus héroes, y los ciegos los que no vean en él las grandes cualidades de sus personajes. Tanto es así, que Byron no ha creado más de uno, porque Childe Harold, el Guaiar, Manfredo, Lara, Sardanápalo, Cain, su Tasso, su Dante, todos, en una palabra, son el mismo héroe, representado bajo diversos trajes, en diferentes actitudes, y sobre fondos diversos. Las obras de Byron son como un collar de cuentas de cristal de mil colores. Hizo uso de procedimientos que no deben aplaudirse; fué á veces enfático y vulgar á imitación de Lucano y de los Lucanos modernos; pero su manera produce gran efecto en la primera lectura: naufragios, sitios, combates, muertes, piratas, aventureros; y como contraste y para dar relieve á esto, mujeres tiernas, angelicales, sumisas, hermosas como ángeles y dotadas de cuantas seducciones son imaginables; y como fondo de sus cuadros, paisajes de Grecia, castillos feudales, efectos de sol poniente, mares y tempestades. Y como todos somos pueblo para sentir, sentimos con sus cuadros, principalmente si sabemos que ha vivido el autor entre los espectáculos que describe, y que ha sentido lo que dice ántes de decirlo.—N. del T.



# DRAMÁTICOS INGLESES

## DE LA RESTAURACION.

---

Las obras de Wycherley, de Congreve, de Vanburgh y Farquhar son de tal índole, consideradas en conjunto, que muchas personas peritas y respetables no quisieran verlas reimpresas. Disentimos de su parecer en este punto, porque no creemos que aquellas producciones literarias que han logrado ejercer grande influencia en el humano espíritu y que reflejan, por decirlo así, el carácter de un período importantísimo de la historia, bajo el punto de vista literario, político y moral, deban ser condenadas al olvido. Y si estamos en error sobre este punto, nos consuela equivocarnos con los hombres y las corporaciones más graves del Reino-Unido, y más particularmente con la Iglesia de Inglaterra y los rectores de los establecimientos de enseñanza que se hallan en más directa relación con ella. Porque tanto unos como otros, como todos, profesan el principio de que nunca debe prohibirse al estudian-

te por razones de moral la lectura de ningún libro que se recomienda por las galas del estilo, ó por la luz que arroje sobre la historia, la organizacion ó las costumbres de los pueblos. Las comedias atenienses, por ejemplo, en las cuales sería difícil leer cien versos seguidos sin tropezar con algun pasaje que hiciera subir los colores al rostro de Rochester, se han reimpresso en tiempo de Pitt y de lord Clarendon, bajo la direccion de personas doctísimas, delegadas al efecto por los claustros universitarios, y anotado copiosamente por la flor y nata de los más reverendos comentaristas. Además, vemos cada fin de curso académico que los jóvenes más distinguidos de la nacion, á presencia de un senado de obispos y de sabios teólogos, se examinan de materias que versan sobre asuntos como la *Lysistrata*, de Aristófanés, verbigracia, y la sexta sátira de Juvenal. Cierta es que se presta un poco á comentarior ver un cónclave de prelados y de doctores de la Iglesia, tributando alabanzas y recompensando á los escolares por su conocimiento y familiaridad con escritos tales que, comparados con ellos, serian de honesto pasatiempo los cuentos más inmorales de Prior; pero en lo que á nosotros respecta, diremos con llaneza que así es como entendemos que debe dirigirse la enseñanza, y que las ilustradas y respetables personas que la tienen á su cargo en nuestra patria cumplen bien así su elevado magisterio. Porque está fuera de duda que el estudio profundo de la literatura antigua desarrolla y fertiliza y enriquece la inteligencia, así como tambien que el hombre cuyas facultades se desenvuelven con tan nobles ejercicios reúne más probabilidades de ser útil á la Iglesia y al Estado que no el ignorante ó poco leido en literatura clásica.

Por otra parte, difícil es persuadirse de que en una sociedad tan ocasionada á peligros y tentaciones como es la nuestra, se tornen los jóvenes viciosos con la lectura de Aristófanes y de Juvenal, si antes de tomar sus obras en las manos eran de buenas costumbres y de conducta regular y morigerada; porque quien se halla expuesto á todas las influencias del estado social en que vivimos y tema la que puedan ejercer sobre él unos cuantos versos griegos ó latinos, se antoja tan discreto como aquel á quien llevaban á ahorcar una mañana de lluvia y pidió paraguas por miedo de constiparse. La virtud de que la sociedad está menesterosa es de una virtud robusta y fuerte, no flaca y enfermiza, que pueda, sin riesgo alguno, exponerse á los peligros inseparables del uso enérgico y frecuente de las facultades, no que haya de vivir cerrada en invernáculo, temerosa siempre del aire libre por aprension del contagio y que repugne los alimentos mejores y más nutritivos como demasiado excitantes. Absurdo sería, en verdad, impedir á los hombres que adquiriesen aquellas cualidades que pueden hacerlos más aptos á desempeñar con honra su papel en esta vida en bien propio y de la patria, haciendo este sacrificio á la quimérica esperanza de conservarles la flor de la inocencia, que al cabo han de perder, y que basta un paseo por ciertas calles para marchitar por completo.

De inconsecuentes podría tachársenos, si al propio tiempo que defendemos la conveniencia de que la juventud estudie en autores como Teócrito y Cátulo, nos opusiéramos á la reimpression de *La Provinciana* (*The Country Wife*), ó de *La vida del Mundo* (*The Way of the World*), por ejemplo. Porque, si bien es cierto que los autores ingleses in-



morales del siglo XVII tienen ménos disculpa que los de Grecia y Roma, no lo es ménos que los peores libros ingleses del siglo XVII son cultos y honestos si se comparan con muchas obras que nos ha legado la clásica antigüedad. Platon valia mucho más que sir George Etheredge (1); pero, en cambio, ha escrito cosas tales que hubieran avergonzado á Etheredge; y Buckhurst y Sedley (2), áun en aquellas orgías de la posada del *Gallo*, en Bow Street, que atraian sobre sus convidados las silbas de la multitud y el rigor de los jueces, nunca se hubieran atrevido á emplear frases parecidas siquiera á las que se dejaron decir Sócrates y Fedra, aquella hermosa tarde que pasaron á la sombra de un frondoso plátano, arrullados de las cigarras y del suave murmu-

---

(1) Dramático inglés que alcanzó en su tiempo mucho renombre con algunas de sus obras, en las cuales se reflejaban las costumbres licenciosas de la buena sociedad de su país. *Ella querria si pudiera*, es el título sobrado expresivo de una de sus composiciones más célebres, y que los criticos colocan entre las mejores comedias del teatro inglés. Se representó por primera vez en 1668. Su *Sir Topping Flutter*, logró tambien estar muy en boga por los años de 1676, y en él trazó el autor, hombre de mundo, ingenioso y disipador como la mayor parte de los de su tiempo, los retratos de varios personajes contemporáneos conocidos de todos, entre otros el de lord Rochester, famoso libertino.—N. del T.

(2) Poeta inglés del siglo XVII. Nació en Kent en 1639, y vivió en la oscuridad de su pueblo hasta la restauracion de los Estuardos. Entónces vino á Lóndres y trató de abrirse camino como literato y político; pero áun cuando logró entrar en el Parlamento y no escaseó los discursos, ni una cosa ni otra le dieron notoriedad. Sus obras literarias fueron medianas. Al cabo hubo de abandonar avergonzado la corte, porque Jacobo II lo deshonoró haciendo manceba suya á su hija, á quien queria por extremo. Sedley se declaró en venganza partidario de Guillermo de Orange.—N. del T.

llo de la vecina fuente. Si es justo y natural desear á la juventud instruida en órden al gobierno y las costumbres de unas repúblicas que vivieron en la remota antigüedad de los tiempos, cuya independencia sucumbió hace más de dos mil años, cuya lengua no se habla hace siglos, y que no han dejado en pos de sí otra cosa sino es columnas ó frisos rotos para dar testimonio de su pasada grandeza, es aún mucho más importante que conozca de una manera perfecta la historia del espíritu público en su propio país, y que investigue las razones, la naturaleza y el alcance de las revoluciones que, así en las ideas como en el modo de ser se han verificado de doscientos años á esta parte, haciendo subir y bajar con su movimiento de flujo y reflujo el nivel de la moralidad pública. Este género de enseñanza no se adquiere con las discusiones del Parlamento, ni con la lectura de papeles políticos, ni con las obras de los historiadores graves, sino que es necesario ir á buscarla al dominio de la literatura ligera, en boga en diferentes épocas de la historia. Así es que no censuraremos nosotros el trabajo de los compiladores que, como Mr. Leigh Hunt (1), se han consagrado á reunir y coleccionar las obras de Wycherley, de Congreve, de Vanbrugh y Farquhar, sin que por eso tengamos la pretension de recomendarlas á las madres de familia á título de buena lectura para sus hijas.

Pero, si bien hallamos perfectamente justificada la publicacion de un libro como este, no podemos hallarnos de acuerdo con Mr. Leigh Hunt, cuando parece suponer destituida de fundamento la acusa-

---

(1) *The Dramatic works of Wycherley, Congreve, Vanbrugh and Farquhar, with biographical and critical notices,* by LEIGH HUNT, 8.º Lóndres, 1840.

cion de inmoralidad lanzada tantas veces contra la literatura dramática de la restauracion. No decimos con esto que haya debido mostrarse tan severo en sus juicios como lord Angelo, sino es que gentes tan depravadas como las que hallamos ahora en el banquillo merecian, cuando ménos, ser objeto de una reprimenda, no de la indulgencia con que las trata Mr. Leigh Hunt; indulgencia que nos predispone, tal vez, á emplear con ellas, al juzgarlas, excesivo rigor.

Hemos dicho que nos sentimos inclinados á emplear rigor excesivo en la apreciacion de sus obras; pero la frase no es exacta, ni expresa bien nuestro pensamiento, porque no acertamos á calificar con propiedad unas producciones literarias que son la vergüenza de la lengua inglesa y del carácter nacional. Ingenio y gracia no les falta; pero constituyen un género literario «mundano, bajo, sensual y diabólico,» en la más genuina y enérgica acepcion de las palabras, cuya inmoralidad, con ser grande y hallarse constantemente reñida con las reglas del buen gusto y del decoro, aún parece menor defecto que la dureza excepcional de su carácter. Belial no se nos presenta en ellas «humano y bello,» como cuando inspiraba al Ariosto y á Ovidio, sino inflexible y áspero y friamente sarcástico á lo Mefistófeles: en aquella sociedad, las mujeres parecen hombres de mala conducta, insensibles é impudentes, y los hombres, fugados del Pandemonium ó de un presidio ultramarino. En una palabra, todos tienen el rostro impenetrable, el corazon de cieno y el espíritu animado por inspiraciones infernales.

Dryden se defendia y buscaba excusas para sus errores y los de sus contemporáneos, invocando el ejemplo de los antiguos autores dramáticos ingle-

ses, y Mr. Leigh Hunt parece creer que este argumento tiene valor alguno; pero no estamos de acuerdo con él en este punto, porque el crimen literario de que se trata no consiste sólo en la crudeza y grosería de las expresiones, porque harto sabido es que los términos y las formas que parecen delicadas y cultas en un siglo, se antojan toscas y brutales en otro: Addison no se hubiera atrevido á imitar siempre el estilo del Pentateuco, y Addison, que fué dechado de pureza moral en su tiempo, empleaba muchas palabras que hoy estaria vedado usar en buen estilo: saber si una cosa debe designarse por medio de un simple sustantivo ó por medio de una perífrasis, no es asunto fundamental y de trascendencia, sino convencional y pasajero; lo que importa á la moralidad es que lo inmoral no se presente ni se exponga á las imaginaciones juveniles, apasionadas y fogosas constantemente unido á lo que es seductor en sí y por sí mismo, pues cuantos hayan observado en su propio espíritu y en el de los demas la ley de la asociacion de las ideas saben que todo aquello que se ofrece á la imaginacion unido siempre á lo que es seductor, se torna seductor á virtud de eso mismo. En Fletcher y en Massinger (1) hay, sin duda, muchos trozos que

---

(1) Fletcher y Massinger fueron ambos poetas dramáticos de mucho nombre. El primero trabajó casi siempre con Beaumont, y nació por los años de 1576. Los criticos ingleses lo colocan, así como á su compañero, inmediatamente despues de Shakspeare, considerándolos como fundadores de la comedia de intriga. *The Chances* y *Rule a wife and have a wife* son dos de sus producciones más celebradas.

Massinger fué un protegido de lord Pembroke, á cuya munificencia debió su educacion. Trabajó en colaboracion con Fletcher, Field y Dekker, y en 1622 dió al teatro su

adolecen del defecto que censuramos, y en Ben Jonson (1) y Shakspeare los hay tambien, y no pocos, aunque comparativamente parezcan ménos groseros: lo que no es posible descubrir en ellos es la sombra siquiera de un propósito sistemático, tenaz, constante de asociar el vicio á lo que más aprecia el hombre y desea más, y la virtud á cuanto hay de

primera obra bajo su nombre. Escribió treinta y siete; pero no se conservan más que diez y ocho. Se le asigna uno de los primeros puestos entre los dramáticos ingleses, pues si bien fué inferior á Ben Jonson en cuanto á la elegancia del estilo, le aventaja en cuanto á la imaginacion, siéndole muy superior en el género patético y sensible. Como poeta cómico, no iguala á Fletcher ni á Beaumont; pero nada tiene que envidiarles en inventiva y en conocimiento de la naturaleza humana, excediéndolos bajo el punto de vista de la cultura del lenguaje. A él se deben, demas de otras, las tragedias tituladas *Duke of Milan*, *Bondman* y *Fatal Dowry*, esta última aludida por lord Macaulay en el texto; las tragi-comedias *Renaldo* y *A very woman*, y las comedias *New way to pay old debts*, *The Great Duke of Florence*, la *City Madam* y el *Guardian*, que es la mejor.—N. del T.

(1) Célebre dramático tambien. Floreció en 1598 con su comedia titulada *Cada cual con su genio*, representada con éxito extraordinario, debido en parte á Shakspeare, que hizo uno de los principales papeles de ella en la escena, desplegando sus grandes dotes de actor. Lo protegió la reina Isabel. Era hijo de un albañil, y trabajó primero en el oficio de su padre; luego fué soldado; despues se dedicó al teatro y formó parte de una compañía dramática; pero como tuviese la desgracia de herir en la escena á un compañero, renunció á las tablas y se consagró á escribir comedias, llegando con el tiempo á ser uno de los primeros escritores de Inglaterra y á merecer que Campbell, en su *Ensayo sobre la poesia inglesa*, lo colocara inmediatamente despues de Milton. Su erudicion era inmensa, y así estaba familiarizado con los clásicos griegos y latinos como con los autores modernos. Se le designa indistintamente por Ben Jonson ó por Benjamin Johnson.—N. del T.

más ridículo, abyecto y humillante. Esta es la tendencia, el propósito constante que se advierte en la literatura dramática de la generación que siguió á la vuelta de Carlos II.

Citemos como ejemplo un asunto de la mayor importancia para la felicidad y el bienestar humano: la fidelidad conyugal. No recordamos en este momento una sola obra dramática escrita en época anterior á la guerra civil, en la cual se presente bajo aspecto favorable el carácter del seductor de mujeres casadas; y recordamos muchas en que este personaje se ve sorprendido, desenmascarado, y cubierto de insultos y de afrentas por el esposo. Tal acontece á Falstaff, á pesar de su ingenio y de su conocimiento del mundo; tal acontece asimismo á Brisac en el *Elder Brother*, de Fletcher, y á Ricardo y Ubaldo en la *Picture*, de Massinger. A las veces, como en el *Fatal Dowry* y la *Love's Cruelty*, la honra de las familias ultrajadas exige sangrienta reparación; y si en casos muy contados el amante aparece bajo un aspecto agradable y simpático, y el marido como un tipo repugnante, sólo sirve este contraste para que resalte más el triunfo de la virtud femenil, como se ve en la *Celia* y la *Mrs. Fitzdottrel* de Jonson y en la *María* de Fletcher. En general, puede afirmarse que los autores dramáticos del tiempo de Isabel y de Jacobo I tratan la violación del voto nupcial como gravísima falta, y que si en ocasiones buscan el modo de hacer reír al público merced á estas intrigas, lo alcanzan siempre á costa del galán.

Por el contrario, durante los cuarenta años que siguieron á la restauración, todos los autores dramáticos pusieron invariablemente en escena el adulterio, presentándolo, no como falta siquiera

leve, no como error que pudiera excusar la pasión, sino como la manera de ser propia, como el oficio del caballero, como una cualidad ó atributo sin el cual el tipo queda manco. Porque, hacer la corte á la mujer de su prógimo y robarle su afecto es detalle tan precioso é indispensable de su buena educacion y del lugar que ocupa en la sociedad, como ceñir espada y saber frances. La pasión no entra por nada en estas empresas amorosas, sino el capricho, y el héroe tiene intrigas de alcoba como tiene pelucas, porque sin ese apéndice haria tristísima figura, y ántes pareceria un mercader de la *City* ó un austero puritano, que no un personaje. En cuanto á las cualidades, todas aquellas que pueden seducir las reúne el galanteador; que los defectos pertenecen al marido por derecho propio. Véase, por ejemplo, á Dryden, y compárense Woodall con Brainsick, ó Lorenzo con Gomez; véase á Wycherley, y compárense Horner con Pinchwife; véase á Vanbrugh, y compárense Constant con sir Jhon Brute; véase á Farquhar, y compárense Archer con Squire Sullen; véase á Congreve, y compárense Bellmour con Fondlewife, Careless con sir Paul Plyant, y Scandal con Foresight; y en todas estas obras y muchas otras que pudiéramos citar, el autor hace los mayores esfuerzos para presentarnos como arquetipo de inteligencia, de distincion, de cultura, de amabilidad y de cuanto es más seductor á quien comete el delito, y para cubrir de lodo y arrastrar por el fango, sin perjuicio de disfrazarlo ántes ridículamente, al marido, víctima de sus ardidés y de su perversidad.

Mr. Charles Lamb (1) ha intentado defender este

---

(1) Escritor humorístico (n. 1775 m. 1834). amigo de

género de literatura, porque, según él, los autores dramáticos de la segunda parte del siglo XVII no pueden ser juzgados con sujeción á las reglas de moral que existen y deben existir en la vida práctica, toda vez que se mueven dentro de un círculo lisa y llanamente convencional, y que sus héroes y heroínas pertenecen, no á Inglaterra ni á la cristiandad, sino es á una utopía galante, á un país de fantasía, en el cual ni se conoce la Biblia, ni la *Justicia* de Mr. Burns, ni los hechos que en este mundo merecen severo castigo producen otro efecto que dar risa á los seres imaginarios que lo pueblan. Un Horner verdadero, un verdadero Careless serian ciertamente, si existieran en realidad, personas peligrosísimas por su corrupcion; pero ¿á qué hablar de moral tratándose del Horner de Wycherley, ó del Careless de Congreve? Hacer esto sería tan absurdo como llevar á los tribunales á quien hubiera soñado cometer un asesinato. Los tipos á que nos referimos son artificiales y fingidos, y pertenecen á las regiones de la comedia por excelencia, donde no impera la fria moral. Entre ellos nos hallamos en un mundo caótico, por decirlo así; no se les debe juzgar con arreglo á nuestras costumbres, porque carecen de ellas; ni su modo de ser contraría ninguna institucion sagrada, porque no las tienen; ni turban la paz de las familias, porque familia no la

---

Southey y de los más renombrados lakistas, que cayó en todas las extravagancias y exageraciones de la escuela, logrando, sin embargo, volver á más sanas ideas en fuerza de su buen sentido. Sus obras en prosa son muy leídas por su originalidad. Escribió sobre Shakspeare y los *Dramáticos ingleses*, libro este último que abrió nuevos horizontes á los orígenes del teatro en Inglaterra, y á cuyas apreciaciones se refiere, sin duda, lord Macaulay.—N. del T.



conocen; en una palabra, en ese mundo nada es bueno ni malo, ni se conoce la gratitud, ni la ingratitud, ni el derecho, ni el deber, ni hay padres, ni esposas, ni ménos hijos.

Hé aquí resumidas con exactitud las doctrinas de Mr. Lamb; y lo hemos hecho con amistosa prolijidad, porque admiramos su talento y la espontánea benevolencia que se advierte en todos sus escritos, y porque profesamos á su memoria tanta consideracion y tanto afecto como si lo hubiéramos conocido personalmente. Sin embargo, debemos decir tambien que sus argumentos, por más ingeniosos que parezcan, no son otra cosa que sofismas.

Es indudable que los autores pueden crear mundos imaginarios en los cuales aquellas cosas prohibidas por el Decálogo y el Código sean naturales, legítimas y corrientes, y que, no sólo no resulte mal por ello á la sociedad, sino que en determinados casos hasta moralicen y edifiquen. Supongamos, por ejemplo, Fenelon. Nadie podrá en justicia, ni el crítico más severo y más piadoso, acusarlo de inmoral y de impío con motivo de su *Telémaco* y de sus *Diálogos de los muertos*, porque, tanto en una como en otra obra, la religion que se profesa es falsa, y de consiguiente, la moral que se desprende no es perfecta en muchos puntos; su bien y su mal difieren del bien y del mal de la vida práctica; la primera obligacion de los hombres que presenta es rendir homenaje á Minerva y á Júpiter; Filocles, que trabajaba constantemente en reproducir por medio de su arte las imágenes de ambas divinidades, recibe alanzas por su piedad y su celo, que ofrecen contraste singular con las palabras de Isaías sobre el mismo asunto, y Minos juzga á los muertos y les otorga la felicidad eterna en recompensa de accio-

nes que el mismo Fenelon hubiera sido el primero en calificar de pecados mortales manifiestos. Otro tanto podemos decir de los héroes y heroínas mahometanos ó indos de Mr. Southey (1). En Thalaba es blasfemo quien habla mal del gran impostor árabe, crimen beber vino, y obra meritoria las abluciones y las visitas á las ciudades santas. En la imprecacion de Kehama, el poeta elogia á Kailyal, por su devocion á la estatua de Mariataly, la diosa de los pobres, y á pesar de esto, nadie acusará á Mr. Southey de haber consagrado su talento á la propaganda del brahamismo ó de la religion mahometana.

No es difícil averiguar por qué no pueden elevarse objeciones contra las obras de Fenelon y de Mr. Southey. En primer lugar, porque en nada se parecen al mundo real en que vivimos: el estado aquel de la sociedad, y hasta las mismas leyes de aquel mundo físico, son tan diferentes de las nuestras que no se nos antoja extraño verlo regido por otro código de moral. Así y todo, es lo cierto que la moralidad de este mundo convencional no difiere de la del mundo real y verdadero sino es en aquellas partes respecto de las cuales no hay temor ni peligro remoto siquiera de extraviarse. Porque la generosidad y obediencia de Telémaco, y el valor, la modestia y el amor filial de Kailyal, virtudes son de todos los tiempos y lugares; y por otra parte, no

---

(1) Southey murió en 1843 y brilló en su patria como poeta, erudito, crítico é historiador. Residió algun tiempo en Portugal y viajó por España, y esto despertó en él el gusto hácia la literatura de nuestro país, y fué parte muy eficaz á que, inspirándose en el *Romancero*, escribiese muchas poesías, tales como *Roderick, the last of the Goths*, *Doña Urraca*, *Don Ramiro*, *La Crónica del Cid* y otras. Tambien dió á la estampa, en 1823, una historia de la guerra de la Peninsula y Cartas sobre España.—N. del T.

corria mucho peligro el Delfin de caer en la idolatría de Minerva, ni lo habia tampoco en que las doncellas de Inglaterra fuesen á bailar con cántaros en la cabeza alrededor de la estatua de Mariataly.

Pero el caso no es igual cuando se trata de lo que Mr. Charles Lamb llama mundo convencional de Wycherley y de Congreve; porque en ese mundo las costumbres, los modales, los asuntos de la conversacion son los del país y del tiempo en que vivimos. El héroe es, en punto á perfeccion superficial, precisamente el mismo personaje á quien quisieran remedar, ya que no puedan parecerse, todos los jóvenes de las butacas; la heroína es la mismísima beldad con quien todos ellos quisieran trabar pendencia de amores; la escena pasa en sitios conocidos de todos los espectadores como su propia casa: St. James's Park, ó Hyde Park, ó Westminster Hall; el abogado va y viene, precedido de un criado con la toga en un saco, de los Communs Pleas al Exchequer; el par pide su carruaje á la hora debida para ir á votar á la Cámara una ley de interes privado, con otros mil detalles é incidentes que son parte efficacísima á prestar á este mundo ficticio todas las apariencias y atributos del mundo verdadero, siendo la inmoralidad que en él se desarrolla y se manifiesta de las que no pasan nunca de moda, y de las que apenas pueden contener de una manera imperfecta las fuerzas combinadas de la religion, de la ley y de la opinion pública.

Protestamos en nombre del arte y de la virtud contra el principio de que las esferas en que se desenvuelve la comedia están cerradas á la moral; porque si es cierto que la comedia sea imitacion de la vida práctica, por más que se le añada una fuerte dosis de lo llamado convencional, ¿cómo es posible

que pueda eximirse por completo de la gran ley que rige la vida y de los sentimientos que despiertan ó avivan en el corazón humano todos sus detalles? Si lo que dice Mr. Lamb fuera cierto, sería menester concluir de ello que los autores dramáticos de que vamos hablando ignoraban los principios más elementales de su oficio, pues hacer paisajes sin luz ni sombra y hacer retratos sin expresión, serían cosas ménos incomprensibles para la sana crítica que la de la comedia lisa y llana, exenta de moral.

Pero no es exacto que la esfera de esos autores esté cerrada á la moral, que penetra constantemente en ella en dos corrientes: una sana, otra corrompida; la sana para recibir insultos y afrentas, asociada á cuanto hay de más bajo y despreciable; la corrompida para ofrecerse á la espectacion pública aparejada de todas las galas imaginables, con cuantos afeites y postizos puede inventar la coquetería para seducir más y pronto, directa é indirectamente. Tampoco es cierto que ninguno de los seres que pueblan esos espacios convencionales se halle exento de respeto por las instituciones santas y los lazos sagrados de la familia. Fondlewife y Pinchwife y, en una palabra, cuantos personajes nos presentan de inteligencia limitada y maneras desagradables demuestran ese respeto; los héroes y las heroínas tienen asimismo un código de moral, muy mala, detestable; pero que así y todo no existe sólo en la imaginacion de los autores, sino que, por el contrario, muchas gentes lo profesan y practican positivamente. No tenemos necesidad de ir al país de las utopias ó de las hadas para encontrar á esas gentes, que están muy cerca de nosotros, y las hallaremos por las tardes en Covent-Garden y por las noches engolfadas en el juego en los antros

del Quàrant; que para descubrir tahures, matones, estafadores y licenciosos sin corazon y sin vergüenza y damas dignas de tales amantes, no es preciso remontar el vuelo hasta Nifelococcyga ó á la corte de la reina Mab. La moral de la *Country Wife* y del *Old Bachelor* no lo es de un mundo imaginario, como pretende Mr. Charles Lamb, sino de un mundo real y positivo; no de un mundo en estado caótico, sino del en que se agitan los libertinos vulgares de las ciudades y las señoras á quienes llaman los periódicos «elegantes sacerdotisas de Cyprus.» La cuestion, pues, queda reducida á los términos siguientes, y puede plantearse en forma de pregunta, á saber: Cuando un hombre de ingenio trabaja constante y sistemáticamente para prestar seducccion á este linaje de héroes, colmándolos de belleza, de gracia, de hidalguía, de animacion, de bienes de fortuna, de popularidad, de conocimientos y de aptitudes literarias, de talento, buen gusto, trato de gentes, y, por último, de triunfos de todo órden, ¿hace buen uso ó malo de sus facultades? No alcanzamos cómo sea posible dar dos respuestas.

Para ser justos con los escritores de quienes hemos hablado tan severamente, diremos tambien que en gran parte fueron obra de su tiempo. Y si se nos pregunta por qué aquel tiempo fué parte á producir y á fomentar una inmoralidad tal que ningun otro hubiera tolerado, contestaremos sin vacilar que tan grande perversion del gusto nacional, fué consecuencia del predominio que alcanzaron los puritanos bajo la república.

Cae bajo la jurisdiccion de los gobiernos ciertamente castigar las ofensas públicas á la moral y á la religion; mas cuando, no satisfechos con exigir la sumision á las leyes del decoro, pretenden que las

gentes vivan en olor de santidad, entónces se ex-  
tralimitan de sus verdaderas facultades; pudiendo  
asentarse como regla que cuando tal hacen, ántes  
faltan á su deber que no lo cumplen. Un legislador  
que con el fin de proteger á los que necesitan dine-  
ro prestado pusiera tasa al interes, llegaria por este  
medio á hacer imposibles los empréstitos á los mis-  
mos en cuyo provecho suponía legislar, ó los pon-  
dria en el caso de recurrir á los usureros de peor  
especie; del propio modo que si movido de compa-  
sion por los trabajadores fijara el número de horas  
de labor y la cantidad de su jornal, lograria enpeo-  
rar su situacion en vez de mejorarla. Así tambien  
cuando, no satisfecho un gobierno con reprimir los  
excesos escandalosos, exige de sus súbditos que  
den muestras de piedad fervorosa y austera, tardará  
poco en apercibirse de que, buscando el modo de  
hacer servicios imposibles á la causa de la virtud,  
sólo ha conseguido espolear el vicio y fomentarlo.

Solo dos medios tienen los gobiernos de lograr  
estos fines: la recompensa y el castigo; poderosos  
sin duda para ejercer su accion sobre los actos ex-  
ternos de la vida, pero sin eficacia para llegar al  
corazon humano. Si á un funcionario público se le  
dice que ascenderá en su carrera si es buen católico,  
y que será declarado cesante si no lo es, irá puntual-  
mente á misa todas las fiestas de guardar, ayunará  
toda la Cuaresma, y hasta será capaz de azotarse de  
modo que sus disciplinazos no pasen desapercibi-  
dos á los ojos de sus jefes. Así, bajo un gobierno  
puritano, saben todos que las prácticas piadosas son  
esencialísimas á su medro y á su conveniencia, y de  
aquí su exactitud meticulosa en la observancia del  
domingo, ó, mejor dicho, del *sabbath*, y que huyan  
del teatro como de lugar infestado: que la esperanza

del provecho propio y el temor del quebranto, producirán siempre en poco tiempo estas apariencias de piedad en la medida que apetezcan los gobiernos; pero, bajo estas exterioridades de misticismo, conservarán su imperio sobre el fingido devoto la sensualidad, la ambición, la codicia y el odio, resultando por tal manera que el nuevo converso reuna á los defectos y á los vicios del hombre mundano, los vicios más negros aún que trae consigo la práctica constante del disimulo. Y como la verdad se abre camino siempre, las gentes averiguan al fin que las personas graves que le presentan como dechados de virtud que imitar carecen de principios morales y de sensibilidad, lo mismo que los libertinos declarados, y ve que estos fariseos se hallan más distantes de la verdadera virtud que los publicanos y las mujeres de mala vida. Entónces van á dar en el extremo opuesto, y consideran la práctica ostensible de toda religion como indicio cierto de bajeza y de perversidad, y el dia en que se afloja ó se rompe el freno del miedo, y pueden decir los labios lo que se piensa, una explosion terrible de groserías y de blasfemias anuncia en todas partes que la imprevisora política de un gobierno, al proponerse hacer un pueblo de santos, sólo ha conseguido formarlo de canallas y de incrédulos.

Así sucedió en Francia á los principios del siglo XVIII. Luis XIV se habia tornado piadoso por extremo en su vejez, y quiso que sus vasallos lo fueran tambien, llevando á tal extremo su fervor y su pasión de proselitismo, que miéntras miraba con enojo á los cortesanos negligentes en las buenas prácticas del catolicismo, condecoraba con la orden de San Luis, é invitaba á Marly y daba pensiones, gobiernos y regimientos á los que las observaban con

rigor. De esta suerte, Versalles se trasformó en convento. Los púlpitos y los confesionarios se veían rodeados á todo momento de casacas bordadas y de espadas; los mariscales de Francia se mostraban asiduos en las iglesias, y no habia, tal vez, un duque ó marqués que no llevara en el bolsillo el libro de rezo, que no ayunara en Cuaresma y no comulgara á lo ménos una vez al año. Con lo cual la marquesa de Maintenon, á quien correspondia mucha parte en esta obra de propaganda, no cabia en sí de gozo, y se felicitaba de que al fin la devocion se hubiera puesto de moda. Así era, en efecto, y nada más; y pasó como pasan las modas, porque, no bien fué depositado en el panteon de Saint Denis el anciano monarca, cuando toda la corte arrojó la careta, cada cual hizo lo posible por desquitarse con excesos de libertinaje y de impudencia de los años pasados entre ayunos y mortificaciones piadosas; y los mismos que pocos meses ántes consultaban á cada momento á los directores espirituales en orden al estado más ó ménos perfecto de sus almas con los ojos bajos y la voz humilde, fueron á sentarse alrededor de la mesa del Regente, donde asistian al poco edificante espectáculo que ofrecia un príncipe embriagado entre Dubois y la Parabère, lanzando con voz balbuciente máximas ateas y bromas obscenas, con acompañamiento de copas y botellas. La primera parte del reinado de Luis XIV fué una época de libertinaje; pero los hombres más pervertidos de aquella generacion se habrian avergonzado de las orgías de la Regencia.

Lo propio aconteció á nuestros padres durante la gran guerra civil. Los puritanos, libertadores de Inglaterra y fundadores de la república de los Estados Unidos, prestaron muy señalados servicios á la hu-





manidad; pero en el momento de su mayor poderío cometieron una falta gravísima, que dejó huellas profundas y duraderas en el carácter y en las costumbres de la nación, por equivocarse respecto del fin de los gobiernos y exagerar su fuerza, pues no sólo determinaron proteger contra toda ofensa la religión y la moral pública, lo cual es muy laudable, sino que pretendieron hacer al pueblo verdaderamente asceta y penitente. Si hubieran reflexionado acerca de los sucesos que acababan de tener lugar y en los cuales representaron tan principal papel, hubieran comprendido cuál sería la consecuencia definitiva de sus proyectos. Porque habían vivido todos ellos bajo un gobierno que durante largos años hizo cuanto pudo, merced á larguezas extremadas y terribles castigos, para obligar á la nación á conformarse y adoptar la doctrina y la disciplina de la iglesia de Inglaterra; en un tiempo durante el cual jamás ningun sospechoso de hostilidad á esa Iglesia logró conseguir merced alguna de la corte de Carlos, y en que la hostilidad declarada traía en pos de sí todo linaje de persecuciones, multas y castigos, y habían visto también que la consecuencia de todo ello fué la ruina de la Iglesia y quedar sepultada bajo sus escombros la monarquía. Los puritanos hubieran debido aprender en el escarmiento ajeno y en su propia victoria que los gobiernos que intentan empresas superiores á su fuerza, no sólo se arriesgan á fracasos tristes, si que también á producir resultados diametralmente contrarios á los propuestos.

Esto se olvidó, y los puritanos pensaron sólo en una cosa: en que los *santos* debían heredar la tierra. Se cerraron los teatros; las bellas artes fueron sometidas á ridículas censuras; vicios que nunca se

reputaron delitos se convirtieron en asuntos capitales; el Parlamento declaró solemnemente «que la Cámara no emplearía á ningun ciudadano sin averiguar ántes si reunia las condiciones de religiosidad requeridas,» y la piadosa corporacion celebraba sus sesiones con una biblia sobre la mesa para inspirar en ella sus actos; biblia que no leía, sin duda, porque de ser así hubiera visto en ese libro que el trigo y la cizaña nacen y crecen juntos, y que es necesario dejarlos así ó arrancarlos al mismo tiempo. ¿Cómo averiguar si un hombre era ó no verdadero creyente? Sin pena podia inquirirse si vestia con sencillez, si traía el pelo liso y no rizado, si usaba ó no almidon en la camisa, si hablaba gansoso, si ponía los ojos en blanco, si llamaba á sus hijos *Seguridad, Tribulacion* ó *Maher-shalal-hash-baz*, si huía de Spring Garden miéntras habitaba en Lóndres, y si se abstenía de cazar con halcon ni perros cuando estaba en el campo, si explicaba los pasajes difíciles de la Escritura á los soldados de su compañía, y si cuando iba á la comision de Hacienda hablaba de buscar al señor, porque estas pruebas eran fáciles de hacer, aunque nada probaban. Pero así y todo, á ellas apeló el partido triunfante, siguiéndose de esto que una multitud de impostores tomó por oficio remedar lo que á la sazón se reputaba por signo visible de santidad. El engaño duró poco tiempo. La tiranía de aquella época lúgubre, que hubiera excitado la impaciencia universal, áun siendo impuesta por santos reconocidos y declarados como tales por la voz unánime del país, se hizo intolerable desde que se vió claramente que sólo era provechosa á los hipócritas. La relajacion de las costumbres, consecuencia lógica de esto, hubiera venido sin necesidad de la restau-

racion, áun prosiguiendo los Cromwell á la cabeza del gobierno; que ántes de la vuelta de Estuardo ya se advertian los signos precursores de una época de licencia. La Restauracion abatió por algun tiempo al partido puritano, y entregó el poder á un libertino: la contrarevolucion política vino en auxilio de la contrarevolucion moral, y se fortificó y desarrolló en ella, comenzando entónces un período de licencia frenética y desesperada, cuyos efectos se hicieron sentir hasta en las más apartadas aldeas. En Lóndres el desbordamiento fué terrible, y las partes de Lóndres donde la catástrofe hizo más estrago, el palacio real, y los barrios habitados por la aristocracia y por los estudiantes; y como los teatros vivian y prosperaban de la proteccion de estas clases, necesario fué á los autores dramáticos adaptar el carácter de sus obras al del público para quien se hacian. Por tal manera, fueron cómplices los poetas dramáticos de las clases más corrompidas de una sociedad corrompida, y las obras que nos ocupan condensan y destilan gota á gota la quinta esencia de la buena sociedad, de la flor y nata cortesana durante la reaccion contra los puritanos.

Si el puritano afectó las maneras ceremoniosas, el poeta escarneció el decoro; si frunció el entrecejo á la vista de inocentes espectáculos, divulgó los más escandalosos excesos; si empleó el estilo piadoso, el dramático blasfemó, y si el primero consideró siempre las intrigas amorosas como imperdonable felonía, el segundo las ofreció en espectáculo como atributo de las personas distinguidas. El puritano hablaba con desprecio del bajo nivel á que habia llegado la moral pública, sometia su vida á un código por extremo rigoroso, y sostenia

su virtud por obra y gracia de causas misteriosas, desconocidas á las demas gentes; pero como habia demostrado, por desgracia, que sus pretensiones á la consideracion pública eran, cuando ménos, exageradas, y sin fundamento las más de las veces, la buena sociedad y los poetas cómicos, sus órganos officiosos, establecieron como principios incontrovertibles que toda profesion de fe en punto á religion y moral, debia interpretarse al contrario; que no estaba vedado dudar de la existencia de la virtud, y que todos aquellos que pretendieran ó hubieran pretendido valer más que el prójimo bajo el punto de vista de las costumbres fueran declarados por bribones de la peor especie, cuyas bellaquerías debian ponerse al descubierto delante de todo el mundo.

El antiguo teatro inglés tenia muchas cosas reprehensibles; pero el que se tome la pena de comparar la obra más libre de Fletcher con cualquiera de las contenidas en la coleccion de Mr. Leigh Hunt, verá quanto es más grande el desórden que sigue á un periodo de austeridad forzada que el desórden que la precedia. La nacion inglesa semejava al endemoniado del Nuevo Testamento. Los puritanos se alababan de haber lanzado fuera al espíritu inmundo; la casa quedó vacía, es verdad, barrida y limpia y purificada de maleficio, y durante algun tiempo el huésped despedido erró por lugares desiertos, buscando reposo sin hallarlo; mas cuando se agotó el poder del exorcismo y pasó su eficacia, el demonio volvió á su antigua vivienda, y no solo, como salió de ella, sino es con otros siete compañeros peores que él; y entraron todos y habitaron juntos, y la segunda posesion fué peor que la primera.

Tratemos ahora, en la medida que consientan los

limites que nos hemos trazado, de hacer un estudio de los escritores con los cuales nos ha puesto en relacion Mr. Leigh Hunt; y comenzaremos por Wycherley, que si es de los cuatro el último en órden al mérito literario, es el primero cronológicamente y bajo el punto de vista de la inmoralidad.

William Wycherley nació en 1640. Era hijo de un noble del Shropshire, de antiguo abolengo, y que gozaba de considerables bienes de fortuna, como que sus propiedades producian obra de sesenta mil reales de renta, lo cual equivalia entónces á doscientos mil en nuestros dias.

William era niño al estallar la guerra civil, y aún estaba en las primeras letras cuando quedaron establecidas y asentadas sobre las ruinas de la antigua Iglesia y del trono la jerarquía presbiteriana y el gobierno de la república. Su padre era muy adicto á la causa real, y no queriendo confiar la educacion de su heredero á los puritanos adustos, circunspectos y ceremoniosos que á la sazón se hallaban al frente de los establecimientos de enseñanza, lo envió á Francia á la edad de quince años. Wycherley residió entónces, con este motivo, una larga temporada en la vecindad del duque de Montausier, jefe de una de las familias más ilustres de Turena, y cuya esposa, oriunda de la casa de Rambouillet, reunia en su persona todos los talentos, gracias y elegancias que ilustraron tanto su raza. El jóven extranjero fué presentado en el círculo brillante que rodeaba á la duquesa, y en él aprendió algo bueno y algo malo. Al regresar á su patria, al cabo de algunos años, era cumplido y apuesto caballero, y declarado papista, pudiendo afirmarse que su conversion, no tantó fué producida por el convencimiento, sino por su roce con personas bien nacidas

y mejor educadas, entre las cuales era moda ser católico, y por la mala voluntad que á él como á casi todos los jóvenes ingleses de carácter vivo é inteligentes de su tiempo, materia dispuesta así para el catolicismo como para el ateísmo, inspiraban los austeros y solemnes calvinistas.

Pero llegó la Restauracion; las universidades pasaron á ser dirigidas por personas adictas, y pudo esperarse que la Iglesia nacional fuese digna de las gentes de buena educacion. Entónces Wycherley entró en el Queen's College de Oxford, y abjuró del catolicismo. Al obispo Barlow (1) corresponde la dudosa gloria de haber convertido por un poco de tiempo. á un católico detestable en peor protestante aún.

Wycherley salió de Oxford sin examinarse, y entró en el Temple, donde vivió alegremente por espacio de algunos años, observando las costumbres de Lóndres, gozando de sus placeres y adquiriendo las nociones de derecho necesarias para trazar con propiedad el tipo del abogado picapleitos y del litigante quisquilloso, y ridiculizarlos en la escena. Desde su juventud fué aficionado á escribir, y en prueba de ello se conservan algunos versos suyos, muy malos por cierto, sobre la Restauracion, los cuales indican que si se hubiera consagrado á este género literario, habria sido tan inferior á Tate y á

---

(1) Renombrado teólogo y sutil casuista, y más conocido aún por la elasticidad de sus principios, que le permitió servir y explotar todos los partidos y situaciones políticas que dominaron en su patria, declarándose sucesivamente por el Parlamento, por los Estuardos y por Guillermo de Orange; evoluciones que le valieron pingües destinos, y, por último, el obispado de Lincoln. Escribió entre otras obras una titulada: *De la tolerancia religiosa*.—N. del T.

Blackmore (1), como estos lo son á Dryden, no quedándole más probabilidades de pasar á la posteridad que la de ser colocado en alguna sátira entre Flecknoe y Settle (2). Pero habia otro género de composicion que su ingenio y conocimientos le permitian cultivar con éxito, y á él se consagró juiciosamente.

Tenia costumbre de contar en su vejez que á los diez y nueve años habia escrito el *Amor en el bosque* (Love in a Wood), á los veintiuno *El Hidalgo maestro de baile* (The Gentleman Dancing-Master), á los veinticinco *El hombre honrado* (The Plain Dealer), y á los treinta y uno ó treinta y dos *La provinciana* (The Country wife); pero dudamos mucho de la exactitud de estos datos, porque no sabemos nada de él que nos autorice á creer que fuera incapaz de sacrificar su vanidad á la verdad, y porque además tenia tan mala memoria al fin de su vida, que, sin poner en tela de juicio la veracidad de su palabra,

---

(1) Poetas ambos. Nació el primero en 1652. A la muerte de Shadwell obtuvo el título de poeta laureado, que conservó hasta el último dia de su vida. Fué hombre dissipador, autor mediano, falto de imaginacion y sobrado de vanidad. Se propuso corregir á Shakspeare en el *Rey Lear*, y modificó la accion y el desenlace de su obra, introduciendo en ella nuevas escenas, y quedó persuadido de haber hecho un servicio señalado al trágico eminente.

El segundo murió en 1729. Fué médico de Guillermo III, que lo creó Baronet. Publicó varias obras de medicina, y algunos poemas, entre otros *La Creacion*, reimpresso varias veces y alabado por Addison y Johnson. En sus *Ensayos* atacó á Pope y éste en venganza lo puso en ridiculo en la *Dunciada*.—N. del T.

(2) Elkanah Settle fué un poeta desdichado del siglo XVIII (1648-1724) que no logró nunca salir de la miseria y que acabó sus dias en un hospital. Escribió tragedias y poesias de poco mérito. Flecknoe apenas es conocido.—N. del T.

puede muy bien no dársele crédito por completo. De todos modos, es lo cierto que no se puso en escena ninguna de sus obras ántes del año 1672, en que se representó *El amor en el bosque*, y muy probable que en una circunstancia tan importante como lo era la de su presentacion al público, no se atreviese á correr la eventualidad de un fracaso, dando una obra floja, escrita cuando su talento y su estilo aún no estaban formados, ni tenía conocimiento del mundo, y ménos aún cuando tenía sobre su mesa dos comedias concluidas con esmero y fruto de la madurez de sus facultades. Estudiando atentamente las mismas obras, hallamos en ellas á cada paso razones para poner en duda la certidumbre de lo dicho por Wychérley. Sin ir más lejos, en la primera escena del *Amor en el bosque*, hay varios pasajes que no podian haberse escrito por su autor cuando tenía diez y nueve años, por la sencilla razon de que alude en ellos á las pelucas, que no estuvieron de moda hasta 1663, á las guineas, que no se acuñaron por primera vez hasta 1663, á los chalecos que Cárlos impuso á su corte en 1666, al incendio del mismo año, y á otras varias cosas relacionadas con la política que se refieren á los años siguientes al de la Restauracion, á los tiempos en que el gobierno y la City estaban en lucha, y en los cuales los ministros presbiterianos se vieron expulsados de sus iglesias y en la necesidad de buscar refugio. Pero ¿á qué insistir respecto de ciertos detalles, cuando el corte y el tono de la obra entera pertenecen á una época posterior á la que indica Wycherley? En cuanto á *El hombre honrado*, que él decia escrito en 1665, esto es, cuando frisaba en los veinticinco años, tiene una escena que está positivamente escrita más de diez años despues, otras



que son posteriores á 1688, y tal vez no contenga una sola línea que pueda referirse á época anterior á la de fines de 1666.

Pero cualquiera que fuese la edad de Wycherley al escribir sus obras, es lo cierto que no hizo representar ninguna ántes de tener treinta años. En 1672 se puso en escena el *Amor en el bosque* con más éxito que merecía, produciendo este acontecimiento teatral un gran cambio en la suerte de su autor, porque fué causa de que la duquesa de Cleveland pusiera en él sus ojos y gustara de él. Era esta señora de muy libres costumbres, y no satisfecha con su tolerante marido y su régio amigo, prodigaba sus favores á una multitud de personas de todas clases, desde las más elevadas entre la nobleza, hasta las más bajas entre la plebe. Comenzó sus galanteos en tiempo de la república, y dió fin á ellos bajo el reinado de Ana, casándose de nuevo, cuando ya era bisabuela, con un necio sin mérito alguno, llamado Beau Fielding. No es extraño que Wycherley le llamara la atención, porque su porte fué siempre distinguido, su fisonomía hermosa y sus maneras las de un cumplido caballero, reuniendo en su persona, como dice Pope, todas las cualidades que constituyen la exterioridad de quien es noble y bien educado, y tiene convencimiento de lo que es y de lo que vale por su alcurnia, circunstancia que siempre sienta bien. A decir verdad, su cabello se habia tornado gris muy temprano, y él mismo lo confiesa en uno de sus poemas; pero en el siglo de las pelucas era esta una desgracia fácil de remediar á los presumidos. La duquesa, pues, lo encontró á su gusto, y le llamó la atención hácia ella de la manera corriente y usual en el círculo depravado en que vivía. Al efec-

to, aprovechando la de Cleveland el momento de mayor concurrencia en el paseo, asomó la cabeza por la portezuela de su carruaje al pasar por allí cerca el poeta, y le gritó: «Sois un miserable canalla;» y si la crónica no miente, añadió una palabra por todo extremo injuriosa, que no podemos repetir, pero que con justicia hubiera podido aplicarse á los propios hijos de la ofensora. Como era usual tambien y corriente en tales casos, el caballero agraviado se presentó al otro dia en casa de la duquesa para preguntarle respetuosamente cúyas eran las causas de su desagrado y en qué consistian. Así comenzó entre ambos una intimidad de la cual esperaba sin duda sacar Wycherley honores y dinero; esperanza que no carecia de fundamento, como que un apuesto jóven de la grandeza, conocido bajo el nombre de Jack Churchill, que hácia la misma época logró estar en favor de la duquesa, obtuvo de ella un regalo de 4.500 libras esterlinas, precio, tal vez, de alguna merced cortesana. Churchill manejó este dinero con tanta prudencia y discrecion, prestándolo á interes usurario sobre buenas hipotecas, que reunió al cabo la fortuna particular más considerable que hubiera entonces en Europa. Wycherley no fué tan feliz, á pesar de que todos hablaban del favor que le otorgaba la de Cleveland, el cual subió tanto de punto, que sesenta años despues algunos viejos que se acordaban de ciertos detalles de esta pendencia de amor referian á Voltaire cómo se deslizaba con frecuencia y á hurtadillas de palacio para ir á ver á su amante al Temple, disfrazada de labradora, con sombrero de paja, zuecos y una cesta al brazo. El poeta era sobrado feliz y venturoso con estas relaciones para ser discreto, y dedicó á la duquesa la obra causante

de sus amoríos, expresándose en ella en términos que confirmaban el rumor público en todas sus partes. Súpolo el Rey; pero S. M. no solia tomar estas cosas en mala parte, y así no temió la dama presentar á su protegido en White Hall, donde hizo su entrada bajo tan buenos auspicios y comenzó á frecuentar el trato de personas con las cuales hasta entónces no habia tenido ningun roce. El Rey era tolerante y consentía siempre á sus favoritas la libertad de accion que necesitaba para sí; y como, además, Wycherley le habia sido simpático por sus maneras y buena conversacion, llegó á gozar de tanto favor con él, que cierta vez que se hallaba enfermo de calenturas en su casa de Bow Street, Cárlos, que, á pesar de sus defectos, era bondadoso, afable y comunicativo, fué á visitarlo, sentándose á su cabecera, le aconsejó que mudara de aires y le proveyó de una fuerte suma de dinero para que no careciera de cuanto le fuese menester. Y Buckingham, que á la sazón mandaba la caballería y era miembro de aquel infame gabinete conocido en la historia bajo el nombre de la *Cábala*, áun cuando al principio trató á Wycherley con cierto enojo producido por los celos, pues él tambien habia estado en intimidad con la duquesa, pasando despues de la cólera al afecto, segun su costumbre, le dió empleo en su mismo regimiento y colocacion en la Casa Real.

Injustos nos mostraríamos con Wycherley si no consignáramos, al ocuparnos de él, el único rasgo bueno de su vida, que conozcamos al ménos. Nos referimos con esto á los grandes y meritorios esfuerzos que hizo para procurar la proteccion del duque de Buckingham al ilustre autor de *Hudibras*, que bajaba oscuramente al sepulcro, abandonado de su

patria, orgullosa de su talento, y de la corte que habia servido con excesivo celo. Consintió el duque en ver al desgraciado Butler y le dió cita; pero hizo su mala estrella que pasaran por allí cerca dos damas á cual más linda, y que el volandero y caprichoso Buckingham olvidase por ellas al recomendado de Wycherley, perdiéndose aquella ocasion que no volvió á presentarse más.

La segunda guerra con Holanda, la más vergonzosa de toda la historia de Inglaterra, se hallaba entonces en su mayor grado de violencia. A la sazón no se atendia para nada á la educacion profesional para dar empleos en la armada, y así se veia una multitud de jóvenes que servian en los barcos de S. M., como oficiales ó como voluntarios, sin que ni unos ni otros supieran tenerse de pié sobre cubierta cuando habia mucho balance. Mulgrave, Dorset, Rochester y otros muchos abandonaron de buen grado los teatros, paseos y salones para dormir en la hamaca y comer carne salada; pero, dicho sea en honor de la verdad, ignorantes y todo como eran de los principios más elementales del servicio naval, supieron desplegar en la hora del combate aquel brío y aquel denuedo de que rara vez carece un inglés bien nacido. Las personas peritas en negocios náuticos se lamentaban á la sazón de que bajo este sistema los barcos de la marina real estaban lastimosamente dirigidos, y de que los marineros contraian todos los defectos de la corte sin ninguna de las cualidades cortesanas; pero en orden á este punto, como de cuanto era concerniente á los caprichos ó á los intereses de los favoritos, el gobierno de Cárlos permanecia sordo á los clamores y á las quejas. Wycherley no quiso ser ménos que los demas, ni dejar de seguir la moda, y se embarcó,

asistió á un combate naval y lo celebró á su vuelta con unos versos tan inferiores, que más parecían coplas de ciego (1).

Hácia el mismo tiempo puso en escena su segunda obra, titulada *El Hidalgo maestro de baile* (The Gentleman Dancing-Master); y áun cuando sus biografías, al ménos que recordemos, nada dicen respecto del éxito que alcanzó, hay fundadas razones para creer que no agradó tanto como *El amor en el bosque*, á pesar de serle muy superior. Ensayóse primero en el barrio occidental de Lóndres, y, como el poeta lo confiesa, no podia gustar en aquel sitio; despues fué á Salisbury Court, pero tampoco logró mejor fortuna, porque en el prólogo de *La Provinciana* él mismo habla de su persona ca-

---

(1) Supone Mr. Leigh Hunt que la batalla á que asistió Wycherley fué la en que el duque de York venció á Opdam, en 1665; pero nosotros creemos que fué una de las que tuvieron lugar entre Rupert y Ruyter, en 1673. Puntos es este que no tiene la menor importancia, y respecto del cual son poco decisivas las pruebas que se aducen por ambas partes. Sin embargo, nos permitiremos llamar la atención sobre tres consideraciones que, si bien carecen de peso, deberían prevalecer, en nuestro concepto, á falta de pruebas más concluyentes. En primer lugar, no es probable que un estudiante del Temple, desconocido de todo el mundo como lo era Wycherley en 1665, abandonara sus estudios para embarcarse, cuando más tarde, ya conocido por razon de su empleo en la casa real, estaba más en carácter que ofreciera sus servicios y fueran aceptados. En segundo lugar, sus versos parecen haber sido escritos despues de una batalla dudosa como las de 1673; no despues de una victoria completa y decisiva como la de 1665. En tercer lugar, en el epílogo del *Gentleman Dancing-Master*, escrito en 1673, dice que todos los que sean caballeros deben de embarcarse en los navíos del Rey, lo cual permite suponer que él mismo pensaba no quedarse rezagado.

lificándose de «escritorzuelo maltratado últimamente.»

*La Provinciana* se puso en el teatro por los años de 1675 con éxito brillante y merecido en cierto modo bajo el punto de vista literario, pues áun siendo de las obras más corrompidas y más áridas que ha producido el ingenio humano, es la más cultivada de un talento que sin ser rico, ni original, ni fecundo, era muy hábil, y observador sagaz y pronto, y pacientísimo para retocar y pulir su trabajo.

El *Plain Dealer* (El hombre honrado), tan inmoral y tan bien escrito como *La Provinciana*, pareció en 1677. Al principio agradó más á los criticos que no al público esta obra; mas al cabo de cierto tiempo, su mérito indisputable y el apoyo de lord Dorset, cuya influencia no tenia límites entónces en los círculos elegantes y literarios, la establecieron en el favor de la opinion.

Entónces llegó á su colmo la fortuna de Wycherley, y desde entónces comenzó á descender. Aun le quedaban muchos años de vida; pero debia pasarlos entre humillaciones, sufrimientos, disgustos domésticos, escaseces pecuniarias y contratiempos literarios.

Buscaba el Rey por aquel tiempo un hombre distinguido que dirigiese la educacion de su hijo natural, el duque de Richmond, y se fijó en Wycherley, á quien conocia, como ya hemos visto; se le comunicó el encargo, y lo aceptó; pero es el caso que acertó á entrar aquellos dias en una librería de Tunbridge Wells, en ocasion que una dama de buen porte pedia el *Plain Dealer*, que acababa de ver la luz pública. Trabó conocimiento con la dama, que no era otra que la condesa de Drogheda, jóven,

viuda, rica y en brillante posición; ella quedó preñada de sus dotes personales y de su ingenio, y al cabo de poco tiempo consintió en ser su esposa. Temiendo Wycherley que este casamiento contrariase los proyectos del Rey relativamente al duque de Richmond, convenció á la condesa de la conveniencia de un matrimonio secreto. Hizose así; pero todo se descubrió en breve, y Carlos calificó duramente la conducta del poeta, diciendo que habia carecido de sinceridad y de respeto para con él. Este desagrado, unido tal vez á otras causas, contribuyó á irritar al Monarca contra él, y á que olvidara en un punto así el favor en que lo tuvo ántes, como la designación que habia hecho de él por preceptor de su hijo natural. Para colmo de su desgracia, Buckingham no solo estaba en la oposición, sino encerrado en la Torre por mandato de la Cámara de los Lores, en castigo de ciertas palabras descomedidas que hubo de pronunciar en el curso de una discusión (1); y como Wycherley escribiera en alabanza de su antiguo protector unos versos, muy malos por cierto, que debieron molestar á Carlos, si tuvo noticia de ellos, la corte se apartó de él y los grandes le cerraron sus puertas. Una mujer amable y rica hubiera podido ser en aquella circunstancia la mejor compensación de tales y tamaños quebrantos; pero lady Drogheda, además de no ser mujer apacible, sino iracunda y dominante, era celosa en demasía; y como fué en otro tiempo dama de palacio y aprendió en él lo poco que se curaban de la fe conyugal los caballe-

---

(1) Mr. Leigh Hunt supone que el duque de Buckingham habia sido encerrado en la Torre, acusado de traición; pero no fué por esa causa, sino por la que dejamos apuntada.

ros de entónces, vigilaba á su resabiado marido con tanto extremo como Mr. Pinchwife á su esposa, la provinciana, con lo cual la vida de Wycherley se hizo más triste y penosa todavía. Bastará que digamos, para dar idea de cuánto hubo de sufrir con ella, que cuando le consentia un rato de expansion con sus amigos en un café vecino de su casa, era necesario que Wycherley se colocara cerca de una ventana, y en disposicion tal, que su esposa pudiera ver al paso si habia damas en la tertulia.

La muerte de la condesa libertó al poeta de su cautiverio; pero una serie de contrariedades y desgracias vino á destruir su salud, su inspiracion y su fortuna. Su mujer habia tenido el propósito de hacerle donacion de cuantiosos bienes; pero, en vez de esto, le dejó un pleito; y como su padre no podia ó no queria acudir á sus necesidades, Wycherley dió con su persona en la cárcel, á donde lo llevó el rigor de sus acreedores, y lo tuvo por espacio de siete años completamente olvidado, á lo que parece, de la sociedad culta y distinguida en que vivió siempre, siendo uno de sus principales ornamentos. Y tanto subió de punto su miseria, que en cierta ocasion pidió prestadas veinte libras esterlinas al editor á quien habian enriquecido sus obras, que éste le negó. Sus comedias, no obstante, continuaban atrayendo gran concurrencia á los teatros; pero el público no se preocupaba mucho ni poco de la suerte del autor, y asi hubiera seguido si Jacobo II, que acababa de suceder en el trono al rey difunto, no hubiese acertado á ir una noche al teatro en ocasion que se representaba *El hombre honrado*. Agradóle la comedia, se informó del autor, recordó haberlo visto, tal vez, entre los más distinguidos cortesanos de su hermano, se do-



lió de su desventura y determinó pagar sus deudas y señalarle una pension de doscientas libras esterlinas con que viviera. Esta munificencia de parte de un príncipe que no tenía costumbre de recompensar el mérito literario, y cuya única preocupacion era servir los intereses de su Iglesia, nos hace sospechar una cosa que Mr. Leigh Hunt estimará poco caritativa, porque no podemos ménos de creer que fué por aquel tiempo cuando Wycherley entró en el gremio de los católicos romanos. Está fuera de duda que lo hizo; y aún cuando ninguno de sus biógrafos da la fecha de su segunda conversion, no creemos agraviar el carácter de Wycherley, ni el de Jacobo II, colocándola en esta época.

Poco tiempo despues moria el anciano Wycherley, y su hijo, que habia ya pasado con exceso de la juventud, entró en posesion del patrimonio; pero las deudas y las hipotecas que pesaban sobre él lo habian reducido á solo el nombre. Nada de esto fué parte á que modificara su sistema de vida, y continuó llevando la de un viejo verde, con gustos y aficiones dispendiosas y poco dinero para satisfacerlas, y propension á las aventuras sin salud para empeñarse en ellas; castigo merecido á la conducta licenciosa de sus primeros años. Entónces comenzó á sufrir de una enfermedad que produjo los más graves y extraños efectos en su inteligencia. Su memoria se trastornó de tal modo, que al mismo tiempo parecia poderosa y débil por extremo, porque si leia durante la noche alguna cosa, la mañana siguiente despertaba tan imbuido de los pensamientos y hasta de las palabras del autor de la víspera que los trasladaba al papel como suyos, sin sospechar siquiera que no lo eran; y en sus versos, la misma idea y á veces las mismas expresiones las

repetía en pocas líneas. En su persona se advertían las huellas de la edad, mejor dicho, de la vejez prematura, de las dolencias y del sufrimiento. Deplo- raba con amargura femenil la pérdida de su pasada hermosura, y no podía mirar, sin exhalar suspiros que partían de lo más íntimo de su corazón, el re- trato que le pintó Lely cuando tenía veintiocho años, soliendo murmurar á veces entre dientes: *Quantum mutatus ab illo!* Inquieto siempre de su fama literaria, y no satisfecho de la reputación que tenía como autor dramático, determinó de hacerse un nombre como poeta satírico y amoroso, y poniendo en eje- cución su pensamiento, al cabo de veintisiete años de silencio, por los de 1704, se presentó de nuevo al público con un grueso volúmen de á folio, lleno de poesías de todas clases, obra que no ha sido re- impresa, al ménos que sepamos. Algunas de las composiciones contenidas en el libro habrían circu- lado manuscritas ántes de ir á la prensa, cuando al solo anuncio de la nueva publicación de Wycherley afirmaron los críticos de café que todo ello no valía nada, lo cual dió lugar á que él reformara en prue- bas su mal perjeñado prefacio y que los cubriera de invectivas á todos, dando muestras evidentes de su vanidad y falta de ingenio. Al parecer el libro que- daron plenamente justificadas cuantas predicciones se habian hecho, áun las más aventuradas, porque su estilo y su versificación eran de lo peor, y su moral la de Rochester. Pero si Rochester cometió gravísimas inconveniencias, tuvo excusa, al fin, en su juventud que lo indujo á cometer los errores de moda en aquel tiempo; no así Wycherley con sus sesenta y cuatro años, y que habia vivido lo bas- tante para ver pasar la época en que la licencia constituía parte muy principal y necesaria del ca-

rácter de los hombres bien educados y de talento. La mayoría de los nuevos poetas, Addison, John Philips y Rowe, procuraban no apartarse de la buena línea de conducta, ofreciendo repetidos ejemplos de cordura y de prudencia, siendo por tanto ridículo y repugnante el contraste que ofrecía un viejo desordenado y libertino entre jóvenes circunspectos, formales y morigerados.

El mismo año que pareció este volúmen de versos malos y poco decentes, hizo Wycherley conocimiento con un joven de aspecto singular, pálido, enfermizo, jorobado, de mirada brillante, que acababa de cumplir diez y seis años, y que había escrito algunas composiciones en verso en las cuales aescubrieron las personas peritas indicios claros de grandes promesas para lo porvenir, sin embargo de que no había nada en ellas de muy notable ni de muy original, como no fuera cierta fácil habilidad en la composición métrica, porque si bien la lengua y la armonía de sus escritos no eran las de los mejores maestros de los tiempos pasados, hacía mejor ya lo que todos sus contemporáneos querían hacer. Su estilo no era rico, pero sí cuidado, conciso y acentuado. Sus versos carecían de variedad en las pausas, en el tono y en la cadencia; pero no lastimaban el oído. Este joven, pues, que vivía ya relacionado con todos los que cultivaban las letras, dió mucha importancia á ser presentado al autor del *Plain Dealer* y de la *Country Wife*.

Curiosa sería para los lectores la historia de las relaciones que llegaron á entablar Pope y Wycherley, el representante del siglo que venía y el del siglo que se iba, el amigo de Lyttleton y de Mansfield y el de Rochester y Buckingham, si pudiéramos escribirla con todos sus detalles; pero bastará

á nuestro propósito que digamos que el jóven principiante, seducido por la bondadosa condescendencia de un tan renombrado escritor, lo acompañaba y lo seguía, como la sombra al cuerpo, de café en café. Los dos amigos se escribían cartas llenas de afecto, de respeto y de adulacion; mas no duró mucho tiempo esta bienandanza, ni era posible tampoco que durase, porque Pope, que jamás fué meticuloso, ni muy delicado en sus escritos, ni difícil en orden á las costumbres de sus amigos, llegó á extrañarse del poco decoro de un libertino que áun á los sesenta años adolecía de todos los vicios de la época licenciosa de la Restauracion. Y como á medida que el jóven crecía en edad, y su inteligencia se desarrollaba, y su nombre iba formándose en el concepto público, juzgaba mejor de Wycherley y de sí mismo, llegó á experimentar por el hombre y el poeta juntamente justo desprecio, sin tomarse el trabajo de fingir lo que no sentía, disimulando su parecer. A su vez, Wycherley, sin embargo de que lo cegaba el amor propio en orden á las imperfecciones de lo que él llamaba sus poesías, no podía ménos de reconocer la inmensa diferencia que existía entre las producciones suyas y las de Pope, y combatido por ambos impulsos, así deseaba tener el auxilio de una mano hábil para limar y pulir sus rimas, como repugnaba deber servicios literarios á un mancebo principiante en el arte, y que podía con descanso ser su nieto. Por su parte, Pope se prestaba á ser útil á Wycherley; pero no parecía dispuesto á servirlo y además [á rendirle tributo de lisonjas. Bajo este supuesto se tomó el trabajo de leer y retocar algunas resmas de papel llenas de versos flojos y vacilantes, y de reemplazar muchos con los suyos propios, obra que el lector

ménos experto puede conocer en seguida, y hecho esto se creyó facultado para expresarse en términos que su poca edad no consentia. En una carta, por ejemplo, dijo á Wycherley: «Son los peores versos tan malos, que para sacar algun partido de ellos sería necesario hacerlos de nuevo;» y en otra, dándole cuenta de sus correcciones, añade: «Aun cuando el conjunto se halle de nuevo reducido á sus primeras proporciones, no he suprimido un solo pensamiento que no sea por hallarlo repetido en alguna parte del primer volúmen, y áun del actual manuscrito, y no creo que la versificacion disguste. Me habeis autorizado tantas veces á obrar con des- embarazo en vuestras obras y á ser franco para ex- presaros mi pensamiento, que haciendo lo que he hecho creo haber correspondido á vuestro deseo; pero estad cierto de que si no he andado con mira- mientos allí donde la severidad era provechosa, tampoco he mutilado más de lo indispensable.» Wycherley estimaba estos trabajos de Pope, y le agradecia las podas que iba practicando en sus flo- restas poéticas, lo cual, á decir verdad, era en su provecho; pero, andando el tiempo, más parecian quejas sus expresiones de gratitud que no muestras de reconocimiento. Cuando hablaba de Pope solia decir que era como los sastres de portal, que no saben cortar bien una prenda, pero sí volverla y remendarla; y cuando se comunicaba con él, sin perjuicio de reconocer que la versificacion de sus poemas ganaba pasando por su crisol, hablaba en términos despreciativos del arte de la versificacion en general, y se burlaba de los que preferian al sen- tido la armonía. No tardó en sentirse la venganza de Pope, quien sin más tardanza le contestó devolvién- dole un volúmen que se ocupaba en corregir, dicién-

dole que tenía tantos defectos que no era posible hacer en él otra cosa que dejarlo tal cual estaba, so pena de trasformarlo por completo. «He temido, concluía, no corregir en forma, y de hacerlo así, herir vuestra susceptibilidad.» Esto puso el colmo á la enemiga de Wicherley, quien ya no pudo en su respuesta velar el resentimiento á vuelta de frases llenas de urbanidad. Pope quedó satisfecho al verse libre de una tarea enojosa y sin lucimiento, que le robaba el tiempo necesario á sus trabajos propios, y á manera de adios aconsejó á Wycherley que no escribiera en verso, prometiéndole mejor acogida por parte del público á sus pensamientos si los presentaba en prosa lisa y llana. Así dió término tan memorable correspondencia entre ambos escritores.

Wycherley vivió algun tiempo más todavía como para dar el último escándalo, casándose diez dias ántes de morir, á los setenta y cinco años, con una jóven, sin más propósito que el de perjudicar á su sobrino; acto que prueba que ni la edad, ni lo que él llamaba su filosofía, ni el respeto á ninguna de las religiones que habia profesado sucesivamente, fueron parte á suministrarle siquiera los elementos más superficiales de moral. Falleció en Diciembre de 1715, y descansa en los subterráneos de San Pablo, de Covent Garden.

Su viuda pasó á segundas nupcias muy luego, contrayendo matrimonio con un capitán llamado Shrimpton, el cual se halló por este medio propietario de gran cantidad de manuscritos, que vendió á un librero. Los borrones y las enmiendas eran tantas, que no habiendo en Lóndres cajista que pudiera descifrar aquel original, fué necesario acudir á una persona peritísima en estas materias, cual era

el crítico Theobald (1), editor de Shakspeare y héroe de la primera *Dunciada* (2), para que descubriera el texto verdadero. De esta suerte se logró reunir un tomo en prosa y verso, que debe todo su mérito á la intervencion de Pope, cuyas correcciones son fáciles de conocer.

No es necesario que digamos más en orden al carácter moral de Wycherley. En cuanto á su celebridad como escritor, toda ella descansa en sus comedias, en las dos últimas principalmente. Así y todo, debemos decir que como autor cómico no era de la mejor escuela, ni el primero en ella, siendo sólo en realidad un Congreve de segundo orden. El estilo de sus diálogos constituye su mérito principal, como en Congreve; pero la inspiracion de *El hombre honrado* (The Plain Dealer) y de *La Provinciana* (The Country wife) es pálida y vacilante si se la compara con las magníficas ráfagas de luz que nos deslumbran en *Amor por amor* (Love for love), y el *Modo de vivir del mundo* (The way of the world). Del propio modo que Congreve, y aún más

(1) Literato inglés que vivía á los principios del siglo XVIII. Publicó varias obras poéticas y críticas; pero se dió á conocer principalmente por sus trabajos é investigaciones acerca de Shakspeare, haciendo de sus obras una muy buena edicion. Respecto de esto y con motivo de la edicion de este poeta dramático hecha por Pope, sostuvo con él grandes discusiones. Pope se desquitó haciendo figurar á Theobald en la *Dunciada*.—N. del T.

(2) Poema satírico de Pope, compuesto para vengarse de sus enemigos literarios, y cuyo título se deriva de la palabra inglesa *Dunce*, que vale tanto como zopenco, ignorante, asno, tonto.

Los ingleses consideran este poema como una obra maestra de su literatura; pero Villémain la califica de «monumento de verbosidad satírica, de mal humor y de peor gusto.»—N. del T.

que él, no vaciló Wycherley en sacrificar las conveniencias dramáticas á la vivacidad del diálogo, hablando por boca de todos sus imbéciles y de todos sus fatuos, que se pintan á sí propios con un buen sentido y una sagacidad tales, que los pñen al nivel de los héroes y de las personas de talento. Pondremos dos ejemplos de esta verdad, los primeros que nos ocurren, tomándolos de *La Provinciana*. En ese círculo hay locos que se aburren con el trato de sus antiguos amigos y que andan siempre buscando nuevas relaciones. Pero si este carácter se presta bien á la comedia, nada es más absurdo que presentar en la escena, un hombre de tal estofa y que diga: «Nada puedo negarte, pues áun cuando te conozco de antiguo, que me miera en seguida si no te quiero tanto como si te conociera de ayer.» Cierto es también que los galanes de Lóndres han sido siempre una clase de hombres muy singular; pero casi estamos ciertos de que ninguno de ellos ha dicho jamás á una dama á quien haga la corte palabras como las siguientes ni parecidas: «Nosotros, los hombres de mundo, nos burlamos al propio tiempo que decimos flores; pero lo hacemos por demostrar ingenio solamente, pues si no sentimos el amor, tampoco somos malos.»

Se ha dicho que Wicherley producía sus obras de una manera lenta y laboriosa. Rochester lo apellidó *pesado*, epíteto que se le aplicó más de una vez, en nuestro concepto con razón, porque, ó nos equivocamos mucho, ó su imaginación era lenta y débil para producir, y solo á fuerza de constancia y de cuidado y de esfuerzos daba frutos, que, después de todo, no eran de primera calidad. Wycherley, como Terencio, carece de títulos para ser calificado de autor original, y no exageramos nada con



decir que no hay en sus obras un solo pasaje de algun mérito cuya idea generadora no se halle en otra parte. Las mejores escenas de *El hidalgo maestro de baile* las encontramos en *El maestro de danzar*, de Calderon, que no es por cierto una de las mejores comedias del famoso autor español. *La Provinciana* está inspirada en la *Ecole des Maris* y en la *Ecole des Femmes*. El fondo del *Plain Dealer* está calcado sobre el *Misanthrope*, de Molière, y una escena entera traducida casi literalmente de la *Critique de l'Ecole des Femmes*. Fidelia es la Viola de Shakspeare, robada por Wycherley y desfigurada por él; y la viuda Blackacre, que sin duda es el carácter más bello y cómico del teatro de Wycherley, es la Condesa, de los *Plaideurs* de Racine, expresándose en la jerga de los picapleitos de Inglaterra en vez de hacerlo en la jerga de los de Francia.

Lo único que Wycherley haya producido íntegramente, original y propio y con abundancia, son escenas de libertinaje. Curioso es ver cómo todo cuanto él tocaba, por noble y puro que fuese, al punto se convertía en miseria y podredumbre. Compárese, si no, *L'Ecole des Femmes* á *La Provinciana*. Agnés es una doncella inocente y buena, que rebosa de amor, pero de un amor lícito y honesto y puro, consentido por la moral, el honor y la religion. Es discreta y avisada por naturaleza, y si una educacion sistemáticamente descuidada parece haber sofocado en gérmen sus aptitudes y su mérito, una pasion noble despierta y aviva su energía. Su pretendiente adora en ella; pero es sobradamente bueno para no abusar de la ternura, de la confianza, del candor inocente de aquella niña tan cumplida de seducciones y de encantos como falta

de experiencia. Pues bien: Wycherley se apodera de esta intriga, y hé aquí que luégo al punto lo que fué dulce y honesta intimidad de dos almas, se transforma bajo su influencia en una intriga indecente y ridícula entre un libertino de Lóndres y la más necia de las provincianas. No entraremos en pormenores, porque, á decir verdad, la licencia de Wycherley se halla al abrigo de la crítica, del propio modo que ciertos animales inmundos al abrigo de los cazadores, y porque renunciamos á tocar sus obras bajo este concepto, por repugnantes y hediondas.

El *Plain Dealer* se halla en el mismo caso. ¡Cuánto esmero no empleó Shakspeare en *Twelfth Night* para conservar á Viola su dignidad y su delicadeza bajo el disfraz! La vemos vestida de paje, pero sin mezclarse nunca en asuntos que puedan dejar en ella, ni áun á los ojos de las personas más difíciles, la sombra de la duda. El duque la emplea en una embajada de amor, pero se trata del amor más honesto. Wycherley traslada á Viola á su teatro, y luégo al punto queda trasformada en una zurcidora de voluntades, nuøva Celestina. Pero el carácter de Manly es la mejor prueba de lo que decimos: Molière trazó en *El Misántropo* un corazon noble y puro enconado por el espectáculo de la perfidia y de la maldad encubiertas bajo el velo de la cortesía; y como naturalmente todo extremo produce su contrario, Alceste adopta una teoría del bien y del mal opuesta á la de la sociedad que lo rodea; la buena crianza se le antoja vicio, y transforma en objetos de su veneracion las virtudes austeras de que carecen los fatuos y las coquetas de Paris, viniendo á ser por tal manera censurable y ridiculo alternativamente, pero siempre honrado, y dejando impre-

sionado el ánimo con la idea de que no sea simpática persona tan digna de aprecio. Wycherley saca á Alceste de este cuadro y lo trasforma en su laboratorio, para no citar sino las palabras del harto indulgente crítico Mr. Leigh Hunt, «en un sensualista feroz que se considera tan perverso como el resto de los mortales;» copia y caricaturiza el mal humor del héroe de Molière; pero sustituye la integridad y pureza del original con el libertinaje más repugnante y la perversidad más descarada. Para concluir, bastará que digamos que Wycherley, al hacer esto, no creía trazar el retrato de un hombre malo, sino que se hallaba sinceramente persuadido de que ofrecía la imágen de un personaje virtuoso, más de lo que consentía el comercio habitual del mundo, cuando representaba el mayor bribon que pueda verse aún en sus obras; que de tal modo se hallaban pervertidos sus instintos morales.

Consolémonos diciendo que dejamos á Wycherley para ocuparnos de Congreve, por más que los escritos de éste no sean morales, ni tampoco fuera él hombre de ciertos sentimientos y de corazón elevado; pero, al poner mano en sus obras, comprendemos que ha pasado el peor momento y que hemos dado un paso para alejarnos de la Restauración, franqueando la esfera más baja del gusto y de la moralidad nacional.

William Congreve nació en 1670, en Bardsey, cerca de Leeds. Su padre, segundón de una familia muy antigua del Staffordshire, se había distinguido mucho entre los caballeros durante la guerra civil, y fué inscrito en los registros al advenimiento de la Restauración para ingresar en la Orden de la Encina, acabando por establecerse en Irlanda bajo la protección del conde de Burlington. En aquella

parte del Reino-Unido pasó Congreve su infancia y su juventud, haciendo sus estudios en Kilkenny y en la Universidad de Dublin. Su instruccion hace honor á sus maestros, pues se echa de ver en sus escritos que habia estudiado, no solamente la literatura latina, sino es los griegos, mejor que la generalidad de las personas de su tiempo. Cuando hubo terminado sus estudios, lo enviaron á Lóndres para cursar leyes, y se matriculó al efecto en Middle Temple. Una vez allí, se curó muy poco de asistir al claustro, y se consagró por completo á la literatura y á frecuentar la sociedad. Dos cosas ambicionaba y lo atraian en opuesta direccion: las letras y los salones, y comprendiendo que se hallaba en posesion de grandes facultades y aptitudes para lo primero, y que su porte distinguido, sus modales y sus numerosas relaciones de familia podrian abrirle las puertas de los mejores círculos, quiso ser gran escritor y hombre á la moda, cosas ambas que se hallaban á su alcance. Pero ¿podia conseguirlas juntamente? ¿No habia en la literatura algo de vulgar que no se acomodaba con la manera de ser elegante y desdeñosa de un hombre afiliado á la buena sociedad? ¿Era propio de un aristócrata verse confundido con los habitantes de los sotabancos de Grub Street, andar en tratos con los editores, llamando á la puerta de las imprentas, ó recibiendo á tipógrafos en su casa, disputándose con los empresarios de teatros, y recogiendo aplausos ó silbas de las butacas y del paraíso? ¿Podia renunciar al deseo de pasar por el hombre más ingenioso de su tiempo? Pero, ¿podia, por otra parte, adquirir renombre sin perjudicar á lo que tambien le era muy caro, esto es, á su reputacion de elegancia? La historia de su vida es la de una lucha entre ambas corrientes. En

su juventud venció el ánsia de gloria literaria; pero ambicion ménos noble triunfó al cabo de aquella y concluyó por dominarlo enteramente.

Pareció su primera obra, que fué una novela de muy escaso mérito, bajo el pseudónimo de Cleófilo. La segunda se titula *El solteron*, y se puso en escena por los años de 1693, comedia inferior á las demas que escribió; pero que en su género no es inferior sino á ellas mismæs. La intriga carece de interes y de verdad; los caracteres, ó son incompletos, ó se fijan por medio de rasgos de la más grosera especie; el diálogo, en cambio, es brillante y rebosa de ingenio y de elocuencia á tal punto que al mismo imbécil le toca una gran parte, sin embargo de que conserva cierta verdad de conversacion y cierto aire de naturalidad imposible de describir, de que Wicherley no dió ejemplo y que Sheridan trató en vano de imitar. Luchando el autor entre el orgullo y la vergüenza, entre el orgullo de haber hecho una buena comedia y la vergüenza de haber cometido una accion indigna de un hombre bien educado, pretendió haber escrito solamente algunas escenas para distraerse, y afectó ceder con repugnancia á las importunidades de los que le obligaban á correr las aventuras del teatro. Dryden, que entre otras muchas y buenas cualidades tenía la de admirar de la manera más franca, generosa y cordial el talento de los demas, al ver el manuscrito de *El solteron* (*The Old Bachelor*), dijo que jamás habia encontrado tanto mérito en la primera obra de un autor, y contribuyó, por su parte, á darle una forma conveniente á la representacion. Nada faltaba para asegurar el éxito de la comedia, como que se habia escrito de tal modo que fuera parte á poner de relieve todos los talentos del arte

escénico y todas las beldades que podía producir Drury Lane, á la sazón el único teatro que hubiera en Lóndres. El éxito fué un triunfo completo, y valió al autor recompensas más sólidas que los aplausos del público, porque Montagu, entónces lord de la Tesorería, le dió inmediatamente un buen destino, y poco despues le prometió mejor colocacion, oferta que no pudo realizarse hasta muchos años despues, cuando el puesto quedó vacante.

Dió Congreve *El juego doble* (*The Double Dealer*) en 1694, desplegando en esta comedia todas las facultades que habian creado el *Old Bachelor*, perfeccionadas por el ejercicio y maduras por la experiencia. El auditorio, no obstante, se extrañó de los caracteres de Maskwell y de lady Touchwood, y, á decir verdad, hay algo en ellos que choca y que disuena, pues ambos parecen escapados de la casa de Laio ó de Pélops para presentarse en medio de los Brisks, de los Froths, de los Carelersses y de los Plyants. La obra no gustó y fué mal recibida de la generalidad; pero si las alabanzas del público ilustrado podian compensar á los ojos de Congreve la desaprobacion de la multitud, debió quedar satisfecho. Dryden hizo cumplidísimos elogios del autor del *Double Dealer* en una de las producciones más ingeniosas, brillantes y patéticas que haya escrito jamás y en términos que hoy nos parecen hiperbólicos. «Hasta la aparicion de Congreve, dice esta delicada lisonja, todos reconocian y confesaban la superioridad de los poetas que vivieron ántes de la guerra civil, siendo para nosotros á manera de los gigantes antdiluvianos.»

Theirs was the giant race before the flood.

Cierto es que desde la vuelta de la familia real no

se habian dado grandes pruebas de mucho arte y habilidad; pero los antiguos maestros seguian no teniendo rivales (1), hasta que al fin surgió un escritor que, apénas salido de la adolescencia, lograba sobrepajar á los autores de *El Caballero de la Ardiente Maza* (The Knight of the Burning Pestle) y de *La mujer silenciosa* (The Silent Woman), y á quien no quedaba más que un rival, puesto que «hasta entónces el cielo no habia sido pródigo sino es una vez, dando tanto á Shakspeare que ya no podia otorgarle más.» (2)

Unos versos del final del poema citado, elegantes y conmovedores, impresionaron por extremo á Congreve.

«Ya soy viejo, decia Dryden, y además de los años, me abruman los trabajos de la vida y los dolores; voy á dejar pronto la escena ingrata en que he pasado tanto tiempo; mas ántes de hacerlo, me recomiendo á tí, á quien todas las musas y todas las gracias han colmado de sus dones, á tí, á quien auguro brillante porvenir, para que seas benévolo con mis despojos, y defindas de tus propios juicios á tu amigo muerto; para que ningun adversario insulte mi nombre y (3) para que veles por mis laure-

(1) «Our builders were with want of genius curst,  
The second temple was not like the first.»

(2) «Heaven, that but once was prodigal before,  
To Shakspeare gave as much, she could not give  
(him more.)»

(3) Dryden, que habia sido ruda y satíricamente tratado por algunos de sus contemporáneos en el *Rehearsal*, y que se habia vengado de ellos con ensañamiento, temia que despues de su muerte la critica hiciera pasto de sus obras.

El objeto del *Rehearsal* fué ridiculizar la tragedia rimada y con ella á su más apasionado campeón, que fué

les, ya que te ha tocado en herencia un bosque de ellos!» (1)

La multitud acabó, como de costumbre, por hacer coro á las personas ilustradas, y al cabo de poco tiempo lo mismo se admiraba *El juego doble* que *El solteron*, por más que nunca haya gustado tanto.

En 1695 se puso en escena *Amor por amor* (Love for love), obra superior á las anteriores por su ingenio y por el efecto dramático, estrenándose en un nuevo teatro que Betterton y otros actores, disgustados de la manera como habian sido tratados en Drury Lane, dispusieron en un trinquete de pelota cerca de Lincoln's Inn. El éxito que obtuvo fué inmenso, y nadie recordaba triunfo más brillante que el suyo, quedando los actores tan satisfechos que dieron á Congreve participacion en su teatro, prometiéndoles él en cambio, si su salud se lo permitia, una obra nueva cada temporada. Dos trascurrieron, sin embargo, ántes de que produjera la *Mourning Bride* (La novia enlutada), y por más débil y floja que sea esta obra en comparacion, no ya de *El Rey Lear* ó de *Macbeth*, sino de los buenos dramas de Massinger y de Ford, merece ocupar puesto prefe-

---

Dryden, iniciador de la revolucion clásica en la poesia con su *Annus mirabilis*, poema que dio á luz en 1667. describiendo la guerra de Holanda y el gran incendio de Londres, y fué la base de su fortuna y de su gloria.—N. del T.

(1) «Already am I wörn with cares aud age,

• And just abandoning the ungrateful stage;  
But you, whom every Muse and Grace adorn,  
Whom I foresee to better fortune born,

• Be kind to my remains; and, oh, defend  
Against your judgment your departed friend.  
Let not the insulting foe my fame pursue,  
But guard those laurels wich descend to you,»



rente entre las tragedias del siglo en que se escribió, tanto, que para encontrar algo que la iguale se hace necesario remontarse á doce años atras, á la *Venecia libertada*, ó descender seis hasta la aparicion de *La hermosa penitente*. El hermoso pasaje que Johnson colocaba sobre toda otra produccion análoga del teatro inglés, ha sufrido mucho menoscabo en la opinion pública por consecuencia de tan exagerados elogios, y más justo hubiera estado diciendo que las bellezas de este frágmento son mayores que cuanto hay en las tragedias de Dryden, de Otway, de Lee, de Rowe, de Southern, de Hughes y de Addison (1), y de todo cuanto se escribió para el teatro desde la época de Cárlos I.

---

(1) Dramáticos todos. Addison no alcanzó fortuna en el teatro; pero goza de renombre merecido y se halla clasificado entre los escritores más célebres de su patria por su buen gusto literario y por la correccion, cultura, pureza y atildamiento de su estilo, como prosista y versificador.

Dryden viene despues de Shakspeare, Milton y Spenser. Escribió para el teatro, y fué nombrado poeta laureado en competencia con Waller, Milton y Butler, lo cual le atrajo la enemistad de Buckingham, de Butler, de Sprat y de Clifford, que lo ridiculizaron en el *Rhearsal*. El se vengó á su vez en su *Absalon y Aquitofel*. Despues de dar á la estampa su poema titulado *Religio laici*, se convirtió al catolicismo, no tanto por conviccion como por interes, si hemos de creer á Johnson y á sir Walter Scott. Murió en la desgracia despues de producir, en la *Fiesta de Alejandro*, su obra capital.

Rowe fundó su reputacion con la *Jane Shore*, y escribió, además, el *Tamerlan*, *La hermosa penitente* y *La suegra ambiciosa*, ésta cuando tenía veinte años, *Ulises* y *Jane Grey*.

De Otway dice Blair que se hallaba dotado de grande aptitud para la tragedia, como lo demostró en *El huérfano* y la *Venecia libertada*; pero que á la imaginación y al genio unia defectos de la peor especie, como son el mal gusto y la obscenidad.

El éxito de *La novia enlutada* fué aún más grande que el de *Amor por amor*, y valió á Congreve ser declarado por la opinion pública el primero de los autores trágicos y cómicos de su tiempo, y esto cuando apenas contaba veintisiete años. No creemos que ningún escritor inglés, á excepcion de Byron, haya logrado jamás elevarse tan jóven á tanta altura en el concepto de sus contemporáneos.

Tuvo lugar por entónces un sucesø que á nuestro parecer merece más atencion de la que Mr. Leigh Hunt le concede. Porque como la nacion se hubiera repuesto de las consecuencias desmoralizadoras de la austeridad puritana, ya nadie se acordaba sino es de una manera confusa y vaga de las lúgubres locuras del reinado de los *santos*. Los males producidos por la impiedad y el desenfreno eran recien-

Hughes fué dibujante, músico y poeta, logrando agradar siempre, aún cuando le faltaba originalidad. Su mejor obra fué *El sitio de Damasco*. Su hermano Jabez Hughes tradujo al inglés *Las Novelas* de Cervantes, en 1729.

Lee empezó por ser actor. Fué de conducta depravada y llegó á perder la razon á fuerza de embriagarse. Addison apreciaba mucho su talento para la tragedia, al par que deploraba sus hábitos. *Neron*, *Sofronisba*, *Gloriana*, *Mitridates*, *Teodosio*, *César Borgia* y *Bruto*, son las obras principales que produjo. Escribió, además, en colaboracion con Dryden el *Edipo* y *El Duque de Guisa*.

Southern escribió gran número de tragedias. Fué amigo de Dryden, y demostró grande habilidad y talento para desarrollar los caracteres. El *Oroonoko* es su obra más importante. Suyas son tambien *La dama errante*, *La excusa de las mujeres*, *La Espartana*, *La madre á la moda* y *El matrimonio funesto*.

Phillips, á quien se alude tambien por el autor en la página 220, fué poeta muy renombrado y amigo de los anteriores, y se dió á conocer con el poema titulado *Splendid Shilling*, en el cual hace hablar el lenguaje de los dioses á un desdichado que vivia en la miseria.—N. del T.

tes; pero se recordaban con repugnancia. La corte había cesado, desde la revolución de 1688, de proteger el libertinaje. María era sinceramente piadosa, y los defectos del frío, adusto y silencioso Guillermo no herían la susceptibilidad del pueblo. Pero, á pesar de haberse abandonado en las esferas oficiales la licencia de la Restauración, y de haber caído de la pública privanza, imperaba todavía como árbitra y señora en algunas partes de la sociedad, y estaba como atrincherada y tenía por baluartes aquellos lugares donde se reunían los hombres de letras, de ingenio y elegantes; pero aún más que otros los teatros. En estas circunstancias pareció un gran reformador, cuyo nombre no podemos transcribir al papel sin respeto, cualquiera que sea la diferencia que existe entre él y nosotros en orden á muchos puntos de la mayor importancia.

Jeremías Collier era ministro de la Iglesia de Inglaterra y se había educado en Cambridge. Por su talento é instrucción merecía obtener los más altos puestos y los más grandes honores en su carrera. Era eruditísimo, como que los libros innumerables que había leído le habían dejado un tesoro de conocimientos muy considerable, y de maneras y trato distinguido, que debía en gran parte á su roce frecuente con la buena sociedad, siendo su conversación por extremo agradable. Pocas eran las ramas de la literatura que no hubiera él explorado; pero más principalmente cuanto se relacionaba con el estudio de las antigüedades eclesiásticas. En punto á opiniones religiosas, pertenecía Collier á la fracción de la Iglesia de Inglaterra que se halla más cerca de Roma, y en cuanto al concepto que tenía respecto del gobierno, de los obispos, de las órdenes sagradas, de la eficacia de los Sacramentos, de

la autoridad de los Santos Padres, del crimen del cisma, de la importancia del traje, de las ceremonias y de los dias de fiesta, no diferia el suyo de un modo apreciable del que ahora profesan (1841) el doctor Pusey y Mr. Newman. Hacia el término de su vida dió algunos pasos más hácia la Iglesia Romana, mezclando agua al vino al celebrar la Eucaristía, haciendo la señal de la cruz al confirmar los catecúmenos, administrando una manera de Extremauncion á los enfermos y rezando por los muertos. Su política se hallaba de acuerdo con su teología. Era tory, pero de los más fanáticos, y pertenecía por esto á la fraccion *Tantivy*, denominada así en la jerga de aquel tiempo, y ni la persecucion de los obispos, ni el expolio de las universidades fueron parte á quebrantar su acendrada y profunda fidelidad á la Corona.

Durante la Convencion escribió con tal vehemencia en favor del rey fugitivo, que fué por ello reducido á prision; mas no era posible someter á tan poca costa un alma indomable como la suya, y respondió al castigo renunciando sus beneficios y escribiendo una serie de folletos ingeniosos y violentos contra el órden de cosas existente y encaminados á levantar la nacion contra su nuevo señor. En 1692 fué preso de nuevo como sospechoso de haber tomado parte en una conspiracion de lesa majestad, siendo tal la inflexibilidad de sus principios, que sólo haciendo grandísimo esfuerzo consiguieron de él sus amigos que les permitiera dar la fianza carcelaria, y que andando el tiempo se mostró pesaroso y con remordimientos de haber consentido en reconocer, aunque de una manera indirecta, por este medio, la autoridad de un gobierno usurpador. Pasado algun tiempo volvió á encontrarse en una

circunstancia crítica. Porque como sir John Friend y sir William Parkins fueran juzgados y condenados como reos de alta traicion por haber tenido el proyecto de asesinar al rey Guillermo, y Collier les llevase los consuelos espirituales, acompañándolos á Tyburn, en el momento de la ejecucion levantó la mano sobre sus cabezas y los absolvió en nombre de la autoridad que habia recibido de Cristo, lo cual produjo escándalo indecible, así entre los whigs como entre los torys, que censuraron á una voz la conducta del audaz sacerdote. Se cometen actos, decian, calificados de crímenes de alta traicion, por hombres que pueden ser buenos, y á los cuales los predispongan y arrastren sus propias virtudes en tiempos de turbulencia y desórden, y si su castigo puede ser necesario á la proteccion de la sociedad, ésta, á la vez que por ellos les imponga la pena merecida, puede no estimarlos culpados moralmente, y si sólo en el sentido estricto de la ley, y abrigar la esperanza de que la sinceridad de su error no les sea imputada en la otra vida por pecado, áun cuando en esta no sea lícito perdonárselo. Pero no era este el caso de los conspiradores, porque los auxiliados por Collier resultaban comprometidos en una conspiracion que tenia por objeto sorprender y asesinar, en el momento que se creyera más seguro, á un hombre que si no era su rey era su semejante, y fueran las que fuesen las teorías jacobistas en órden á los derechos de los gobiernos, el asesinato era, es y será siempre un gran crimen que condenan los principios más elementales de la moral y del honor. ¡Cuánto más no debia serlo para la santa esposa de Cristo! Ciertamente que la Iglesia no podia ver sin tristeza y dolor que uno de sus hijos fuese á comparecer ante el Supremo Juez en la eternidad,

despues de haberse hecho culpable de crimen tan grande, si no daba muestra ninguna de arrepentimiento; nadie dudaba de que los traidores se hallasen contritos; pero si en los momentos supremos que pasaron, despues de condenados, ántes de subir al cadalso, hicieron acto de contricion á solas con el sacerdote, á solas tambien y sin testigos pudo éste absolverlos, no públicamente, porque para esto hubiera debido preceder el arrepentimiento público y solemne. Y como el de Friend y Parkins, si lo tuvieron y lo expresaron, fué en secreto, y Collier los absolvió á presencia de miles de espectadores, sus enemigos concluian de aquí que no tenía por pecado el conspirar contra la vida del rey; suposicion contra la cual protestó sincera y calurosamente.

Al fin estalló la tempestad. Los obispos censuraron de una manera solemne la absolucion. El fiscal del Tribunal Supremo formuló la acusacion. Collier se hallaba entónces resuelto á no prestar fianza y á comparecer ante los tribunales del usurpador; pero desapareció de la escena y fué declarado fuera de la ley. Sobrevivió treinta años á estos sucesos. Se suspendieron los procedimientos, se sobreseyó la causa, se le permitió volver á sus ocupaciones literarias, se hicieron numerosas tentativas para quebrantar su obstinada integridad, ofreciéndosele riquezas y dignidades; mas todo fué inútil, y cuando murió, á fines del reinado de Jorge I, su actitud respecto de la dinastía era la misma de siempre.

Sin que nos hagamos sospechosos de parcialidad, ni se nos crea inclinados á la teología ni á la política de Collier, podemos decir que no recordamos otro hombre más honrado, ni más animoso que él. Diremos más aún: á pesar de la vehemencia de sus

opiniones políticas y de sus tendencias, siempre sostuvo la controversia con singular justicia, y con un candor, una generosidad y una elevación de espíritu que le vedaban emplear armas de mala ley, aún en las disputas más ensañadas, y lo hacían presentarse siempre en la lucha despojado de odio y de rencores personales. Y estas mismas opiniones suyas, tan francas y resueltamente mantenidas, por absurdas y perniciosas que fueran, lo hacían más apto aún á emprender la reforma de la literatura ligera. La licencia de la prensa y del teatro era, como ya lo hemos dicho, efecto de la reacción contra los rigores del puritanismo, y el desorden y el libertinaje el signo característico de los caballeros y de los partidarios de la alta Iglesia, del cual hacían tanto alarde como de la hoja de encina que tomó por divisa todo el partido el 29 de Mayo; que las ideas del decoro y de la decencia no se asociaron nunca en aquel tiempo al bando realista, sino es al revolucionario. Doctores muy graves y prelados muy respetables se mostraban siempre dispuestos á cerrar los ojos en orden á los excesos que pudieran cometer unos aliados tan celosos, tan aptos, tan capaces y que de una manera tan eficaz cubrían de ridículo y de ignominia á las *Cabezas redondas* (1) y á los presbiterianos, que si un whig se levantaba para protestar contra la impiedad y la licencia de los escritores á la moda, luego al punto gritaba el público á coro, diciendo: «Sois de los que se

---

(1) Nombre bajo el cual eran conocidos los partidarios del Parlamento y de la libertad religiosa, y que se les dió por traer raído el pelo, al contrario de los realistas, que ostentaban luengas cabelleras, como puede verse en los retratos de la época, y en el célebre de Carlos, pintado por Van Dyck.—N. del T.

lamentan y gimen cuando se hace á la ligera una cita de la Escritura, y que se enriquecen robando la Iglesia; que se estremecen al oír una palabra de doble sentido, y que decapitan á los reyes sin piedad.» Por esta causa ni Baxter, ni Burnet, ni Tillotson (1) hubieran logrado gran cosa en beneficio de la literatura si se hubieran propuesto depurarla; pero cuando un partidario fanático de la causa del episcopado, cuando un hombre perseguido por su adhesión al principio hereditario se presentaba en la arena como paladin de la virtud y de la decencia, la lucha casi no podía ser dudosa.

En 1698 publicó Jeremías Collier su *Ojeada sobre la impiedad y la inmoralidad del teatro inglés*, libro que puso en revolucion al mundo literario, y que se lee al presente mucho ménos de lo que merece. Sus defectos, á decir verdad, son muchos y grandes, y las disertaciones que contiene acerca del arte dramático griego y latino huelgan en él. Por aquel entónces llegó á creerse que habia logrado refutar á Bentley (2); pero en nuestra época el más

---

(1) Oradores sagrados de cuenta, sobre todo Tillotson, á quien los ingleses colocan entre los más famosos de su patria. Baxter, á pesar de haber seguido en política las corrientes de la revolucion, censuró de una manera acerba á Cromwell por su tiranía, y contribuyó con sus sermones á consolidar el partido de los que deseaban la vuelta de Carlos II. Burnet fué historiador de gran mérito y notable por su tolerancia con todos, excepto con los católicos. Escribió la *Historia de la reforma en Inglaterra*, y otras obras notables.—N. del T.

(2) Crítico y filólogo eminente, que obtuvo en 1692 el premio fundado por Boyle en favor de quien predicara en un año ocho sermones en defensa de la religion natural y revelada. Escribió las *Observaciones críticas sobre las dos primeras obras de Aristófanes*, y una muy notable *Disertacion sobre las epistolas de Temistocles, Sócrates, Euripides y*



modesto erudito podría declararlas dignas sólo de un estudiante ó, mejor aún, de un niño. Collier no censura con suficiente criterio, y los autores que acusa habian cometido tales y tan groseras ofensas contra la moral y el decoro, que ántes debilitaba su causa que no la fortalecia, introduciendo en su acusacion contra ellos la menor cosa que pudiera ser parte á discusion. Hizo la torpeza de clasificar entre las ofensas escandalosas, que atacaba con sobra de justicia, pequeñeces inocentes y ligerezas insignificantes, que si no son perfectamente correctas, no sería tampoco difícil hallarlas iguales en las obras de otros autores que han prestado muy notables servicios á la religion y á la moral. De aquí que Congreve, que habia cometido muchas trasgresiones importantes y graves para que no fuese necesario acusarlo de faltas imaginarias, se ve censurado por Collier de haber hecho uso frecuente y con sobrada ligereza de las palabras *mártir* é *inspiracion*, como si un arzobispo no pudiera decir que tal discurso habia sido *inspirado* por el vino de Burdeos, ó que un concejal es *mártir* de la gota. Sucede tambien á veces á Collier que no distingue suficientemente, ni separa el autor de los personajes del drama, y por eso acusa á Vanbrugh de haber puesto en boca de lord Toppington expresiones insultantes á propósito de la liturgia de la Iglesia, cuando es evidente que este autor no podia manifestar mejor su respeto que haciendo hablar de

---

*Falaris* y las *Fábulas de Esopo*, demostrando que estas obras son apócrifas. Dirigió ediciones muy estimadas de Horacio, Terencio y Fedro. Su vida fué una constante querrela literaria, sostenida por su parte, aunque con mucha energía y conocimientos profundos, sin moderacion alguna.—N. del T.

aquel modo á lord Toppington. En todo el libro se advierte un lujo excesivo de clericalismo, por que, demas de otras cosas, Collier no se contenta con pedir que la clase á la cual pertenece sea protegida contra la sátira sistemática y mordaz, sino que no quiere admitir en ningun caso que las personas ó los actos de los eclesiásticos se ridiculicen, no limitando estos privilegios á los ministros de la Iglesia establecida, sino extendiéndolos á los sacerdotes católicos y, lo que áun es más extraño de su parte, á los predicadores disidentes, á los imanes, á los brahminos, á los ministros de Júpiter y á los de Baal. Tanto es así, que censura á Dryden por haber puesto en boca del muflí, en *Don Sebastian*, algunas necedades, y á Lee por su irrespetuosidad con Tiresias. Pero el pasaje más curioso es aquel en que Collier muestra la extrañeza que le causan las poco reverentes observaciones que Casandra se permite en la *Cleómenes* de Dryden sobre el buey Apis y sus hierofantes; y las palabras aquellas que dicen: «Dios que pasta hierba, ó Dios alimentado de forraje,» y que se hallan verdaderamente en el estilo de ciertos pasajes del Antiguo Testamento, producen al teólogo cristiano tanto escándalo como hubieran podido producir en el ánimo de los mismos sacerdotes de Memfis.

Despues de haber hecho todas estas reservas y salvedades, lo que resta del libro tiene mérito no escaso, y tal vez no haya una obra de la misma época en que se puedan encontrar trozos de estilo tan perfectos y variados. Absurdo sería comparar Collier á Pascal. Sin embargo, no sabemos dónde podria encontrarse, sino es en las *Provinciales*, una jovialidad tan digna y tan bien armonizada con el carácter severo del autor, porque Collier era con-

sumado en todas las maneras del ridículo, desde la sátira culta hasta el sarcasmo más refinado y antitético, y además en la retórica de la indignación virtuosa. Ningun libro contiene tantos arranques como el de que nos ocupamos de esa elocuencia que parte del corazón y va directamente á él; el espíritu que lo anima es verdaderamente heroico, y para apreciarlo en su justo valor se hace indispensable tener en cuenta la situación en que se hallaba su autor; el cual era objeto de las iras del poder y cuyo nombre servía de objetivo á las invectivas de la mitad de los escritores de su tiempo cuando empuñó la batalla con la otra mitad, volviendo por los fueros del buen gusto, del buen sentido y de la buena moral; y por más poderosa y fuerte que fuera su falange política, pareció haberla olvidado en aquel momento, así como también que fuera jacobista para no pensar sino es que era cristiano y ciudadano. Algunas de sus más amargas censuras cayeron sobre las poesías que el partido tory saludó con trasportes de entusiasmo y que lastimaron de una manera cruel á los whigs, ofreciendo un espectáculo conmovedor la entereza de aquel hombre que, solo y perseguido, atacaba á contrarios de tal condición, que si considerados separadamente podían reputarse formidables, en conjunto hubieran podido pasar por invencibles, y que sin atender á su fuerza, ni curarse de su número, ni parar mientes en su calidad, así descargaba su maza á un lado como á otro, lo mismo sobre Wycherley que sobre Congreve y Vanbrugh, y que así hacía morder el polvo al miserable D'Urfey (1) como hendía de un golpe la empenachada cimera de Dryden.

---

(1) D'Urfey ó Durfey, que de ambos modos se le cono-

El efecto fué inmenso. La nacion quedó convencida de lo que sostenia Collier; pero nadie dudaba tampoco de que entre la hueste numerosa que habia retado á combate, alguno saliera para recoger el guante. Creíase generalmente que Dryden acudiría de punta en blanco al palenque, y todos se aprestaban á no perder ningun detalle de la lucha entre campeones tan bizarros y cuyas armas eran de temple tan fino. Y como atacó al gran poeta de una manera tan violenta, y se sabía que su herida era profunda, y que otras veces con ménos ocasion excitaron en él ataques no tan impetuosos grandes venganzas y resentimientos crueles, y que además no habia en todo el arsenal literario un arma ofensiva ó defensiva que no manejara diestramente, la esperanza de asistir á una liza singular excitaba el ánimo de cuantos tenian conocimiento de ella; mas quedaron muy luego defraudados, porque dejó hablar á su conciencia y quedó turbado como el ángel caido cuando entendió las palabras de Zefon, «comprendiendo cuánto es temible la virtud; y viendo bajo una forma seductora el bien perdido, lloró de dolor.» (1)

Dryden se ocupó con el tiempo del ensayo de

---

ce, fué poeta y actor. Era originario de Francia, y murió en 1728. Primero se dedicó á la abogacía, pero ántes de terminar sus estudios comenzó á cultivar la poesia y el arte dramático. Escribió próximamente treinta comedias, que no se ponen actualmente en escena por abundar en ellas con exceso la licencia y las situaciones escabrosas. En tiempo de Carlos II y de Ana, gustó mucho el público de su manera, y áun dicen que el flemático Guillermo III se divertia viendo sus obras en el teatro.—N. del T.

- (1) «And felt how awful goodness is and saw  
Virtue in her shape how loveley; saw and pined  
His loss.»

Collier en el prefacio de sus fábulas, quejándose con amargura de la dureza del tratamiento sufrido, y aduciendo razones que pudieran mitigar la sentencia; pero confesando francamente que las censuras eran merecidas, y declarando en conclusion que «si Mr. Collier era su enemigo, le deseaba el triunfo, y si era su amigo, como quiera que no le hubiese dado ningun motivo personal de queja para no serlo, se gozaria de su arrepentimiento.»

Prudente habria sido Congreve siguiendo el ejemplo de su maestro, pues se hallaba en la situacion de quien, tratando de justificarse, hace una locura, toda vez que sus faltas son evidentes, y que no puede ser parte á defenderlas la elocuencia, ni la más consumada habilidad á conseguirle sean perdonadas. Además, tenía Congreve en su favor muchas circunstancias atenuantes que hubieran podido alcanzarle la absolucion, si hubiera reconocido sus errores y hecho propósito de enmienda, porque el censor más rígido no hubiera podido ménos de perdonarle aquellas faltas en que tan fácilmente caen los jóvenes cuando se hallan dotados de imaginacion poderosa y ardiente y los embriagan los aplausos de la multitud. Aun estaba en posesion del afecto y de la admiracion general, pudiendo, por tanto, más fácilmente borrar el recuerdo de sus culpas y compartir con Addison la gloria de mostrar que la inteligencia, por superior que sea, puede vivir en alianza estrecha con la virtud. Pero en ningun caso debió romper lanzas con Collier, porque mientras éste era perfectamente apto por educacion, temperamento y hábito á la polémica, Congreve no reunia estas circunstancias, áun siendo de ingenio superior y de gran fecundidad. Nunca poseyó escritor alguno arte más consumado que él

para cincelar epigramas y brillantar réplicas, en diálogos elegantes, fáciles y familiares; género de joyería en el cual llegó á la perfeccion más admirable y hasta entónces desconocida; mas en el arte de la controversia era por extremo débil é ignorante. Bien es cierto que su causa era tan mala, que, áun con todo el arte y conocimientos y pericia posibles, le habria costado ímprobo trabajo conseguir el triunfo.

El resultado fué tal como podia preverse: la respuesta de Congreve, violenta, oscura y enojosa, disgustó á todos, y hasta los actores y poetas convinieron en que tanto por su ingenio como por su lógica el teólogo valia incomparablemente más que el dramático. Al cabo, no solo no pudo Congreve sostener su causa en aquellos puntos respecto de los cuales no tenía razon, sino que tampoco pudo lograrlo en aquellos en que la tenía. Collier lo acusó de impiedad por haber dado á un eclesiástico el nombre de Mr. Prig, que vale tanto como pillete, y porque sacó á la escena un cochero llamado Jehú, en memoria del rey de Israel, á quien se reconocia desde lejos por la rapidez con que guiaba los caballos. Si *El solteron* y *El doble juego* no hubieran tenido nada peor que esto, Congreve hubiera podido pasar, sin disputa, por un escritor tan puro como Cowper, que en sus poemas, revisados por un censor tan austero como John Newton, llama á un cazador de zorros Nemrod y á un capellan Smug, equivalente á relamido. Congreve hubiera logrado producir el mejor efecto dirigiéndose al público y preguntándole si no habia motivo fundado para creer injustos cuantos cargos formulaba Collier contra él, cuando apelaba á tan frívolas acusaciones; pero en vez de esto pretendió que no habia querido hacer

alusiones á la Biblia empleando el nombre de Jehú- ni dado tampoco el de *Pillete* (Sprig) á un eclesiás- tico, animado de propósitos malévolos. Increíble pa- rece que un hombre de tanto talento para defen- derse de imputaciones que nadie podía encontrar graves, acudiese á forjar embustes á los cuales na- die podía conceder el menor crédito.

Hé aquí ahora uno de los argumentos que adujo Congreve para defender sus obras y las de sus ami- gos. Dijo que si bien tanto él como sus compañeros eran culpados de haber cometido algunas ligerezas en sus obras, también habían puesto el mayor em- peño en sazónarlas de cierta parte de moral, con- teniéndola en dos ó tres versos al final de cada pieza. Aun cuando así fuera, el argumento carecía de fuerza, porque ¿quién que conozca la natura- leza humana podrá creer que un dístico sea parte á destruir el daño producido por cuatro actos licen- ciosos? Congreve hubiera debido repasar sus come- dias ántes de hacer uso de semejante argumento, y entónces habría encontrado, como Collier, que la moral de *El solteron*, el grave apotegma que debe neutralizar la inmoralidad y el libertinaje de la obra, puesto al final de ella como digno remate, dice de esta manera: «¡Cuán ásperos y penosos caminos son los que hallamos al mediar la vida! Nuestro sol de- clina, ¡y con cuánta pena y á costa de cuántas difi- cultades arrastramos entónces esa carga incómoda y pesada que se llama una esposa! (1)»

«El final de *Love for Love*, dice Collier, vale más; pero no creemos que sea muy provechoso al lec-

---

(1) •What rugged ways attend the noon of life!  
Our sun declines, and with what anxious strife.  
What pain, we tug that galling load—a wife.»

tor, áun cuando lo recuerde hasta la última hora de su vida. Hélo aquí: «El milagro consiste en hallar un amante sincero, no una mujer tierna y afectuosa.»

La réplica de Collier fué terrible. Citaremos una de sus frases, no á título de muestra de estilo, sino porque Congreve la mereció por su afectacion. Hablando el poeta del *Old Bachelor* como de una cosa de poco momento y sin consecuencia, que sólo por casualidad dió al teatro, dice que «lo escribió para distraerse durante la convalecencia de una enfermedad.» «No quiero saber cuál fuera, le replicó su crítico; pero debió ser grave para ser peor que el remedio.»

Todo lo que ganó Congreve con ser puesto en evidencia en la ocasion á que nos referimos, fué quedar privado de las excusas que hubiera podido hallar á los ojos del público para las faltas y errores de su juventud. «¿Por qué, preguntaba Collier, se burlará el hombre de las ligerezas del escolar, si, andando el tiempo, ha de apropiárselas y sancionárselas?»

No era Congreve el único adversario de Collier; que Vanbrugh, Dennis (1) y Settle, se vieron despues amenazados y heridos de su pluma, y entraron con él en liza; y si hemos de dar crédito á un pasaje de cierta sátira contemporánea, entre las respuestas que por entónces recibió Collier, habia una que se suponía escrita por Wicherley. Él quedó, sin

---

(1) Poeta y crítico, amigo de Dryden, Halifax, Congreve y Wycherley. Como dramático es poco reputado. Sus *Principios de crítica*, sus *Ensayos sobre el Caton de Addison* y la *Rape of the lock*, poema heroico-cómico de Pope, le dieron mucho nombre. Pope, como de costumbre, se vengó poniendo á Dennis en su *Dunciada*.—N. del T.



embargo, vencedor y por dueño del campo de batalla, comenzando á seguida la reforma de casi todas las ramas de la literatura ligera; digno trofeo de su victoria. Entónces surgió una nueva generacion de poetas que trató con respeto los vínculos de las relaciones sociales, y cuyas faltas eran honestas comparadas con las de la escuela que habia florecido durante los últimos cuarenta años del siglo XVII.

Esta discusion y las preocupaciones que debió producirle, impedirian probablemente á Congreve cumplir el compromiso que contrajo con los actores, y del cual ya hemos hecho mencion, porque hasta 1700 no dió al público *La vida del mundo*, que constituye su obra más esmerada y elegantemente escrita. Fáltale tal vez el movimiento, la eferverscencia, por decirlo así, que se advierte en *Amor por amor*; pero los accesos declamatorios de lady Wishfort, el encuentro de Witwould y de su hermano, el amoroso empeño del caballero y el festin que le sigue, y áun más que todo el asedio y rendicion de Millamant, valen más que cuanto se escribió para el teatro inglés desde la guerra civil hasta la noche del estreno de esta obra. De aquí que no alcancemos ni podamos explicarnos el desagrado con que fué recibida por el público; pero así sucedió, y Congreve, que áun adolecia de las heridas que le infirió Collier, cayó con esto en el mayor desaliento, y determinó de no exponerse más á los insultos de un auditorio ignorante y falto de buen gusto, abandonando el teatro para siempre.

Todavía vivió veintiocho años sin añadir obra alguna á las que tan elevada reputacion le habian dado en el concepto público. Miéntas conservó la vista continuó leyendo mucho, y escribiendo á ve-

ces un ensayo, ó poniendo en verso un cuento insignificante; pero no parece que haya vuelto jamás á tener el proyecto de obra ninguna de importancia. Las *Misceláneas* que publicó en 1710 carecen de mérito, y hace mucho tiempo que se han olvidado.

La reputacion que adquirió con sus comedias, y las maneras distinguidas que le eran propias, bastaban á conservar su recuerdo entre las gentes. Durante el invierno vivia en Lóndres, frecuentando el trato de las personas de mejor sociedad y de más ilustracion, y el verano lo pasaba en las magnificas quintas de los ministros y de los pares. La envidia literaria y las facciones politicas que nada respetaban á la sazón, respetaban su reposo. Aparentaba pertenecer al partido cuyo jefe era Montagu, por entónces ya lord Halifax, su protector de siempre; pero no escaseaba sus atenciones y servicios á los hombres políticos de todos matices, los cuales, en cambio, hablaban bien de su persona y de su ingenio. Sus bienes eran escasos. El destino que desempeñaba le producía lo estrictamente necesario para vivir con desahogo; y cuando los torys subieron al poder creyeron muchos que lo perderia; pero Harley, que no se mostraba dispuesto á plantear la política de exterminio del club de Octubre, y que á pesar de sus defectos de carácter y de criterio, profesaba la mejor voluntad por los hombres de talento, tranquilizó al poeta, citándole con culta oportunidad aquellos versos de Virgilio, que dicen:

«Non obtusa adeo gestamus pectora Pœni,  
Nec tam adversus equos Tyria Sol jungit ab urbe.»

No compró Congreve la indulgencia de que le dieron testimonio los torys, merced á concesiones que hubieran podido herir la susceptibilidad de los

whigs; pero tuvo la rara fortuna de compartir el triunfo de sus amigos sin participar de su desgracia, y cuando la casa de Hannover ascendió al trono, sacó ventajas del engrandecimiento de aquellos á quienes profesaba mayor afecto. Entónces quedó vacante el cargo para que habia sido designado veinte años ántes, y obtuvo el nombramiento de secretario de la isla de Jamaica, cuyo haber ascendia á la suma de 1.200 libras esterlinas, lo cual no sólo era bastante, sino es sobrado en aquel tiempo para subvenir á las necesidades de un hombre soltero. A pesar de esto, no abandonó sus hábitos de economía, contraidos cuando, como dice Swift, no sin pena encontraba en su bolsillo el shelling necesario á gratificar los mozos de la silla de manos que lo llevaban á casa de lord Halifax, y aunque no tenía familia que lo heredara, ahorraba todos los años una cantidad equivalente á la de sus gastos.

Los achaques propios de la vejez hicieron presa en él temprano á causa de sus hábitos de intemperancia: sufría mucho de la gota, y cuando estaba encerrado en su alcoba largas temporadas, ni el consuelo de la lectura tenía, porque la ceguera, el más cruel de los males que puedan afligir á los hombres aplicados y que viven sin familia, le hacía inútiles los libros. Todas sus distracciones consistían en frecuentar la sociedad, y gracias á la viveza de su carácter y á sus buenas maneras, lograba ser siempre bien recibido en todas partes. Los hombres de letras que comenzaban á crearse reputación lo consideraban, no como rival, sino es como maestro clásico; y él, á su vez, que no trataba de competir con ellos ni de comparar sus fuerzas respectivas, los aplaudía con entusiasmo y los felicitaba sin tasa; benevolencia que los nuevos dramáti-

cos tenían en mucha estima, no solo por ser suya, sino porque la demostraba quien ya no les haría sombra en lo porvenir. Estos procederes dieron por resultado que todos respetaran su gloria cual si llevara un siglo de sepultado en el panteon de los poetas en Westminster. Los mismos habitantes de Grub Street, los literatos héroes de la *Dunciada*, rindieron por aquella vez tributo de justicia al mérito de un contemporáneo; pero lo que demuestra más todavía y más altamente la estimacion en que se le tenía, es que la traduccion de la *Ilíada*, obra que pareció bajo auspicios más brillantes que cualquiera otro libro que se haya publicado en lengua inglesa, le fué dedicada; lisonjero acatamiento que hubieran envidiado muchos magnates del reino, y notable rasgo de independencía de Pope, quien, como dice el doctor Johnson, admirado de él «dió de lado á los grandes de Inglaterra para ofrecer su *Ilíada* á Congreve con magnanimidad que sería digna de los mayores elogios si la virtud de su amigo hubiera igualado á su ingenio felicísimo.» «No es posible, añade Johnson, saber hoy la causa de tan singular preferencia.» Pero, si ciertamente no es posible saberlo, no es imposible adivinarlo. Porque el poeta á quien así los whigs como los torys, como todos los hombres eminentes habian protegido á porfia para la traduccion de la *Iliada*, á cuya fortuna, cuando áun era muy jóven, habian contribuido unos y otros indistintamente, no podia, en verdad, sin cometer gravísima torpeza, dedicar al jefe de un bando político el fruto de tareas literarias que ambos habian estimulado generosa y prodigamente. Necesario se hacía, pues, encontrar quien fuera neutral, y eminente además, aparte de los grandes y de los hombres de Estado; y como

Congreve se hallaba en posesion de un nombre ilustre en la república de las letras, y estaba respetado y querido en la aristocracia, y en las mejores relaciones con los hombres de todos los partidos, ni los ministros, ni los duques, ni los potentados, ni los jefes de la oposicion podian resentirse del homenaje que Pope le consagraba. A nuestro parecer, no es otra la causa de la dedicatoria de la *Ilíada* á Congreve.

La singular afectacion, que fué desde el principio de su carrera literaria uno de los rasgos característicos de Congreve, subió de punto con sus años, acabando por serle desagradable que se tributaran alabanzas á sus comedias. No queria merecer nada á las letras. Voltaire, á quien consumia el afan de acrecentar siempre su renombre literario, quedó entre confuso y sorprendido de hallar en un escritor semejante capricho, y así, cuando lo visitó en Inglaterra, como Congreve le dijera que carecia de titulos para ser llamado poeta; que sus comedias, escritas en momentos de ocio, no eran sino ráfagas cómicas ó dramáticas sin fundamento ni alcance alguno, y que él no era otra cosa que un hombre de mundo, aquél le contestó en el acto: «Si no fuerais más que eso no habria venido á veros.»

No fué Congreve hombre de vivos y profundos afectos; nunca tuvo familia, y en las pasajeras relaciones que trabó con varias actrices, sólo pareció interesarse algo por Mrs. Bracegirdle, una de las más hermosas y discretas de su tiempo, que durante largos años fué el ídolo de Lóndres, cuya singular belleza dió motivo á la querella en que sucumbió Mountfort y que llevó á la barra de la Cámara de los Pares á lord Mohun, y á las honestas proposiciones del conde de Scarsdale, y que siempre se

condujo con la más laudable prudencia en su difícil y escabrosa situación. Congreve acabó por ser su amigo íntimo; paseaba con ella y casi diariamente comía en su casa, lo cual dió pie á que unos la supusieran por su dama, y que otros afirmaran que muy en breve sería su esposa. Mas de allí á poco, viósele dar de lado á Mrs. Bracegirdle para consagrarse á la opulenta y altiva condesa de Godolphin, hija del famoso Malborough, que á la muerte de su padre heredó su título y la mayor parte de su hacienda, y cuyo marido era aquel insignificante personaje de quien decía Chesterfield que iba á la Cámara para dormir, y que tanto daba, después de todo, que lo hiciera á la derecha como á la izquierda del Presidente (1). Hiciéronse amigos de una muy singular manera la duquesa y Congreve, el cual vino á ser su más asiduo comensal y su auxiliar más activo en la dirección de sus conciertos y saraos, cosa que dió pretexto á la perversa duquesa viuda, que había roto relaciones con su hija, como con todo el mundo, para decir que algo había de misterioso entre la de Godolphin y el poeta. Sin embargo, la sociedad no creyó nunca en que tal asiduidad fuera resultado de un empeño amoroso, y estuvo siempre persuadida de que una señora de la aristocracia podía, sin menoscabo de su reputación, mostrarse atenta con un hombre de talento superior, que frisaba en los sesenta años, que aún aparentaba más edad por efecto de sus enfermedades,

---

(1) M. Guizot, traductor de Macaulay, vierte en este caso *speaker* por *orateur*, y aún cuando, á decir verdad, en su sentido literal no quiere decir otra cosa esta palabra, tratándose del Parlamento *speaker* no es otra cosa que presidente: que en este caso los ingleses llaman *orador* precisamente á quien no habla.—N. del T.

que pasaba largas temporadas sin poder moverse de su alcoba, y que ni podia leer ya por no consentírselo la vista.

Durante el verano de 1728, aconsejaron á Congreve los baños de Bath; mas como en el camino volcara el carruaje que lo conducia, debió de recibir con el golpe alguna lesion interna grave, de la que no curó, y que le produjo la muerte en el curso del mes de Enero del 29. Dejó un millon de reales que habia economizado en su destino, cuyo haber era considerable, é instituyó por su heredero á la duquesa de Malborough; legado que produciria en su inmenso caudal el efecto de una gota de agua en el mar, porque las 10.000 libras de Congreve, que habrian sido parte á enriquecer á un labrador del condado de Stafford, ó á una actriz, proporcionándoles todas las comodidades y goces domésticos imaginables en su esfera, no bastaban apénas á subvenir durante tres meses á los gastos particulares de tan gran señora como lo era la de Godolphin. El doctor Johnson dice que este dinero debió ir á manos de la familia de Congreve, que á la sazón se hallaba muy escasa de recursos, y el doctor Young y Mr. Leigh Hunt, que rara vez están de acuerdo, en esta circunstancia entienden juntamente, concierto raro y que nos place por extremo, que toda esta herencia debió ir á Mrs. Bracegirdle. Pero Congreve la legó solamente 200 libras, y otras tantas á una Mrs. Jellat.

La ilustre dama hizo solemnes exequias á su amigo, tan solemnes y suntuosas como desusadas al fallecimiento de los poetas. Congreve estuvo de cuerpo presente en una lujosa cama imperial dispuesta en la Cámara de Jerusalem, siendo despues enterrado en la cripta de Westminster, y llevado

ella por personajes de tanta cuenta como el duque de Bridgewater, lord Cobham, el conde de Wilmington, que habia sido presidente de la Cámara de los Lores y que fué despues primer lord de la Tesorería, y otros no ménos importantes. La duquesa empleó el legado de su amigo en un magnífico aderezo de brillantes que usaba en memoria suya; y si hemos de dar crédito al rumor público, demostró además su afecto al poeta de un modo más extraño todavía. Es el caso, dicen, que mandó hacer una estatua de Congreve en marfil, que se movia por medio de una máquina, la cual estatua se asentaba todos los dias á su mesa, y asimismo una figura de cera de tamaño natural y de gran parecido con el poeta, á la que hacía poner ventosas en los piés y visitar por los médicos de su casa con tanto esmero como ella misma ponía cuando con sus propias manos delicadas y aristocráticas curaba los del célebre dramático. Levantóse un mausoleo sobre su sepulcro, la duquesa redactó la inscripcion, y lord Cobham se encargó del cenotafio, que nos parece ser la obra más fea y absurda de cuantas hayan salido de manos de Stowe.

Hemos dicho que Wycherley era un Congreve de segundo orden, y es lo cierto que entre la vida y los escritos de ambos existió grande analogía; porque ambos fueron bien nacidos y recibieron buena educacion; ambos vinieron á Lóndres y no conocieron más de la humanidad que aquella parte de ella que vive entre Hyde Park y la Torre; los dos tenían ingenio y gracia, pero ninguno mucha imaginacion; produjeron en su primera juventud varias comedias ligeras y licenciosas; se retiraron del palenque en la plenitud de su fuerza intelectual y física, y debieron á los triunfos literarios del principio de su car-



rera la consideracion, el respeto y la fama de que gozaron despues; ambos, cuando hubieron renunciado á escribir para el teatro, publicaron volúmenes de Misceláneas que no hicieron ciertamente honor á su talento ni á su moralidad; los dos pasaron los últimos años de su vida consagrados á frecuentar la buena sociedad, y tanto el uno como el otro, al llegar su hora postrera, dispusieron de sus bienes del modo más singular é injustificable.

Pero Congreve se mantuvo siempre en todo á más altura que Wycherley. Tenía éste ingenio, mas el de Congreve supera, no ya al de Wycherley, sino al de todos los autores cómicos que han existido en el espacio de dos siglos, á excepcion de Sheridan. No poseia Congreve en alto grado las cualidades de un gran poeta; pero puede pasar por tal si se le compara con Wycherley. Este no carecia de instruccion literaria; pero aquél era un hombre verdaderamente instruido. Las licencias que se permitió Congreve, por muy censurables que fueran, nunca igualaron á las de Wycherley, y Congreve no dió á la sociedad en que vivia el espectáculo lamentable de una vejez crapulosa como Wycherley. Congreve murió en posesion del aprecio de todos; Wycherley pasó de esta vida olvidado ó despreciado; y si el testamento de Congreve fué caprichoso y absurdo, las últimas voluntades de Wycherley parecen dictadas por la perversidad misma.

Fuerza es que hagamos alto, por el momento á lo ménos; que Vanbrugh y Farquhar no son autores que consentan ser tratados á la ligera, y ahora no disponemos del espacio necesario para hacerles justicia (1).

---

(1) Lord Macaulay dejó interrumpido en este punto e

notable trabajo que acabamos de traducir. Y á fin de que nuestros lectores no versados en la literatura inglesa de fines del siglo XVII y principios del XVIII tengan una idea, siquiera sea superficial, de ambos dramáticos, llenaremos con una nota breve y sucinta el vacío que resulta en el texto.

Sir John Vanbrugh fué arquitecto, demas de dramático, y oriundo de familia ganesa refugiada en Inglaterra. Murió en 1726 á los 54 años. Sirvió en el ejército, y despues se consagró á la poesia. Dirigió, durante algun tiempo, un teatro en Lóndres, y entónces comenzó á escribir para la escena. Sus comedias más notables fueron *La recaída*, *La mujer exasperada*, *La liga de mujeres casadas*, *El falso amigo* y el *Viaje á Lóndres*; obras todas en que, á vueltas de algunos rasgos de ingenio y de habilidad, abunda la licencia propia del teatro de aquel tiempo.

Como arquitecto, si hemos de dar crédito á personas peritas en el arte, no sobresalió mucho, y su reputacion es ocasionada á dudas y discusiones, á pesar de haber dotado á su patria de varios monumentos, entre otros los palacios de Blenheim y de Howard.

Jorge Farquhar nació en Londonderry, en 1678, y murió en Lóndres en 1737. Al terminar su educacion, en la universidad de Dublin, se hizo actor, oficio al que renunció muy luego por haber herido inadvertidamente en la escena á un compañero; accidente que en la nota segunda de la pág. 190 se atribuye á Ben Jonson, por error de copia.

Despues de abandonar el teatro comenzó á escribir comedias. Su primera obra, representada en 1698, fué *El amor y el vino*, que alcanzó éxito señalado. Despues, dió varias otras á la escena que asentaron sólidamente su reputacion. Por entónces ingresó en el ejército y se dió á la vida disipada, teniendo que emigrar á Holanda para huir de sus acreedores. No mucho despues de su vuelta murió de tristeza, producida por las dificultades pecuniarias que lo rodeaban, efecto de su desordenada conducta y cuando aún no tenía 30 años. Escribió no más de ocho comedias tan abundantes de vis cómica como escasas de buena moral.—  
N. del T.

---



## DANTE.

---

....la más hermosa estrella,  
última del séquito de la noche,  
ó precursora del despuntar del alba; tú, que ciñes la risueña y plácida mañana de brillante aureola.

MILTON.

En un estudio sobre la literatura italiana, el Dante reúne cuantos títulos son necesarios para ocupar el primer puesto, por haber sido el primero y más grande escritor de su patria, y también el primero en descubrir y emplear todos los elementos de su lengua materna, obra laudable siempre, pero más entónces todavía; porque el latín que, bajo la influencia de las circunstancias más favorables y cultivado por los primeros humanistas, quedó reducido á ser lengua pobre, feble y no nada propia al culto de la poesía, en la época del Dante se corrompió más y se degradó con la adición de multitud de vocablos é idiotismos bárbaros, áun cuando

seguía cultivándose con cierta supersticiosa veneración y alcanzando más acatamiento que en la época de su mayor grandeza, como que la Iglesia, los gobiernos y los claustros universitarios no usaban de otro idioma, y que cuantos aspiraban á distinguirse á título de poetas recurrían á él para expresar sus pensamientos. A veces acontecía que los galanes enamorados, movidos de lástima por la ignorancia de sus damas, declarasen su pasión en versos toscanos ó provenzales, y que algo se escribiera en libros de rezo en la jerga popular. Pero es lo cierto que ningún escritor había imaginado siquiera que el dialecto de los villanos contuviera la energía y la precisión necesarias á producir una obra majestuosa y durable. El Dante acometió el primero esta empresa, descubriendo los ricos tesoros de pensamiento y de dicción que contenía el mineral, afinándolos y purificándolos y puliéndolos hasta que su brillo deslumbrase, y haciéndolos adecuados y propios á todos los usos de la vida práctica y del lujo. Por tal manera el Dante merece la fama de que goza, no solo por haber producido el más hermoso poema narrativo de los tiempos modernos, sino también por haber creado un idioma de incomparable melodía y singularmente propio á revestir las inspiraciones nobles y apasionadas de la forma que les conviene, esto es, de la expresión concisa, clara y austera que deben tener.

No faltará quien halle extraño este panegírico de la lengua italiana, porque, á decir verdad, la gran mayoría de los que pretenden saberla sólo conocen de ella las historietas que se leen al final de las gramáticas, como el *Pastor Fido* y un acto de la *Aminata*, y se verían en tanta dificultad para entender un canto del Dante como para descifrar un ladrillo ba-

bilónico; de donde se sigue la opinion generalmente admitida entre quienes conocen poco el asunto ó no lo conocen de que idioma tan admirable sólo es adecuado á la conversacion femenil, ó á la confeccion de floreos poéticos, ó al complemento de gorgoritos musicales, y útil no más que á los cultivadores de estas cosas.

De todos modos, es lo cierto que Dante y Petrarca han sido el Oromasdes y el Arimanes de la literatura italiana; y sin que tengamos el propósito de privar de su mérito al Petrarca, nadie podrá negarnos que en el caudal de elegancia, de ternura y de sutilidad que atesoran sus poemas, hay mezcladas algunas debilidades y gran suma de afectacion, ofreciendo por esta causa un concierto como aquel tan extraño que describió el poeta burlesco de Módena cuando dijo:

«S'udian gli usignuoli, al primo albore,  
E gli asini cantar versi d'amore (1).»

No queremos tratar hoy, sin embargo, del mérito intrínseco de las obras del Petrarca, tarea que nos proponemos realizar más adelante, sino del efecto que produjeron en Italia, diciendo solamente que el encanto de su estilo florido y rico sedujo á los poetas y al público en general, apartándolos de la contemplacion de modelos más nobles y severos.

A decir verdad, áun cuando se hayan producido en lo antiguo algunas grandes obras originales, no han sido éstas apreciadas por los contemporáneos ni bien ni mucho. Podrá esto parecer paradoja; pero la experiencia lo prueba y la razon lo admite. Bueno es para los espíritus creadores, que son los

(1) Tassoni. *Secchia rapita*, l. 6. «Al despuntar del alba se oían cantar los ruiseñores, en concierto con el rebuznar de los asnos, versos amorosos.»

ménos, el no encontrarse entorpecidos y dificultados en su marcha por reglas establecidas ya y sancionadas anteriormente; pero perjudica por extremo á los que sólo pueden imitar y juzgar, que son los más. Las inteligencias superiores y activas no pueden quedar en reposo, y si en momentos de progreso y de adelanto intelectual se dan por satisfechas con seguir el camino trazado, luégo, allí donde no lo hay lo abren, lo desbrozan y construyen. Así es como la *Ilíada*, lo *Odisea* y la *Divina Comedia* parecieron como astros luminosos en tiempos de oscuridad y casi bárbaros, y así debemos la mayor parte de las obras originales, producidas en tiempos de ilustracion, á hombres de clase ínfima relativamente y de poco cultivada inteligencia. Citaremos en la lengua inglesa, como ejemplo, el *Viaje del Peregrino* y el *Robinson Crusoe*, los cuales vienen á ser de todas las obras de imaginacion que poseemos en prosa, si no la mejores, las más originales, nuevas é inimitables. Si Bunyan y Defoe hubieran sido personas muy leídas y eruditas, hubieran publicado, tal vez, traducciones é imitaciones del frances; tanto es así, que no estamos seguros de si contaríamos en nuestra literatura con el *Rey Lear* si Shakspeare hubiera sabido leer á Sófocles.

Pero las circunstancias que son parte tan eficaz á desarrollar el ingenio, no son favorables á la ciencia de la crítica, porque como los hombres juzgan por comparacion, no pueden medir las proporciones de un objeto cuando carecen de esta circunstancia. Uno de los filósofos franceses (perdónenos Gérard), que acompañaron á Napoleon á Egipto, dice que la primera vez que vió la gran pirámide quedó sorprendido de hallarla tan pequeña. En efecto, la consideró aislada, en medio de inmensa llanura, sin

objeto alguno cerca que le permitiera graduar sus proporciones; mas cuando á su pié se plantaron las tiendas del ejército y le aparecieron como puntos imperceptibles, comprendió la grandeza, la inmensidad de aquel esfuerzo supremo del poder humano. Del propio modo, solo desde que ha nacido una muchedumbre de autores de poca cuenta, se comprende el mérito de los grandes maestros de la literatura.

Existen abundantes pruebas de la admiración que así en su siglo como en el siguiente logró excitar el Dante; mas no de que se le admirase por su mérito verdadero. Apoya esta idea la circunstancia de que aquel varon eminente pareció siempre no haber sido capaz de apreciarse á sí propio, como que en su tratado *De vulgari eloquentia* nos habla con cierto énfasis de lo mucho que ha hecho por la literatura italiana, y de la pureza y correccion de su estilo. «Sin embargo, dice uno de nuestros escritores favoritos, ni es puro ni correcto, sino creador (1);» pero teniendo en cuenta las dificultades con que hubo de luchar y que venció el Dante, más dispuestos nos hallamos que no el crítico frances á otorgarle tales elogios, áun cuando no constituyan ciertamente las cualidades indicadas sus títulos más claros é indiscutibles á nuestras alabanzas. No hay para qué decir que las cualidades que no alcanzaba á percibir el poeta mismo tenian pocas probabilidades de llamar la atencion de sus comentadores. El hecho es que el público tributaba grandes muestras de respeto á muchos detalles absurdos contenidos en sus obras, y á otros que no estaban en ellas, y que se pagaban maestros que explicaran y pondera-

---

(1) Sismondi. *Littérature du midi de l'Europe*.



ran su metafísica, su física y su teología, todas tres muy malas, cada cual por su estilo, y que los anotadores y comentaristas cegaban por descubrir el sentido alegórico de muchas cosas, en las cuales y en su sentido alegórico jamás había pensado el autor; pero que entre tanto nadie imitaba, ni admiraba la fuerza incomparable de su estilo, ni el poder de su imaginación. Arimanes había prevalecido. *La Divina Comedia* era para aquellos tiempos tan incomprendible como la catedral de San Pablo para Omai, el tahitiano, que después de haberla considerado un momento con aire indiferente, se entró en una tienda para ver y admirar cuentas de vidrio. Así también la Italia se dejó deslumbrar por la quinacalla literaria durante cuatro siglos.

Desde la época del Petrarca hasta los tiempos de Alfieri, casi en cada página de la literatura italiana puede hallarse la huella de la influencia que ejercieron sus célebres sonetos, los cuales por la naturaleza misma de sus bellezas y defectos eran propios al fin de servir de modelos. Casi todos los poetas de aquel período, cualesquiera que sean las diferencias que los separen por la calidad y fuerza de sus talentos respectivos, se hacen notables por la exageración y otra circunstancia, que es la consecuencia necesaria de ella, á saber: la frialdad y la tendencia que demuestran á los adornos frívolos y de mal gusto, y, sobre todo, por su estilo extremadamente débil y difuso. El Tasso, Marino, Guarini, Metastasio y una multitud de autores de ménos importancia y reputación, pasaban la vida encadenados en los mágicos jardines de una Alcina fingida y disfrazada, que ocultaba su flaqueza y deformidad bajo las engañosas apariencias de la hermosura y de la salud. El mismo Ariosto, Ariosto el

Grande, se reposó un espacio, como su Roger, en medio de las flores y de las fuentes de agua cristalina y bullidora, y se dejó acariciar de la maga; mas, por suerte, poseia como su Roger un poderoso talisman y el caballo alado para huir de aquel paraíso artificial y falso y remontarse á la mansion donde toda luz y verdad tiene su asiento.

Mas no eran solamente los poetas graves, por decirlo así, los contaminados del mal; que los satíricos, y los cómicos, y los bufos adolecian tambien de idéntica dolencia. Nadie admira ciertamente más que nosotros las grandes obras maestras de la comedia italiana; pero, sin embargo, descubrimos en ellas, y lo deploramos, un gran defecto comun á todas. Porque al propio tiempo que abundan de ingenio, de gracia, de reflexiones atinadas y profundas y de frases felices, y que las costumbres, los caracteres y las opiniones se tratan en ellas con gran conocimiento de los negocios de la vida humana, fáltales algo, y este algo es que, áun cuando admiramos y reimos con la mejor voluntad, no hallamos nunca en ellas la furia de bacanal que inspiraba las comedias atenienses; él desprecio, y la intencion, y la saña que anima las invectivas de Juvenal y de Dryden, y la diction lacónica, enérgica y acerada que hace tan picantes los versos de Pope y de Boileau: en una palabra, carecen de entusiasmo, de vigor, de concision y de cuanto sea obra de impulsos poderosos y vehementes, y pueda producirlos ó excitarlos. En cambio, abundan los pensamientos bellos, y las frases y palabras, más bellas todavía, que vienen como á recompensar del trabajo que produce la lectura de estos autores, la cual, recompensada y todo, resulta siempre trabajo. La *Secchia Rapita*, que bajo ciertos aspectos es el mejor poema de este género,

es difuso, lánguido y cansado. *Los animales parlantes*, de Casti, son insoportables; y si admiramos la destreza y el ingenio con que se maneja la intriga y la amplitud de las opiniones, y admitimos que no sea posible volver una página sin que hayamos descubierto en ella algo que merezca quedar grabado en la memoria, no por eso dejamos de reconocer que el libro es, por lo ménos, seis veces más extenso de lo que debía, y que la flojedad de su estilo es áun mayor defecto que el de la extension de la obra.

Parecerá, tal vez, á nuestros lectores que nos hemos extendido mucho y exagerado no poco al atribuir estos defectos á la influencia de las obras y del nombre de Petrarca, cuando es innegable que tambien son debidos en gran parte al desuso en que cayó el estilo del Dante, circunstancia que así demuestra la decadencia como el renacimiento de la poesía italiana. En efecto, al cabo de cuatrocientos cincuenta años, pareció un hombre capaz de apreciar y de imitar al padre de la literatura toscana en la persona de Vittorio Alfieri, el cual, como aquel príncipe de los cuentos de hadas, buscó y descubrió, al fin, á la doncella encantada en el retiro que la ocultaba desde hacia tantos años á los ojos de la humanidad. Las puertas de su palacio tenían los goznes enmohecidos y no cedían fácilmente; el polvo de muchos años se habia ido acumulando en las cortinas, lambrequines y colgaduras; los muebles eran antiguos y los colores de todas las cosas no parecian; pero allí dormia, con el brillo inmaculado de su primera juventud, la beldad, cuyos encantos y formas seductoras valian por sí solos más que la vivienda y sus galas marchitas, y que recompensó generosamente al osado aventurero

que vino á sacarla de su profundo sueño. Cada verso del *Felipe* y del *Saul*, los dos grandes poemas del siglo XVIII, á nuestro parecer, demuestra la influencia ejercida sobre su autor por aquel genio poderoso que inmortalizó el funesto amor de Francesca y las angustias paternas de Ugolino. Alfieri legó el centro de la literatura italiana al autor de *Aristodemo*, cuyo ingenio era igual casi al suyo y que podia considerarse como discípulo más celoso aún que él del gran florentino. Fuerza es reconocer que este poeta eminente llevó en más de una circunstancia á la exageracion su idolatría por el Dante; porque, como dice sir John Denham, no sólo imitó su traje, sino que se vistió de sus propias ropas, reproduciendo con frecuencia sus frases, é imitando su versificación sin mucho criterio, en nuestro sentir. En cambio, desplegó algunas de las más nobles cualidades de su maestro, y sus obras pueden inspirarnos la esperanza de ver floreciente por largo espacio de tiempo la lengua italiana bajo una nueva dinastía literaria, ó mejor aún, bajo la dinastía legítima, que al cabo logró recuperar el trono luengos siglos ocupado por hábiles usurpadores.

El hombre á quien debe la literatura italiana su resurreccion nació en tiempos singularmente propios al desarrollo de sus extraordinarias facultades. El celo religioso, el amor y el espíritu caballeresco, y la libertad democrática, son los tres principios que han ejercido siempre influencia poderosa sobre las grandes colectividades, logrando cada uno á su vez excitar en ellas el más vivo entusiasmo y producir los cambios más importantes y de mayor trascendencia en el orden y manera de ser del cuerpo social. En la época del Dante, los tres principios, á veces mezclados, en lucha casi siempre, agitaban el

espíritu público: la generacion precedente habia sido testigo de los agravios y de las venganzas del bravo, cuanto amable y desgraciado emperador Federico II, poeta en un siglo de escolásticos, filósofo en un siglo de frailes, hombre de Estado en un siglo de cruzados; y durante toda la vida del poeta, la Italia hubo de sufrir las consecuencias de la lucha memorable que aquél sostuvo con la Iglesia; que las mejores y más preciadas obras de la imaginacion siempre se han producido en tiempos de turbulencias políticas, como las vides más lozanas y fructíferas, y las flores más bellas y perfumadas se dan siempre en aquellas tierras que fertilizó algun dia la lluvia de fuego de un volcan. Sin traspasar las fronteras de la historia literaria de Inglaterra, diremos que Shakspeare, bajo diversos aspectos, es el hijo de la Reforma, del propio modo que Wordsworth lo es de la Revolucion francesa; que, áun cuando los poetas huyen á veces de los negocios políticos, y áun afectan menospreciarlos, sin darse cuenta de ellos sufren su influjo, y miéntras sus almas están en contacto de algun modo con las de sus contemporáneos, la conmocion eléctrica la reciben por medios indirectos y misteriosos, cualquiera que sea la distancia á que se produzcan.

En las grandes sociedades, en que la division del trabajo permite á los hombres especulativos observar los diferentes aspectos de la naturaleza, ó estudiar su propio espíritu lejos de los negocios políticos, acontece lo propio; pero en las repúblicas pequeñas, como la de que formaba parte el Dante, no acontecia de igual modo, porque, en aquellas sociedades, objeto al presente de los ataques más rudos por parte de los modernos maestros de la ciencia gubernamental, las facciones, al decir de éstos,

son más violentas, porque se agitan en espacio limitado y producen necesariamente los ódios y las venganzas personales, y que todos los ciudadanos deben ser soldados, como que la guerra puede ser inminente á cada hora, y ninguno está seguro al acostarse de no despertar llamado para rechazar ó vengar una injuria. Los griegos perdieron de esta suerte en luchas análogas la sangre con que hubieran podido conquistar un imperio permanente en el mundo, y la Italia malgastó en ellas también la energía y los talentos que le hubieran bastado para defender su independencia de los Papas y de los Césares.

Así es, en efecto; mas también estos males tienen sus compensaciones, porque no debe tanto la humanidad al imperio romano como á la sola ciudad de Atenas, ni á todo el reino de Francia lo que á Florencia. Los embates del espíritu de partido son tal vez un mal; pero desarrollan una actividad de espíritu que conviene excitar á cualquier precio en ciertos casos y condiciones sociales. Podrá ser perjudicial bajo determinado aspecto que todos los ciudadanos empuñen las armas; pero también es cierto que allí donde esto sucede no hay ejércitos permanentes, los cuales ofrecen siempre el espectáculo de grandes colectividades de hombres, adiestrados en matar, que viven destruyendo y exponiéndose á la destrucción, que combaten sin entusiasmo y que vencen sin gloria, para ir luego al hospital si caen heridos; que no es otra la suerte reservada en la mayor parte de Europa á los soldados. En cambio, para el ciudadano de Milan y de Florencia, batirse, no en el sentido vago que se da generalmente á esta palabra, sino en realidad de verdad, por el hogar y las aras, era algo, y algo tam-

bien ir al combate bajo las órdenes del célebre Carrocio, objeto de su veneracion, y saber que su anciano padre, de pié sobre los baluartes, contemplaba sus proezas, y que sus amigos y rivales eran testigos juntamente de su gloria. Si caia en la refriega, no eran manos mercenarias ó indiferentes las que lo asistian; que muy luego entraba en los muros que habia defendido, y su madre ó su esposa lo cuidaban, y el mismo anciano sacerdote que perdonó los devaneos de su juventud, lo absolvía, y su amada recibía de sus labios el adios postrero. No hay espada mejor que la hecha con la reja del arado. Esto tiene inconvenientes y peligros; pero se hallan mitigados por el entusiasmo y suavizados por el afecto que despiertan y avivan, y porque, además, nada es más propio á desarrollar el génio de la poesía en las imaginaciones ardientes y en los espíritus observadores.

Las tendencias religiosas y políticas de aquel tiempo iban encaminadas á idéntico fin. La época lo era de fanatismo, y aún cuando sea este mal muy grave, no es el peor de todos; porque bueno es que los pueblos se sustraigan á ciertos modos de ser que los degradan y embrutecen; que las inteligencias se aparten de los objetos puramente sensuales; que haya algo que las obligue á meditar sobre los misterios del mundo moral é intelectual, aún cuando al hacer esto caigan en ciertos errores, y que se aparten de sus intereses puramente materiales y egoistas para pensar en lo pasado, lo porvenir y lo más remoto. Las religiones más absurdas han producido á veces todos estos efectos juntamente; pero la católica las ha superado siempre, porque, aún en los tiempos de su mayor intolerancia, no perdió nunca de vista la divina inspiracion del Maestro su-

premo, cuyos preceptos forman el código más completo y elevado de perfeccion moral, y cuya vida nos ofrece el ejemplo más perfecto y acabado de todas las virtudes. El catolicismo es, por otra parte, la más poética de las religiones; porque si bien la supersticion antigua poblaba la imaginacion de imágenes y cuadros seductores, no lograba ejercer influencia sobre el corazon humano; y si las doctrinas de las Iglesias reformadas la han tenido poderosa en el alma y la vida, ninguna consiguió jamás ofrecer espectáculos de belleza y grandiosidad sensible, miéntas que él ha reunido siempre á los severos principios de la una cuanto M. Coleridge llama la hermosa humanidad. Su inspiracion ha dilatado los horizontes de las artes; la pintura y la escultura, merced á ella, han revestido las formas de más atractivo y de mayor encanto, belleza y majestad, oponiendo el Moisés de Miguel Angel al Júpiter de Fidias, y la seduccion tranquila, reposada, ideal, mística, incomparable de la Virgen Madre á la hermosura sensual de la reina de Chipre; las leyendas de sus mártires y de sus santos, cuyo interes é ingeniosa delicadeza es tan grande, á las fábulas milológicas de la Grecia; sus ceremonias deslumbradoras, á los otros cultos, y luégo la grandeza de su poder secular, tan admirado de los hombres políticos; y como al propio tiempo mantiene las doctrinas más solemnes del cristianismo, á saber: la encarnacion del Verbo, el juicio, la retribucion y la eternidad de las penas ó de la felicidad, ha tenido siempre, del propio modo que las antiguas religiones, incalculable fuerza en su organizacion; pero sin tornarse nunca, como ellas, en simple institucion política ó de aparato ceremonioso.

Al despuntar el siglo XIII, como lo ha dicho Ma-



quiavelo, se inauguró un gran período de renacimiento de tan extraordinario sistema; y la política de Inocencio, el establecimiento de la Inquisición y de las órdenes mendicantes, las guerras contra los albigenses, los paganos de Oriente, y los desgraciados príncipes de la casa de Suabia, conturbaron á la Italia durante las dos inmediatas generaciones; influencias todas que pesaron mucho sobre el Dante, agitando su alma y afligiéndola de una manera extraordinaria, que se reflejó después en todos los actos de su vida. Amó en su juventud con pasión profunda y desgraciada, y tan honda huella dejó en él, que aún después de haber pasado de esta vida Beatriz, su recuerdo no cesó de perseguirlo, sin que fuera parte á disiparlo ni los excesos, ni la ambición, ni el infortunio. Era creyente, además, sincero y fervoroso; y si los abusos de la Iglesia romana le causaban enojo, acataba con ternura y veneración entusiastas sus doctrinas y su rito; y cuando, al cabo, se vió expulsado de su patria y en la necesidad de saber por experiencia propia, tanto más cruel y dolorosa cuanto era más opuesto á ella su carácter, lo amargo que es el pan de la servidumbre y lo escarpada y áspera que es de subir la escalera de un amo (1), su pecho lacerado buscó alivio y consuelo en la religión; revistió de atributos místicos y gloriosos á su amada, objeto permanente de sus más dulces imaginaciones; la dió asiento entre las potestades de la jerarquía celestial, y la supuso mandataria de la eterna sabiduría para velar por el pecador errante y sin ventura que la quiso en esta

(1) Tu proverai si come sa di sale  
Lo pane altrui, e come é duro calle  
Lo scendere e'l salir per l'altrui scále.

*Paradiso*, c. XVII.

vida de tan acendrada y singular manera (1). Y por una confusion semejante á la que se produce en los sueños, le aconteció á veces que olvidara la naturaleza humana de Beatriz, y áun su existencia personal, para no considerarla sino es como uno de los atributos de la divinidad.

Pero las esperanzas religiosas que libertaron á tan sublime y fervoroso entusiasta de los terrores de la muerte, no lograron hacer más plácidas y tranquilas sus meditaciones respecto de la vida, porque en él se descubre la misma inconsecuencia de que adolecen por lo general los hombres de su temple, que siempre aguardan el bien pasados que sean de este mundo sin echarlo de ver en él. A esta circunstancia debe atribuirse, no á otra, la superioridad relativa de sus descripciones del cielo, comparadas con las que hace del infierno ó del purgatorio. Porque las pasiones y las miserias de los que sufren le inspiran profunda simpatía, no así los bienaventurados, cuya felicidad inefable y delectacion suprema no comprende ni se explica. Tanto es así, que nos parece verlo contemplar en éxtasis aquellos espíritus radiantes y gozosos del sumo bien, solo, en un apartado rincon de su aposento, con la frente ceñida y sombría y velada de indescribible dolor, y los labios contraídos con el acerbo desden que nos muestran sus retratos, cosas ambas que bastarian á inspirar el pincel del artista que se propusiera dar á la humanidad una idea de lo que será el rostro del demonio.

En ninguno de cuantos poetas han existido se ven unidas la naturaleza moral y la intelectual de una manera tan estrecha y tan íntima como en el Dante.

---

(1) «L'amico mio e non della ventura.» *Inf.* c. II.

A nuestro parecer, la razon del efecto que produce la *Divina Comedia* consiste en la fe que la inspira, y bajo este aspecto los únicos libros que se le asemejan son los *Viajes de Gulliver* y el *Robinson Crusæ*, porque la gravedad de sus afirmaciones, el encadenamiento y la minuciosidad de sus detalles, el improbable trabajo que se toma para persuadir al lector de la forma y proporciones exactas de cuanto describe, todo, en suma, presta traza de verdad á lo que finge, por más extraño que parezca. Debilitaríamos la fuerza de nuestras afirmaciones citando ejemplos que abundan en el cuerpo de su obra y á los cuales debe la influencia fascinadora que ejerce sobre las imaginaciones este monumento literario, y que son la verdadera justificación de muchos pasajes que los malos críticos han condenado como grotescos en él. Pero al llegar á este punto no podemos por ménos que deplorar que M. Cary, á quien el Dante debe más que ningun otro poeta á su traductor, sancione con sus palabras un cargo impropio de su sagacidad. «Se hallaba de tal modo preocupado, dice, de la definición de todas sus imágenes para ponerlas á nuestro alcance y someterlas al pincel, que casi rayaba en lo grotesco, allí donde Milton llegaba á lo sublime.»

Cierto es que el Dante no ha vacilado nunca en revestir sus inspiraciones de una forma determinada, y que ha dado medidas y cifras allí donde Milton hubiera dejado flotar sus imágenes de una manera incierta y vaga envueltas en nubes de palabras. Ambos tenían razon; pero como Milton no pretendía persuadir á nadie de que hubiera estado en el cielo ni en el infierno, podia limitarse á magníficas generalidades, lo cual no acontecia al viajero solitario que iba errante por la region de los

muertos. Si el Dante hubiera descrito la mansion de los espíritus maldecidos en un lenguaje análogo á los versos admirables del poeta inglés; si nos hubiese hablado «de un mundo creado por obra de una imprecacion de Dios, y en el cual la muerte tuviera su asiento; mundo bueno sólo para el mal, donde muere la vida para resucitar en la vida de la muerte, y la naturaleza pervertida no produce sino es monstruos, prodigios abominables, indecibles, peores que todo cuanto ha podido imaginar la fábula ni suponer el terror, más que las Gorgonas, las Hidras y las horribles Quimeras,» sin duda hubiéramos hallado esto muy bello. Pero ¿qué hubiera sido entónces de la fuerte impresion de realidad que debia producir el Dante, sobre toda otra cosa, para realizar su plan? Fuerza era que describiese minuciosamente las cosas terribles, todos los prodigios que, segun él, otros hubieran reputado inenarrables, que refriese con tono de verdad lo que ni la fábula llegó á suponer, y que revistiera de cuerpo lo que ni el miedo pudo sospechar. Confesamos sinceramente que la vaga sublimidad de Milton nos conmueve ménos aún que estos detalles tan censurados al Dante; porque si cuando leemos á Milton sabemos que se trata de un gran poeta, cuando leemos al Dante desaparece el poeta, para dejar espacio al hombre que vuelve «del valle del abismo doloroso (1),» y nos parece que lo vemos con los ojos dilatados por el horror, y que percibimos los entrecortados acentos de que acompaña su terrible historia. Consideradas sus descripciones bajo este punto de vista, son lo que debian ser, y definidas en sí mismas, nos sugieren ideas

---

(1) La valle d'abisso doloroso. *Inf.*, c. IV.

por todo extremo sorprendentes y terribles que, aún inspiradas por imágenes terrenales y explicadas en lenguaje terrenal, causan efecto fantástico y sobrenatural en grado sumo. Esto consiste, á nuestro parecer, en que los séres de diversa naturaleza que nosotros nos producen escasa impresion mientras los consideramos solo bajo el punto de vista de su naturaleza propia, y en que cuando traspasamos el abismo que los separa de nosotros, cuando recelamos siquiera relaciones indefinibles entre las leyes del mundo visible y las del mundo invisible, se despiertan entónces en nosotros las emociones más vivas tal vez de que nuestra humana condicion sea susceptible. ¡Cuántos son los que temen las apariciones y no á Dios, aún estando más convencidos de la existencia de la divinidad que de la realidad de las apariciones! En tanto que así suceda, podrá ser grotesco, inconsecuente, contrario á la filosofía, atribuir á los séres sobrenaturales lenguaje y acciones humanas; pero como será esta la única manera de influir sobre el corazon, seguirá siendo la única que convenga á la poesía. Shakspeare lo comprendió así, porque comprendió bien todo cuanto dependia de su arte. ¿Quién no simpatiza con Ariel, volando al ponerse el sol, caballero en un murciélago, ó aspirando con las abejas el azúcar de las flores? ¿Quién no se estremece contemplando el caldero de Macbeth? ¿Qué filósofo no se conmueve pensando en la extraña relacion que existe entre los espíritus infernales y la sangre de «aquella marrana que devoró sus nueve lechoncillos?» Pero nadie ha realizado como el Dante la tarea difícil de representarnos séres sobrenaturales de una manera que ni sea ininteligible, ni se halle tampoco en oposicion con nuestras ideas sobre su naturaleza;

y en prueba de ello, apelamos á tres ejemplos, tal vez los más notables, á saber: la trasformacion de las serpientes y de los ladrones, en el canto XXV del *Infierno*; el pasaje relativo á Nemrod, en el XXXV del mismo libro, y la magnífica procesion del XXIX del *Purgatorio*.

Las metáforas y las comparaciones del Dante concuerdan de una manera singularmente admirable con la grande apariencia de realidad que acabamos de indicar, y son de índole tan especial, que tal vez sea el único poeta cuyos escritos se tornarian más oscuros aún si se les despojara de semejantes adornos. Porque sus comparaciones ántes parecen las de un viajero que no las de un poeta; y como no las emplea para dar muestras de ingenio, ni para seducir al lector, ofreciéndole á su paso imágenes que lo fascinen, sino que compara, á fin dar idea exacta de los objetos que describe, relacionándolos con otros generalmente conocidos, de ahí que la pez hirviendo de Malebolge se parezca á la del arsenal de Venecia, y el muelle por el cual sigue las orillas del Flegeton se parezca al dique establecido entre Gante y Brujas, y los lugares en los cuales se hallan los sacerdotes simoniacos sean como las pilas bautismales de San Juan de Florencia. Cuantos hayan leído el Dante recordarán perfectamente otros muchos ejemplos de la misma índole, que aumentan las apariencias de sinceridad en la relacion, y que son parte tan eficaz á prestarle mayor interes.

Las más de sus comparaciones parecen destinadas á dar idea exacta de su manera de sentir en determinadas circunstancias; pero si el lenguaje de los pueblos civilizados no basta á veces para expresar con exactitud los tonos delicados del dolor, del miedo y de la cólera, ¿cuánto más difícil no será

definirlos á un dialecto rústico y tosco? Por eso emplea el Dante la manera más gráfica y al propio tiempo más poética de referir lo que siente; y como ejemplo aduciremos uno, entre muchos que pudiéramos citar, comprensible á los que hayan experimentado la turbacion que produce en el ánimo una mala nueva, al recibirse sin más preámbulos: de la duda, del estupor que se apoderan de nosotros y nos inquietan y agitan en orden á la verdad de nuestras impresiones en aquellos momentos. «Estaba, dice, como quien sufre horrible pesadilla, y que al propio tiempo desea soñar; de tal manera, que anhela sea lo que es cual si no fuera.» Así son las comparaciones del Dante, que reciben su belleza del texto mismo y se la devuelven con creces, pero del cual no es posible separarlas; al contrario de las de Homero y de Milton, que no son sino es digresiones que nada pierden de su hermosura y de sus galas alejadas de sus obras. Y para que nuestros lectores se persuadan más aún de que estos primorosos bordados del poeta florentino es imposible arrancarlos de la tela en que lucen sin que sufran grave detrimento así el fondo como lo accesorio, les recomendaremos que se fijen cuantos sepan la lengua italiana en la comparacion de los carneros en el tercer canto del *Purgatorio*, la cual, en nuestro concepto, es en su género la obra más perfecta, original, pintoresca y bella de cuantas existen.

Adviértese, leyendo la *Divina Comedia*, cuán escasa impresion produjeron en el ánimo del Dante las formas del mundo exterior; que todas sus observaciones se fijaban, debido á su carácter y á la situacion especial en que se hallaba, casi exclusivamente en la naturaleza humana, como lo demuestra el admirable principio del octavo canto del *Pur-*

*gatorio*. Cede á otros la tierra, el Océano y los cielos, y se reserva la humanidad; deja que otros se extasién contemplando la noche, las estrellas y las nubes iluminadas por la claridad de la luna; para él, sus horas tranquilas y serenas, lo son de los recuerdos tiernos y enamorados, ocasionadas á conmover el corazón del navegante y del peregrino, y á que lloren los mortales la partida de un crepúsculo que no volverá.

Las ideas de nuestra época han tomado rumbo muy diverso, y las magnificencias del mundo físico y su influjo sobre el humano espíritu constituyen el tema predilecto de los poetas contemporáneos más eminentes, y por no ser ménos, la turbamulta de los poetastros y de los forjadores de sonetos considera como requisito indispensable del carácter del poeta el desarrollo de una manera de sensibilidad tan exquisita que le produzca inefable deleite «la tersura de las hojas verdes y el aterciopelado de las flores,» y tratan con soberano desprecio á cuantos por su mal no saben, como dice Perseo, «ni plantar un bosque en sus versos, ni encomiar las dulzuras del campo.» Pero la fe poética ortodoxa es más católica en sus tendencias, pues para ella el objeto de contemplación más digno que tenga el hombre sobre la tierra es él mismo; y aun cuando el universo, bajo todas sus formas y manifestaciones más bellas, forma parte de su imperio dilatado, su residencia principal, su santuario, por decirlo así, lo ha establecido en el seno de los infinitos modos de ser y de los impenetrables misterios del alma:

«In tutte parte impera, e quivi regge;  
Quivi e la sua cittade, e l'alto seggio (1).»

(1) *Inferno*, canto, I.



¿A qué debe su mérito indisputable el *Otello*, que es, á no dudarlo, de cuantas obras dramáticas existen, la más grande y hermosa? ¿A las nubes? ¿Al Océano? ¿A las montañas? ¿O lo debe á la pintura de un amor tan incontrastable como la muerte, y de unos celos tan terribles como el sepulcro? ¿Qué admiramos en *Hamlet*? ¿Un cañaverol agitado por el viento? ¿Una flor? ¿Una platabanda de junquillos? ¿O admiramos en él la manera magistral que ha tenido Shakspeare de ofrecernos en la escena el estudio concienzudo y profundo de un espíritu superior, poniendo de manifiesto hasta sus más recónditos secretos? No faltará, tal vez, quien pregunte si los lagos, y los prados, y las florestas, y las colinas, y los valles tranquilos no son más ocasionados á inspirar la mente del poeta que las calles sombrías de una gran ciudad; pero, ¿quién no se hastía de las descripciones que sólo son meros paisajes? Los objetos exteriores no excitan ni conmueven nunca fuertemente nuestra alma sino es cuando los consideramos en sus relaciones con el hombre, cuando son parte á explicar su destino, ó á influir sobre su carácter. Nada es más hermoso que una mujer hermosa, y, sin embargo, si analizamos bien las impresiones que su belleza nos produce, hallaremos que no tanto son estas debidas á la perfeccion del contorno y á la delicadeza del colorido, á la hermosura en sí misma, cuanto á la asociacion de otras ideas que pasan con harta frecuencia desapercibidas de nosotros mismos, y que enlazan esos dones exteriores que tanto seducen y predisponen, al origen de nuestra existencia, á los cuidados que rodearon nuestra niñez, á las pasiones de nuestra juventud, á las esperanzas de nuestra ancianidad, á la elegancia, á la vida, á la ternura, á los más po-

derosos impulsos del corazón y á los más caros vínculos sociales.

La indiferencia del poeta florentino por las bellezas de la naturaleza no parecerá falta imperdonable á los que piensen así, sobre todo si advierten que, á excepcion de Shakspeare, ninguno ha contemplado la humanidad con mirada más penetrante que la suya. Hemos dicho que su poesía reflejaba su carácter. En efecto, su estilo era él. Se complacía en describir pasiones lúgubres, y todo amor que no fuera el casi místico que le inspiraba Beatriz muerta, le producía enojo, tanto, que la triste historia de Rímini es casi excepcion única en su obra. No sabemos si álguien ha hecho ántes que nosotros la observacion de que Swift y él ofrecen un punto de semejanza en el carácter de su misantropía; porque las imágenes parecen ejercer sobre él tal fascinacion, que expone á sus lectores con toda la energía de su estilo incomparable cuanto puede hallarse de más repulsivo en una cloaca ó en una sala de anatomía.

Demas de esta, existe otra particularidad en el poema del Dante que merece ser notada tambien. La mitología griega, que no ha logrado hacer nunca buena liga con la poesía moderna, se ha empleado por algunos autores, aunque sin éxito, en sus obras, los cuales nos han ofrecido las divinidades de la fábula como representaciones alegóricas del amor, del vino ó de la sabiduria, cosa que las ha tornado débiles y frias por extremo. Podrá suceder que admiremos el ingenio que ha presidido á la composicion en que tales recursos se emplean; pero es lo cierto que ningun interes pueden inspirarnos unos seres á quienes el escritor no consiente que concedamos, siquiera por breves momentos, existencia

convencional. Las mismas alegorías de Spenser apénas si son tolerables hasta que se logra olvidar que Una quiere decir inocencia, y se la considera como mujer perseguida, que protege un generoso paladin. Y aquellos que con más criterio y mejor juicio procuraron conservar la personalidad de las divinidades clásicas fracasaron, con la circunstancia agravante de parecer imitadores. Eurípides y Cátulo creían tanto como nosotros en Baco y Cibeles; pero vivían entre gentes que creían en tales divinidades, y de aquí que sus pensamientos, ya que no sus opiniones, tomaran cierto colorido, como se nota en las bellísimas de las *Bacantes* y de *Atys*. Nosotros, á nuestra vez, estamos formados y preparados por y para lo que nos rodea, y no será posible por tanto á ningun poeta moderno forzar su imaginación hasta el punto de que logre producir obras semejantes.

El Dante fué el único, entre los poetas modernos, que no incurrió en alegorías ni ménos aún en imitaciones, siendo por tanto el único que ha podido introducir con algun éxito las ficciones antiguas en su fábula. Su Minos, su Pluton y su Caron inspiran verdadero espanto, y nada más original y bello que el uso que hace del Leteo. Por otra parte, no reviste á sus personajes mitológicos en ningun caso de atribuciones incompatibles con el dogma católico, ni dice de ellos cosa que un buen cristiano de su tiempo no pueda creer posible y hacedera; de donde resulta que estos pasajes nada tienen de pueril, ni de pedantesco, sino al contrario, porque el uso tan singular que hace de los nombres clásicos sirve para sugerir al espíritu una como vaga y solemne idea de revelaciones misteriosas, anteriores á toda historia conocida, y cuyos dispersos frag-

mentos se hubieran conservado en medio de las imposturas y de las supersticiones religiosas posteriores. A decir verdad, la mitología de la *Divina Comedia* es de la primitiva y gigantesca, y en ella respiran Homero y Esquilo, no Claudio y Ovidio, siendo esto tanto más notable, cuanto que el Dante parece haber ignorado por completo la lengua griega, y que sus modelos predilectos en latin solo podian ser parte á inducirlo en error. Y llegados á este punto, diremos que mostró siempre grande admiracion por escritores que se hallan muy por debajo de él, particularmente por Virgilio, quien, á pesar de su elegancia y de su cultura, dista mucho de la profundidad y originalidad de espíritu que caracterizan á su adorador florentino. De lo cual puede inferirse y establecerse como regla infalible que los grandes poetas son malos críticos, porque su espíritu sufre con facilidad la influencia de muchas asociaciones de ideas que pasan desapercibidas á los demas, y porque el peor escritor puede hacer vibrar en sus oidos una nota que les despierte multitud de imágenes seductoras; semejantes en esto á los gigantes esclavos de Aladin, que dotados como se hallaban de poder incomparable, se sometian dóciles y obedientes á la voluntad del primero que tocara un talisman cuya virtud y eficacia ignorasen ellos mismos. Así vemos á la Titania de Shakspeare, fascinada por una cabeza de asno, prodigarle tiernas caricias y coronarla de flores, y á una multitud de hombres de felicísimo ingenio admirar y aun imitar los poemas atribuidos á Ossian, cuando carecen por completo de mérito, como no sea el que puede ofrecer una fábula inverosímil, informe, vacía y absurda, verdadero caos de palabras.

El estilo del Dante es el más original, si no el más grande, de sus méritos literarios, y nada puede comparársele, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos, empezando por los maestros del arte griego. Sus palabras son siempre las más breves y las mejor escogidas, y la primera frase de que reviste su pensamiento es tan enérgica siempre y tan preciosa y tan expresiva, que las amplificaciones perjudicarían á su efecto maravilloso en vez de contribuir á su lucimiento, como que tal vez no haya existido escritor alguno en ninguna lengua que ofrezca pinturas tan enérgicas en cuadros trazados tan rápida, fácil y lacónicamente; perfeccion de estilo que constituye el mérito principal del *Paraiso*, que por otros conceptos se halla muy distante de valer tanto como las dos primeras partes del poema, pero cuya fuerza y belleza de dición es tan irresistible que lleva al lector á través de las largas tiradas teológicas y de historia eclesiástica que rebosan en ésta. Absurdo parecería que citáramos fragmentos del poema como para encarecer su mérito sobre lo demás, porque para ser justos habríamos de reproducir los cien cantos de que consta. No obstante, el tercero del *Inferno* y el sexto del *Purgatorio* son incomparables en su género, siendo el mérito de este último ántes oratorio que no poético, de tal modo, que no recordamos nada que iguale ni áun se acerque á lo acerado de las invectivas y á lo punzante de los sarcasmos que contiene en ninguno de los más famosos discursos que produjo la elocuencia ateniense en los tiempos de su mayor lucimiento. El hombre de Estado más elocuente de nuestra época decia con este motivo que, despues de Demóstenes, deberían estudiar al Dante los que aspiran á distinguirse en la tribuna ó el foro.

Tiempo es ya de que demos término á esta crítica descosida y floja; pero no lo haremos sin decir ántes que de cuantas traducciones conocemos en inglés de la *Divina Comedia*, la de Cary es la mejor, así por la fidelidad con que está hecha, como por el talento verdaderamente poético de su autor, circunstancias esencialísimas que, unidas á su profundo conocimiento del italiano y á su habilidad consumada en el manejo del idioma patrio, hacen de ella una obra de singular mérito y por extremo notable.

---



## PETRARCA.

---

*Et vos, o lauri, carpam, et te proxima myrte.  
Sic positæ quoniam suaves miscetis odores.*

VIRGILIO.

Sería difícil citar el nombre de un poeta cuya fama pueda ser comparada con la del Petrarca, si se tiene en cuenta lo extendida que se halla. Cuatro siglos y medio (1) van trascurridos desde su muerte, y, sin embargo, los habitantes de todos los pueblos de Occidente conocen su carácter y sus aventuras con tantos detalles y tan á la menuda cual si se tratara del hombre más ilustre y moderno de la historia literaria de su país respectivo; raro privilegio que ha puesto á sus detractores en la necesidad de confesar que sin mérito notorio no habria podido conseguirlo. Mas no por eso irán sus admiradores hasta el extremo de sostener que el Petrarca hubiera podido elevarse á tanta altura con su propio esfuerzo y por su propio mérito; gloria que ni

---

(1) Este ensayo se publicó en 1924.—N. del T.



Shakspeare, ni Milton, ni Dante han alcanzado todavía, y que ningun escritor moderno, excepto Petrarca y Cervantes, ha logrado conservar largo tiempo: la gloria de la fama universal.

Sin gran pena podrian descubrirse algunas de las causas á las cuales ha debido este varon eminente la celebridad de que goza, y que desde luego consideramos desproporcionada á los verdaderos derechos que tiene á la admiracion de las gentes. El Petrarca era un egoista, y este defecto, aborrecido de todos en la conversacion, tanto que, á nuestro parecer, no hay servicios, ni talentos, ni simpatías que lo hagan perdonable sino es el cariño reciproco de los amantes, y que sólo el interes, la gratitud, la admiracion y el temor son parte á reprimir el desagrado que causa, presta á las narraciones, cuando son escritas, encanto indecible. Rousseau ha hecho en este género los ensayos más atrevidos con el mejor éxito. Lord Byron, á su vez, ha logrado en nuestros dias excitar interes y admiracion extraordinarias, merced á una serie de tentativas semejantes. Wordsworth escribia con un egoismo más profundo, pero ménos visible, y se ha visto recompensado por una secta de fieles, poco numerosa comparativamente, si bien de infinita más devocion y fanatismo. Inútil es que multipliquemos los ejemplos. Tampoco nos parece necesario decir que hay ahora una multitud de pretendientes de celebridad, asidos á todas las ramas de la literatura, que hacen los mayores esfuerzos para excitar el interes del público, descubriendo las deformidades y llagas de su modo de ser moral é intelectual, y que hay otros que aún llevan más lejos su imitacion de los mendigos, pues simulan y fingen males y padecimientos que no tienen, para llamar la atencion so-

bre sus personas é implorar mejor la caridad pública; la cual emplea en ellos su conmiseracion y su dinero cuando haria mejor en cubrirlos de menosprecio y de vergüenza, por no ser merecedores los que tal hacen sino es de ir á galeras por tiempo indefinido. Pero este artificio, que suele dar buen resultado á los necios, presta indefinible seducción á las obras que ya por sí mismas tienen mérito verdadero, debido á que siempre tenemos curiosidad de saber algo del carácter y de las interioridades de aquellos hombres cuyas producciones hemos estudiado con placer. Tal vez ningun pasaje de los poemas de Milton se ha leído con más insistencia é interes más vivo que los versos en que alude á su posicion; y es digno de ver el afan con que los críticos buscan en los de Homero algo que sea parte á dar idea de la suya. Quién hace la hipótesis de que quiso retratarse bajo el nombre de Demódoco; quién sostiene que él es y no otro aquel Femio cuya vida salvó Ulises. Esta inclinacion natural de los hombres sirve para explicar, en nuestro concepto, y en gran parte, la popularidad inmensa de un poeta cuyas obras no son otra cosa que la expresion de sus pasiones.

En segundo lugar, Petrarca no era sólo egoísta, sino enamorado además, y las esperanzas, los temores, las penas, las congojas, las alegrías y los sufrimientos que él describía tenían su origen y fundamento en esta pasión, que ejerce más influencia y cobra más fuerza que otra alguna en las imaginations. Aparte de esto, reunía otra ventaja, inmensa por cierto: la de ser el primer poeta amoroso que hubiera parecido desde que tuvo lugar la gran perturbacion que cambió no sólo el estado político, sino el moral del mundo. Porque los griegos, que

en sus instituciones públicas y en sus gustos literarios eran diametralmente opuestos á las naciones orientales, tenían con ellas muchos puntos de semejanza en sus costumbres domésticas, preocupándose muy poco de la inteligencia de las mujeres, á las cuales recluían en el hogar; siendo uno de los menores inconvenientes de tan pernicioso sistema el que las Frines y las Lamias monopolizaran la cultura intelectual y la distincion de maneras que en las épocas de mucha civilizacion necesita el bello sexo para influir verdaderamente sobre los hombres. Faltaban en Grecia los elementos que son indispensables al amor honesto y caballeresco, porque las matronas y sus hijas, encerradas en el gineceo, insulsas, sin educacion, ignorantes de todo lo que no fuera oficios manuales y caseros, carecian de aquellos atractivos y encantos que tanto despiertan y mueven el afecto, mientras que sus rivales, Gracias y Arpas á un tiempo, ávidas de dinero y caprichosas, por más elegancia, seduccion y conocimientos que reunieran, no podian inspirar en modo alguno el primero y más fundamental y necesario de los afectos, el que nace del respeto que infunde al hombre la mujer honrada.

La sociedad romana valia infinitamente más que la ateniense bajo este aspecto, y á su literatura se debe hasta cierto punto la superioridad de la una sobre la otra, no sólo porque los poetas romanos aventajaron á los griegos en la pintura de las pasiones amorosas, sino porque ninguno de cuantos asuntos se propusieron lograron desarrollarlo tan hábil y cumplidamente, siendo necesario convenir que Ovidio, Cátulo, Tibulo, Propercio y Horacio, á pesar de sus defectos, se elevaron á grande altura en esta parte, sin que olvidemos á Plauto, el cual,

aunque copió sus intrigas del arte griego, debió hallar en Roma los originaales de los seductores personajes femeninos que nos presenta.

Grandes males subsistian, sin embargo, en el inmenso imperio; así fué que pasado el momento de su esplendor, y cuando llegó la hora de la decadencia, brotó por todas partes con fuerza extraordinaria lo que habia de malo y pernicioso en sus instituciones domésticas. Bajo la influencia de aquellos gobiernos, á la vez oprimidos y opresores, que humillándose á sus enemigos compraban el derecho de hollar á sus súbditos, cayeron los romanos en el extremo más bajo de la degradacion y la flaqueza, y la falsedad, la cobardía, la pereza y el envilecimiento, vicios de que todos tenian conciencia, y contra los cuales ninguno protestaba, fueron los atributos del carácter nacional en lo sucesivo. El amor más particularmente, esa palabra que en los tiempos modernos implica de una parte afecto y proteccion, de otra confianza, y de ambas respeto y fidelidad, no podia existir, ni áun sospecharse siquiera entre los esclavos, holgazanes y sin corazon, que se arrastraban á los piés de Honorio y de Augústulo. Pero entónces comenzó la época de la gran renovacion, merced al predominio de los bárbaros del Norte, que si faltos de ciencia y de humanidad, venian de sus bosques y de sus pantanos, sobrados de aquellas virtudes sin las que la ciencia es fruto de maldicion y la humanidad asiento de toda flaqueza, es decir: la energía, la independenciam, el temor á la ignominia y menosprecio del peligro. Digno sería de estudio ciertamente averiguar cómo una mezcla de conquistadores salvajes y de afeminados esclavos pudo producir, al cabo de largos años y de muchas generaciones, de grande oscuridad y de agita-

cion, el carácter europeo de los tiempos modernos; digno seria de estudio ciertamente observar, desde el primer choque hasta la amalgama final, la operacion de esta alquimia misteriosa que de un compuesto de elementos contrarios y sin valor alguno, logró sacar al fin el oro puro de la naturaleza humana; y curioso seria por extremo analizar la masa de esta mezcla, determinando las proporciones de cada elemento.

Pero volvamos á nuestro asunto. La naturaleza del amor habia sufrido trasformacion completa. Conservaba todavía, en verdad, el caracter volandero y voluptuoso que tenia en los pueblos meridionales de la antigüedad; pero comenzaba á tomar al propio tiempo el tinte de la veneracion supersticiosa que los guerreros del Norte acostumbraban á mostrar por la mujer: la piedad religiosa y el espíritu guerrero prestaban al amor y lo revestian de sus aspiraciones más puras, vehementes y profundas, y lo que las guirnaldas del torneo decoraban lo santificaban las bendiciones de la Iglesia. Como en la fábula mitológica, Vénus surgia de nuevo de entre la espuma de las aguas; mas no como ántes, en todo el esplendor de su hermosa desnudez; aún traia el cinturón de sus gracias; pero ceñia la frente de la diadema de Juno, y el escudo de Palas se veia en sus manos. Podia decirse que el amor era una nueva pasion, y no es por tanto extraño que el primer poeta distinguido que haya consagrado por completo su talento á este asunto, haya producido sensacion extraordinaria en el ánimo de las gentes, pudiéndosele comparar con un aventurero que llega por casualidad á una isla desconocida y rica, y á quien basta plantar una cruz informe y tosca en la orilla para tomar posesion de todos los tesoros que

contiene y darle, además, su nombre; que los títulos del Petrarca se parecen mucho á los de Américo Vespucio sobre el continente que descubrió Cristóbal Colon. Fueron los poetas provenzales los maestros del Petrarca; pero ellos escribieron en una época que no podia comprender cuánto valian, mientras que su imitador alcanzó la en que las obras escritas en la lengua materna comenzaban á llamar la atencion de las gentes. Petrarca fué en literatura lo que un Valentin (1) es en amor; y el público lo prefirió, no tanto por su mérito trascendente, cuanto por haber sido el primero que se presentó á su vista en el momento de sustraerse á profundo letargo.

Petrarca ganó tanto al ser comparado con sus sucesores inmediatos como con los que le habian precedido, y trascurrió más de un siglo despues de su muerte ántes de que la Italia hubiera producido un poeta que pudiera ser puesto en parangon con él. Débese atribuir, sin duda, en gran parte esta decadencia del talento poético al influjo que sus propias obras habian ejercido sobre la literatura de su patria, circunstancia que contribuyó á su gloria, porque nada es tan propicio á la reputacion de un escritor como el que lo siga una generacion que no le iguale, y es ventaja de que disfrutan más frecuentemente los corruptores del buen gusto que no los que lo perfeccionan.

Demás de las causas que acabamos de enumerar, existe otra que ha contribuido de una manera efi-

---

(1) El 14 de Febrero de cada año, dia de San Valentin, el primer jóven que encuentran las doncellas casaderas, es su novio de oficio, su Valentin, como ellas dicen. Véase *Hamlet*, IV, 5.

cacísima á extender la fama del Petrarca, cual es la del interes que han inspirado los sucesos de su vida, y que debió ser intenso y fuerte entre sus contemporáneos, cuando al cabo de cinco siglos no hay un crítico que no se halle bajo su influencia. Y en efecto, le corresponde el primer lugar entre los grandes hombres á quienes somos deudores del renacimiento del saber, constituyendo su adhesion apasionada á tan gran causa su título mejor establecido y más claro á la gratitud de la posteridad. Porque el Petrarca era fervorosísimo devoto de la literatura, que amaba con fidelidad extremosa y adoraba con fanatismo casi, viniendo á ser á manera de misionero que anunciaba sus maravillas y virtudes y excelencias á los pueblos más apartados, de peregrino que viajaba por extraños y remotos lugares recogiendo sus reliquias, de ermitaño que habitaba en apartado lugar para mejor y más reposadamente consagrarse á la contemplacion de sus bellezas, de paladin que libraba por las letras singulares combates, de conquistador que traia uncidos á su carro victorioso la barbarie y la ignorancia, y que recibia en el Capitolio los laureles ganados en glorioso triunfo.

Nada puede imaginarse de más noble y conmovedor que aquella ceremonia. Los soberbios palacios y los pórticos que habian visto pasar los carros de marfil de Mario y de César, no existian ya sino es en ruinas y menudo polvo; las haces ornadas de laurel, las águilas de oro, las legiones y su constante gritería, los cautivos y los cuadros de las ciudades, todo esto faltaba al cortejo victorioso del poeta; el cetro ya no lo empuñaba Roma; pero como aún conservaba y ejercia la influencia más poderosa del imperio intelectual, otorgaba la recompensa más

gloriosa tambien del triunfo intelectual, y la Ciudad Eterna rendia justo y noble tributo de gratitud al hombre ilustre que supo extender los dominios de su antigua lengua, levantar los trofeos de la filosofia y de la imaginacion sobre las guaridas de la ignorancia y de la barbarie, subyugar y encadenar los corazones merced al poder irresistible de sus cantos, y traer á manera de despojos, en pos de su carro, los tesoros incalculables de la antigüedad arrancados por él á la oscuridad y á la destruccion. En medio, pues, de las ruinas del arte antiguo y de los primeros monumentos del arte moderno, el que habia restablecido y reanudado el lazo roto entre las dos edades de la civilizacion humana, recibió la corona merecida de los modernos por haberlos hecho cultos, y de los antiguos por haberlos restaurado en su fama. Ni Reims ni Westminster fueron nunca testigos de un espectáculo de mayor grandeza y lucimiento que aquel.

Cuando apartamos la vista de tan famoso y magnífico espectáculo para fijarnos un espacio en la vida privada del poeta; cuando contemplamos la lucha que trabó en él la pasion y la virtud, su mirada triste, sus mejillas surcadas por el llanto de la desesperacion producida por un deseo culpado y sin esperanza; cuando reflexionamos en toda la historia de sus amores, desde las primeras sonrisas de su juventud hasta los últimos desesperados acentos de su edad madura, la conmiseracion y la simpatía se mezclan y confunden con la admiracion que nos inspira. Y cuando la pérdida de lo que más amaba hubo puesto el sello postrero á su dolor, entónces lo vemos consagrar á la causa noble y grande de la inteligencia humana cuanta fuerza y energía le dejaron el amor y la pena, y si vivió como apóstol de



la literatura, cayó como mártir de ella, rindiendo el espíritu con la frente apoyada sobre un libro.

Los que han estudiado con atención la vida y los escritos de Petrarca sentirán, tal vez, impulsos de hacer objeciones á este panegírico. Porque es indubitable que su mérito real y verdadero parece oscurecido por la afectación; que su celo por la literatura comunica un tinte de pedantismo á todos sus sentimientos y opiniones; que su amor es el de un compositor de sonetos, y su patriotismo el de un anticuario. Pero el interés con que contemplamos las obras y estudiamos la historia de los que han ocupado la atención de nuestro país en los tiempos pasados, viene de los vínculos que los unen á la sociedad presente ó se hallan contenidos en todos los objetos de nuestras afecciones y de nuestras esperanzas. Petrarca experimentaba opuestos sentimientos; amaba la Italia, porque estaba llena de los monumentos que levantaron los antiguos dominadores del mundo, y su cuna, la hermosa y célebre Florencia, la moderna Atenas, entónces en todo el esplendor de su juventud y de su virilidad, apenas si podía obtener del más eminente de sus ciudadanos la menor parte de los apasionados homenajes que tributaba á la decrepitud de Roma. Lunares son estos que debemos reconocer honradamente, y que no pueden disminuir el brillo de su carrera sino es en muy débil medida; y por lo que á nosotros respecta, podemos decir que la contemplamos con tanto placer que, no sin pena, desviamos los ojos de ella para estudiar sus obras, que distan mucho de inspirarnos la misma admiración.

Tenemos, sin embargo, un muy elevado concepto del genio poético del Petrarca. Cierta es que no poseía el arte de presentar á la imaginación de una

manera viva y palpitante los objetos sensibles, y que esto es tanto más notable, cuanto que el talento de que hablamos es uno de los rasgos más característicos de los poetas italianos, del cual la *Divina Comedia* ofrece clásico ejemplo, y cuyo carácter revisten casi todos los poetas compatriotas suyos que han logrado alcanzar cierta celebridad. Bien puede ser que deba ser esto atribuido al grado de perfeccion que la pintura y la escultura lograron alcanzar en Italia mucho ántes de que se hubiera comenzado á cultivar profusamente la poesía. Los hombres carecian de libros; pero se hallaban habituados desde la infancia á contemplar las obras admirables del arte que la Italia comenzaba á producir en el siglo XIII; y su imaginacion recibió tan fuertes impresiones de ellas, que el gusto por las descripciones pintorescas se descubre hasta en sus escritos. La marcha de las cosas fué diversa en Inglaterra, y de aquí que los cuadros de historia entre los ingleses sean poemas sobre lienzo, en tanto que los poemas entre los italianos son cuadros pintados para los ojos del espíritu con palabras por colores. Los escritos del poeta florentino carecen de esta cualidad casi por completo. A decir verdad, no es posible presentar como ejemplo sus sonetos, cuyo asunto y naturaleza excusan la falta, ni sus poemas latinos, en los cuales se explica por las trabas que impone siempre una lengua muerta; pero sus triunfos exigian imperiosamente la aplicacion de este talento, sin que echemos de ver su huella siquiera.

Tenía talento, sin embargo, y de un orden muy elevado, y es fuerza reconocer la pasion, la ternura, la alteza de sus pensamientos, su imaginacion brillante y la eleccion feliz de sus expresiones, tan elegantes y cultas como enérgicas. Empero un dón

fué parte á que perdieran sus cualidades todas la mitad á lo ménos de su valor: su ingenio; que á no tenerlo tan extraordinario habria logrado ser más gran poeta. Su ingenio fué el azote de su talento y su castigo, porque abandonó el estilo natural y noble en que pudo lucir tanto, para entregarse al artificio y al oropel de las frases deslumbradoras, cosa que lograba con facilidad verdaderamente admirable; y como aquella dama romana de quien habla Tito Livio, cayó en la tentacion de las bujerías, rindiendo la fortaleza de su virtud al brillo de las joyas falsas.

La pobreza de sus ideas es tan notable, que no es posible contemplar sin asombro el contraste que ofrece su imaginacion, tan fértil en combinaciones y tan estéril en imágenes. Su poesía amorosa se compone exclusivamente de unos pocos asuntos; pero dispuestos bajo tantas formas, y presentados bajo aspectos tan diferentes, que nos recuerda los problemas de aritmética sobre la permutacion, maravilla y asombro de los ignorantes. Aquei famoso cocinero frances que sabía condimentar y disponer de quince maneras diferentes una cabeza de merluza, no era más hábil en su arte que el Petrarca en el suyo, como que su imaginacion era una manera de caleidoscopio, que á cada movimiento presentaba formas nuevas, siempre extrañas, á las veces bellísimas, y tan múltiples y variadas, que parece increíble sea todo producto de los mismos pedazos de cristal. Necesario es tambien atribuir, en parte, la monotonía de las imágenes á la del asunto, porque sería injusto pretender constante variedad en unas poesías que se cuentan por cientos, que son todas de iguales proporciones y metro, y dirigidas á la misma insulsa é indiferente coqueta. Además,

debemos suponer, en descargo del poeta, que los defectos de que adolecen sus composiciones amorosas son obra de la influencia de Laura, la cual preferiría, como la mayor parte de los críticos de su sexo, el estilo cargado al sencillo y majestuoso. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que tan luégo cambia de asunto, cambia de manera, y que cuando habla de las humillaciones y del rebajamiento de Italia, devastada por las invasiones extranjeras y débilmente defendida por sus cobardes hijos, la parla femenil del sonetista se cambia de repente en un grito tan penetrante, viril y solemne, como el de la voz que dijo á la sanguinaria casa de Cawdor (1): «¡Despertad!» «La Italia parece no sentir sus dolores,» prorumpe, «porque está decrepita, ociosa, y olvidada de sí. ¿Dormirá siempre ese sueño? ¿No acudirá nadie á sacarla de su letargo? ¡Ah, si pudiera yo asirla del cabello! (2)»

Del propio modo y con igual energía proclama la venganza de Cristo y de la Europa contra la Babilonia del islamismo, y la magnífica enumeracion que hace de los altos y antiguos hechos gloriosos de los griegos no puede ménos de excitar en todo tiempo la admiracion de las gentes, y más aún cuando los hombres honrados y virtuosos, despues de sufrir crueles desengaños en tantos pueblos y naciones, pusieron sus cansados ojos con indecible anhelo en la tierra clásica de la libertad (3), en el campo de

(1) Véase *Macbeth*, II, 2.

(2) Che suoi guai non par che senta;  
Vecchia, oziosa e lenta.  
¿Dormirá sempre, e non fia chi la svegli?  
Le man l'avess'io avvolte entro i capegli.  
*Canzone*, XI.

(3) Alusion á la independencía de los griegos, que coin-



batalla de Maraton, y en los desfiladeros en que el leon de Lacedemonia hizo frente al enemigo (1).

Sus poemas religiosos merecen tambien las mayores alabanzas, y en primera línea débese colocar su *Oda á la Virgen*, que es sin duda el himno más hermoso que se haya escrito, y cuyo espíritu de mística veneracion recibe carácter exquisito de poesía de los sentimientos delicados y tiernos que inspira un ídolo de incomparable seduccion femenil; sentimientos cuyo suave perfume se aspira en cada estrofa de tan bella y sublime composicion.

Nos detendríamos con placer en el análisis de esta parte de la obra del Petrarca y de algunas otras de igual índole; pero nos vemos en la necesidad de volver á sus poesías amorosas, porque á ellas y no á otras ha confiado su reputacion, debiéndosela en gran manera.

El gran defecto de sus mejores obras de este género es la uniformidad de todas las partes, y el lenguaje fantástico y figurado de las pasiones, del amor principalmente. Pero esto tiene sus límites, porque si los sentimientos pueden revestirse de adornos, deben ser estos como los de las mujeres elegantes, que ni las disfracen, ni las desnuden, sino que sean parte á velar los defectos y á llamar la atencion sobre las bellezas. El amor del Petrarca, por el contrario, en vez de acomodarse y ajustarse á estas reglas, se engalana como un salvaje pretencioso, que trae la nariz traspasada de un anillo, el cuerpo cubierto de dibujos extraños y de vivos co-

---

cidia con la fecha en que se escribió el presente estudio.—  
N. del T.

(1)

Maratona, e le mortali strette  
Che difese il leon con poca gente.

*Canzone V.*

lores, y las orejas desgarradas con el peso de los pendientes. Puede considerarse como regla sin excepcion que, en todos los géneros de literatura, no debe dejarse confundir la idea principal con los adornos que la acompañan, sino que, por el contrario, se distinga y separe de ellos del propio modo que en un cuadro se distingue la figura de Napoleón, por ejemplo, vestido del sobretodo gris y sin plumas en el sombrero, de su fastuoso estado mayor. En los versos del Petrarca no es posible determinar la idea que él quiere poner más de relieve, porque así lo accesorio como lo principal lucen de igual modo, pudiendo decirse que el amo de la casa viste una librea idéntica á la de sus criados y que no logra parecer como quien es, sino confundirse y desaparecer entre la muchedumbre de sus servidores. De aquí resulta que sus poesías no tienen luz ni sombras acusadas, que no hay primero ni segundo término, que semejan á los adornos y pinturas de los manuscritos orientales, donde abundan los colores vivos y fuertes, pero falta la perspectiva. Hé aquí los defectos más notables de sus obras; y no hacemos referencia á los que la generalidad encuentra, porque aún son más visibles y aparentes; tienen muchos puntos de contacto con ellos, pero se les parecen como una mascarada al Campo del Paño de Oro; el oropel y lo falso reemplazan la riqueza verdadera, y en tales ocasiones se nos presenta como esas mujerzuelas que traen sucios los bajos y arrastran luengas colas de vistosa seda. Cuando va por esa pendiente, si apura sus frases y no halla cómo expresar sus pensamientos de una manera conceptuosa, suplæ con sutilezas metafísicas ó antítesis forzadas, con juegos de palabras ó detestables logorifos. Su quinto soneto es en este

género una obra perfecta, y bien puede asegurarse que no se ha producido cosa peor.

Prueba evidente de esta verdad es que casi todos los sonetos del Petrarca producen idóntico efecto en el ánimo de quien lee, áun cuando se refieren á los diversos estados del alma de un amante; desde el placer á la desesperacion, y á pesar de tan diversas gradaciones y modos de ser del espíritu, consistiendo esto más principalmente en que la pasion y la inteligencia no se mezclan y confunden de la manera debida y en la proporcion que se necesita para conmover y agitar de diverso modo los afectos, y en que carece su autor de la habilidad necesaria para sazonar una misma cosa de cien modos diferentes. En esto, y perdónesenos la comparacion, el banquete que nos ofrece el Petrarca tiene muchos puntos de semejanza con el festin á la española de *El falso astrólogo*, de Dryden, en el cual el gusto de los platos servidos desaparecia envuelto en el perfume de las especias, y la carne y el pescado y la volatería sabian igual y uniformemente á pimienta y clavo.

Tambien sufren los escritos del Petrarca las consecuencias de un mal que no debemos dejar en silencio. Porque como sus imitadores han vulgarizado en Italia y en todo el resto de la Europa los temas favoritos de las lisonjas amorosas y de las lamentaciones, se nos antoja cuando las hallamos en él, que no son obra original, sino es remedo de los otros, y no sin gran esfuerzo logramos persuadirnos de que él fué su inventor y propagador primero. Tal es la suerte de los autores eminentes en sus principales pasajes, cuyos más nobles y altos pensamientos parecen condenados á sufrir los diversos grados de la profanacion, pasando de ellos á

otros, como las ropas del amo que visten los criados, acomodándolas á su cuerpo, y luégo sus deudos ó sus hijos, despues de volverlas y remendarlas, y que acaban sirviendo en la punta de un palo para espantar los pájaros en los sembrados. Petrarca ha sufrido mucho de tales tratamientos, y esta misma circunstancia es parte á demostrar tambien que sus cualidades no eran de primer orden; porque si se puede imitar un verso, no es posible que un plagiaro se apodere subrepticamente de la inspiracion de un gran poeta. Imítase á Homero desde hace veinticinco siglos; pero él continúa siendo lo propio que era, y así acontece con el Dante, cuyas imágenes y cuyas estrofas en la *Divina Comedia* podrian copiarse y plagiarse hasta el exceso sin que perdiesen un átomo siquiera de su vigor y lozanía primitiva.

Antes de abandonar este asunto, diremos algunas palabras en orden á un cargo que suele hacerse al presente. Segun declara unánime toda una secta de críticos, sus sonetos carecen de ciertas cualidades que suponen indispensables á estos, y las exigen con tanto aplomo y fuerza de razon como sus predecesores al sostener la necesidad y la conveniencia de las unidades en el drama. Comenzaremos por declarar nuestra ignorancia, diciendo que nos hallamos imposibilitados de explicar los misterios de esta novísima y flamante fe poética, y que sólo sabemos que á título de tal fe debe de conservarse y mantenerse pura y sin mancha en su integridad inmaculada, so pena de ser calificado de torpe y estulto quien intente menoscabarla. No obstante, séanos lícito preguntar con el respeto debido en qué consiste la virtud especial del número catorce para que así se la encomie y alabe y ponga por sobre la



que puedan tener otros. ¿Consiste tal vez en que sea el primer múltiplo de siete? ¿Se relaciona esto de algun modo con la institucion del Sabbat? Sus propiedades tan singulares, ¿se relacionan con el órden de las rimas? Por desgracia, los sonetos de Shakspeare diferian tanto, bajo este respecto, de los del Petrarca, como de la estrofa empleada por el Ariosto ó por Spenser. Pero dejémonos de insulseces y de naderias, que no en vano ha caido en ruinas el antiguo régimen de la crítica literaria, y no hemos de consentir que sobre ellas funden ciertos revolucionarios otro despotismo tan pedantesco y ridículo como el pasado. ¡Sería de ver que hubiéramos destronado á Aristóteles para someternos á semejantes dictaduras! Antes que pretender imponernos la ley, debieran recordar esos aficionados á sonetos que si el estilo de Petrarca no les place porque no encaja en el molde fantástico de perfeccion que se han trazado, tienen grandes obligaciones y respetos que guardar á sus poemas; porque sin él es más que probable que nunca nadie hubiera parado mientes en un ritmo para el cual promulgan ahora pragmáticas tan discretas y juiciosas, ni ellos se habrian deleitado tantas veces admirando versos y componiéndolos tan bellos como suelen salir de sus manos.

Antes de dar de mano á este trabajo, diremos algunas palabras en órden á los escritos latinos de Petrarca, respecto de los cuales, así él mismo como sus contemporáneos, tenian mejor opinion que de sus composiciones italianas. La posteridad,—y esto simplifica nuestro trabajo,—tribunal supremo de apelacion literaria, no sólo ha casado esta sentencia, sino es que lo ha hecho con expresa condenacion de costas; fallo que nos parece justo, porque

sería necesario que tuviéramos mucho en cuenta las circunstancias atenuantes de tiempo y lugar para que pronunciásemos juicio un tanto favorable sobre ellas. Necesario es considerarlas como plantas exóticas trasladadas á tierra extraña y cultivadas en malas condiciones, y sería por demas absurdo exigirles la savia fuerte y sana que anima las plantas indígenas, y que tendrían ciertamente en su clima propio. Petrarca imitó de una manera imperfecta el estilo de los autores latinos, y, en compensacion, no añadió á la lengua de los antiguos las bellezas y encantos de la poesía moderna: el ingenio y la tersura que admiramos en sus poemas italianos, al propio tiempo que los criticamos, faltan casi por completo en los primeros, y sólo á grandes distancias arrojan su luz sobre las tinieblas de *Africa*: las Eglogas tienen más animacion; pero sólo por cortesía se les puede dar el nombre de poemas, y nada hay en ellas de comun con cuanto ha escrito en su lengua materna sino es el eterno juego de palabras sobre Laura y Dafne: ninguna de estas obras, en fin, hubiera sido parte á colocarlo en el mismo rango que á Vida y á Buchanan. Sin embargo, cuando se le compara con los que le han precedido, cuando se tiene en memoria que iba delante de todos, á manera de explorador, y que en sus aventureras investigaciones fué el primero en percibir y en proponerse la resurreccion de la elegancia y de la pureza del lenguaje que hablaba el mundo antiguo, sentimos impulsos de colocarlo aún más alto que aquellos hombres que jamás lo hubieran excedido si no lo hubieran imitado.

Petrarca quiso reproducir la elocuencia filosófica de Ciceron del propio modo que la majestad poética de Virgilio. Su ensayo sobre la buena y la mala for-

tuna es una obra singular, extraña y escrita en buen estilo, sobre el modelo de las *Tusculanas* y en forma de diálogo. En cada escena se ve llegar un personaje, á quien ha sucedido algo bueno ó malo, que refiere su historia, sobre la cual un interlocutor, que viene á ser la razon personificada, le refuta, obra que no es difícil, porque el discípulo para defender su tésis se limita á repetirla con obstinacion singular, casi en iguales términos, por toda respuesta, á los argumentos de su antagonista. De esta suerte juzga Petrarca infinidad de causas, tantas, que sería difícil mencionar una manera de alegría ó de tristeza que no tenga su asiento en esta disertacion. Da excelentes consejos á uno que se promete descubrir la piedra filosofal, á otro que ha construido una grande y hermosa pajarera, y á otro que se recrea con los juegos y diabluras de su mono favorito. Las lecciones que da á los desgraciados son no ménos extrañas, porque parece creer que la cita de un precedente es consuelo que debe mitigar todos los dolores y amarguras posibles. «La ciudad ha sido tomada,» dice uno.—«Tambien fué tomada Troya,» responde su interlocutor.—«Mi mujer se ha escapado de casa,» dice otro.—«A Menelao le sucedió eso mismo dos veces,» le contesta. Acude un pobre hombre, todo triste y cariacontecido, y expone su cuita, que no es otra sino haber descubierto que el hijo que suponía suyo no lo es: «Duro es, dice el desdichado, haber vivido en tal engaño, educando y manteniendo al hijo de otro.»—«Eres hombre, le responde el mentor, citando el famoso verso de Terencio, y nada de cuanto concierne y toca á otro hombre debe serte extraño.» Tampoco se olvidan las calamidades materiales de la vida, y merece mencionarse una, entre varias, en la cual

se pretende persuadir de las ventajas inapreciables que resultan de tener sarna. Las invectivas contra un médico desgraciado, ó mejor dicho, contra la medicina, son más vivas y animadas. Petrarca se ocupó del caso en serio, y su mala voluntad contra la clase da ocasion á veces, y á vueltas de sus pederterías clásicas y escolásticas, á ciertas frases dignas de la segunda *Filípica*; Swift mismo le hubiera envidiado el capitulo sobre las *Causas de la palidez de los médicos*.

De todas las obras latinas de Petrarca, sus cartas son en general lo más conocido y apreciado, siendo mejores como composicion que sus ensayos. Pero su mérito es solo comparativo, porque en una coleccion epistolar tan considerable, redactada por persona tan eminente, durante el curso de una vida tan activa y vária como la suya, faltan apreciaciones completas en órden á la literatura, las costumbres y la política de su tiempo. A título de viajero, de poeta, de erudito, de amante, de cortesano y de perseguido, pudo dejar con esta ocasion un monumento imperecedero á la posteridad, en el cual viera la imágen fiel de su siglo; mas es lo cierto que quien examine su correspondencia fiado en tal esperanza, sufrirá un desengaño penoso, porque no hallará la menor cosa que caracterice la época ni el individuo de aquel entónces, sino una serie de temas que podrian emplearse en las aulas para uso de la juventud, como cualquiera otra coleccion de generalidades. Y sin embargo de esto, y de que ya escribiese de política, dirigiéndose al emperador ó al dux, ó lo hiciera á sus amigos particulares, se hacía indigesta su lectura á fuerza de citas y de nombres tan sonoros como los de Escipion y de Anaxágoras, el interes que excitaba su carácter era

tal, y se admiraba tanto su estilo epistolar, que no sin grandes tropiezos y dificultades llegaban sus cartas á poder de quien debia recibirlas; contrariedad que lamenta con fingido enojo y visible complacencia, haciendo como quien de véras se duele de la importuna curiosidad de los que tan á menudo abrian sus composiciones para leerlas y áun para apropiárselas.

Merece particular mencion la circunstancia de que de todas sus epístolas, las ménos hinchadas son las que escribió á gentes que habian ya pasado de esta vida ó no nacido aún. Nada más absurdo que la manía del Petrarca de redactar largas cartas de quejas á Ciceron y á Séneca; pero aparte de esto, esas son sus mejores producciones en este género literario, por la naturalidad del estilo que campea en ellas.

Su *Epístola á la posteridad* es la mejor de sus composiciones latinas, por lo sencilla, noble y patética, y hace tanto honor á su buen gusto como á su corazon, pudiéndose añadir que ningun escritor ha dejado acerca de sí mismo un testimonio que más grato sea á todos, abstraccion hecha de su aparente modestia.

Para concluir diremos, resumiendo en breves palabras cuanto queda expuesto, que las obras del Petrarca son inferiores á su talento y á su fama, y que las circunstancias que lo rodearon así fueron contrarias al desarrollo de su ingenio, como favorables á que su nombre alcanzara inmensa celebridad.

---

## ORADORES ATENIENSES.

---

«Vengamos ahora á los oradores famosos, á los antiguos oradores cuya elocuencia irresistible dominaba la altiva democracia y conmovia no solamente la Grecia, sino es la Macedonia y el trono mismo de Artajerges.»

MILTON.

No conoce otros límites la celebridad de los grandes autores clásicos que los que separan el salvaje del hombre culto y civilizado. Sus obras son patrimonio comun de todas las naciones cultas; sus modelos han sido la escuela de los pintores y de los poetas; en la mente de las clases ilustradas de Europa van unidos sus nombres de una manera indisoluble á todos los recuerdos escolares; y la veneracion que inspiran es tan grande, que áun los editores y comentadores que hacen los oficios más humildes en torno de ellos se ofrecen á nuestros ojos con el prestigio y el aparato de los magnates y grandes dignatarios que rodean y acompañan á los príncipes

soberanos. De aquí que nos parezca extraño el que se haya pensado tan poco en estudiar sus obras con arreglo á los principios filosóficos de la sana crítica.

Si recurrimos á los autores antiguos, nos sirven de muy poco para el caso; porque cuando entran en detalles pecan de trivialidad, y cuando tratan de generalizar se tornan confusos. Fuerza es, sin embargo, hacer una excepcion en favor de Aristóteles, porque así en el análisis como en la combinacion de las ideas fué incomparable, y nunca ningun filósofo ha poseido en igual proporcion que él ni el talento de reducir los sistemas establecidos á sus primitivos elementos, ni el de coordinar en sistemas armoniosos fenómenos aislados. Arquitecto del caos intelectual, llevó la luz allí donde tenian asiento las tinieblas, y el orden donde imperaba el descencuerto y la anarquía, y el vigor y la amplitud de miras á las investigaciones literarias; obra que han de agradecerle las ciencias físicas y metafísicas. Y tan excelentes y superiores son los principios fundamentales de su crítica, que para no poner más de un ejemplo diremos que la doctrina establecida y enseñada por él, y en la cual se declara que la poesía es arte de imitacion, ha venido á ser para los críticos que la comprenden lo que la brújula para el navegante, pues con ella bien puede aventurarse á lejanas expediciones, y sin ella necesario es que no se aparte mucho de las costas sin riesgo de perderse en la inmensidad, no teniendo más norte que le guie, sino la luz vacilante de alguna estrella entre las innumerables que pueblan la bóveda celeste; verdadero descubrimiento que trasformó un capricho en ciencia.

Mucho valen las proposiciones generales de Aris-

tóteles; pero el mérito del edificio no guarda proporcion ninguna con el de sus fundamentos. En parte debe ser esto atribuido al carácter del filósofo, el cual, áun cuando era propio á realizar cuanto dependiera de las facultades del análisis y de la combinacion, no parece haber tenido gran dosis de imaginacion y de sensibilidad. Tambien contribuyó á esto en parte la falta de materiales; que las grandes producciones del humano ingenio no eran entonces lo suficientemente numerosas y variadas para consentir, á quien quiera que fuese, acometer la empresa de un código completo de legislacion literaria; y aquel que pretendiera que un crítico imaginase géneros y modos de composicion que no existieran en su tiempo, y que investigara sus principios, demostraria tan poco juicio como Nabucodonosor al pedir á sus magos que le dijeran qué habia soñado, y despues que le explicasen el sueño.

A pesar de este defecto, es Aristóteles el crítico más profundo é ilustrado de los tiempos antiguos. Dionisio distaba mucho de poseer la misma delicadeza exquisita y la misma elasticidad, por decirlo así, de ingenio; pero tuvo á su alcance mayor número de obras, y además se consagró con aficion casi exclusiva al estudio de la literatura elegante: de aquí que sus juicios sobre asuntos particulares sean superiores á sus principios generales; como que Dionisio fué el historiador, y Aristóteles el filósofo de la literatura.

Quintiliano aplicaba á la literatura en general los principios que tenía costumbre de aplicar á las declamaciones de sus discípulos. Su preocupacion es la retórica, y la suya no es por cierto del orden más elevado. Habla friamente de las obras incomparables de Esquilo; admira sobre toda ponderacion las



tragedias de Eurípides, que son minas inagotables de lugares comunes. y hace de Homero poca cuenta, y lo examina no más que á título de orador. Lo era ciertamente, y bueno y grande; pero nada es tan notable en sus obras como el cuidado con que somete sus talentos oratorios al servicio de la poesía. A nuestro parecer, no es Quintiliano un gran crítico en su propio terreno, porque por más justas que sean á veces sus observaciones y por más bellas que sean sus imágenes, muy luego descubren cierto sabor que les comunica la atmósfera de despotismo en que florecieron; defecto de que adolecen por lo general las obras del ingenio cuando se producen bajo idénticas influencias. Porque la elocuencia en los tiempos de Quintiliano ya no era otra cosa sino el aliño necesario á despertar en los tiranos, hastiados de adulacion, el gusto de oír un pánegírico, ó una distraccion para los grandes ó para las damas aficionadas al culto de las letras. Así es que para él la elocuencia es ántes un juego que no una guerra, un asalto en sala de armas, no un combate singular, preocupándose más de la gracia y soltura de la actitud, que del vigor y firmeza del brazo. Conviene reconocer, en descargo de Quintiliano, que Ciceron sancionó con harta frecuencia este error á vueltas de sus preceptos y ejemplos.

Longino, que parece haber tenido gran caudal de sensibilidad y mediano criterio, nos ha dejado elocuentes sentencias, pero no principios; y su tratado *De lo sublime* debiera más bien titularse *Sublimidades de Longino*, del propio modo que el *Esprit des Lois*, de Montesquieu, *De l'esprit sur les Lois*, como ha dicho alguno con sobrada razon. El origen de lo sublime constituye uno de los asuntos más curiosos é interesantes que puedan ocupar á los criticos, y

ha sido por esta causa objeto de grandes disputas, sostenidas con talento y habilidad, aunque sin éxito, por Burke y Dugald Stuart; pero Longino se exime y dispensa á sí propio de toda investigacion en órden á la materia, diciendo á su amigo Terenciano que él sabe respecto del particular cuanto pueda decirse, siendo muy de sentir que no comunicara Terenciano á su maestro una parte de su ciencia, toda vez que Longino se limita á manifestar que sublime vale tanto como elevado (1), y que aplica indistintamente la definicion incierta y vaga de la sublimidad así á la hermosa plegaria de Ajax, en la *Ilíada*, como á un pasaje de Platon sobre el cuerpo humano, en el cual pasaje abundan los juegos de palabras como en las odas de Cowley. El filósofo de Palmira carecia de reglas fijas, y por ende no hallaba la verdad sino es casualmente, y ántes que crítico era un aficionado de mucha fantasía.

Diversas causas han impedido á los escritores modernos llenar los vacíos que dejaron sus predecesores clásicos, siendo la primera que al verificarse el renacimiento de las letras nadie podia llegar á poseer conocimientos exactos de las lenguas antiguas sin asiduos y penosos trabajos prévios. Además, los estudios gramaticales y filológicos, sin los cuales no era fácil comprender las grandes obras del ingenio romano y ateniense, tienden á estrechar las ideas y á embotar la sensibilidad de los que se consagran á ellos con extremada perseverancia; que una inteligencia poderosa y activa, ocupada largo tiempo en tareas de esta índole, puede compararse al Genio gigantesco de las *Mil y una noches*, á quien lograron persuadir por su mala estrella de

---

(1) Ακρότης και ἐξοχή τις λόγων ἐστι τὰ ὕψη.

que se replegara y encogiera de tal suerte, que pudiese caber dentro de la copa encantada, y el cual, una vez cerrado en su prision no pudo salir de los estrechos límites á que habia reducido su estatura; pues cuando los medios han absorbido largo tiempo la atencion se sustituyen naturalmente al fin. Decia Eugenio de Saboya que los más grandes generales eran, por lo regular, aquellos que habian llegado repentinamente al mando supremo, y aprendido las grandes operaciones de la guerra sin pasar ántes por las evoluciones pequeñas que preocupan tanto á los oficiales de rango inferior. En literatura sucede lo propio, y los que no han practicado mucho el oficio de disciplinar sílabas y partículas, son, en general, los que mejor comprenden la gran táctica de la crítica.

Recordamos haber notado en los *Anas* frances un ejemplo singularísimo de lo que acabamos de enunciar. Es el caso que un erudito, tal vez de mucha cuenta, recomienda el estudio de no sabemos qué voluminoso tratado latino sobre la religion, las costumbres, el gobierno y la lengua de los antiguos griegos, «porque, dice, en él se hallará cuanto hay de más importante en la *Ilíada* y en la *Odisea*, sin tomarse el trabajo de leer libros tan enojosos.» No advertia el buen hombre al dar este consejo que la ciencia, á la cual daba tanta importancia, no tenía otro mérito que el de explicar los poemas que despreciaba, y que para cualquiera otro objeto sería tan inútil como la mitología de los Cafres ó el vocabulario de Otaiti.

De cuantos eruditos se han consagrado enteramente á la crítica de las palabras, pocos han tenido éxito, porque como las lenguas antiguas ejercen generalmente influencia mágica sobre las facultades

des, casi todos «han sido víctimas aprisionadas en estrecho círculo por arte de las evocaciones griegas.» La *Iliada* y la *Odisea* no eran libros, sino curiosidades para ellos, ó mejor dicho, reliquias, y las admiraban por devocion, no por su mérito, como acontece á los buenos católicos con la casa de la Virgen María en Loreto. Todo lo clásico era bueno, y por tal manera, Homero, gran poeta, y Calimaco tambien, y las cartas de Ciceron incomparables, y las de Falaris lo mismo; y cuando se trataba de comparar pruebas, caian en idéntico error, porque la autoridad de todos los escritos griegos y latinos era igual para ellos y tenía la misma fuerza, sin advertir que un espacio de quinientos años ó una distancia de quinientas leguas podia ser parte muy eficaz á influir en la exactitud de una narracion, y que Tito Livio podia ser historiador ménos verídico que Polibio, ó que Plutarco debia saber ménos de los amigos de Xenofonte que Xenofonte mismo. Engañados por la distancia, parecian creer á todos los clásicos contemporáneos unos de otros, del propio modo que vemos en Inglaterra muchas gentes persuadidas de que cuantos habitan las Indias son vecinos, verbigracia, los de Calcutta y los de Bombay. Abrigamos confiados la esperanza de que no sobrevenga una nueva invasion de bárbaros en Europa; pero estamos persuadidos tambien de que, si tan terrible calamidad nos asolara segunda vez, los Rollins y los Gillies de entónces compilarian una flamante historia de Inglaterra basada en los *Jefes escoceses* de miss Porter, las *Vacaciones* de miss Lee y las *Memorias* de sir Natanael Wraxall.

Tiempo es ya de examinar la literatura antigua de modo diferente, sin pedantescas preocupaciones, pero teniendo en cuenta la diferencia de las cir-

cunstancias y de las costumbres; y como nada está más léjos de nosotros que pretender hallarnos en posesion de la ciencia y del talento que requiere la empresa, no pensamos ofrecer al público sino es una serie de observaciones aisladas sobre esta parte tan interesante de la literàtura griega.

El ingenio humano se halla sujeto á las mismas oscilaciones del comercio: la oferta guarda relacion con la demanda, y así, el producto aumenta ó disminuye segun las necesidades del mercado. Por eso la rara perfeccion que alcanzó en Atenas la elocuencia, debe principalmente ser atribuida al influjo que ejercia entre los griegos; que en tiempos agitados y tempestuosos, bajo instituciones esencialmente democráticas, en el seno de un pueblo que habia llegado ya á la perfeccion de cultura necesaria para que sus hombres fueran susceptibles de repentinas y fuertes emociones, de razonar con facilidad aunque con poca solidez, de pasiones vehementes, aunque de inciertas ideas en órden á los principios, y admiradores de la elocuencia, el arte sublime de la oratoria tenía que recibir estímulos muy fuertes y eficaces. Así se explica tambien que jamás se haya producido nada más perfecto y acabado en este género que las mejores arengas atenienses.

El Dr. Samuel Johnson tornaba siempre el buen gusto y los conocimientos del pueblo ateniense en asunto de burlas y desprecios; y como no llegó á conocer de la literatura griega sino es los libros aquellos que son usuales y corrientes en las aulas, ni supuso en sus lectores más ni mejor criterio del que tienen los alumnos, con la vanidad y la arrogancia que lo hace parecer á los ojos de la posteridad, á pesar de su talento y de sus virtudes, como

el hombre más ridículo de la historia literaria, contrajo la costumbre de afirmar que Demóstenes se dirigía á un puebío de bárbaros, y que la civilizacion no existió ántes del establecimiento de la imprenta. Johnson fué observador sagaz, pero muy limitado, de la humanidad, y confundió siempre la naturaleza humana en general con las circunstancias particulares que la modifican. Sus observaciones sobre la sociedad en que vivia son admirables; pero Lóndres era para él cuanto hubiera en el mundo; y viendo que la ignorancia del inglés que no sabe leer excede á la ponderacion, concluia que los griegos, cuyo caudal bibliográfico era casi nulo, debian ser forzosamente tan bárbaros como los carreteros de su tiempo.

Parécenos, por el contrario, que en punto á inteligencia, considerado en su conjunto el pueblo bajo ateniense, reunia más caudal de ella que las clases idénticas de las sociedades que se han formado despues; y bueno es, para comprender esto mejor, tener presente que todos los ciudadanos eran legisladores, soldados y jueces, y que la suerte del Estado tributario más opulento ó del hombre público más esclarecido dependia de su voto; que las ocupaciones ínfimas y manuales, ya sea en la agricultura, ya en el comercio, se dejaban á los esclavos por regla general; que la república proveia en sus necesidades á los ciudadanos desgraciados, y les facilitaba descanso y distraccion, y que si los libros no abundaban, eran buenos, en cambio, los que habia y conocidos de la generalidad: que no tanto se adquieren los conocimientos y se forma mejor el criterio foliando bibliotecas enteras, como leyendo con repeticion y estudiando sesuda y reflexivamente algunos grandes modelos. Hoy dia los literatos se ven condena-

dos á leer muchos libros que olvidan luego al punto, y otros más que nada les enseñan, ni merecen la pena de recordarse, ocupando las buenas producciones del ingenio la menor parte de su tiempo. Del famoso Demóstenes cuentan que copió seis veces la historia de Tucídides; si hubiera sido un jóven de nuestra época, ocupado en la política, en el mismo espacio de tiempo habria recorrido periódicos y folletos en cantidad prodigiosa. No condenamos con esto el actual sistema de estudios; harto vemos que el modo de ser presente lo hace necesario; pero dudamos mucho de la eficacia de los cambios realizados para mejorar nuestra condicion, y, al contrario de los admiradores de las instituciones modernas, creemos que ántes son aparentes que no reales y efectivos para conseguir este fin. Dicen que M. de Rumford propuso al elector de Baviera un proyecto que tenía por objeto alimentar á su ejército con ménos gasto, y que consistia el secreto en hacer mascar mucho el rancho á los soldados, porque, segun el inventor de esta novedad, una parte muy pequeña de vianda en estas condiciones nutre más que manjares succulentos devorados con precipitacion. Ignoramos si el proyecto de M. de Rumford fué acogido como merecia; pero estamos persuadidos de que, tratándose de la inteligencia, más vale digerir una página que no devorar un infolio.

Por lo demas, los libros no representaban el principal papel en la educacion de los ciudadanos atenienses, como podemos ver si nos trasladamos con el pensamiento á su admirable ciudad. Imaginemos que nos hallamos en ella en los tiempos de su mayor grandeza y poderío: la multitud se agolpa junto á un pórtico y contempla con admiracion su cor-

nisa: Fidas está en lo alto colocando un friso cincelado por él. Entramos por una calle: un rapsoda recita; hombres, mujeres y niños lo rodean curiosos y anhelantes, y estrechan cada vez más el círculo en que se mueve; la emoción del auditorio es grande, las miradas no pierden un solo movimiento del actor, las respiraciones se contienen para escuchar, las mujeres se afligen y lloran, el rostro de los hombres se contrae: es que relata la escena tan terrible aquella en que Príamo cayó de rodillas á los piés de Aquiles y le besó las manos, manchadas todavía de la sangre de sus hijos. Llegamos á la plaza pública; Sócrates, rodeado de gran número de jóvenes que lo escuchan, disputa con el famoso ateo de Jonia, y en corto espacio lo hace contradecirse en los términos mismos de su razonamiento. Pero hé ahí que una voz nos interrumpe: es el heraldo que grita: «¡Paso á los Pritáneos!» La asamblea se reúne. Llegan el pueblo de todos los extremos de la ciudad. Se oye la pregunta de «¿quién quiere hablar?» Aplausos unánimes y atronadores resuenan ensordeciendo el aire; luego se hace un silencio sepulcral en todo el recinto: Periclés sube á la tribuna. De allí va el pueblo á asistir á una tragedia de Sófocles; mas tarde, los escogidos se dirigen á casa de Aspasia. No sabemos que exista en los tiempos modernos universidad ninguna que posea tan brillante programa de enseñanza.

Cierto es que los conocimientos y las opiniones que así se adquirían y formaban, corrían riesgo de ser defectuosos bajo algunos aspectos. Las proposiciones que se sientan en un discurso, resultan en la generalidad de los casos de una manera parcial de considerar las cuestiones y de que sea imposible consagrarles el tiempo necesario para corregir-



las; del propio modo los hombres que tienen el dón de la palabra practican sin cesar un género de exageracion y de sofistica animada que los engaña, así como á su auditorio, en el primer momento; y así vemos que doctrinas que no pueden resistir al exámen más superficial, triunfan en los salones, en los ateneos y aún en las asambleas legislativas y los tribunales. Dispuestos estamos á no atribuir á otra causa que al sistema de enseñanza de los atenienses, que se lograba por medio de la conversacion, la flojedad extrema de sus razonamientos, defecto que más principalmente se advierte en la mayor parte de sus obras científicas. Tanto es así, que el ménos lógico de los escritores modernos sonreiria con lástima considerando los pueriles sofismas que parecen haber causado maravilla á los más grandes sabios de la antigüedad. Sir Tomas Lethbridge se asombraria de la economía política de Xenofonte, y el autor de las *Soirées de Saint Pétersbourg* se avergonzaria de emplear algunos de los argumentos metafísicos de Platon. Pero las circunstancias que retardaban el progreso de la ciencia eran singularmente favorables al desarrollo de la oratoria, y gracias al hábito contraído en la más temprana juventud por los atenienses de discutir con calor, aquellos que se hallaban dotados de inteligencia lograban adquirir la prontitud de recursos, la fluidez de palabra y el conocimiento del carácter y de las pasiones de su auditorio, que interesan aún y convienen más al orador que no la fuerza de la lógica.

Horacio comparó los poemas á los cuadros, cuyo efecto cambia y se muda segun el espectador se coloca para verlos, y la misma observacion puede aplicarse con idéntica justicia á la elocuencia. Por-

que los discursos es necesario leerlos, poniéndonos en el caso de aquellos que los oyeron pronunciar; pues de lo contrario nos parecerá que chocan con las reglas del buen gusto y de la razon, del propio modo que si consideramos una pintura á mala luz se nos antojará, en vez de cuadro trazado con arte, cartel pintarrajado de cómicos de la legua; circunstancia que olvidan sin cesar los que critican las producciones del arte oratorio, al leer descansadamente, haciendo alto en cada línea, examinando y analizando cada argumento, y olvidando que el auditorio, al seguir al orador, iba, no tanto llevado como arrastrado por él con demasiada rapidez para apercibirse de los errores en que incurria, y de que carecia del tiempo material necesario para descubrir los sofismas ó percibir las inexactitudes de lenguaje; primores artísticos, en suma, de razonamiento y de lenguaje que hubieran sido como si no fueran para ellos. Estos críticos nos hacen el efecto de aquellos que toman en las manos un microscopio para examinar un panorama, y que exigen á los pintores escenógrafos la maravillosa y prolija perfeccion que tanto admira en los cuadros de Gerardo Dow.

El arte oratorio ha de juzgarse con sujecion á principios diferentes de los que se aplican á otras producciones del ingenio humano; que si la verdad es el fin de la filosofía de la historia y el de esas obras que se llaman de imaginacion, pero que tienen con la historia el parentesco que el álgebra con las matemáticas, y el mérito de la poesia bajo todas sus formas consiste asimismo en su verdad, en la verdad que lleva á la inteligencia, no directamente por medio de las palabras, sino de una manera indirecta con el auxilio de la imaginacion y de las

- asociaciones de ideas que le sirven de hilos conductores, sólo el arte oratorio tiene por objeto la persuasión, no la verdad. El aplauso de las gentes no es parte á que se considere á este poeta ó á aquel filósofo superiores á cualesquiera otros poetas ó filósofos. No así en lo que se refiere al orador, cuyo criterio es diferente, porque si agota en su discurso toda la filosofía de un asunto dado, y despliega todas las galas de estilo que sean imaginables, y no consigue producir efecto en el auditorio, podrá ser filósofo profundo, eminentísimo estadista, consumado maestro en el arte de bien decir; pero no será orador; no haciendo blanco, poco importa que sea el tiro alto ó bajo.

La gran suma de libertad de imprenta que goza la Inglaterra ha destruido entre nosotros esta distincion, dejándonos muy poco de lo que llamaremos elocuencia propiamente dicha, toda vez que nuestros oradores, así parlamentarios como forenses, no tanto se dirigen al auditorio cuanto á los taquígrafos de los periódicos, teniendo más en cuenta la multitud de los lectores, que no el pequeño número de los oyentes. En Atenas no acontecia así, y el objeto único, exclusivo del orador era persuadir en el acto mismo de pronunciar su arenga. Por eso, si hemos de apreciar con rectitud y verdad el mérito de los oradores griegos, necesario es colocarse cuanto más sea posible en el caso de sus oyentes, despojándose de la manera de ser moderna, y penetrándose de las preocupaciones y de los intereses de los ciudadanos atenienses; y estudiando sus obras de esta suerte, comprenderemos y nos explicaremos la razon de muchas cosas que nos producen el efecto de lunares, verbigracia: la frecuente infraccion de las reglas de la prueba, la

introduccion en el discurso de asuntos extraños á la materia sobre la cual versa, las alusiones á cosas y á hechos políticos en negocios judiciales, las afirmaciones aventuradas, las súplicas vehementes, las invectivas furiosas, todo lo que demuestra, en fin, la prudencia y habilidad de aquellos tribunales. No debemos, pues, fijarnos maliciosamente, ni detenernos con escrúpulo en el exámen de ciertos argumentos y frases, sino ceder á las primeras impresiones; porque si es indispensable leer mucho y reflexionar más para poder apreciar con equidad cualesquiera otras obras literarias, aquellas cuyo mérito consiste en el efecto instantáneo que nos producen, débense aquilatar de igual manera, en nuestro concepto, para que sea más exacto y oportuno el juicio formado.

La historia de la elocuencia en Atenas es por extremo interesante. De muy antiguo abundaron en ella los grandes tribunales: Pisistrato y Temístocles debieron, á lo que se dice, mucha parte del influjo que ejercieron á sus dotes oratorias; de Pericles sabemos positivamente que fué hombre dotado de la más extraordinaria elocuencia, y Tucídides nos ha conservado la parte más esencial de algunos discursos suyos. Es indudable que un escritor de tanta cuenta como él habrá transmitido con fidelidad la relacion de los argumentos, aunque no la forma, que tan principal papel representa en la oratoria, porque como ningun valor tenía para la narracion, es evidente que no trató de conservarla; así es que cuantas oraciones trascribe sobre varias materias y pronunciadas por diversos personajes, tienen el mismo corte; siendo idéntica en la forma, y ésta no la más adecuada por cierto á los efectos oratorios, la que pronuncia el grave rey de Esparta, á la del dema-

gogo ateniense, y la del general que arenga sus tropas á la del cautivo que pide cuartel. La manera de Tucídides, singularmente elíptica en el razonamiento, tiene ilacion perfecta; pero á las veces hace el efecto de ser incoherente, y su sentido, difícil de penetrar y nebuloso de suyo, se torna más oscuro por obra del estudiado laconismo y de la marcada inclinacion que demuestra por las antítesis. Cuantos se hallan algo versados en literatura inglesa habrán observado ciertamente que el sentido está más condensado en los versos de Pope y de sus imitadores, que nunca se permitieron continuar el mismo miembro de frase de un dístico á otro, que en los de aquellos que se permitieron esta licencia. Porque todas las divisiones artificiales cuando se marcan fuertemente y se repiten á menudo tienen la misma tendencia, y la expresion natural y clara que se ofrece al espíritu de una manera espontánea, puede negarse á revestir esta forma, siendo entónces necesario amplificarla, debilitándola, ó reducirla hasta darle una densidad impenetrable. Quien tenga disposiciones literarias preferirá naturalmente lo último, y tal es el caso de Tucídides.

Excusado parece decir que la mayor parte de sus discursos no han podido pronunciarse, siendo esta una de las mayores dificultades de la lengua griega, porque los oyentes atenienses los hubieran encontrado tan poco inteligibles como los lectores modernos. Tanto es así, que Ciceron, que conocia la lengua y la literatura griega tan perfectamente como el ateniense más instruido, y que ocupó un lugar de preferencia entre los autores de aquel país, advierte y reconoce esta misma oscuridad; la cual, en lo que respecta á los lectores modernos, consiste más en el razonamiento que no en las pala-

bras, y para estudiarlo y comprenderlo, ántes se necesita percepcion muy clara que buenos diccionarios. Por otra parte, son estos discursos tanto más preciosos al helenista, cuanto que sirven á poner en su verdadera luz, mejor que ninguna otra obra, los recursos de la lengua más hermosa del mundo; y preciosos tambien al filósofo, porque descubren la moral y las costumbres de una época interesante por extremo, y porque abundan en ideas justas y en expresiones enérgicas. Sin embargo, no sirven para dar idea exacta del mérito de los primeros oradores atenienses.

Aun cuando es indudable que ya ántes de la guerra con los Persas, Atenas habia producido algunos oradores de cuenta, el período más floreciente de su elocuencia no fué por cierto el de su mayor grandeza. Este período glorioso comienza con el fin de la guerra del Peloponeso, porque, á decir verdad, los progresos que hizo en Atenas el arte oratorio en el camino de la perfeccion, fueron contemporáneos de la decadencia del carácter y de la preponderancia nacional. En los tiempos aquellos tan remotos, cuando la pequeña república alcanzaba sus victorias más memorables, cuya fama, á pesar de haber trascurrido veinticinco siglos llenos de acontecimientos, sigue siendo incomparable, la elocuencia estaba en la infancia entre los griegos. Vino luego la opresion, la tiranía y el saqueo; exacciones incalificables, venganzas atroces, muchedumbres airadas y embravecidas, y actos de tiranía consumados por los grandes, cubrieron de sangre y duelos las Cyclades; islas enteras quedaban despobladas en un solo dia bajo la segur; el arado trazaba surcos por sobre las ruinas de grandes y hermosas ciudades, y la república vencedora enviaba

sus hijos á miles á las canteras de Siracusa, ó á ser pasto de los buitres de Ægospótamos, viéndose al cabo reducida, á fuerza de matanzas y desolaciones, á prosternarse á los piés de su enemigo y á rescatar la vida á cambio de su dominacion y de sus leyes. Durante aquellos años lamentables y desastrosos, la oratoria se perfeccionaba; y cuando el carácter moral, político y militar del pueblo quedó completamente abatido y degradado, cuando el virey de una monarca macedónico daba leyes á la Grecia, entonces fueron testigos los tribunales de Atenas de la más admirable lucha de elocuencia que haya tenido jamás lugar en el mundo.

No creemos sea difícil atribuir causas á este fenómeno. La division del trabajo influye así sobre las producciones del orador, como sobre las del artesano. Los antiguos observaban que los pentatlétes, que se consagraban á ejercicios diferentes, si no podian rivalizar con los pugilistas en el uso de la manopla, ó con los corredores de oficio en las carreras del estadio, les aventajaban en salud y fortaleza. Lo propio acontece con la inteligencia, pues la superioridad de los conocimientos técnicos queda más que compensada con la inferioridad de nivel de aquella en general, y más aún cuando se trata de política, porque siempre han estado bien regidas las naciones por aquellos hombres que consideraban desde alto los negocios públicos y que poseian conocimientos generales sobre varios ramos, mejor que muy profundos acerca de uno solo. En Grecia, la union de los cargos políticos y militares en una misma persona contribuyó mucho al esplendor de su primera historia; despues de la separacion de atribuciones, los generales fueron más hábiles en el arte de la guerra y los oradores más elocuentes;

pero la raza de los estadistas decayó y acabó por extinguirse casi. Temístocles y Pericles no hubieran podido luchar con Demóstenes en la Asamblea, ni con Ificrates en el campo de batalla; pero se hallaban infinitamente mejor preparados y dispuestos para ejercer la direccion suprema de los negocios.

Los progresos del arte de la guerra y los del arte oratorio entre los griegos ofrecen coincidencia notable, pues marchan unidos cual si fueran de la mano hácia la perfeccion simultánea y por las mismas causas. Los primeros guerreros, como los primeros oradores de la Grecia, no eran otra cosa que milicia, y la experiencia vino á demostrar que en ambos empleos la práctica y la disciplina daban la superioridad (1). Cada una de estas ocupaciones fué pri-

---

(1) Muchas veces hemos pensado que debia de atribuirse á la circunstancia indicada en el texto uno de los sucesos más notables de la historia griega. Nos referimos á la decadencia silenciosa y rápida del poder de Lacedemonia. Poco despues de terminar la guerra del Peloponeso, comenzaron á declinar las fuerzas de Lacedemonia. Su disciplina militar, su constitucion social eran las mismas. Agesilao, bajo cuyo reinado comenzó á percibirse el cambio, era el más apto de sus monarcas. Sin embargo, los ejércitos de Esparta fueron derrotados entónces en las batallas, suceso que jamás se creyó posible en un principio. Todos convienen en que se batian bizarramente; pero no eran recompensados ya como en lo antiguo y cual estaban acostumbrados. Ningun historiador, al menos que sepamos, da solucion á este problema. A nuestro parecer, la verdadera causa de esto es la siguiente: los lacedemonios eran los únicos entre los griegos que tuvieran ejército permanente; y en tanto que los ciudadanos de las otras repúblicas se ocupaban en la agricultura y en el comercio, ellos sólo atendian al estudio de la disciplina militar. De aquí la inmensa ventaja que tenian sobre sus vecinos durante la guerra contra los persas y la del Peloponeso, ventaja que siempre tienen las tropas regulares sobre las milicias, y que perdieron cuando despues los de-



mero arte y despues oficio; y á medida que los profesores se hicieron más hábiles en su especialidad, fueron haciéndose ménos dignos de aprecio por el conjunto de su carácter; que habian adquirido su ciencia á demasiada costa para emplearla solamente con miras desinteresadas. Por tal manera olvidaron los militares que, ante todo, eran ciudadanos, y los oradores que, á su vez, eran tambien hombres de Estado.

No sabemos, por esta causa, con quiénes comparar á Demóstenes y á sus ilustres contemporáneos, sino es con aquellas tropas mercenarias que inundaron en su tiempo la Grecia, y que, por causas idénticas, fueron hace algunos siglos azote de las repúblicas italianas; soldados instruidos en su profesion, invencibles en los campos de batalla, poderosos para la defensa ó la destruccion; pero que defendian sin amor y destruian sin odio. Con todo, aunque despreciemos el carácter de estos *condottieri* políticos, al examinar detenidamente su sistema y su táctica, no podemos por ménos de maravillarnos de su perfeccion.

Teníamos el propósito, al comenzar el presente trabajo, de proceder á este exámen, estudiando separadamente lo que nos resta de Lysias, Esquines, Demóstenes é Isócrates, el cual, si bien más fué libelista que orador, merece, por muchos conceptos, ocupar un puesto en él; pero la extension que ya hemos dado á los prolegómenos y nuestras constantes digresiones nos fuerzan á dejar para otro momento la tarea de escribir sobre ese asunto; que

---

mas Estados comenzaron á emplear tropas mercenarias, que les fueron, probablemente, tan superiores como ellos á sus antagonistas hasta entónces.

las Revistas (y las líneas que preceden están destinadas á una de ellas) son la invencion más peregrina para los ociosos y los que se hallan abrumados de ocupaciones, pues ni hay obligacion de completar el plan propuesto en un principio, ni de ceñirse al asunto principal, ni nadie tampoco se toma la pena de censurar al autor por sus contradicciones, ni ménos áun por haber faltado á su compromiso: podemos ser superficiales, desaliñados é inconsecuentes, ir tan lejos como plazca á la fantasía y detenernos en el punto mismo que la fatiga se apodere de nosotros. Son las Revistas como esos ángeles que, segun la poética tradicion de los rabinos, nacen al amanecer de cada dia orillas del arroyuelo que corre por entre las flores del Paraíso, cuya vida es un arpegio y dura lo que la fragancia de las rosas, desvaneciéndose y como evaporándose despues; espíritus efímeros en nada semejantes al de Ituriel, el de la reveladora lanza, ni al del arcángel Miguel, el de la espada vencedora, y que solo aspiran á dos cosas: agradar y ser olvidados despues (1).

---

(1) Lord Macaulay no completó nunca este trabajo, dejándolo tal y como lo presentamos á nuestros lectores. Sin embargo, lo hemos traducido en nuestra lengua, como hicimos con el relativo á los *Dramáticos ingleses de la Restauracion*, porque, así en este último, á pesar de no comprender sino es dos de los cuatro estudios prometidos, como en el presente de los *Oradores atenienses*, á pesar de que sólo comprende los prolegómenos, por decirlo así, de obra más considerable sobre la materia, aparte de las bellezas que atesoran siempre las producciones del célebre historiador y eminente crítico inglés, se contienen apreciaciones y juicios por extremo interesantes en orden á las materias de que tratan; pudiendo decirse que los *Dramáticos*, tal y como se presenta, sólo con los estudios de Wycherley y de Congreve, da idea completa de la perversion

del teatro inglés y de las causas que la produjeron al ser reintegrados los Estuardos en el trono de que los arrojó la revolucion; del propio modo que las pocas páginas que consagra á los grandes maestros en el arte difícil de bien decir, y que termina de una manera tan inesperada, tan brusca y tan *humorística*, dan idea también del modo de ser propio de la elocuencia de Atenas y de sus causas; debiendo considerarse por esta razón y bajo este punto de vista como completos y acabados ambos ensayos. N. del T.

## OLIVER GOLDSMITH.

---

Uno de los escritores ingleses del siglo XVIII cuya lectura sea más amena y agradable fué sin duda Oliver Goldsmith. El cual era oriundo de familia protestante y sajona, de antiguo establecida en Irlanda, y que hubo de sufrir, como la generalidad de las familias protestantes y sajonas, todo género de persecuciones por parte de los naturales del país en las épocas de turbulencia y perturbacion. Su padre, llamado Cárlos, estudió en la escuela diocesana de Elphin, bajo el reinado de Ana; y como se prendara de la hija de su maestro, casó con ella. Más tarde, abrazó el estado eclesiástico, se fijó en Pallas, en el condado de Longford, y allí sostuvo, aunque con grandes dificultades, á su mujer y á sus hijos con los productos de su parroquia, y además con los de su labranza.

Oliver nació en Noviembre de 1728, en Pallas, aldea que se hallaba entónces, en todo lo concerniente á la vida práctica, tan apartada de la popu-

losa y espléndida capital en que Goldsmith pasó los últimos años de su vida, como puede ahora estarlo el bosque más lejano del alto Canadá ó de la Australia. Aun hoy día, los entusiastas que se aventuran á emprender una peregrinacion al pueblo en que nació el poeta de quien vamos á ocuparnos, necesitan hacer á pié la última parte del camino, como que se halla situado léjos de toda carretera y en un llano de aspecto triste, que se trasforma en pantano cuando viene la estacion de las lluvias, y que las sendas que á él conducen son tan malas, que darian al traste con cuantos carricoches y vehiculos de todo órden se emplearan en la empresa.

Cuando aún era muy niño Goldsmith, obtuvo su padre un curato de hasta doscientas libras esterlinas anuales de producto, en el condado de Westmeath, trocando con este motivo su familia la solitaria y triste cabaña por una casa espaciosa, situada orillas de la carretera, que por cierto era bastante frecuentada, y cerca de la aldea de Missoy. La criada le enseñó á leer, y cuando tuvo siete años, su padre lo envió á una escuela, cuyo magisterio ejercia un sargento retirado, y cuyas lecciones no pasaban de lectura, escritura y aritmética; pero, en cambio de un tan restringido programa de enseñanza, poseia el maestro un caudal inagotable de historias de aparecidos, duendes, magas y encantadores, más ó ménos relacionadas con las aventuras de Rapparee, de Baldearg O'Donnell y de Hogan el caballista, y con las proezas de Peterborough y de Stanhope, en Monjuich y la gloriosa rota de Brihuega. Demas de esto, aquel hombre era verdaderamente protestante, áun cuando pertenecia á la raza del país, y no sólo hablaba el irlandés, sino que podia improvisar en la misma lengua, circunstancias que influyeron en su

discípulo, despertando en él grande afición, que duró cuanto su vida, por la música irlandesa, y sobre todo por las composiciones de Carolan, á quien oyó ejecutar en el arpa algunos de sus posteriores acordes. No estará demas decir que áun cuando Goldsmith era inglés de nacimiento y estaba ligado á la Iglesia establecida con fuertes vínculos, nunca demostró la menor antipatía, y ménos aún el desprecio que la minoría protestante vencedora empleaba generalmente á la sazón en Irlanda con la mayoría católica vencida. Y como, por otra parte, distaba mucho de participar de las opiniones y sentimientos de la casta á la cual pertenecía, tomó aversión á lo que sus padres calificaban de gloriosos é inmortales recuerdos, y sostuvo siempre, áun hallándose Jorge III en el trono, que solamente la restauracion de la dinastía derrocada podia salvar la patria de su ruina. }

Escasamente contaria nueve años Oliver cuando dejó los bancos de la humilde escuela del veterano para concurrir á otras clases de segunda enseñanza y comenzar el estudio de las lenguas antiguas. Mucho distaba de ser feliz entónces. Admás, á juzgar por el admirable retrato que de él existe en Knowle, sus facciones eran duras y desgraciadas, esto sin contar el estrago que hicieron en ellas las viruelas, la pequeñez de su estatura y su mala conformacion; y como los muchachos suelen ser poco indulgentes con los defectos fisicos, y la persona del pobre Oliver excitaba tanta más risa entre sus compañeros cuanto más inocente y cándido se mostraba y más propenso y fácil en cometer equivocaciones y faltas, propension que conservó siempre, fué blanco de todas las burlas, objeto constante de menosprecio, y rigor de las desdichas escolares, así de parte de los

maestros, que lo castigaban con inusitado rigor por la más leve cosa, como de sus condiscipulos, que lo zaherian y le jugaban malas pasadas sin cuento. Andando el tiempo y cuando hubo llegado á la celebridad, aquellos mismos que tanto lo atormentaron de la manera que dejamos dicha, buscaron con afan en su memoria y evocaron todos los recuerdos de su infancia, y citaron respuestas y copillas suyas de la época en que tan malos tratamientos le hacian sufrir, como indicios precursores del talento que produjo el *Vicario de Wakefield* y la *Aldea desierta*.

A los diez y siete años entró Goldsmith en el colegio de la Trinidad, de Dublin, en clase de *sizar*, los cuales nada pagaban por la manutencion ni las clases, sino es muy poco por el alojamiento; pero, en cambio, y en aquella sazón, porque luego se abolió la costumbre, debian prestar ciertos servicios domésticos, tales como barrer, sacudir el polvo y servir á la mesa de los colegiales de rango nobiliario y de posición elevada, mudándoles los platos y ejerciendo el oficio de coperos de sus condiscipulos. Instalaron á nuestro Goldsmith en una buhardilla en compañía de otro, y aún se ve, no sin benévolo interes, su nombre trazado de su mano con diamante en uno de los cristales de la ventana del exíguo y humilde aposento. Algunos hombres de no tan claro talento como el suyo hicieron su primera etapa en lugares parecidos ó peores, para llegar despues á ser cancilleres de la corona ó prelados; pero Goldsmith no supo nunca sacar provecho alguno de sus aptitudes, aunque sí sufrió todas las humillaciones que le impusieron sus defectos. En el colegio descuidó los estudios, sacó malas notas, recibió castigos por haber hecho bufonías en

plena cátedra, y por ensayar en un bedel una bomba de apagar incendios, y acabó por ser brutalmente apaleado de un profesor inexorable por cierto baile que dió en el sotabanco á compañeros calaveras y damiselas de Dublin.

Miéntras Oliver hacía la vida y los progresos que dejamos apuntados, entre la pobreza y la disipacion, murió su padre, dejando poco haber á la familia. Por entónces obtuvo su título de bachiller, y abandonó la Universidad, reconociéndose algun espacio á la humilde vivienda á que se retiró su madre despues de quedar viuda. Contaba veintiun años á la sazón, y por más que le fuera preciso consagrarse á una profesion con qué ocurrir á sus necesidades, sus estudios y su estancia en Trinity College parecian no haberle despertado más aficiones que las de vestirse de colores llamativos, jugar á las cartas, cantar aires irlandeses, tocar la flauta, pescar con caña en verano y contar historias de duendes y aparecidos al amor de la lumbre en el invierno. Ensayó sucesivamente, aunque en vano, cinco ó seis carreras, y fué la primera la de la Iglesia. Al efecto se presentó al obispo solicitando las órdenes; mas como fuese á visitarlo vestido de color escarlata, el prelado lo desahució en el acto. Luego fué preceptor en una casa rica, y á poco perdió el empleo á consecuencia de una disputa sobre juego. Determinó entónces de irse á América, propósito que á su familia pareció inmejorable, y así, ántes de que mudara de opinion, lo habilitaron y proveyeron de lo necesario, y salió de su casa camino de Cork montado en un buen caballo y con tres mil reales en el bolsillo. Al cabo de seis semanas, y cuando todos lo creian navegando en el Océano, lo vieron volver caballero en mal rocin y limpia la bolsa. Ex-



plicó entónces el fracaso diciendo á su madre que el barco en que habia tomado pasaje se hizo á la mar miéntras él se divertia en una gita campestre. En vista de esto, y de que decidió estudiar leyes de allí á poco, un pariente generoso le dió hasta cinco mil reales para ir á la universidad de Dublin. Llegado que hubo, lo perdió todo al juego. Pensó despues en la medicina; lo proveyeron; fué á Edimburgo cuando ya frisaba en los veinticuatro años; permaneció allí diez y ocho meses, asistiendo por fórmula y de tarde en tarde á las áulas, y tomando con esto algunas nociones superficiales de química y de historia natural; de allí se trasladó á Leyde, siempre con el pretexto de seguir la carrera, y al fin, á los veintisiete años de edad, abandonó aquel colegio famoso, el tercero en que hubiera estudiado, sin graduarse, sin sufrir un solo exámen, y sin más ciencia que muy vagas nociones de la medicina, ni más haber que la ropa puesta y una flauta. Poco era; pero aquella flauta le prestó graudísimos servicios, pues merced á ella viajó por Flandes, Francia y Suiza, tocando para que danzaran los campesinos y aldeanos, y ganando de esta suerte la vida. Así llegó hasta Italia; y aunque su talento musical no fué del gusto de los naturales del país, no le faltaron limosnas con que remediarse á la puerta de los conventos. Bueno es hacer notar de paso que no deben aceptarse sino es con reservas mentales las historias que Goldsmith ha referido acerca de esta parte de su vida, porque, como la estricta verdad no se contó nunca entre sus virtudes, hay que desconfiar de todo lo que dice, y más aún cuando trata de viajes. Bastará que citemos un ejemplo de lo poco que se curaba de la exactitud, diciendo que en uno de sus libros da cuenta de cierta

plática entre Voltaire y Fontenelle, habida en Paris, y á la cual pretende haber asistido, estando probado que Voltaire se hallaba á más de cien leguas de Paris cuando Goldsmith viajaba por el continente.

El año 1736 vió desembarcar en Dover á nuestro vagabundo sin un *schilling*, sin un amigo y sin más profesion ni oficio que el ya conocido de flautista. Cierto es que traia, él lo declara por lo ménos así, aunque sin demostrarlo, un título de doctor en medicina por la universidad de Padua; pero esto era como si no fuese, y de nada podia servirle en Inglaterra, ni tampoco la música, razones que le pusieron en el trance duro de recurrir á una multitud de estratagemas á cual más desesperada. Se hizo cómico de la legua; mas su rostro y su traza no eran para el oficio, y hubo de renunciar á él. Entró de mancebo de botica, y pasó algun tiempo machacando drogas y llevando frascos y botes de una parte á otra; de allí fué á ingresar en una cuadrilla de mendigos que tenía su cuartel general en Axe-Yard; luego entró de profesor en una escuela; cansado de sufrir humillaciones y miserias, trocó aquel estado por el de mozo de un librero, creyendo mejorar; pero de allí á poco volvió á ejercer el magisterio, aunque no por largo espacio, y pretendió y obtuvo plaza de médico al servicio de la Compañía de las Indias, destino que perdió en seguida, sin que haya podido averiguarse la causa, si bien es fácil presumir que sería por no hallarse en condiciones de ejercerlo, por más que él guarde profundo silencio acerca del particular. Andando el tiempo, se presentó á exámenes de practicante y salió reprobado; y como por entónces muriera el farmacéutico en cuya oficina ganaba por todo salario mesa y cama, Goldsmith no tuvo más recurso que condenarse á

trabajos forzados literarios. Alquiló, al efecto, una buhardilla lóbrega y triste, cuya escalera interminable, sucia y baja de techo, arrancaba en un patio de aspecto sombrío. El patio y la escalera de *Fleet Ditch* han desaparecido hace mucho tiempo; mas los ancianos de aquel barrio los recuerdan todavía. En aquel calabozo comenzó á trabajar Goldsmith á la edad de treinta años como un galeote, despues de los azares y aventuras de su anterior y mísera existencia.

Durante los seis años que siguieron, hizo imprimir algunas obras que han logrado sobrevivir y otras muchas que se han olvidado por completo: escribió artículos de revista y de periódico, libros que, adornados de pésimas estampas y con cubiertas multicolores, ó de papel dorado, aparecian para uso de los niños en el escaparate de una tienda, célebre otro tiempo, que se hallaba situada no léjos del cementerio de San Pablo; una *Investigacion acerca de la literatura europea*, que siempre se reimprime con sus obras sin merecerlo; la *Vida del Beau-Nash*, que nunca se reimprime aunque lo merece; una *Historia de Inglaterra*, superficial é incorrecta, pero de buena lectura, y que pareció en forma de cartas dirigidas por un grande á su hijo, y un *Bosquejo de la sociedad de Lóndres*, lleno de vida y de gracia, en varias cartas de un supuesto viajero chino á sus amigos; escritos anónimos todos ellos, pero cuyo autor comenzaba ya entre los aficionados á ser conocido y estimado, principalmente de los editores y libreros que le daban trabajo, logrando así hacerse popular en la verdadera acepcion de la palabra. Y aun cuando ni la naturaleza ni la educacion lo habian preparado á investigaciones exactas ni á graves disertaciones, ni á derechas sabía

cosa ninguna, como que sus lecturas fueron siempre descosidas y no meditó nunca acerca de ellas, y que, aun cuando habia visto mucho, no habia observado ni retenido nada, sino es algun que otro personaje y algun que otro incidente grotesco que lograron llamarle la atencion, es lo cierto que supo sacar admirable partido de tan escasos materiales, pudiendo decirse que no ha existido tal vez escritor más ameno y de más agradable manera. Porque su estilo no sólo es natural, fácil y castizo, sino tambien vivo y enérgico cuando así conviene, y sus narraciones entretenidas siempre, y siempre pintorescas y gráficas sus descripciones, y su fantasía rica, exuberante y jovial, y como velada á veces de vaga sombra de dulce melancolía. Demas de esto, campea en todos sus escritos, graves ó jocosos, juntamente con la galanura y la gracia, la elevacion de ideas y de pensamientos, circunstancia esta última que sorprende por tratarse de quien pasó la mayor parte de su vida entre vagabundos, mendigos y ladrones, mujercuelas y payasos, en esas guaridas inmundas en las cuales todos los vicios y obscenidades tienen su natural asiento y que constituyen una de las mayores ignominias de los grandes centros de poblacion.

A medida que fué adquiriendo nombre y celebridad, fué adquiriendo tambien relaciones numerosas é importantes, llegando á contar entre sus amigos á Johnson, á quien se reputaba entónces por el primero entre los escritores ingleses contemporáneos, á Reynolds, el primero de los pintores ingleses, y á Burke, el cual si aún no habia entrado en el Parlamento, ya gozaba de mucho nombre por sus escritos y por la elocuencia de su conversacion. En 1763 figuró entre los nueve primeros socios fundadores

del famoso *Literary Club*, por más que siempre hayan protestado contra este epíteto sus individuos, y que aún en nuestros días, como en aquella época, tenga por timbre glorioso llamarse lisa y llanamente: El Club.

Ya por aquel tiempo había dejado Goldsmith su mísera vivienda, é instaládose en cuarto mejor, en la parte más civilizada de los *Inns of Court*; pero aún tenía malas horas que pasar, porque á fines de 1764 estaba tan atrasado en el pago de su alquiler, que una mañana recibió la órden de desalojar. En aquel trance apurado envió un mensaje á Johnson, el cual, amable y bueno siempre aunque brusco á las veces, dió cinco duros al mensajero, y recado de que iria luego al punto á ver á Goldsmith. Llegó, en efecto, y lo halló almorzando, con una botella de Madera, y profiriendo mil denuestos contra su patrona. Johnson tapó la botella, que su amigo había comprado con el dinero que le envió, y despues de calmarlo, le rogó que refléxionara con sosiego acerca de los medios conducentes á procurarse algunos recursos. Contestóle éste que tenía una novela concluida y dispuesta para ser impresa. Johnson hojeó el manuscrito, vió que había en él cosas buenas, lo llevó á un editor y se lo vendió por sesenta libras esterlinas, que hacen unos seis mil reales de nuestra moneda, con cuya suma se pagó cumplidamente la deuda. Si hemos de dar crédito á una tradicion, Goldsmith apuró á seguida el vocabulario de los dicterios con su patrona por sus descortesés y descomedidos tratamientos con él; y si hemos de creer á otra, despues de pagarle los alquileres, dando al olvido lo pasado, la convidó á tomar en su compañía un vaso de ponche. Ambas versiones las tenemos por verdaderas, y están en

carácter. Ahora diremos que la novela vendida por Johnson de este modo y en tal ocasion, era *El Vicario de Wakefield*.

Pero, ántes de que viese la luz pública *El Vicario de Wakefield*, tuvo lugar el más grande acontecimiento de la vida literaria de Goldsmith, con la impresion de su poema titulado *The Traveller*, que pareció algunos dias ántes de la Navidad de 1764, porque con él se elevó de repente á la altura de los verdaderos clásicos ingleses, poniendo á los críticos más escrupulosos y difíciles en el caso de reconocer que no se habia escrito nada mejor desde el cuarto libro de *La Dunciada*. *El Viajero* (*The Traveller*) difiere de las demas obras de Goldsmith en que la ejecucion merece los mayores elogios, áun siendo bueno el cuadro, miéntras que en aquellas este es malo y buena la ejecucion. Nunca ningun poema filosófico, antiguo ni moderno, tuvo plan más noble y sencillo al propio tiempo. Un viajero inglés sentado en un peñasco en lo más alto de los Alpes, cerca del punto de donde arrancan las fronteras de tres naciones, contempla y se extasia con la perspectiva inmensa que se desarrolla á su vista en dilatado panorama; y recordando la diversidad de los aspectos, climas, gobiernos, religiones y caracteres que ha observado, concluye que nuestra felicidad no consiste en las instituciones políticas, sino es en nosotros mismos, en nuestra alma, en su temperamento y en su gobierno propio.

Cuando se puso á la venta la cuarta edicion de *El Viajero*, hizo su aparicion *El Vicario de Wakefield*, logrando en pocos dias una popularidad que áun dura y que durará probablemente tanto como dure la lengua inglesa. La trama de este libro es detestable, y carece, no solo de la verosimilitud

que deben tener las relaciones de la vida real, si que tambien de la ilacion que debe existir áun en aquellas obras de pura fantasía y en las cuales solo aparecen brujas, gigantes, trasgos, hadas y encantadores; pero sus primeros capitulos atesoran cuanta dulzura es imaginable en la poesia pastoril, y cuanta vida y movimiento son posibles en la comedia: Moisés y sus anteojos, el Vicario y su monogamia, el pillete y su cosmogonía, el labrador que demuestra, con Aristóteles en la mano, que los parientes son parientes; Olivia, disponiéndose á la difícil tarea de convertir á un enamorado que no es muy buena persona, con el estudio de la controversia entre Robinson Crusoe y Viérnes; las señoronas y sus cuentos y enredos á propósito de sir Tomkyn y de los versos del doctor Burdock, y Mr. Burschell y sus pamplinas, han deleitado y divertido y hecho reir más que cuantas historietas y novelas y libros de mero pasatiempo se hayan publicado. La última parte, sin embargo, no es digna del principio, y á medida que nos acercamos al desenlace, á la catástrofe final, lo absurdo sucede á lo absurdo y los destellos de ingenio son más leves, más tenues, más fugaces y aparecen más de tarde en tarde.

El triunfo tan señalado que obtuvo Goldsmith como novelista, lo alentó y quiso intentar el drama, escribiendo el *Goodnatured Man* (El hombre de buen carácter), obra que fué peor acogida por parte del público y de los actores de lo que merecia: Garrick se negó á representarla en Drury-Lane, y se puso en escena en Covent-Garden, en 1768. Así y todo le produjo 500 libras esterlinas, incluyendo en esta suma la propiedad del libro, es decir, cinco veces más que *El Viajero* y *El Vicario* juntos. La intriga de *El hombre de buen carácter* vale poco,

siendo tan floja y débil como casi todas las de Goldsmith; pero tiene pasajes muy divertidos, mucho más de lo que consentía la moda de aquel tiempo, en que se aplaudía con frenesí una comedia escrita en lenguaje afectado y lacrimoso titulada *La falsa delicadeza* (False Delicacy), y estaba el sentimentalismo á la orden del día; que por espacio de algunos años más lágrimas hicieron derramar en el teatro inglés las comedias, que no las tragedias, mereciendo ser calificadas de vulgares cuantas bromas pudieran excitar en el auditorio algo que no fuera melancólicas sonrisas. Por eso no es extraño que la mejor escena del *Goodnatured Man*, la en que la señorita Richland se encuentra con su amante preso, entre el juez y el alguacil, y vestido de ceremonia, fuera despiadadamente silbada y suprimida á la segunda representacion.

En 1770 se publicó *La aldea desierta*, célebre poema cuyo estilo y versificacion es, cuando ménos, igual, si no superior á *El Viajero*; y el numeroso público que piensa como Bayes en la *Rehearsal* cuando dice que un plan no sirve sino es para poner en ejecucion cosas buenas y bellas, prefiere *La aldea desierta* (The Deserted Village) á *El Viajero*; pero los jueces, que tienen mejor discernimiento, al propio tiempo que aplauden la hermosura de los detalles, descubren lunares imperdonables en la obra que la perjudican. Los defectos á que aludimos no son por cierto las teorías que se asientan en ella respecto de la riqueza y del lujo y que han sido tan combatidas por los economistas, porque, áun siendo como lo son falsas, no hacen al poema, considerado bajo este aspecto, mejor ni peor. El poema latino más bello de cuantos existen, y áun podemos añadir el más bello de los didácticos que haya parecido en



lengua alguna, se escribió en defensa del sistema de filosofía moral y natural más absurdo y bajo de todos. Puédese fácilmente perdonar á un poeta que razone mal; pero no que describa mal, que estudie la sociedad en que vive con tanta negligencia que sus retratos no tengan la menor semejanza con los originales, y que presente como copias de la vida real combinaciones bárbaras de cosas que jamás han existido ni pueden existir nunca reunidas. ¿Se se diría de un pintor, verbigracia, que mezclara en sus cuadros Julio y Diciembre en el mismo paisaje, y que representara un río helado en un campo de trigo, en el momento de la siega? ¿Bastaría que se dijera en abono de la pintura, que cada una de las partes que la componen tiene buen color y mejor dibujo, y que los campos verdes, y los árboles cargados de fruta, y las carretas, y los bueyes, y los segadores, y la luz, y el sol, y el hielo, y los chicos que patinan sobre él, que todo, en suma, rebosa de verdad? *La aldea desierta* tiene mucha semejanza con un cuadro dispuesto así, porque consta de muchas partes que no pueden ir reunidas formando un todo. La aldea, en los días de su prosperidad, es un verdadero pueblecillo campestre de Inglaterra; en los de su decadencia es una aldea de Irlanda, lo cual no es lo mismo; y así el bienestar como la miseria que Goldsmith ha descrito pertenecen á dos comarcas diferentes y á dos diversos estados de la sociedad; y del propio modo que no pudo ver nunca en su tierra un paraíso rural donde tuvieran su asiento la abundancia, la tranquilidad, la alegría y el reposo de que nos habla al tratar de Auburn, no pudo ver tampoco en Inglaterra que esa nueva Arcadia quedase desierta y abandonada en un día, y sus habitantes forzados á

embarcarse juntos para América. Vería probablemente la aldea en el condado de Kent, y la emigración en el de Munster; mas al reunir ambas cosas produjo un conjunto inverosímil, absurdo y disparatado cual no se ha visto jamás, ni se verá en parte alguna del mundo.

En 1773 probó de nuevo fortuna Goldsmith, en Covent-Garden, con otra obra dramática titulada: *Humillarse para vencer* (She stoops to conquer), logrando persuadir no sin esfuerzo al director del teatro á que la pusiera en escena, porque, como ya dijimos, la comedia sentimental estaba entónces en boga, y las de nuestro autor no lo eran. Pero ¡cosa singular! mientras *El hombre de buen carácter* no alcanzó éxito ninguno por contravenir con exceso á las corrientes de la moda, *Humillarse para vencer*, que superaba con mucho á la anterior en el género cómico, logró triunfar de todas las preocupaciones, excitando la risa y los aplausos más espontáneos en las butacas, los palcos y el paraíso. Y fué aquel triunfo tan general y tan unánime, que si algun que otro admirador fanático de Cumberland ó de Kelly era osado á dar muestras de desaprobacion, luego al punto gritaba el público: ¡Fuera! forzándolo á callar. Dos generaciones han confirmado despues el fallo pronunciado aquella noche memorable.

Al propio tiempo que Goldsmith escribía *La aldea desierta* y *Humillarse para vencer*, se ocupaba tambien en obras de género diferente, que le daban, si no gloria, mucho provecho. Hizo, pues, para uso de las escuelas públicas, una historia romana, que le valió 300 libras esterlinas; otra de Inglaterra, que vendió en 600; otra de Grecia, en 250, y una historia natural, cuyo editor pagó en 800 guineas. Fueron escritas estas obras sin hacer investigaciones

profundas y concienzudas en parte alguna; y su trabajo se limitó en unas y otras á condensar y traducir, en su estilo claro, puro y fácil, lo que habia en otros libros sobre la materia, pero demasiado voluminosos y áridos para interesar á los niños. Esta falta de conciencia en la parte esencial de su trabajo, le hizo cometer faltas y errores gravísimos en la narracion, debidas en mucha parte tambien á que nada sabía con exactitud. De aquí que nos diga en su *Historia de Inglaterra* que Naseby está en el Yorkshire, lapsus que no se tomó la pena de salvar en reimpressiones posteriores; que un chusco lo persuadiera, cuando escribía la *Historia de Grecia*, de que Alejandro Magno estuvo en guerra con el emperador Moctezuma, desatino que milagrosamente no estampó en el libro, y que en la *Historia Natural* trate con la mayor formalidad de cuantas patrañas hablan ciertos viajeros, como, por ejemplo, de los Patagones gigantes, de los monos predicadores y de los ruisñores que aprenden y repiten largos parlamentos. Johnson decia: «Los conocimientos zoológicos de Goldsmith apenas si le consienten distinguir un caballo de un toro.» Dos anécdotas bastarán á demostrar lo que sabía de ciencias físicas: una vez negó resueltamente que el sol permaneciera visible más tiempo en el Norte que en el Mediodía; y como le opusieran la autoridad de Maupertuis, exclamó: «Yo entiendo de eso más que Maupertuis.» Otra ocasion sostuvo tenazmente hasta el punto de montar en cólera, y contra la evidencia de sus propios sentidos, que masticaba moviendo la mandíbula superior...!

Sin embargo, por más ignorante que fuera Goldsmith, pocos escritores habrán contribuido de una manera tan eficaz como él á facilitar el áspero ca-

mino de la ciencia á la juventud estudiosa, porque sus compilaciones no son de las usuales y corrientes, sino que están redactadas con tanto arte y habilidad que nada puede comparársele, ni en la eleccion de los asuntos ni en la forma. Bajo este aspecto, la *Historia Romana* y la de *Inglaterra*, y más aún los resúmenes que hizo de ambas obras, merecen ser leídos y estudiados con detenimiento. En general, nada es tan enojoso como los compendios; pero los de Goldsmith se hallan fuera de la regla y son de tan amena lectura, que, á pesar de su concision, nada es más grato á los niños inteligentes.

Con esto podia considerarse ya hecha la fortuna de Goldsmith. Ganaba lo suficiente para vivir con desahogo, posicion que á un hombre acostumbrado á dormir en el suelo ó en malas tarimas y á comer miserablemente, debia parecerle hasta fastuosa. Su reputacion iba en aumento, y vivia en íntimas relaciones de amistad con una porcion de personas distinguidas que, bajo el punto de vista intelectual, formaban la mejor sociedad del reino, porque en ella tenian su natural asiento los ingenios más afamados de Inglaterra, y se cultivaba el arte de la conversacion con verdadero éxito. Difícil habrá sido, en efecto, reunir personas de mejor conversacion, cada una por su estilo, que Johnson, Burke, Beauclerk y Garrick, todos ellos amigos íntimos de Goldsmith, el cual aspiraba con empeño á participar de su fama en este género, aunque sin conseguirlo, pues nunca se vió más defraudada su ambicion. Parecerá extraño que un literato que se expresaba, escribiendo, con tanta claridad, gracia y viveza, fuera siempre, hablando, tan oscuro, trivial y torpe como él; pero los testimonios abundan y todos demuestran que el contraste no podia ser

mayor entre los libros y las palabras de Goldsmith. Acerca de esto decia Horacio Walpole que Goldsmith le parecia un idiota inspirado, y Garrick, que «escribia como un ángel y hablaba como un loro:» Chamier dudaba de que un tan insulso charlatan fuese realmente autor de *El Viajero*, y el mismo Boswell añadia en tono de lástima que no le disgustaba oír al bueno de Goldsmith, á lo que replicaba Johnson que «á él tambien, sólo que no deberia gustar tanto él mismo de escucharse.»

La verdad es que los ingenios difieren tanto como el curso de los rios, y que así los hay transparentes que convidan á beber de sus aguas, como turbios y cenagosos, en los cuales nunca se halla ocasion de apagar la sed; pero en estos acontece tambien que en sus remansos, allí donde la corriente se detiene y se reposa un espacio, luego se torna cristalino el líquido. Así era el talento de Goldsmith, porque sus primeras ideas en orden á todos los asuntos eran confusas hasta lo absurdo, necesitando algun tiempo para despejarse, y el de Johnson y el de Burke como los primeros. Por eso cuando escribia reposadamente, sus lectores lo llamaban hombre de ingenio, y cuando hablaba decia mil sandeces que producian la risa de sus oyentes. No pasaba esto desapercibido para él y sufría mucho en su amor propio, siéndole cada vez más penoso el convencimiento de su inferioridad en la conversacion; pero como no tenia ni bastante buen juicio ni bastante imperio sobre sí mismo para refrenar su lengua, y la vivacidad de su temperamento y su vanidad lo incitaban siempre á ensayar la cosa única que no le fuese posible hacer, sufría un contratiempo sobre otro, se corria de vergüenza los primeros momentos y, pasados que eran, volvia á comenzar.

Los que vivian familiarmente con él lo trataban, á lo que parece, con una benevolencia mezclada de cierto menosprecio, por más que admirasen sus escritos, consistiendo esto en que si habia en él muchas cualidades muy amables, habia pocas dignas de respeto. Su corazon era tan tierno y fácil de conmover, que rayaba en la debilidad; tan generoso, que más parecia pródigo; tan fácil en perdonar, que casi provocaba las ofensas con su desacordada benevolencia, y tan liberal y maniroto con los mendigos, que solia no quedarle las más de las veces con que atender á sus más perentorias obligaciones. Demas de esto, era vano, frívolo, sensual, pródigo é imprevisor, y áun se le tildaba de otro defecto más imperdonable y feo: de ser envidioso. No hay, empero, motivo para creer que esta mala pasion, que tantas veces lo agitó y le hizo prorumpir en exclamaciones de cólera y despecho, le haya impulsado en ninguna ocasion á perjudicar al buen nombre de sus rivales. Es probable que no fuera ménos envidioso que sus vecinos y colegas; pero como tenia el corazon en los labios y era imprudentísimo, confesaba sus celos con el candor de los niños; celos que son comunes á todos los escritores y literatos, pero que éstos, cuando además son discretos y hombres de mundo, disimulan con grande habilidad, cosa que él no supo hacer nunca, ni ménos herir en la sombra, sino es declarar en voz alta y delante de cuantos querian oirlo que se moria de envidia. «No habéis así de Johnson, exclamaba un dia contestando á Boswell, que me hace daño.» Jorge Steevens y Cumberland eran demasiado hábiles para cometer tales torpezas, y hubieran tributado los mayores elogios al mismo á quien tuvieran envidia, sin perjuicic de zaherirlo en la

prensa, encubiertos bajo el velo del anónimo. Dicho sea en honor de Goldsmith, sus buenas cualidades y sus defectos daban á las personas de su trato la certidumbre de que jamás cometeria semejantes acciones; pues no era ni tan malo ni tan pervertido que fuera capaz de ciertas infamias que han menester para realizarse constancia y disimulo.

Pretenden algunos que fué Goldsmith un hombre de felicísimo ingenio, maltratado por la sociedad y condenado á luchar con grandes dificultades que acabaron por destrozarle el corazon. Nada es ménos cierto. Mucho tuvo que sufrir á los principios de su carrera y miéntras no se dió verdaderamente á conocer en las letras; pero despues que pareció su nombre inscrito en la primera hoja de *El Viajero*, solo él fué causa de sus miserias, pues sus ingresos ascendieron, durante los últimos siete años que vivió, á más de 400 libras sterlingas anuales, cantidad equivalente á 800 en nuestros dias; y un hombre soltero y sin familia, que vivia en el Temple, podia entónces con esa suma pasar por rico. Seguros estamos de que no habia en su vecindad uno por cada diez jóvenes de familias opulentas que estudiara leyes, á quien su padre diera tanto para vivir con lujo; pero todas las riquezas que trajo lord Clive de Bengala, unidas á las que trajo de Alemania Lawrence Dundas, no habrian bastado á Goldsmith, que siempre gastó el doble de sus ingresos naturales y corrientes en vestidos lujosos, en espléndidas comidas, en hacer la corte á mujeres venales, y en socorrer, dicho sea esto en honra de su corazon ya que no de su juicio, todas las desgracias verdaderas ó fingidas que acudian á él. No era, sin embargo, en vestir, dar convites, cortejar damiselas y hacer buenas obras en lo que gastaba más dinero, sino en

el juego, al que fué toda su vida muy aficionado, á pesar de su mala fortuna. Durante cierto tiempo logró á fuerza de espedientes retardar su ruina inevitable, obteniendo de sus editores anticipos sobre promesa de obras que nunca escribía; mas al faltarle este recurso y con él los medios de salir de ahogos, las fuerzas, el ánimo y la salud lo abandonaron, y cayó enfermo de fiebres nerviosas. Debía en aquellos momentos más de diez mil duros. Para mayor desgracia, creyó que le bastaba su ciencia, y que no había menester del auxilio de los verdaderos médicos en tan difícil ocasion. Mejor le hubiera sido apreciar sus conocimientos en lo que valian y el público los juzgaba (1), porque sus remedios agravaron la dolencia. A ruego de sus amigos hizo venir un facultativo; creyósele curado; mas no fué así, pues la debilidad y la postracion persistian y aumentaban, y además, ni podía comer ni dormir. «Estais peor de lo que debiais, teniendo tan poca fiebre, le dijo su médico. ¿Teneis el espíritu tranquilo?—No, le contestó el desdichado; no tengo el espíritu tranquilo.» Estas fueron las últimas palabras de Oliver Goldsmith, que falleció el 3 de Abril de 1774, á los cuarenta y seis años de edad, dándosele sepultura en el cementerio del Temple, aunque sin señalar el sitio de su enterramiento, por lo cual hoy se ignora dónde reposan sus restos. Burke y Reynolds acompañaron su cadáver á la última morada con muestras evidentes de profunda pena, como que ambos sintieron tanto la

---

(1) A pesar de su pretense título de doctor en medicina, nunca tuvo clientela. Esto le hizo decir un dia que no recetaba sino es á los amigos. «Mejor hariais, le contestó Beauclerk, mudando de sistema y recetando sólo á los enemigos.»



muerte del poeta, que el primero rompió á llorar al saberla, y el segundo arrojó su paleta y no quiso pintar aquel día.

Poco tiempo despues vió la luz pública un poemita que asociará el nombre de Goldsmith al de sus dos ilustres amigos miéntras subsista la lengua inglesa. Hemos dicho ántes que las burlas que le valia su conversacion descosida le afectaban mucho, y ahora añadiremos que ántes de pasar de esta vida quiso vengarse, teniendo el buen acuerdo de fiar la obra á la pluma, no á la lengua, merced á lo cual demostró que podia medirse con todos los burladores juntos. Al efecto trazó con facilidad y vigor extraordinarios el carácter de nueve ó diez de sus conocidos, logrando, á pesar de haberle faltado tiempo para corregir, y de ser exíguas las proporciones del libro, una verdadera obra maestra. Es lástima que Goldsmith haya hecho figurar en su galería cuatro ó cinco retratos que carecen de interes para la posteridad, y que no haya puesto en vez de ellos los bocetos siquiera de Johnson y de Gibbon ejecutados tan gallardamente como los de Burke y Garrick.

Algunos amigos y admiradores de Goldsmith erigieron un cenotafio á su memoria en la abadía de Westminster: Nollekens se encargó de la escultura, y Johnson de la inscripcion; pero es de sentir que este último no haya dejado á la posteridad un monumento más duradero y precioso en recuerdo de su amigo. Tambien echamos de ménos una Vida de Goldsmith como apéndice, que hubiera sido de valor inestimable, á las de los Poetas, porque ninguno apreciaba con más exactitud que Johnson los escritos de Goldsmith, ni conocia su carácter y costumbres mejor que él, ni era más capaz de reproducir

con verdad y animacion las particularidades de su carácter, de su talento y de sus debilidades; pero la lista de los poetas para quienes pidieron prólogos á Johnson los libreros, terminaba con Littelton, que falleció en 1773, pareciendo indicar esta fecha el propósito de excluir de la coleccion á Goldsmith, cuyo retrato hubiera cerrado dignamente la galería. No obstante, no han faltado biógrafos al autor de *El Viajero*, porque en el trascurso de corto número de años, M. Prior, M. Washington Yrving y M. Forster le consagraron trabajos especiales: el del primero, digno de los más grandes elogios; el del segundo, lleno de atractivo por la belleza del estilo, y el del tercero, notabilísimo por todos conceptos, debiendo ser colocado en primera línea por esta circunstancia.

---



## LA GRECIA.

---

Casi todos los historiadores modernos han dado pruebas repetidas de su ignorancia en orden á los fenómenos más evidentes de la naturaleza humana al escribir de la Grecia (1). Porque los generales y hombres de Estado de la antigüedad los presentan despojados de su carácter individual y propio y como personificaciones no más de talento, de virtud, de vicio, de pasiones ó de creencias; mas no cual hombres, pues la inconsecuencia es cosa que no alcanzan estos autores á comprender, no pudiendo explicarse que un personaje haya sido liberal en su juventud y avaro en la edad madura, ó cruel con un enemigo y blando con otro. Y si los hechos son tan evidentes que no dejan vagar en el

---

(1) Lord Macaulay publicó el presente estudio en Noviembre de 1834, con motivo de la *Historia de Grecia*, de Mitford, y la razon que nos mueve á traducirlo é insertarlo en la presente coleccion, es la de que, bajo cierto punto de vista, amplifica y completa el de los *Oradores atenienses* (páginas 311 á 332).—N. del T.

ánimo, luégo suponen designios y propósitos misteriosos y ocultos para definir lo que nadie há menester de que le expliquen á poco que se haya estudiado á sí propio. Manera es esta de escribir muy grata á la multitud, que gusta siempre de ver transformados en dioses ó demonios á ciertos hombres que no han valido más ni ménos que nosotros; pero que quienes observan las alteraciones y mudanzas á que se halla sujeta la naturaleza humana, y la influencia que sobre nosotros ejercen los tiempos, las circunstancias y las relaciones, y ven héroes con reuma y gota, demócratas en la iglesia, pedantes enamorados y filósofos borrachos, consideran en lo que vale, esto es, en nada. La costumbre de pintarlo todo de color de rosa ó negro es imperdonable, aún en el arte dramático: este es el gran defecto de Alfieri; y cuantos comparen su *Rosamunda* con *Lady Macbeth*, en Shakspeare, verán claramente si perjudica ó no esta práctica al efecto de sus obras; porque miéntras la una es mala, es la otra un demonio de perversidad, en cuyo corazon solo hay odio, y en cuyos labios solo hay maldiciones, de donde se sigue que el público ilustrado acaba por cansarse del espectáculo que ofrece crueldad tan desordenada, que ninguna provocacion excita, ni justifica, ni explica, que muda de objeto á cada instante y que sólo persevera con tenacidad incontrastable en la sed inextinguible de sangre que la devora.

Este defecto es aún peor cuando se trata de materias históricas, porque no hay otro que perjudique más á una relacion en el concepto de los lectores juiciosos. Cierta es que la línea divisoria entre los malos y los buenos está trazada con tan indeciso color, que á las veces logra escapar á las observa-

ciones minuciosas de los más entendidos en la materia, y que, por otra parte, los hombres públicos se hallan de tal modo rodeados y asediados de tentaciones y dificultades de todo orden, que ántes de pronunciar juicio acerca de sus propósitos y tendencias, vacila el ánimo y duda mucho. Conocemos la vida de Pym, de Cromwell, de Monk, de Clarendon, de Marlborough, de Burnet, de Walpole y de muchos otros hombres de Estado de Inglaterra; conocemos sus acciones, sus discursos, sus escritos; poseemos una multitud de cartas escritas de su mano; anécdotas suyas las tenemos en abundancia, y, no obstante, ¿quién sería el hombre imparcial, justo y grave que se atreviera á decir cuáles habian sido y cuáles nó buenos y honrados entre ellos? A primera vista parece más fácil decidir en orden á los grandes caracteres de la antigüedad, no porque tengamos más medios de adquirir la certidumbre, sino porque tenemos muchos ménos de descubrir el error. Los historiadores modernos de la Grecia no han tenido esto presente, y de aquí que los malvados y los héroes que nos describen aparezcan tan consecuentes en sus acciones y palabras, como las virtudes cardinales ó los pecados mortales en una alegoría, hallándonos por esta causa tan preparados siempre á los crímenes de Dionisio el Tirano, como á las virtudes de Epaminondas.

Causa es en parte y en parte efecto de este error la fe ciega que han merecido á los eruditos modernos los últimos escritores de la antigüedad, porque los autores franceses é ingleses que tratan de los asuntos de la Grecia, dan de lado por regla general á las narraciones sencillas y naturales de Tucídides y de Xenofonte para consagrarse al estudio de los cuadros recargados de Plutarco, de Diodoro, de

Quinto Curcio y de otros novelistas parecidos, es decir, de gentes que describian las operaciones militares sin haber ceñido nunca espada, y que aplicaban á las sediciones y tumultos de pequeñas repúblicas las teorías que se habian formado estudiando un imperio que cubria la mitad del mundo. No comprendian la libertad, que para ellos era mito ó inefable y sobrehumano bien; pero declamaban acerca de ella, lo propio que del patriotismo, por idéntica razon que los eunucos hablan de las mujeres y del amor tal vez con más vehemencia que los otros hombres. Porque miéntras un sabio estima la libertad política en razon á que tiende á proteger las personas y las propiedades de los ciudadanos, á evitar los excesos de los gobiernos y la corrupcion de los jueces, á estimular las ciencias útiles y las artes y la industria, y á desarrollar de una manera eficaz y activa el bienestar de todas las clases de la sociedad, imaginan los teóricos que la libertad es por sí y en sí misma un bien intrínseco y eterno, independiente de los buenos resultados que suele ocasionar, y la consideran no como medio, sino es como fin que sea necesario alcanzar á toda costa; por cuya causa, sus héroes favoritos son siempre aquellos que han sacrificado al nombre vano de libertad el bienestar de los pueblos, el orden y la justicia, que la imprimen carácter, y la dan valor, y la hacen amable entre los hombres sensatos.

Caracteriza y distingue además á estos escritores otro rasgo que sus partidarios modernos han imitado cuidadosamente, á saber: su aficion á las historias brillantes, motivo por el cual no consienten nunca que los hechos, las fechas y los caracteres se pongan en contradiccion con las frases sonoras ó con los arranques ó aventuras novelescas. Así,

miéntras los primeros historiadores nos han dejado descripciones sencillas y naturales de los grandes acontecimientos á que asistieron y de los grandes hombres á quienes conocieron, cuando leemos á Plutarco y Rollin, tratando de aquella misma época, no sin trabajo logramos reconocer á nuestros antiguos amigos, á causa de sus disfraces, y quedamos confundidos juntamente del efecto melodramático de la narracion y de la fatuidad sublime de los caracteres.

En pos de este detalle vienen luego las pasiones políticas á oscurecer la verdad; y miéntras unos autores son partidarios fervorosísimos de todas las tiranías y hallan buenos cuantos testimonios puedan invocarse en favor de tales formas de gobierno, otros creen que las instituciones democráticas son las mejores imaginables, y obran en consecuencia con sus ideas. Mitford, por ejemplo, no desperdicia una ocasion de alabar la oligarquía y de cubrir de vituperio las instituciones populares; miéntras Rollin y Barthelemy se deshacen alabándolas. Para nosotros tenemos que una dósís de la obra de Mitford, diluida en cantidad suficiente de estos últimos, sería el mejor remedio que pudieran administrar padres y tutores á los jóvenes que hablan mucho de la patria, de la muerte de los tiranos y de la gloria de Epaminondas.

A nuestro entender, esto consiste en la ignorancia ó en el olvido de los principios fundamentales de la ciencia política, porque, á decir verdad, un buen gobierno, del propio modo que un buen vestido, es aquel que va y sienta bien al cuerpo á que se destina; y quien con arreglo á principios abstractos decide que una constitucion es buena sin conocer el pueblo que debe regir, da muestras de



ser tan discreto como el sastre que tomara medida al Apolo del Belvedere para vestir á todos sus parroquianos. Por eso los demagogos que quisieran ver implantada la república en Portugal, y los conservadores que censuran á los virginianos por no haber establecido en su país una Cámara de lores, se antojan igualmente ridículos á todas las personas sensatas y despreocupadas.

El mejor gobierno es, ha sido y será siempre aquel que se propone la felicidad del pueblo, y que hace cuanto puede para realizar este fin, no bastando para merecer el nombre de bienhechor la sola voluntad, ni el sólo deseo de serlo, sino que es indispensable que ambas condiciones se reunan y se fundan, por decirlo así, y realicen su objeto; circunstancias tanto más dignas de ser debidamente apreciadas, cuanto más raro y difícil es hallarlas juntas. La democracia pura es la única forma política que satisfaga á la primera condicion del problema, pues para que los gobernantes se hallen preocupados no más que del interes de los súbditos, se hace preciso que el interes de unos y otros sea el mismo; caso raro cuando el poder reside en las manos de uno solo ó de pocos, porque si la parte privilegiada de la sociedad reporta siempre ventajas del progreso y adelanto general del Estado, la opresion le proporcionará mayores beneficios. Si el monarca exige concesiones y á su vez los grandes, y así sucesivamente, á medida que el número de los gobernantes aumenta y crece, el mal disminuye, en razon á que son ménos los que el poder abrumba y más los que medran con el poder, siendo cada vez menor el dividendo que obtienen de los despojos de la masa general del país. Pero no coinciden de una manera completa los intereses de los súbditos y los

del gobierno cuando aquellos se tornan en señores, ó, lo que es lo mismo, cuando el gobierno se transforma inmediata ó indirectamente en democrático.

Pero hemos dicho que se necesita poder lo que se quiere, porque la voluntad sin el poder de realizarla, como decia el discreto Casimiro á lord Bessington, nos hace parecer á los chicos que juegan á la guerra con soldados de plomo. El pueblo querrá siempre y en toda ocasion servir sus propios intereses; pero necesario es averiguar si en cuantas sociedades han existido se ha encontrado jamás con aquella suma de conocimientos y de ilustracion que son indispensables para comprenderlos. Aun en Inglaterra, donde la generalidad de las gentes se halla desde hace largo tiempo más instruida que en lo restante de Europa, el patriotismo de la minoría ha defendido casi siempre los derechos de la mayoría contra la mayoría misma. El libre cambio, que es uno de los más grandes beneficios que el gobierno pueda otorgar al pueblo, es impopular en casi todas partes, y dudamos mucho de que un Parlamento elegido por sufragio universal fuera favorable á desarrollar soluciones liberales en lo tocante á los asuntos mercantiles. Los republicanos del otro lado del Atlántico han suministrado acerca de este punto grandes enseñanzas al mundo, demostrando «cómo caen las naciones bajo el peso de sus proyectos favoritos cuando la venganza presta oídos á clamores insensatos.» El pueblo, repetimos, debe ser gobernado para su bien, y para que así suceda hay que preservarlo del gobierno de su propia ignorancia. Pueblos hay en los cuales sería tan absurdo establecer gobiernos populares como abolir los castigos en una escuela, ó despojar de sus camisas de fuerza á una casa de locos.

Puédese concluir de lo dicho que el mejor estado de la sociedad es aquel en que el poder supremo reside en manos de todo el pueblo; pero á condicion que sea este inteligente é instruido; estado de cosas y modo de ser imaginario y tal vez imposible de alcanzar. Sin embargo, en cierta medida no es imposible acercarse á él; y quien dirija los destinos de un pueblo y profese y practique el principio de ir extendiendo de una manera gradual, lenta, segura y progresiva el poder popular en proporcion de sus conocimientos, y le allane las dificultades para ir adquiriéndolos, hasta que su ilustracion le consienta asumirlo por completo, ese será grande hombre de Estado, en la verdadera y propia acepcion de la palabra. En tanto que así no sea, es peligroso por demas proferir alabanzas ni dicitrios en favor ó en contra de constituciones en teoría, puesto que desde el despotismo de San Petersburgo hasta la democracia de Washington, no hay tal vez una forma de gobierno que, dadas ciertas hipótesis, no pueda ser la mejor posible.

Sin embargo, si hay una forma de gobierno que en todos los tiempos y lugares haya sido y sea siempre nociva á la salud pública, es ciertamente la oligárquica; forma que el historiador de Grecia, Mr. Mitford, prefiere á las demas con singular predileccion, del propio modo que se muestra parcial por Lacedemonia y enemigo de Atenas; cosas ambas que han logrado influir bastante, á nuestro parecer, en la opinion pública, para que no las examinemos ahora con cierto espacio y detenimiento.

La parte sombría del carácter ateniense llama la atencion más presto que la del carácter lacedemonio, no porque sea más densa, sino porque se destaca sobre fondo más claro y brillante. La ley del

ostracismo es un ejemplo. Porque no es posible imaginar nada más odioso que la práctica de imponer castigo á un ciudadano, lisa, llana y francamente á causa de su reconocida superioridad. Tanto es así, que ninguna de las instituciones de Atenas ha excitado más frecuentes ni más justas y enérgicas censuras. Lacedemonia está limpia de esta mancha. ¿Por qué? Porque no habia menester de la ley del ostracismo, en razon á que la oligarquía lo reemplazaba; que una forma de gobierno como la oligárquica lleva en sí misma el ostracismo, no temporal, sino permanente; no dudoso, sino cierto; y por tal manera las leyes de Esparta impedian el desarrollo del mérito en vez de atacarlo en la plenitud de su crecimiento, y sin cortar el árbol cuando hubiera llegado al desarrollo de su hermosura y de su fuerza, condenaban la tierra á eterna esterilidad. A pesar de la ley del ostracismo, Atenas produjo en ciento cincuenta años el mayor número de hombres públicos que hayan existido jamás. En cambio, ¿á quién hubiera podido aplicar Esparta el ostracismo? Solo dió el sér á cuatro varones eminentes: Brasidas, Gylipo, Lysandro y Agesilao, y ninguno de ellos pudo hacerse célebre en Esparta, sino fuera de ella, léjos de su aristocracia, cuyo maléfico influjo acababa con cuanto el país producía de bueno y elevado, de tal modo que sólo despues de haber renunciado á su nacionalidad es cuando consiguieron ilustrarse.

Brasidas, en las ciudades de la Tracia, llegó á ser, en toda la extension de la palabra, un jefe democrático, el ministro y el general favorito del pueblo, y lo propio puede tambien decirse de Gylipo en Siracusa. Lisandro en el Helesponto y Agesilao en Asia, lograron escapar por algun tiempo á los vejá-

menes odiosos que imponía la Constitución de Licurgo, y ambos conquistaron su nombre y su gloria en tierra extranjera, volviendo luego á su patria para ser vigilados y oprimidos. Esto es lo propio de Esparta y de todos aquellos pueblos en los cuales prevalece la oligarquía, cuya tendencia es sofocar siempre los gérmenes del genio: así aconteció en Roma hasta el siglo que precedió la era cristiana, porque si bien leemos la historia de una multitud de cónsules y de dictadores que alcanzaban señaladas victorias y merecían los honores del triunfo, en vano será que busquemos entre ellos un genio como Pericles, Demóstenes ó Annibal. Los Gracos formaron un partido democrático poderoso, Mario lo levantó, se conmovieron y quebrantaron los fundamentos de la antigua aristocracia, y entonces aparecieron dos generaciones fecundas en hombres verdaderamente grandes.

Aún es más reciente y notorio el ejemplo de Venecia, cuya historia es la del Estado, y cuya aristocracia destruyó hasta los gérmenes del genio y de la virtud, haciendo con esto semejante su grandeza y su poder á la ciudad misma: espléndida y magnífica; pero asentada sobre una base cenagosa. ¡Guarde Dios á la humanidad de ver jamás en la sucesión de los siglos un Estado rebosando fuerza y civilización, y que viva trece siglos, llenos de sucesos magnos, sin legar al mundo la memoria de un nombre grande ó de un hecho generoso!

Muchos escritores, entre los cuales debe mencionarse á M. Mitford, han admirado la estabilidad de las instituciones de Esparta; y, á decir verdad, no hallamos gran cosa en ellas que pueda excitar admiración y aún ménos aplauso. La oligarquía es el más débil y al propio tiempo el más duradero de

los gobiernos, y es duradero porque es débil; su longevidad lo es de valetudinario; pasa la vida sin hacer ejercicio, ni exponerse á peligro alguno; se aterra con la idea no más de nuevas sensaciones; tiembla al sólo rumor del aire; se hace sangrar si sospecha siquiera en la posibilidad de una inflamacion, y de esta suerte llega sin disfrutar un sólo dia de salud ni de placer, arrastrando existencia miserable y triste, á la vejez más avanzada sin que haya sido nunca jóven, viril y fuerte.

Los espartanos compraron la vida de su forma de gobierno á cambio de su bienestar interior y de su dignidad en las relaciones exteriores: se humillaron siempre delante del más fuerte, hollaron á los débiles en toda ocasion, exterminaron á sus ilotas, hicieron traicion á sus aliados, se concertaron de modo que llegaron á Maraton al dia siguiente de la batalla y evitaron la de Salamina, y para tener tiempo de concluir sus fortificaciones en el istmo dejaron que los atenienses, á quienes debian la vida y la libertad, fueran expulsados de su patria por los persas, tratando de reducir á la esclavitud á sus defensores al verlos aniquilados de resultas de los esfuerzos que hicieron á favor de la causa comun; comenzaron la guerra del Peloponeso con menosprecio de sus compromisos con Atenas, y la concluyeron violando sus compromisos con sus aliados; pasaron á cuchillo ciudades enteras que se habian puesto bajo su proteccion; sacrificaron en provecho propio los intereses, la libertad y la vida de aquellos que más fielmente los habian servido; aceptaron con igual complacencia é infamia los golpes de los eleatas y los subsidios de los persas; no mostraron jamás resentimientos ni gratitud, ni se abstuvieron de injurias ni las vengaron, y sobre todo

consideraron siempre como enemigos mortales á sus mejores servidores. Hé aquí, en resúmen, las habilidades que prolongan la existencia de ciertos gobiernos.

Pero si la política exterior de los lacedemonios era odiosa y despreciable, no lo fueron ménos sus instituciones domésticas; porque el carácter de sus leyes consistía en intervenir constantemente en todos los detalles del sistema de la vida humana y en luchar asimismo contra la naturaleza y la razón. Acaso sea bueno combatir arraigadas preocupaciones del espíritu popular; pero es insensato pretender extirpar las pasiones y los ínstintos naturales, pues si se logra reprimir sus manifestaciones exteriores, como el sentimiento persiste, aunque apartado de sus objetos naturales, desorganiza, descompone y devora el espíritu y el cuerpo de su víctima. Esto que se advierte en el seno de las sectas ascéticas, es lo que se vió entre los lacedemonios. De ahí esa manera de locura, esa violencia casi frenética que con tanta frecuencia estallaba, á pesar de las ligaduras exteriores, entre los más ilustres ciudadanos de Esparta. Cleómenes, por ejemplo, terminó una carrera de violencias y crueldades terrible, despedazándose á sí propio, y Pausanias pareció siempre loco: formó proyectos insensatos, los delató é hizo fracasar con la ostentacion de su porte y la imprudencia de sus medidas, enagenándose, además, con su insolencia la voluntad de aquellos que hubieran podido servirlo ó protegerlo. Xenofonte, grande admirador de Lacedemonia, nos suministra en orden á este particular pruebas abundantes y convincentes, y no es posible negar en vista de ellas la brutalidad furiosa y estulta que caracteriza á casi todos los lacedemonios con los cuales trabó conoci-

miento: la crueldad de Clearco estuvo á punto de costarle la vida, y Chirisofó privó á su ejército de un guía fiel con su desaforada y feroz severidad. Pero ¿á qué multiplicar los ejemplos? Licurgo basó todo su sistema en un principio erróneo, y sin detenerse á considerar que los gobiernos son para los hombres, no éstos para aquellos, en vez de adaptar su constitucion al pueblo que debia regir, deformó al pueblo para adaptarlo á la constitucion; idea digna de aquella corporacion liliputiense de los proyectistas, y que constituye á los ojos de algunos su mejor título á la admiracion de las gentes. Oigamos, si no, á M. Mitford: «Aquella cualidad que coloca á Licurgo sobre todos los legisladores, es la de que habiéndose hallado en muchas circunstancias muy dificiles y que parecian escapar á la accion de las leyes, él ejerció su imperio y formó con arreglo á ellas las costumbres y la voluntad del pueblo.» Declaracion es esta que hace suponer á quien la lee, que haya recibido su autor las lecciones del doctor Pangloss, con tanta más razon, cuanto que su metafisica es la misma del castillo de Thunder-tronckh.

En Atenas no contrariaban siempre las leyes los gustos y aficiones del pueblo. El Estado no era madrestra universal de los ciudadanos, ni se ocupaba en privar á los padres de sus hijos, ni en hacer de éstos ladrones matándolos de hambre, ni guerreros á fuerza de torturas, ni ponía mesas cubiertas de manjares con la obligacion precisa de comer de ellos, ni dictaba leyes para dar reglas á la conversacion; que los atenienses tenían derecho á comer cuanto podían comprar, y podían hablar cuanto querían si encontraban auditorio, y el gobierno jamás imponía las opiniones al pueblo, ni le prescri-



bia las canciones. Por tal manera, el ejercicio de la libertad produjo la perfeccion de las cosas, dió sér á la filosofía y abrió dilatados horizontes á la poesía y á la elocuencia y á cuantas obras maestras del arte ó del ingenio admiramos ahora como llegadas entónces casi á la perfeccion ideal; que nada es más eficaz que el libre ejercicio del espíritu en aquello que conviene á sus inclinaciones para desarrollar sus facultades y fortalecerlas, y difundir en el individuo el bienestar y la felicidad, cosas todas de que se gozaba más en Atenas que no en Esparta. Los mismos enemigos de Atenas reconocen que se distinguian en la vida privada por sus modales atentos y corteses; y en cuanto al carácter, cuando ménos, valia más su jovialidad que la tristeza de los espartanos, y su impertinencia que los rasgos insolentes de los otros. El grande historiador ateniense nos ha legado una observacion notable de Pericles, el cual decia que sin someterse sus conciudadanos á los rigores de la educacion lacedemonia, igualaban á los de Esparta en todos sus hechos de armas, y que por consiguiente, podia considerarse como beneficio neto para ellos cuantos placeres y distracciones disfrutaban. Bien es cierto que la infantería de Atenas no valia tanto como la de Esparta; pero esta inferioridad procedia solamente de la falta de práctica, pues los primeros abandonaron el ejercicio de las falanges para consagrarse al de las triremas; y por igual motivo los lacedemonios, á pesar de su tan decantado valor, eran tímidos, flojos y desordenados en los combates navales.

Empero se dice que así el gobierno ateniense como las democracias que protegía, cometieron crímenes enormes. Es exacto que los atenienses aplicaron con demasiada frecuencia las leyes de la

guerra rigorosamente en un tiempo en que aún no habian sufrido aquellas modificaciones que despues ejercieron su benéfico influjo en los tiempos modernos; y por tanto, así puede alcanzar este cargo á los de Atenas, como á los de Esparta, como á todos los demas Estados de la Grecia, como á cuantos se hallaran en idénticas circunstancias. Cuando las sociedades se componen de un número considerable de individuos, los mayores males y daños de la guerra sólo se descargan sobre los ménos, y ni el labrador interrumpe sus faenas, ni la rueca cesa en su movimiento, ni la boda se postpone, ya se ganen ó se pierdan las batallas; mas en los Estados pequeños no puede acontecer así, en razon á que todos sus individuos padecen del estrago directamente: son soldados que defienden sus más caros intereses, que ven talada su hacienda, incendiadas sus mieses, derribada su habitacion y muertos ó heridos sus deudos y sus parientes más cercanos. Dadas estas condiciones, ¿cómo es posible que sienta lo mismo contra los enemigos de su patria que si todas las consecuencias de la guerra hubieran sido para él un aumento mayor ó menor en los tributos? En ese caso, los hombres no pueden ser generosos, y si sólo cuando la guerra reviste otro carácter, cuando es, por decirlo así, una partida de ajedrez, cuando aquello que se disputa es una lejana colonia, una frontera antigua, un ultraje al pabellon, una ofensa hecha al embajador; que en tales ocasiones hay espacio para los discursos elocuentes y filantrópicos y caben las concesiones en favor del enemigo. El principe Negro servia á la mesa á sus prisioneros; Villars departia jovialmente con el principe Eugenio, y Jorge II en lo más crudo de la guerra felicitaba á Luis XV por el fracaso de Damiens; todo lo cual

parecerá muy hermoso y muy loable al autor de las *Bases verdaderas del honor*, y á cuantos piensen como él, que Dios ha hecho el mundo para uso exclusivo de las personas bien educadas; pero á nosotros se nos antoja de aridez extremada, porque, á nuestro entender, no debiera nunca, en ningun caso, acometerse una guerra sino en circunstancias tales que hicieran imposible la cortesía entre los combatientes; que si es lamentable que los hombres se odien, aún lo es más que se maten sin odiarse. La guerra se hace suave y cortésmente cuando son motivos leves, por decirlo así, los que la producen; que cuando los hombres se ven obligados á batirse en defensa propia, entónces pelean con espíritu de odio y de venganza. Malo podrá ser esto; pero así es la naturaleza humana, el barro, tal y como ha salido de manos del alfarero.

Cierto es que las sediciones adquirian en las comarcas dependientes de Atenas un carácter de ferocidad excesiva, más sangriento y bárbaro aún que cuanto se vió en Francia bajo el régimen horrible del terror; y que en Atenas misma, donde tales sacudidas apenas se hacian perceptibles, la condicion de las clases elevadas no era muy agradable, pues él les obligaba á sacrificar fuertes sumas de dinero con que atender á las necesidades y diversiones populares, siendo además estas clases objeto de casi continuo espionaje; hechos todos que ponen á Mr. Mitford fuera de sí, y le hacen desatarse contra la democracia en los mayores denuestos, suponiéndola madre y autora de cuantos crímenes y horrores son imaginables.

Pero si los atenienses tenían mucha libertad, más de la que podian y debian tener, los crímenes y desafueros de que se les acusa, al ménos durante

la época en que el esplendor, la grandeza, la inteligencia y la virilidad formaban parte de su patrimonio y les pertenecían como cosa propia, provenían de causas que les fueron comunes con los demás Estados contemporáneos; que la impetuosidad y el fuego de las facciones en aquel tiempo provenía de una causa que siempre ha producido grandes males y daños, morales y políticos, á saber: la esclavitud, cuyos efectos inmediatos son destruir por completo aquellos vínculos que ha establecido la naturaleza entre las clases superiores y las inferiores, en razón á que como los ricos emplean mucha parte de su haber en comprar y mantener esclavos, la existencia del bracero y del menesteroso se hace, sobre penosa y difícil, imposible. La fábula de Menenio ya no tiene aplicacion: el estómago no alimenta el organismo, y la atrofia se apodera del cuerpo: del propio modo, cuando esto sucede en la sociedad, ántes que sucumbir, los dos bandos opuestos se entregan á excesos y venganzas y horrores desconocidos en aquellos países en los cuales se necesitan y utilizan mutuamente.

En Roma, la oligarquía era demasiado poderosa para que pudiera ser derrocada por la fuerza, y ni los tribunos, ni las asambleas populares, por más fuertes que fueran en principio, lo eran bastante á sostener con éxito la lucha contra quienes poseían el territorio entero del Estado. De aquí provino la necesidad de aquellas medidas que propendían á trastornar por completo el orden social y á reprimir toda causa de actividad, como, por ejemplo, la abolición de las deudas y las leyes agrarias; proposiciones condenadas sin reflexion por quienes no tenían en cuenta las circunstancias que las habían producido, ni advertían que eran remedios desespe-

rados á males desesperados. En Grecia, donde no se hallaba la oligarquía tan profundamente arraigada como en Roma, la multitud corregía con excesos violentos los abusos que debían combatirse en Italia por los medios que daba la Constitución, y así se veía que las muchedumbres expulsaban ó mataban á los ricos, repartiéndose sus bienes, ó que los ricos, entre quienes reinaba mejor y más concertado acuerdo y poseían mayor suma de dotes militares, si eran al cabo vencedores, apelaban á idéntico remedio, desarmando á cuantos no les inspiraban confianza, expulsando á veces la clase proletaria, en masa, de la ciudad, para quedar solos en ella con sus siervos, ó pasándolos á cuchillo.

Atenas y Lacedemonia solas vivieron libres en cierto modo de tales calamidades. En Atenas, las arcas de los ricos se abrían de tiempo en tiempo para socorro de los necesitados, lo cual, si bien se examina, era una ventaja considerable, así para los que daban como para los que recibían; pues por este medio, los primeros se libraban del pillaje, y los segundos de los peligros que lleva consigo todo acto de violencia. Lacedemonia, que tenía un sistema de esclavitud más odioso aún que cuantos han existido, se precavía del mal anulando casi por completo la propiedad particular. Licurgo comenzó por una ley agraria; abolió después todas las profesiones, excepto la de las armas, y formó una sociedad de soldados, en la cual cada individuo tenía derecho á los servicios de una multitud de siervos, y por tal manera preservó al Estado de las sediciones á costa de los ilotas. De todo su sistema, esta parte es la que hace más honor á su talento y más vergüenza á su corazón.

Mr. Mitford no pára mientes en estas consideracio-

nes, ni en otras de mayor importancia todavía, cosa que debió hacer para no deducir consecuencias ilógicas, y sobre todo para no aventurar opiniones y conceptos equivocados. Además, mientras la pasión política le hace discutir y atenuar siempre las acusaciones que formulan los primeros historiadores contra sus tiranos favoritos, Pisistrato, Hippias y Gelon, copia sin vacilar las más groseras injurias de los autores menos fidedignos contra todos los demócratas y demagogos; y como estas censuras no pueden formularse sin pruebas, escogaremos una que nos servirá para demostrar que Mr. Mitford ha desfigurado la verdad de los hechos voluntariamente, ó por negligencia cuando ménos.

Hablando de uno de los varones más eminentes que han existido, del famoso Demóstenes, lo compara con su rival Esquines, y dice: «Demóstenes adquirió en su primera juventud un sobrenombre injurioso con sus modales y su manera de vestir afeeminada.» ¿Ignora Mr. Mitford que Demóstenes negó victoriosamente el cargo, y que explicó de muy diverso modo el origen del mote? (1) Y si lo sabe, ¿por qué no lo ha dicho? Luégo añade: «A su mayor edad, es decir, á los veinticinco años, con arreglo á la ley ateniense, mereció ser apellidado de otro modo no ménos injurioso, á consecuencia del litigio que trabó con sus tutores y que se consideró por todos como una tentativa no nada honrosa para obligarlos á darle dinero.» En primer lugar, Demóstenes no contaba entónces veinticinco años, sino es veinte; y en segundo, un libro tan popular y generalizado como lo es la *Arqueología*, del arzobispo Potter, reza que los ciudadanos atenienses eran ma-

---

(1) Véase el discurso de Esquines contra Timarco.

yores de edad á los veinte años, quedando desde que los cumplian libres y exentos de tutela y en aptitud de dirigir por sí mismos todos sus asuntos. Aparte de esto, el mismo discurso de Demóstenes contra sus tutores prueba de una manera perentoria que áun no tenía veinte años, y en otra oracion posterior (la que pronunció contra Midias) declara que casi era niño cuando intentó el pleito aludido; circunstancias que hubieran debido servirle de disculpa en aquel caso, áun considerando sus propósitos enderezados á conseguir dinero de sus tutores. Pero ¿quién lo estimó así? No fueron los jueces ciertamente, porque le dieron la razon. Verdad es que los tribunales de Atenas no gozaban fama de mucha integridad; pero nosotros entendemos que sus fallos valdrian, cuando ménos, tanto como las injurias de un enemigo para ser tenidos por justos. Mr. Mitford acude á Esquines y á Plutarco en abono de sus asertos, sin advertir que el primero no los confirma en modo ninguno, y que el segundo los contradice de una manera terminante. «Andando el tiempo, añade, recibió Demóstenes, sin replicar, los golpes que públicamente le administró en el teatro un caballero, muy vanidoso por cierto, llamado Midias,» en lo cual se contienen dos equivocaciones. Es la primera que el incidente referido tuvo lugar mucho despues, obra de ocho años á lo ménos más tarde, y la segunda que el jóven de quien habla Mitford frisaba en los cincuenta (1). A decir verdad, Mr. Mitford hubiera debido no mostrarse tan severo con la negligencia de sus predecesores, y corregir la suya

---

(1) El discurso pronunciado por Demóstenes contra Midias confirma los hechos que acabamos de enunciar. Esta oracion es una de las más bellas producciones literarias que existen.

propia. Demostradas estas inexactitudes en orden á puntos de hecho, nuestros lectores podrán juzgar de la confianza que merecen las acusaciones que formula el autor en el cuerpo de su obra, tales como la siguiente: «La cobardía de Demóstenes en el campo de batalla se hizo proverbial.» Demóstenes pertenecía á la clase civil, y por tanto no era su oficio la guerra. En su tiempo comenzaba á fijarse y á establecerse la separacion entre las funciones civiles y militares; pero aún se mantenía vivo el recuerdo de aquella época en la cual todos los ciudadanos eran soldados. En una sociedad organizada de este modo, los hombres que se consagran á profesiones sedentarias son tenidos en cierto menosprecio; pero no es posible admitir sin reservas mentales el que un jefe de la democracia ateniense «cariñera de valor personal» hasta el punto que indica Mr. Mitford. ¿Qué guerrero mercenario de aquel tiempo expuso su vida á peligros más grandes y continuos que Demóstenes? ¿Había en la batalla de Cheronea un solo soldado que tuviera más razones de temer por su vida que el orador, que en el caso de una rota no podía esperar cuartel, ni del pueblo extraviado con sus discursos, ni del príncipe contra quien había luchado? Por otra parte, ¿no hubieran sido eficaces las fluctuaciones del espíritu público á cerrar el palenque de las luchas políticas á un cobarde? Isócrates, tan ponderado por Mr. Mitford, porque consagró en toda ocasion las flores de su retórica de escolar al servicio de la tiranía, se recataba por miedo de las asambleas políticas y judiciales de Atenas, y si hemos de dar crédito á una opinion generalizada, su odio á la democracia provenia de que nunca fué osado á presentarse en las reuniones populares. Demóstenes era hombre de



constitucion delicada, nervioso con exceso, pero de alma noble y grande, y la energia de su carácter lo sostuvo y lo alentó hasta la muerte.

Hasta aquí cuanto concierne á Demóstenes. Pasemos ahora al orador de la aristocracia. Comenzamos por declarar que no estamos animados de hostilidad contra Esquines, el cual pudo ser un grande hombre, y nosotros experimentamos por todos ellos, en cualquier bando que militen, la consideracion y el respeto de que Mr. Mitford parece no tener idea. Sin embargo, cuando leemos en su *Historia de Grecia* que el carácter privado de Esquines fué intachable, acude á nuestra memoria lo que éi mismo confesó en su discurso contra Timarco. Estamos dispuestos á cuantas concesiones sean posibles en favor de hombres que vivian bajo un sistema de legislación y de moral diferente del nuestro: somos imparciales, y por eso mismo si vemos atacar á Demóstenes por ciertas inconveniencias de su juventud, que sólo se atestiguan por un adversario, ¿qué diremos de los vicios de una edad más avanzada, reconocidos y declarados por este mismo adversario? «Demóstenes, dice Mitford, no tuvo nunca nada que decir en contra de Esquines.» No ha leído, por lo visto, Mr. Mitford el discurso de Demóstenes sobre la embajada, y ha olvidado además la historia que narra el célebre orador con tanta y tan terrible energia respecto de la brutalidad de su rival cuando se hallaba ébrio. Verdadera ó falsa, se contiene en ella más que una insinuacion, y nada es parte á excusar la negligencia ó la parcialidad del historiador que la ha dejado pasar en silencio. Esquines niega el hecho, se dirá; pero, contestaremos nosotros, ¿no ha negado igualmente Demóstenes la historia relativa á su apodo de la ju-

ventud, y sin embargo, Mr. Mitford la consigna y la comenta sin vacilar? Los jueces, se dirá tambien, ó á lo ménos algunos de ellos, demostraron con sus clamores que no daban crédito á lo dicho de Esquines por Demóstenes; y los jueces, volveremos á preguntar nosotros, que fallaron el litigio entre Demóstenes y sus tutores. ¿no probaron de una manera más evidente que tenía razon el demandante? Lo que hay en el fondo de todo esto es que como Demóstenes era demagogo, debe calumniársele, y que como Esquines fué aristócrata, debe ser alabado y enaltecido. Así no se escribe la historia, sino el libelo.

Bastan los pasajes apuntados para dar á nuestros lectores una idea de la extremada parcialidad y negligencia de Mr. Mitford. Hemos dicho parcialidad, y así es por cierto, pues siempre que hace mencion de Demóstenes viola todas las reglas de la justicia y aún de la moral, no aquilata las autoridades que consulta, ni da muestras de criterio en tales ocasiones, sino que olvida los hechos más probados de la historia de aquel tiempo y los principios más generalmente reconocidos de la naturaleza humana, como cuando dice, por ejemplo, que la oposicion del grande orador á la politica de Filipo no era más ni ménos que premeditada perversidad. Conformes nos hallamos casi con Mr. Mitford en órden al carácter y tendencias de aquel principe ilustre; mas no por eso hemos de decir que Demóstenes fuera hombre destituido de principios y de sinceridad. ¿No vemos constantemente á personas dotadas de grandísimo talento, y penetradas de las intenciones y propósitos más puros y nobles y patrióticos, extraviarse con las preocupaciones de nacionalidad ó de partido? ¿No contrajeron el hábito, hace cuarenta

años (1), los políticos más respetables de Inglaterra de injuriar de la manera más acerba á Washington y á Franklin? Doloroso es y lamentable que pueda el juicio adolecer de tales y tan graves flaquezas al apreciar los caracteres; mas, á poco versados que nos hallemos respecto de la naturaleza humana, ciertamente que no atribuiremos sus errores á la maldad ni á la depravacion.

Pero Mr. Mitford no es más consecuente consigo mismo que con la razon, pues áun cuando se declara por abogado de todas las oligarquías, al propio tiempo es admirador celoso de todos los reyes y de todos los ciudadanos que se alzaron con aquella manera de realeza que los griegos apellidaban tiranía. Si la monarquía es en sí misma valioso beneficio, como pretende Mr. Mitford, la democrática debe ser mejor forma de gobierno que la aristocrática, por cuanto es opuesta á la supremacia y áun á la elevacion de los individuos, miéntras que entre el demagogo y el soberano no hay más que un paso.

De buen grado expondríamos algunas observaciones más acerca de ciertas particularidades de Mr. Mitford, de su tendencia á preferir los bárbaros á los griegos, de su marcada predileccion por los persas, cartagineses y tracios, y, en una palabra, por todas las naciones, excepto aquella tan ilustrada y famosa cuya historia pretende narrar; pero nos lo impide la extension que daríamos á nuestro trabajo, y nos limitamos por tanto á una sola observacion.

Hace notar Mr. Mitford, con mucha verdad, que «la historia bien narrada, cualquiera que ella sea,

---

(1) Esto se escribia en 1834.—N. del T.

pero más particularmente la de Grecia, será siempre para todas las naciones una escuela política.» Pero no se ha ocurrido al autor de tan discreto razonamiento que una historia de Grecia, bien narrada, debería dar cuenta exacta del origen y de los progresos de la poesía, de la filosofía y de las artes, particulares que no se tratan en la suya de la manera debida. Tal vez consista esto en que Mr. Mitford, autor de tantos volúmenes en 4.º, parece menospreciar en cierto modo los trabajos literarios y filosóficos y no parar mientes sino es en el talento para la vida activa. En efecto, á las personas letradas las llama, en general, «perezosas;» demuestra grande admiracion por Homero; pero casi estamos persuadidos de que lo admira por haber adquirido la certidumbre de que no sabía leer ni escribir; y al ocuparse de Sócrates, de quien tampoco pudo prescindir, más lo hace para culpar de su muerte á la política, deduciendo conclusiones hostiles á los atenienses y al gobierno popular, que para poner de relieve el carácter y las doctrinas de aquel hombre extraordinario, de quien dijo un poeta que «sus labios destilaban, en frases más dulces que la miel, una sabiduría maravillosa, que inspiró á todas las escuelas, así á la antigua como á la nueva Academia, á los que discurrían paseando, como á la secta de Epicuro, como á los severos estóicos.»

Mr. Mitford no parece siquiera darse cuenta de que Demóstenes fuera grande y famoso tribuño, viendo sólo en él un demagogo ambicioso, á lo sumo un negociador hábil, y siempre un malvado: que la elocuencia irresistible de aquel ateniense, merced á la cual aparece superior á todos los hombres, cuyo lenguaje nos exalta y nos trasporta al cabo de más de dos mil años, son para él como si

no hubieran sido. Y en cuanto al origen del arte dramático, de las doctrinas de los sofistas, del sistema docente de Atenas, del estado de las artes y de las ciencias, y de toda la organización doméstica de los griegos, casi por completo los descuida y olvida, y, sin embargo, para un escritor reflexivo no merecen estas cosas ménos atención que la toma de Sfacteria ó la disciplina de los peltastas de lífrates.

Empero necesario es convenir que Mr. Mitford no está solo, tratándose de estos defectos, porque la mayor parte de los autores parecen creer que los detalles de los acontecimientos públicos, las operaciones de los sitios, los cambios de gobierno, los tratados, las conspiraciones y las revueltas constituyen la historia completa, sin advertir que si las diferentes definiciones literarias tienen poca importancia en teoría, en la práctica sus efectos son á veces de mucha consecuencia. Esto es lo que ha sucedido en el caso que nos ocupa, ciñéndose los historiadores, por regla general, á las transacciones públicas de los Estados, y abandonando al criterio de los novelistas un campo cuando ménos tan vasto é interesante como el que se reservaban ellos.

Todos los hombres de Estado, sabios y prudentes, se hallan conformes en considerar la prosperidad ó la desgracia de los imperios como la suma de bienestar ó de sufrimiento de sus individuos, rechazando á título de quimeras todas las ideas de interés público diferente del interés de las partes que componen la sociedad; y es por cierto muy extraño que quienes ejercen el ministerio de revelar á los hombres de Estado los ejemplos y las enseñanzas que se contienen en la historia, omitan por esti-

marlos en poco aquellos hechos que mayor influjo ejercen sobre los pueblos. Generalmente las tempestades que agitan la superficie de la vida humana jamás alcanzan á turbar sus corrientes ocultas y profundas; y las causas de las cuales depende la felicidad de las muchedumbres son independientes de las victorias y de las derrotas, de las revoluciones y de las restauraciones, y de tal naturaleza que no pueden regularse por leyes ni conservarse en archivos. Y esto es precisamente lo que más nos importa saber, á decir verdad, aún más que la manera como fué rota la falange de Leuctra, ó si Alejandro murió envenenado ó naturalmente; que la historia sin estos hechos es una cáscara de nuez sin la nuez. Sin embargo, así son casi todas las historias. Se refieren con minuciosa prolijidad las conspiraciones y las escaramuzas; y ántes penetrarán hasta en las más apartadas y humildes cabañas las mejoras esenciales al bien de la humanidad, que los historiadores consientan en separarse por un momento de los generales y de los embajadores para otorgar á estos progresos la atención que merecen. Esta es la causa de que el progreso de las invenciones y descubrimientos más útiles se halle rodeado de impenetrable misterio; de que la humanidad se vea privada de conocimientos por extremo preciosos, y de que sus bienhechores disfruten de la gloria que por derecho les corresponde. Y en tanto que así sucede, todos los niños saben de memoria las fechas y las aventuras de una prolongada serie de reyes bárbaros, pudiendo estudiarse con más provecho la historia de las naciones, en el sentido que damos á esta palabra, en aquellos libros que no aspiran á pasar por narradores de ella, que no en los que ostentan este título. Tucídides, por

ejemplo, es un excelente historiador; pero más que él nos enseñan Aristófanes ó Platon de aquello que tanto nos importa saber de Atenas. El compendio de Xenofonte sobre la economía doméstica reúne más datos históricos que los siete libros de sus Helénicas, y otro tanto puédesse decir de las sátiras de Horacio, de las cartas de Ciceron, de las novelas de Lesage y de las memorias de Marmontel. Pudieran citarse muchos más ejemplos; pero bastan estos para la mejor inteligencia de lo que decimos.

Esperemos que aún surja un escritor que no parando mientes en la pequeñez de los límites actuales, abra nuevos horizontes á los derechos de la historia y extienda y dilate los terminos de su dominio natural. Si así sucede y un nuevo historiador se empeña en realizar la empresa en la cual ha fracasado Mr. Mitford, consignará en ella ciertamente cuanto hay de grande y digno de saberse en las transacciones militares, mas no hallará trivial y de poco momento aquello que no lo ha sido para disminuir ó acrecentar la felicidad y ventura de los hombres: reproducirá con vivos colores el cuadro de las relaciones domésticas, los usos, las costumbres, las distracciones de los griegos y sus pláticas; no verá con indiferencia el estado de su agricultura, de sus artes mecánicas, de las comodidades de su vida, ni tampoco los progresos que hicieron en la pintura, la escultura y la arquitectura; y pondrá especialísimo cuidado en la historia de aquella literatura tan admirable, madre creadora de toda la fuerza, de toda la libertad y de toda la gloria de los pueblos de Occidente.

No podemos hablar de la indiferencia de que da muestras Mitford en orden á estas materias con serena calma é imparcialidad, por ser asunto en el cual

nos olvidamos de la justicia para dejarnos arrastrar de la veneracion y de la gratitud. Porque, si sólo atendemos á la delicadeza de las reflexiones, al poder de la imaginacion, á la energía y á la perfecta elegancia de la frase que caracterizan las grandes obras del ingenio ateniense, fuerza es confesar y reconocer en voz alta que su mérito intrínseco fué inmenso. Pero si recordamos que aquella fué la inspiracion que directa ó indirectamente produjo las más nobles creaciones del ingenio humano, que allí tienen su origen la inmensa ilustracion de Marco Tulio y sus imágenes brillantes, el fuego devorador de Juvenal, la imaginacion plástica de Dante, la gracia incomparable del manco de Lepanto, del inmortal Cervantes, la profundidad de Bacon, el ingenio de Butler y la perfeccion suprema y universal de Shakspeare, ¿qué diremos entónces? Todos los triunfos de la verdad y del genio sobre las preocupaciones y sobre la fuerza bruta, en todos los pueblos y en todos los tiempos, pertenecen á Atenas; y siempre que los grandes hombres han resistido los embates de la violencia y del fraude en nombre de la razon y de la libertad, débese al espíritu ateniense, que velaba por ellos para consolarlos, inspirarlos y fortalecerlos, así cerca de la solitaria lámpara de Erasmo, como del lecho en que se agitaba Pascal, como de la tribuna de Mirabeau, como del cadalso de Sidney, como en el calabozo de Galileo. Y ¿qué decir de su benéfico influjo sobre la felicidad y el bienestar de los pueblos? ¿Quién podría decir los millares de hombres que se han tornado más prudentes, discretos, mejores y felices consagrándose á las ocupaciones que enseñó á la humanidad? ¿Para cuántos no han sido los estudios á que su civilizacion dió el sér fuente inagotable



de riqueza en medio de la indigencia, de libertad en el seno de la tiranía y de la esclavitud, de salud en la enfermedad y de consuelo en el aislamiento? Su poder se manifiesta en los tribunales de justicia, en el Senado, en los campos de batalla y en las escuelas de filosofía; más no consiste en esto su gloria verdadera; que allí donde la literatura calma el sufrimiento, dulcifica la pena y mitiga el dolor; allí donde enjuga las lágrimas en ojos cansados de llorar y que ansían cerrarse para siempre en el sueño eterno de la muerte; allí es más que en otra parte donde se revela y se manifiesta y se ostenta en la plenitud de su belleza incomparable la influencia inmortal del espíritu ateniense.

El derviche de los cuentos árabes no vacilaba un punto en ceder á su compañero los camellos cargados de oro y pedrería á trueque de la cajita en que se contenía el unguento prodigioso que, con sólo ponerlo sobre los párpados, dejaba ver los innumerables tesoros que yacían ocultos en el mundo. Y no es por cierto exagerado el decir que ninguna ventaja exterior puede compararse á la milagrosa iluminación del espíritu, que debemos al ingenio ateniense, y merced á la cual podemos extasiarnos en la contemplación de las riquezas infinitas del mundo intelectual, de los tesoros incalculables acumulados por las dinastías primitivas, y de cuanto mineral existe oculto en los veneros escondidos aún é inexplorados. Su poder, su influencia y su libertad desaparecieron hace veinte siglos; su pueblo se ha tornado rebaño de tímidos esclavos; su lengua melodiosa y rica, bárbara jerga; sus templos han sufrido sucesivamente las depredaciones de romanos, turcos y escoceses; pero su imperio intelectual es eterno, y cuando los rivales de su grandeza

pasada y de su inmenso poder corran su misma suerte; cuando la civilizacion y la ciencia hayan sentado sus reales en apartados continentes; cuando el cetro de la Inglaterra yazca roto en pedazos ó le sea arrebatado por mano más fuerte que no la suya; cuando los viajeros de lejanas tierras busquen con afan en pedestales carcomidos por la inclemencia del tiempo el nombre de nuestro jefe más ilustre, y oigan entonar salvajes canturias en honor de ídolos informes en medio de las ruinas del más grandioso y altivo de nuestros templos, y vean pescadores desnudos y solitarios remendar las mallas de sus redes orillas del Támesis; entónces todavía vivirán la influencia y la gloria de Atenas, revestidas de su eterna juventud, salvándose de la decadencia, sustrayéndose á la ley de la inestabilidad, inmortales como el principio intelectual á que deben su origen y sobre el que extienden su cetro, su poder, su autoridad y su omnímodo imperio.

FIN.





## ÍNDICE.

---

|                                 | PÁGS. |
|---------------------------------|-------|
| Dos palabras al que leyere..... | v     |
| Vida de Lord Macaulay.....      | xiii  |
| Milton.....                     | 1     |
| Maquiavelo.....                 | 74    |
| Lord Byron.....                 | 131   |
| Dramáticos ingleses.....        | 183   |
| Dante.....                      | 261   |
| Petrarca.....                   | 289   |
| Oradores atenienses.....        | 311   |
| Oliver Goldsmith.....           | 333   |
| La Grecia.....                  | 337   |

## ERRATA.

---

En la pág. 295, línea primera, dice: «su nombre; que los títulos», y debe decir: «su nombre. Los títulos».





## OBRAS DE D. M. JUDERÍAS BENDER

---

ISABEL LA CATÓLICA, ensayo biográfico, 1 tomo en 8.<sup>o</sup> menor, 1859.

ALBERONI, bosquejo biográfico, en 8.<sup>o</sup>

### TRADUCCIONES.

HISTORIA DE CRISTÓBAL COLON, por el conde Roselly de Lorgues, traduccion del frances, 2 t., en 4.<sup>o</sup>, 1858; 2.<sup>a</sup> edicion.

CUENTOS MITOLÓGICOS, por N. Hawthorne, traduccion del inglés, con un prólogo de D. M. Ossorio y Bernard, 1 t. en 8.<sup>o</sup> menor, 1875.

LA CONDESA DE ALBANY, por Saint-René Taillandier, traduccion del frances, con un prólogo de don Francisco de Asís Pacheco, 1 t. en 8.<sup>o</sup> menor, 1876.

EL AÑO CIENTÍFICO 1876, por Enrique de Parville, traduccion del frances, 1 t. en 8.<sup>o</sup> menor, 1877.

HISTORIA DE LA REVOLUCION DE RUSIA EN 1762, por M. Rulhière, traduccion del frances, 1 t. en 8.<sup>o</sup> menor, 1878.

### EN PRENSA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, por lord Macaulay.

### EN PREPARACION.

ESTUDIOS POLÍTICOS, FILOSÓFICOS Y BIOGRÁFICOS, del mismo autor.









M  
I R



**BC** Biblioteca de Catalunya

C-Tus

Adq. 1001156029

CB. \_\_\_\_\_

Top. Tus - 8

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001156029



BC 27

